BREVE HISTORIA de las...

BATALLAS DE LA ANTIGÜEDAD

EGIPTO-GRECIA-ROMA

Carlos Díaz Sánchez

Descubra las batallas que cambiaron el destino de las grandes civilizaciones. Los detalles de las tropas, armamentos y las tácticas de los más brillantes generales, Ramses II, Alejandro Magno o Julio César. Egipcios contra hititas, griegos contra persas, romanos contra dacios: la trepidante historia de las guerras que decidieron el curso de la historia

nowtilus saber

BREVE HISTORIA
DE LAS BATALLAS
DE LA ANTIGÜEDAD

BREVE HISTORIA DE LAS BATALLAS DE LA ANTIGÜEDAD

Carlos Díaz Sánchez

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de las batallas de la Antigüedad*
Autor: © Carlos Díaz Sánchez
Director de colección: Luis E. Íñigo Fernández

Copyright de la presente edición: © 2018 Ediciones Nowtilus, S. L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3.º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: Universo, Cultura y Ocio
Imagen de portada: *L'Histoire de Scipion:La bataille de Zama,* Giulio Romano. Museo del Louvre, París.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase
a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;
91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición digital: 978-84-9967-924-2
Fecha de edición: marzo 2018

Depósito legal: M-3204-2018

Igitur qui desiderat pacem,
praeparet bellum.

(‘Así pues quien desea la paz,
que prepare la guerra’)

Epitoma rei militaris, III
Vegecio.

Índice

Introducción

I. Egipto y Próximo Oriente

1. De Egipto al exterior: la batalla de Megido
    - Tutmosis III, el faraón guerrero
    - La batalla de Megido
    - Políticas y situación tras la batalla de Megido

2. Qadesh: La mentira de un faraón
    - Ramsés II, el inicio de un reinado
    - Qadesh, la batalla por un imperio
    - Controversias en la Batalla de Qadesh

II. Grecia

3. Las guerras médicas: La guerra para salvar Grecia
    - Los inicios de la guerra, la revuelta jonia
    - La primera guerra médica
    - La batalla de Maratón
    - Segunda guerra médica
    - La batalla de las Termópilas
    - La batalla de Salamina
    - Platea, el final de una guerra

4. Las guerras del Peloponeso: reino contra democracia

Prolegómenos del conflicto, Atenas contra Esparta
La primera guerra, ¿un antecedente más?
La batalla de Tanagra
La guerra arquidámica
La batalla de Esfacteria
La batalla de Anfípolis
Expedición a Sicilia, el período entreguerras
La tercera guerra del Peloponeso: la guerra de Decelia

5. Tebas y la conquista del poder
Tebas, aspiraciones de poder
La batalla de Leuctra, 371 a. C.
La hegemonía de Tebas
La batalla de Mantinea
Filipo II y la conquista de Grecia
La batalla de Queronea, el fin de la Grecia Clásica

6. Alejandro Magno: una cultura, un imperio
Las campañas contra Persia, el inicio de la leyenda
La batalla del Gránico
La batalla de Isos
Tiro, la isla que se convirtió en península
Egipto, la tierra que lo encumbró
Gaugamela, ¿estrategia o suerte?
Las capitales de Persia, ciudades de Alejandro
Campañas en la India, la batalla de Hidaspes

III. Roma

7. El nacimiento de Roma
El rapto de las Sabinas, la primera batalla de Roma
El conflicto con Alba Longa
La monarquía etrusca en Roma
Los enfrentamientos de Tarquinio Prisco, los problemas en la región del Lacio
Los etruscos y el intento de recuperación de Fidenae
Los sabinos y los últimos conflictos contra ellos
Servio Tulio, la primera gran reforma militar de Roma
Tarquinio el Soberbio, el fin de la monarquía

Los inicios de la República
Enfrentamientos contra los etruscos, asedio y batalla contra Veyes
El enfrentamiento contra los galos, la batalla de Alia
Guerras samnitas y conflicto con los latinos, la conquista de la península itálica
Pirro y los primeros enfrentamientos extraitálicos

8. La expansión por el Mediterráneo
Primera guerra púnica, la batalla de las islas Egadas
Régulo en África
Nuevo giro en la guerra, Cartago contrataca
Batalla de las islas Egadas
Período de entreguerras, Cartago mira recelosa hacia Roma
Segunda guerra púnica, la guerra por salvar Roma
La batalla de Trebia
La batalla del lago Trasimeno
Cannas, día funesto para Roma
La toma de Qart Hadasht
Baecula e Ilipa, fin de los cartagineses en Iberia
Metauro, el final de Asdrúbal Barca
Zama, el final de una guerra
La conquista de Grecia, la batalla de Pidna 146 a. C.

9. Guerras intestinales: El principio del fin de la República
La guerra de Yugurta, el ascenso de Cayo Mario
Los cimbrios y la batalla de Arausio
Cinco consulados de Mario
Las guerras de los aliados
Mario contra Sila, la primera guerra civil
La batalla de Porta Collina

10. César y el final de la democracia
Guerra en Hispania, la traición de Sertorio
La guerra servil, Espartaco contra Roma
La batalla del río Silario
Pompeyo acapara las campañas militares
El auge de Julio César, la guerra de las Galias
Campaña contra los helvecios
La batalla del Arar

La batalla de Bibracte
Campaña contra los suevos
La batalla de Vosgos
Campaña contra los belgas, la batalla del río Áxona
Campañas del 56-55 a. C. César y la fachada atlántica
Últimos años de la conquista, Vercingétorix se rebela
La batalla de Alesia
Guerras civiles, el ocaso de la República
La batalla de Farsalia
Octavio y Marco Antonio, una guerra por el poder

11. Apogeo de un imperio
El desastre de Varo
Las guerras dacias

12. El fin de Roma: descomposición de un imperio
El fin de Roma
Prolegómenos del conflicto, la llegada del visigodo
La batalla de Adrianópolis, el fin de una era
Final de una era, final de un imperio

Bibliografía

Introducción

Los conflictos armados son, y han sido, un tema recurrente en la legitimación de reinos, imperios o, incluso, de regímenes políticos de la Antigüedad o de la actualidad. Estos combates marcaron el destino de las civilizaciones antiguas, transformándolas o empujándolas hacia nuevos cambios. Desde Egipto, cuyas relaciones con el Próximo Oriente parecían pacíficas y de amistad, se tienen noticias de grandes movimientos militares para la legitimación y grandeza de algunos faraones; estos ejemplos los encontramos en la batalla de Megido (1479 a. C.) o, siglos más tarde, en Qadesh (1274 a. C.).

Sin embargo, no siempre son batallas por la ambición de sus soberanos, en ocasiones son guerras y conflictos por proteger la cultura y la libertad de los pueblos contra sus invasores. El mundo griego tuvo que defender sus libertades y su *modus vivendi* de los persas durante las guerras médicas, una serie de batallas entre los años 490 y 478 a. C. donde se contuvo y se venció al invasor oriental en los combates de Platea, Termópilas y Maratón. A pesar de la unión de todos los pueblos de una cultura contra un enemigo común, siempre hay un grupo que observa cómo puede impulsarse hacia la hegemonía; este proceso de acumulación de poder y dinero desembocó en otra guerra entre

los helenos, las guerras del Peloponeso. Este conflicto no es sino la respuesta del resto de los griegos ante el crecimiento exponencial del Ática y su Liga de Delos. Durante los años 431-404 a. C. se llevó a cabo una guerra por la hegemonía de Grecia entre sus dos polis más importantes, Atenas y Esparta. No obstante, a pesar de la victoria de Esparta en la guerra, su poder duró poco, pues algunas de las polis que estaban en segundo plano se alzaron contra el control espartano. Tebas consiguió derrotar a Esparta en la batalla de Leuctra (371 a. C.) y el poder cambió de una polis a otra hasta la llegada de Macedonia, dirigida primero por Filipo II. La importancia de la guerra para el desarrollo de estas ciudades-Estado llegó a su fin cuando Macedonia, una región norteña del Peloponeso, se alzó con el poder reivindicando su pertenencia al mundo heleno y venciendo a sus vecinos en la batalla de Queronea (338 a. C.), tras la que impuso la paz entre los griegos bajo su mandato. Sin embargo, su reinado fue breve y le sucedió su heredero Alejandro. Las campañas del joven macedonio le llevaron a acabar con la amenaza constante que sufría Grecia con los persas; la libertad y la unión de todos los pueblos bajo una misma *koiné* solo se podía conseguir a través de las armas. El argéada consiguió derrotar a los persas en Tiro (332 a. C.), Issos (332 a. C.) y Gaugamela (331 a. C.), llegando a enfrentarse contra el reino de Paura, dirigido por su gobernante Poros. Pero a pesar de las victorias y sus conquistas, Alejandro murió y el mundo heleno quedó fragmentado entre sus generales.

Paralelamente al mundo griego, en la península itálica nació la ciudad que dominó todo el mundo mediterráneo, Roma. La historia de Roma es la historia de un pueblo en armas, de la conquista como método de protección para una ciudad que apareció en un territorio completamente hostil. Las primeras guerras que mantuvo la ciudad tiberina fueron para convertirse en la cabeza hegemónica de la península, y consiguió la victoria en las batallas decisivas de Lautulae o de Sentino (295 a. C.), contra los samnitas. No obstante, pronto se tuvo que enfrentar a enemigos extranjeros que observaban cómo la *Urbs* se convertía poco a poco en un Estado formalizado, y en este contexto ocurrieron las guerras pírricas, donde Pirro, uno de los reyes helenísticos, fue llamado por las colonias griegas de la Magna Grecia. A pesar de los esfuerzos helenos por parar el avance de Roma, fueron derrotados en la batalla de Benevento (275 a. C.), donde los romanos se impusieron en toda la península. Esta

situación provocó un estallido entre las grandes potencias del Mediterráneo occidental, Cartago y Roma, que durante más de cien años combatirían por la hegemonía del imperialismo marítimo. Las guerras púnicas en este siglo (primera guerra púnica 264-241 a. C., segunda guerra púnica 218-201 a. C.) fueron los enfrentamientos más duros para la República de Roma, donde los cartagineses les pusieron en más de una ocasión al borde de la derrota y la pérdida de influencia marítima, aunque Roma pudo vencer tras las batallas de las islas Egadas (241 a. C.) a los cartagineses o, tras la derrota de Cannas (216 a. C.) de manos de Aníbal, fueron capaces de recuperarse y vencer en Zama (202 a. C.) al general más temido de Cartago. Con la derrota del mundo púnico, Roma emprendía la conquista y anexión de Grecia, con su momento álgido en la batalla de Corinto (146 a. C.), y la convertía así en una provincia tras años de conquista. Sin embargo, la anexión del mundo helénico vino junto a la derrota y conquista de la ciudad de Cartago en la tercera guerra púnica (146 a. C.). Tras esta serie de victorias y conquistas Roma se convertía en un elemento político corrupto, pero eficiente militarmente. Un general como Mario reformaba el ejército y se enfrentaba a su competidor político, Sila, quien consiguió derrotar a los ejércitos populares de Mario en la batalla de Porta Collina (83 a. C.) y se convirtió en dictador de Roma. A pesar de la inestabilidad creada por la primera guerra civil de la historia de la *Urbs*, un joven Julio César se promocionaba en la política, hasta el punto de llevar a cabo la guerra contra la Galia y su posterior anexión tras la batalla de Alessia (52 a. C.). Esta victoria de Julio César provocó el temor entre las clases más nobles del Senado, lo que a su vez provocó una segunda guerra civil en la que vencieron los ejércitos populares de Julio, dejándole como dictador perpetuo. A pesar de sus victorias y su popularidad, fue asesinado por sus enemigos políticos (44 a. C.), lo que llevó a la *Urbs* a otra guerra civil, comandada por su sobrino nieto Octavio contra Marco Antonio, a quien derrotó en la batalla de Actium (31 a. C.). Tras estas guerras civiles, Octavio fue acumulando poder y convirtiéndose en el primer emperador de Roma (27 a. C.). Observamos una nueva dinámica en las guerras de Roma contra sus vecinos con la anexión de territorios y la legitimación y poder de sus emperadores. Como la anexión de la Dacia y los pactos por Trajano. A pesar de que con los emperadores hispanos se llegase a su esplendor, los siguientes conflictos fueron internos: varias guerras civiles entre los diferentes candidatos a

emperador; y debilitaron más y más a la *Urbs*. Esta situación de inestabilidad llevó a Roma a la pérdida del control territorial y administrativo, y estas luchas intestinas fueron constantes y favorecieron la entrada de los pueblos germánicos, quienes derrotaron a los romanos en la batalla de Adrianópolis, el último gran desastre de Roma.

El libro tiene la intención de ser completamente divulgativo, para un público que tenga la necesidad de conocer los diferentes conflictos de la antigüedad sin que sea una lectura pesada. Sin embargo, la redacción de este libro se ha realizado a través de las lecturas de bibliografía actualizada, así como artículos de investigación que promueven nuevas teorías sobre la guerra antigua. No obstante, para aquellos lectores inquietos que deseen ampliar sus conocimientos, se ha recopilado una ingente cantidad de bibliografía que, además de ser usada para la redacción de este libro, puede servir de ayuda en caso de que se quiera profundizar en estos conflictos.

I

Egipto y Próximo Oriente

1

De Egipto al exterior: la batalla de Megido

La historia de esta civilización se remonta hasta el cuarto milenio antes de Cristo y, sin embargo, en el panorama militar se ha visto poco estudiada. No fue precisamente una civilización belicosa en cuanto a expansión fuera de sus fronteras naturales, aunque sí consiguió establecerse como una cultura fuerte en los dominios del Nilo, manteniendo unas luchas históricas en la región de Nubia (el país al sur de Egipto), de donde consiguieron materiales valiosos, así como metales preciosos. La historia de Egipto registra numerosos combates para frenar invasores en eso que la investigación ha llamado períodos intermedios, donde parece que la influencia centralista del faraón se debilita y se forman diferentes frentes armados. En algunos casos provienen de invasiones asiáticas y en otras provienen de ataques a sí mismos. Sin embargo, en estas líneas explicaremos cómo no fue hasta la XVIII dinastía que

empezaron a tener grandes conquistas y batallas. Aunque en épocas anteriores los egipcios se habían enfrentado a los nubios, contra otros invasores y contra sí mismos, no fue hasta la llegada de un joven faraón de nombre Tutmosis III cuando se empezaron a tener en cuenta las habilidades de los egipcios para el combate.

TUTMOSIS III, EL FARAÓN GUERRERO

A la muerte de Tutmosis II en el 1479 a. C., la esposa y hermanastra de este, Hatshepsut, se encargó del hijo y heredero Tutmosis III y del reino en calidad de corregente. Sin embargo, esta corregencia duró poco; a los tres años de reinado la reina regente Hatshepsut decidió cambiar la forma de Gobierno y se convirtió en una reina con la titulación completa. Tutmosis III dejó de ser su corregente y, para justificarse, la nueva reina decidió transformar e inventarse una corregencia anterior con su padre, por lo que modificó y añadió textos que explicasen esto en el templo de Karnak.

Con este cambio, la poderosa reina de Egipto empezó a gobernar sin su hijo, pero no lo mantuvo al margen. Hatshepsut comenzó a gobernar gracias al apoyo de numerosos cargos y personalidades del reino, como el gran sacerdote de Amón, Hapuseneb, o el canciller Nehesy, quien dirigió las expediciones militares de la reina hacia el Punt. Esta expedición no tuvo una importancia militar como la que se muestran en los muros del templo funerario de Hatshepsut, sino que se trata de una dinámica constante en el antiguo Egipto, como fueron las expediciones hacia Nubia o hacia el Sinaí. Sin embargo, este Gobierno de la reina, apartando al legítimo heredero del trono y comportándose como una regente con plenos derechos, hizo que Tutmosis III tuviera que enfrentarse a numerosos problemas tras su muerte en el 1458 a. C.

Representación escultórica de Tutmosis III, Museo de Luxor.

Tutmosis III fue uno de los grandes faraones que se recuerdan a lo largo de los tiempos, al menos en lo que a conquistas militares se refiere. El joven faraón egipcio sucedió en el trono a su padre en 1479 a. C. cuando solamente contaba con diez años de edad. Desde esta edad tan temprana gobernó, pero bajo la tutela de su madrastra Hatshepsut, la cual gobernó en su lugar como corregente y, al poco tiempo, como un faraón de pleno derecho. Tutmosis III, cuando consiguió acabar con la regencia de su madrastra, compensó todo el tiempo perdido que había ocupado este reinado en cuestión de conquistas. Estos primeros años de gobierno están profundamente marcados por las campañas militares, un total de diecisiete, en Siria-Palestina, en tan solo veinte años.

Mapa de la dominación de Egipto siglos XVI-XV. Fuente: Duby, G. (2011): *Atlas histórico mundial*, Larousse.

Los primeros problemas a los que se tuvo que enfrentar el joven faraón fueron las revueltas de los principados asiáticos, coaligados por el príncipe de Qadesh y la ciudad de Mitanni. Durante esta primera campaña (1457 a. C.), Tutmosis III culminó con la captura de la ciudad de Megido; esta fue sin duda la campaña más importante y la más documentada de este tiempo. La historia del ataque de los egipcios hacia los territorios de los cananitas se había dado durante mucho tiempo en los últimos reinados de los faraones anteriores, pero no fueron tan importantes como la campaña que Tutmosis III iba a comenzar.

LA BATALLA DE MEGIDO

Megido es la primera batalla de la historia en la cual tenemos cualquier tipo de detalle en los anales que mandó escribir Tutmosis III en el templo de Amón en Karnak. La historia de la toma de Megido fue transcrita por su escribano real, Tjaneni, quien escribió en un diario toda la campaña egipcia. Los anales están escritos como una serie de párrafos concretos que más tarde se convirtieron en prosa literaria y, finalmente, se transcribieron en los muros de los templos. La información de estos anales, que han sobrevivido a los azares del tiempo, se ha completado con las inscripciones que aún perviven en Armant y Karnak, en Egipto.

Finalmente, Tutmosis III acabó consiguiendo el trono de Egipto sobre su madrastra, Hatshepsut. Mientras gobernaba la faraona, los cananeos de Siria y Palestina que se ubicaban en el suroeste eran vasallos del vasto Imperio egipcio y pagaban un tributo a los señores egipcios de la zona. Cuando advirtieron la debilidad del reino con los distintos cambios en el trono, el reyezuelo cananita de Qadesh (muy cerca del río Orontes, en Siria) se rebeló contra los señores egipcios, aunando algunos jefes y reyezuelos de la zona. Una vez se hubieron rebelado y reunido sus tropas en un gran ejército, se congregaron en la ciudad de Megido, cerca del valle de Jezreel. Aquí se habían concentrado muchos gobernantes, hombres de la región de Mesopotamia (los modernos Irak e Irán), el norte de Siria y el sur de Anatolia (Turquía). No se sabe con exactitud cuán grande era el ejército reunido por los cananitas junto con sus aliados mesopotámicos y anatolios, pero se ha estimado que pudieran ser entre diez mil y quince mil hombres, incluyendo tanto la caballería como la infantería.

En respuesta a la rebelión de los cananitas, Tutmosis III reunió a todo su ejército en Tjaru, una fortaleza en la zona del delta oriental del Nilo, ubicado en la frontera natural de Egipto con Asia. Una vez concentradas sus tropas en el delta, el joven faraón decidió marchar con todo su ejército hacia Gaza y recorrió doscientos cuarenta kilómetros en poco más de diez días. Este camino y la velocidad de Tutmosis III se ha de tener en cuenta por el escaso espacio de tiempo que tardó, la distancia recorrida y el número de hombres que llevó, entre quince mil y veinte mil. Una vez en Gaza, los egipcios decidieron dirigirse hacia las ciudades más meridionales de la cordillera del Carmelo y llegaron probablemente el 6 de mayo del 1479 a. C. a la ciudad de Yehem. Las

fuentes antiguas nos describen cómo el camino fue recorrido en el mismo tiempo. Sin embargo, la distancia del recorrido desde Gaza hasta esta ciudad es de solo ciento veintiocho kilómetros, por lo que la investigación cree que pudo tardar más debido a que el joven faraón estuvo pacificando ciudades rebeldes como Joppa o Gézer mientras se dirigía hacia Yehem.

Las fuerzas egipcias descansaron unos días en la ciudad de Yehem, mientras continuaban las operaciones de exploración por estos territorios que les eran hostiles. Cinco días después, el 11 de mayo, los consejeros de Tutmosis III junto a él decidieron que lo mejor para el avance de la guerra era tomar una ruta más rápida hacia la ciudad de Megido. Las posibilidades de cómo llegar desde Yehem hasta Megido eran diversas y a cada cual más peligrosa: la primera de ellas era atravesar una ruta en el norte que se acerca hacia Mishmar HaEmek y aparecer por el noroeste de la ciudad de Megido; la otra era una ruta sur a través del valle de Dothan que acababa apareciendo en una llanura al sureste de la ciudad; y la principal ruta central atravesaba el paso Musmus y salía en una llanura cerca de la propia ciudad.

La cuestión de tomar el paso central que conduce directamente a Megido era una de las opciones que tuvieron muy en cuenta los consejeros del joven faraón. Los asesores militares de Tutmosis III aconsejaron que era mejor tomar la ruta norte o la ruta sur, ya que la ruta central era muy estrecha y atravesar un valle con numerosas tropas no era lo más indicado para un ejército. Sin embargo, el faraón descartó los consejos que le habían proporcionado, ya que, como se ha recogido en los muros de Karnak, sus enemigos esperaban que su ejército tomase la ruta norte, la ruta sur o ambas, y, en un alarde de valentía y temerosidad, decidió que lo más improvisto era lo más adecuado, y tomó la ruta central.

La travesía y la llegada del monarca a Megido se realizó al día siguiente, el 13 de mayo; los ejércitos egipcios marcharon hacia la ciudad de Aruna, donde pasaron la noche, y, de madrugada, comenzaron a atravesar el paso Musmus. La marcha iba encabezada por Tutmosis III, quien dirigió a través del valle a sus tropas. Este paso era una forma directa de llegar hasta Megido, sin

embargo, la travesía era muy estrecha y, aunque sea muy escasa en distancia (veintidós kilómetros), hay zonas donde el ejército no pudo pasar por la anchura de la misma. El viaje parece que ocurrió sin apenas incidentes, más allá de una pequeña escaramuza que pudo haber en la salida del paso. La noche del 14 de mayo acamparon cerca del arroyo Qina, donde descansaron.

El ejército cananeo no se esperaba la temeraria maniobra de Tutmosis III; las tropas cananeas se habían apostado en los pasos norte y sur, esperando encontrar al ejército egipcio cansado por la travesía. No obstante, aunque habían concentrado la mayoría de las tropas en estos dos pasos, no desguarnecieron el paso de Musmus. La madrugada del 15 de mayo Tutmosis III salió del valle y atacó a los rebeldes, extendiéndose hacia la llanura de Megido. Entonces el faraón envió un ala de su ejército, incluyendo carros de combate, hacia el noroeste de la ciudad de Megido, mientras que la otra ala cargaba hacia los alrededores de la zona sureste de la ciudad. Tutmosis III se instaló con el grueso de sus tropas en el centro, comandándolas desde un carro dorado. El combate comenzó cuando las fuerzas cananeas se vieron atacadas desde ambos lados y amenazadas por las alas egipcias. Los cananeos, al verse con el grueso de las tropas de Tutmosis III, salieron huyendo del pánico que les entró. No obstante, el ejército en vez de perseguir a los cananitas fugados se dedicó a saquear lo que pudo del campamento enemigo, incluyendo la tienda del príncipe de Qadesh. Esto provocó que los habitantes de la ciudad de Megido cerrasen las puertas una vez que los fugados ya estaban dentro de sus muros. Los egipcios habían conseguido derrotar a las tropas de los cananitas en el campo de batalla, pero les habían permitido huir y refugiarse en la ciudad de Megido.

Los egipcios se pusieron inmediatamente a sitiar la ciudad y el faraón ideó un plan para conseguir rendir Megido; su estrategia consistió en cavar un foso alrededor de toda la ciudad y construir una pequeña empalizada de madera. Pero, según la estela de Yebel Barkal, se nos describe cómo este acto tardó más de siete meses antes de que la ciudad cayera, lo que le permitió al príncipe de Qadesh escapar del asedio a la ciudad. Megido finalmente cayó con el tiempo y los egipcios capturaron un botín dentro de la ciudad que compensó la duración de la campaña.

No está claro, a nivel arqueológico, cuál de todas las ciudades de Megido sufrió el asedio de Tutmosis III y sus ejércitos en el 1479 a. C., ya que existen diferentes evidencias arqueológicas que, por haberse dado en poco tiempo —como el asedio y la posterior reconstrucción de la ciudad—, no se han dejado ver claramente. Sin embargo, la Universidad de Chicago ha expuesto sus resultados y dejado claro que son las ciudades de los estratos IX y VIII. Pero no solamente podemos achacar un combate para una campaña durante los meses de asedio a la ciudad de Megido. Los egipcios conquistaron varias ciudades del valle de Jezreel, como Shimon, Taanach, Geba-Shumen, Ophel, Shunem y Yoqneam.

Tutmosis III y sus hombres finalmente regresaron a Egipto en octubre de ese mismo año, concluyendo así la primera campaña que realizó este faraón en territorio cananita y la más importante, porque supuso restablecer la autoridad egipcia en el área y demostró que Egipto podía enfrentarse a otras civilizaciones más allá de sus fronteras, algo que no había ocurrido con mucha frecuencia en los reinados anteriores. Tutmosis III designó a un gobernador egipcio para Canaán que pudo estar establecido en Megido, ya que esta presencia egipcia permaneció inalterada durante los doscientos siguientes años.

Sin embargo, quedan aún diversas cuestiones alrededor de los misterios que rodean la conquista de Megido por Tutmosis III. Como se ha señalado en diversas publicaciones, no se han descubierto restos de la destrucción de Megido en ninguna de las excavaciones, y aunque haya evidencias de reconstrucción no se ha encontrado un verdadero asedio que finalmente rindiera la ciudad, por lo que la investigación se cuestiona si los habitantes de la ciudad abrieron las puertas para rendirse y evitar la destrucción de sus muros, o cómo Tutmosis III pudo sitiar una ciudad que no estaba muy fortificada durante más de siete meses. Se han dado diversas soluciones a las preguntas que los investigadores plantean:

Tal vez las anteriores fortificaciones que se databan en la mitad de la Edad del Bronce fueron construidas alrededor del emplazamiento de Megido y siguieron funcionando hasta el final de la Edad del Bronce, de modo que no hubo una necesidad arquitectónica para crear un muro alrededor del emplazamiento.

Otra posibilidad puede ser que Megido no estuviera fortificada y, en ese caso, el ejército egipcio no tuvo que asaltar ningún muro, pero tendría que atacar la ciudad y a sus defensores.

La última propuesta plantea que el asedio puede ser que solamente durase un mes en lugar de siete. Los registros de Tutmosis III podrían indicar que estos siete meses fueran empleados durante el comienzo del asedio en eventuales regresos hacia Egipto, como también la conquista de ciudades que hemos mencionado antes o algunas en el Líbano, y los ejércitos de Tutmosis habrían regresado tras someter y conquistar estas plazas en la costa sirio-palestina, por lo que toda la campaña debió de durar siete meses, y solamente un mes el asedio de Megido.

Una curiosidad acerca del hábil movimiento de cruzar por el paso Musmus es que no solamente Tutmosis III realizó esta maniobra: siglos después, Edmund Allenby, un mariscal de campo británico, realizó la misma operación que el faraón egipcio en el contexto de la Primera Guerra Mundial.

El botín obtenido por los egipcios en esta primera campaña fue muy satisfactorio; aparte de los frutos que en un futuro dieron las nuevas tierras conquistadas, consiguieron 340 prisioneros vivos y 83 esclavos, 2041 yeguas, 191 potros y 6 caballos, más de 1900 cabezas de ganado y 20 500 ovejas. En lo que respecta a la indumentaria de guerra, consiguió el carro de oro del príncipe de Megido, así como 924 carros de combate, armaduras de bronce, arcos y varas de madera trabajadas en plata. En esta campaña, Tutmosis III consiguió acabar con la dinámica que llevó Hatshepsut en su reinado, se atrevió a romper con lo que se había establecido y comenzó a mostrarse ambicioso con los territorios que circundaban a Egipto.

Tras esta campaña, Tutmosis III mandó grabar en el templo de Karnak diversas partes de su conquista, así como un gran ejemplo de la descripción de la fauna y la flora de Punt. Años más tarde, el faraón comenzó a plantear diversas campañas hacia Djahy y Qadesh. Para ello lo primero que hizo fue consolidar los territorios de la fachada marítima del Mediterráneo tomando la ciudad de Ullaza, en la desembocadura del Nahr el-Barid. Esta ciudad tuvo una importante repercusión porque consiguió quitar los territorios al príncipe Tunip, aliado de Qadesh y de Mitanni, acto seguido Tutmosis III consigue la plaza de Ardata al suroeste de Trípoli.

Tras vencer en los territorios de Ardata, las tropas de Tutmosis consiguen ocupar el objetivo de Djahy. En las fuentes se describe como un lugar con un montón de fruta y de trigo, abundantes víveres y cercano al mar, como si de una gran ciudad se tratara, con un montón de recursos, los cuales sirvieron al faraón para conseguir abastecerse, aunque no avanzó durante ese año.

Las ofensivas comenzaron al año siguiente, en 1449 a. C., cuando las tropas de Tutmosis III desembarcaron en Biblos, una ciudad en la costa sirio-palestina. Los ejércitos de Tutmosis III desencadenaron una gran sacudida en estos territorios, quemando y devastando la región en su paso hasta Qadesh. Esta incursión sirvió para calmar los ánimos en este lugar, ya que algunas ciudades habían sido conquistadas en Ardata, como la ciudad de Simyra.

POLÍTICAS Y SITUACIÓN TRAS LA BATALLA DE MEGIDO

La política que llevó a cabo Tutmosis III fue la de tomar jóvenes rehenes de las ciudades sirias y llevárselos consigo a Egipto; cuando tuvieran la edad para volver, su lealtad con el país egipcio habría aumentado y así no debería haber tantas rebeliones en estos territorios. Sin embargo, al año siguiente de esta campaña se volvieron a rebelar las ciudades sirias y, en esta ocasión, las tropas de Tutmosis III tomaron la ciudad de Ullaza junto con unos cuantos puertos fenicios más pequeños. El plan contra las rebeliones no estaba funcionando como debería y, en ese momento, el faraón decidió que todo el exceso de grano que se produjera en las tierras recién conquistadas debía enviarse a los puertos para servir de apoyo a las tropas que se apostaban en Siria.

El faraón Tutmosis III no dudó en volver a hacer la guerra en estos territorios y, en 1447 a. C., decidió plantear un nuevo enfrentamiento con Mitanni, que había ayudado al príncipe de Qadesh en la batalla de Megido. Para ello, el faraón se atrevió a enfrentarse en los territorios de este pueblo.

La estrategia del faraón consistió en el desembarco masivo de sus tropas en Biblos y la construcción de barcos que llevaría consigo en su travesía hacia el norte. La campaña contra Mitanni comenzó como las anteriores, con el saqueo de las tierras de Siria hasta conquistar los territorios de Alepo y Karkemish. Una vez conseguida la ciudad de Karkemish, las tropas egipcias cruzaron el Orontes por la altura del Niya y marcaron la frontera más septentrional de la influencia egipcia, con Alepo como la ciudad con influencia egipcia más avanzada. Al volver de estos territorios se dedicó a recaudar el tributo de estas tierras. Hay teorías que dicen que las ciudades de Assur, Babilonia y los hititas estaban condicionados a los tributos de Tutmosis III.

Las siguientes campañas de Tutmosis III se muestran claras y con un único objetivo: reducir las fuertes influencias que los mitanos tenían en Mitanni y los territorios colindantes. Alrededor de 1446 a. C. el faraón volvió a los territorios de Djahy para sofocar las rebeliones que eran recurrentes en estos territorios; sin embargo, no solo marchó para sofocar la sedición de esta ciudad, sino que también tomó la ciudad de Nugés. Al año siguiente, los mitanos no pararon su avance y su agresión contra los territorios egipcios, atacando los territorios de la ciudad de Alepo, en el extremo noroeste de la influencia egipcia. Sin embargo, esta campaña parece ser decisiva, ya que los hititas se ven obligados al pago de un tributo anual a los egipcios.

Los años siguientes del reinado de Tutmosis III están menos claros, pero parece razonable pensar que se enfrentó a nuevas revueltas en los territorios que había anexionado. La última campaña que realizó el faraón en los territorios sirios fue alrededor del 1437 antes de Cristo.

En esta ocasión, los príncipes fenicios se habían rebelado contra el poder egipcio y comenzaban a inclinarse por las actitudes de los reyes de Mitanni. La ofensiva del faraón fue decisiva para sofocar estos territorios. Las primeras acciones militares fueron apoderarse de Arcata y de las proximidades de Trípoli, destruyendo la ciudad de Tunip. Más tarde, comenzó a dirigirse hacia Qadesh con un gran ejército, y allí tomó las tres principales ciudades y ejecutó a los rebeldes que habían apoyado a los mitanos. Es a partir de entonces cuando parece que se consolidaron, durante un breve período de tiempo, las influencias de Egipto en este territorio, ya que se ha visto acrecentada la influencia y los tributos de esta zona con respecto al monarca egipcio, tal y como demuestran los tributos de Cilicia y Adana.

Tutmosis III derrotando a sus enemigos.

Este faraón tuvo una gran importancia en la historia militar, no solo por su brillante primera campaña en la llanura de Megido, sino también por romper con la dinámica egipcia de las invasiones cercanas a sus fronteras naturales, demostrando que podían ser unos buenos militares. Tutmosis III inició, con la batalla de Megido, una influencia importante en los territorios de Siria-Palestina, y consiguió una frontera de sus «territorios» más al norte de Alepo, en el cruce del Orontes. Por lo tanto, debemos de comprender la importancia de la victoria de Megido, tanto por plantear las bases de una serie de campañas prácticamente consecutivas en estos territorios como para observar cómo los egipcios consiguieron de forma flagrante vencer a sus vecinos fenicios y ampliar, más allá de sus fronteras naturales, su influencia, lo que reportó numerosos beneficios que han quedado registrados en las paredes de los templos de Tutmosis, como por ejemplo, en Karnak y los maravillosos relieves que narran esta primera campaña.

A partir de este momento, Egipto se convirtió en una gran potencia, no solo dentro de los límites que el desierto les proporcionaba, sino también fuera de estos. Se ha observado cómo los territorios de la costa sirio-palestina comienzan a caer cuando Tutmosis III vence al príncipe de Qadesh en la batalla de Megido, y, tras esta, los egipcios consiguen consolidar su influencia

en estos territorios, que queda demostrada por los numerosos tributos que repercutieron en Egipto.

La batalla de Megido cuenta con un hueco dentro de las grandes batallas de la Antigüedad por su estrategia y su planteamiento: un faraón, que en un principio carece de formación militar, actúa de manera brillante y permite no solo la victoria de su ejército sino la implantación de la influencia egipcia en estos territorios.

2

Qadesh: La mentira de un faraón

Los tiempos han cambiado. Egipto, esa potencia que consiguió estremecer a los habitantes de la costa sirio-palestina, ya no es lo que era. Tras los reinados de Akenatón y el brevísimo reinado de Tutankamón, las fronteras se habían debilitado y los territorios que Tutmosis III había conseguido tras muchas campañas comenzaban a cambiar de postura. Ahora no era Egipto la cabeza hegemónica de la costa sirio-palestina, sino los diversos imperios que habían surgido en Mesopotamia. Hacia los siglos XIV-XIII a. C. la región de Canaán que habían conquistado los egipcios se vio en peligro por la poca capacidad militar de los descendientes de Tutmosis III para defenderla. Bajo los reinados de Tutmosis IV y Amenhotep III, Egipto acabó perdiendo todo el territorio de Mitanni en el norte de Siria.

Cartas de Amarna, escritura en cuneiforme.

Durante el final de la dinastía XVIII egipcia, tal y como demuestran las tablillas de arcilla denominadas cartas de Amarna, los del Nilo comenzaron a perder influencia en estos territorios. Estas cartas nos explican cómo los faraones dejan de tener influencia a través de su correspondencia con los distintos príncipes y reyezuelos de estas zonas, donde cada vez más son recurrentes los desprecios que les hacen estos gobernantes a los faraones. Esta pérdida de influencia gradual se acrecentó cuando llegaron los mandatos de Akenatón y de Tutankamón, que no realizaron prácticamente ninguna campaña militar por mantener estos territorios. Horemheb, uno de los generales bajo estos gobiernos, decidió dar una especie de golpe de Estado a la muerte de Tutankamón para proclamarse como gobernante de esta dinastía y realizó campañas militares en estas regiones, con renovado interés por mantener estos territorios de la mano egipcia.

Horemheb fue un hábil militar, pero, al morir, en vez de sucederle su hijo le sucedió Ramsés I, que comenzó una nueva dinastía denominada como XIX, la más conocida por la importancia de los ramésidas. Tal y como hizo Horemheb, Ramsés I y más tarde su hijo Seti I se propusieron continuar con el legado que dejó Tutmosis III y restaurar el Imperio egipcio en los territorios de Canaán y Siria.

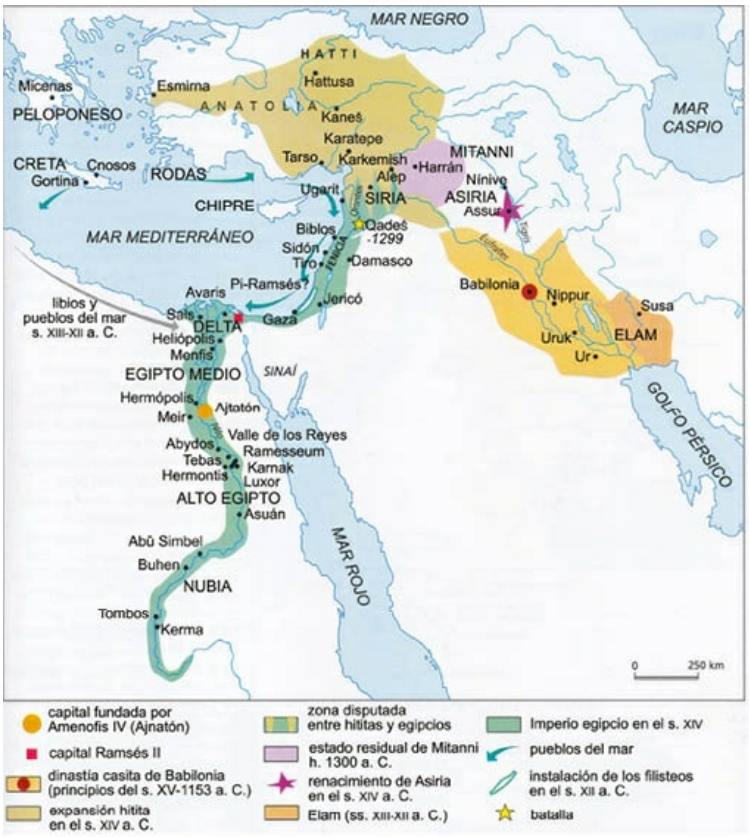
Existen diversas fuentes de este período en las paredes del templo de Karnak donde se registran todos los ataques de estos faraones en territorios sirio-palestinos, así como la conquista de diversos puestos que habían sido arrebatados a los egipcios tiempo atrás. Seti I consiguió que los hititas y los egipcios mantuvieran la paz, conservando la influencia egipcia en las zonas costeras del Mediterráneo oriental. No solamente consiguió establecerse de nuevo donde Tutmosis III tuvo muchísimas victorias, sino que consiguió capturar la ciudad de Qadesh y la ciudad de Amurru, donde su hijo Ramsés II participó como oficial a su mando. Sin embargo, las influencias egipcias en este territorio volvieron a desaparecer en favor de los hititas, quienes habían conseguido volver a implantar su control y su influencia en los territorios de Canaán y de Siria.

RAMSÉS II, EL INICIO DE UN REINADO

A la muerte de Seti I le sucedió en el trono su hijo Ramsés II con veinticuatro años (1280-1279 a. C.). Sin embargo, el faraón se había formado en las artes bélicas, ya que participó en numerosas batallas como oficial de su padre, así como en algunas campañas (que ya eran tradicionales) contra los países nubios. En un principio, el faraón comenzó a suprimir algunas revueltas de los nubios y se hizo cargo de algunas campañas que estaban empezando a dar forma en los territorios de la actual Libia.

El primer enfrentamiento de gravedad al que tuvo que enfrentarse Ramsés II fue a los dos años de tomar el poder; en el 1278 a. C. los egipcios tuvieron que enfrentarse en sus costas a los piratas shardanos. Estos habían comenzado a realizar pillaje en las costas mediterráneas y habían atacado varias embarcaciones de buques cargados de provisiones que se dirigían hacia el país del Nilo. Estas gentes, según los investigadores, provenían de la costa de

Iona o de la isla de Cerdeña. Los piratas y los egipcios tuvieron un enfrentamiento en el mar, donde los del Nilo ganaron gracias a sus barcos. Ramsés, para evitar un mal mayor, comenzó colocando tropas y barcos en puntos estratégicos por toda la costa; esto provocó que los piratas no pudieran atacarla, aunque en un momento dado llegaron a entablar combate y, una vez en la mar, consiguieron derrotarles capturando a todos los piratas en un solo enfrentamiento.



Mapa de la situación de Egipto con Ramsés II. Fuente: Duby, G. (2011): *Atlas histórico mundial*, Larousse.

Existen varios documentos que narran los hechos acontecidos contra los shardanos, que han pasado a la historia con la denominación de «pueblos del mar». Los shardanos fueron uno de los pueblos del mar que atemorizó las costas del Mediterráneo en estas épocas. En la estela de Tanis aparecen numerosos testimonios acerca de estos piratas y su representación iconográfica. Tras la batalla naval contra los pueblos del mar, Ramsés II los incorporó como parte de su guardia personal, ya que encontramos esas mismas

representaciones de personas ataviadas como ellos en multitud de relieves donde acompañan al faraón; las representaciones iconográficas de estas personas con yelmos cornudos, escudos redondos y grandes espadas aparecen en otros muchos relieves. Durante el transcurso de esa batalla, los egipcios consiguieron mantener sus costas libres de los pueblos del mar.

Sin embargo, aunque esta fuera la primera campaña militar del gobierno de Ramsés II, no desembocó en la expedición por la que la batalla de Qadesh fue conocida. No obstante, estos enfrentamientos permitieron al faraón egipcio asentar el dominio en las costas del Mediterráneo y, con él, poder plantear campañas en Siria, tal y como hicieron sus predecesores. La primera campaña militar en terreno sirio fue llevada a cabo durante el cuarto año de su reinado, lo que constata la inscripción que se ha descubierto en Nahr el-Kalb, donde solamente se puede leer en lo referente al faraón ramésida «4 año». Al parecer, la primera campaña del joven Ramsés en los territorios cananitas pasó por Tcharu, donde cruzó hasta el país de Canaán y después a Tiro y a Biblos. Por esta ruta, el faraón y su ejército consiguieron adentrarse hasta el país de Amurru, donde sorprendió al príncipe Benteshina, quien era aliado de los hititas, obligándole a rendirse. Tras esta victoria, el faraón egipcio se llevó consigo varios rehenes a Egipto y consiguió que los nuevos territorios conquistados, como el Estado vasallo de Amurru, le rindiesen tributo.

QADESH, LA BATALLA POR UN IMPERIO

Ramsés II se fue tras haberse forjado una gran reputación como estratega y militar; sin embargo, fue la batalla de Qadesh la que hizo que su nombre se escribiera en los anales de la historia, ya fuera por la cantidad de propaganda que realizó una vez acabada la batalla, o por ser la mejor conservada de toda la civilización egipcia. Muwatalli (rey hitita), al enterarse de que los egipcios habían recuperado el país de Amurru, decidió declararles la guerra y marchó hacia el sur para enfrentarse a ellos, mientras que Ramsés II lo haría al año siguiente.

La segunda campaña de Ramsés II en territorio sirio fue la más importante, ya que fue directamente una amenaza a los territorios de influencia egipcia por parte de los hititas. En el quinto año del reinado de Ramsés II (1274 a. C.), las fuerzas egipcias salieron desde la capital de los ramésidas, Pi-Ramsés, situada en el delta oriental, y avanzaron desde allí hasta la fortaleza de Tjel. Las fuerzas del faraón fueron recorriendo la costa que conduce a Gaza en cuatro divisiones, la primera denominada Amón, la segunda P'Ra, la tercera Seth y la cuarta la división Ptah. Hubo otras divisiones que acompañaban al ejército egipcio como las tropas agrupadas en la Ne'arin, de mercenarios militares. Esta última se estacionó en el puerto de Sumur la cual tuvo un importante papel en la guerra y la posterior batalla de Qadesh.

En esta campaña, algunos de los soldados que habían sido derrotados en la batalla contra los pueblos del mar aparecen acompañando al faraón Ramsés II en su incursión hacia Siria. Este ejército egipcio tuvo que enfrentarse a una lista de diecinueve aliados de los hititas y de Muwatalli, congregados todos ellos en Qadesh. Esto hizo que el conflicto llegara a ser una gran batalla entre los dos Estados más importantes de la zona oriental del Mediterráneo.

Las fuentes que nos narran la batalla son los relieves llamados Poema de Pentaur y el Boletín de Guerra. Estos nos narran tanto las unidades que llevó Ramsés II —algunas de las unidades fueron los mencionados pueblos del mar — como también la ruta que siguió el faraón para realizar la incursión a los territorios cananitas. En un primer momento, Ramsés entró desde la fortaleza de Sile hasta los territorios de Canaán. Hizo pasar a su ejército por los estrechos pasos hasta llegar al valle del Cedro.

Una vez allí, las fuerzas del faraón cruzaron el Orontes. Primero cruzó la división de Amón, que llegó prácticamente hasta la ciudad de Qadesh; la división de Amón estaba en marcha detrás de él, mientras que la división de P'Ra estaba cruzando el vado del Orontes; la división de Ptah aún no había cruzado el Orontes y estaba situada en la ciudad de Arnaim, mientras que la de Seth marchaba aún detrás.

Las fuerzas de Ramsés II que le acompañaban estaban a unos once kilómetros de Qadesh, al sur de la ciudad de Shabtuna, donde conocieron a unos nómadas shasu. Estos le dijeron al faraón que el rey hitita estaba en la tierra de Alepo, al norte de Tunip, y por tanto muy lejos de las intenciones del faraón. Esto parece ser que fue preparado por Muwatalli, que había mandado

a estos nómadas al faraón de Egipto para que no se preparase para el combate, con lo que conseguía una clara ventaja táctica. Los egipcios no se fiaban de sus informantes y comenzaron a torturarlos; tras un tiempo de intensa agonía, los enviados del rey Muwatalli comenzaron a hablar hasta que no pudieron más y revelaron la posición del monarca hitita.

Revelaron que no estaba al norte de Alepo, sino que ya había llegado a Qadesh y que estaba formando un gran ejército con el resto de reyezuelos que apoyaban su causa, armados con carros y con infantería. No se nos expone en los documentos que narran la batalla el número de enemigos, sino que se describe como una metáfora de la cantidad ingente de soldados que habían estado en el lado de Muwatalli, aunque estudios posteriores cuentan más de tres mil setecientos carros de combate y cuarenta mil infantes entre todas las tropas que apoyaban la causa hitita.

Tras conocer las intenciones del rey de los hititas y saber que la posición de Alepo fue un engaño, Ramsés II reunió a sus consejeros y discutieron sobre la cuestión de la guerra. El faraón contaba con sus guardaespaldas y la división de Amón, la cual se había acercado ya a la posición del rey de Egipto. Se ordenó que las unidades Ptah y Seth se acercaran con más rapidez a la posición del faraón, mientras que la división P'Ra ya estaba llegando. Sin embargo, el rey hitita había establecido distintos puestos de vigilancia en la ladera noreste de la colina que se levantaba en Qadesh, y desde allí tenía una ventaja táctica sobre los del Nilo. Ramsés, al tiempo, decidió que era mejor liberar a los prisioneros que había capturado para que fueran de nuevo con su rey.

El visir, encargado de establecer contacto con las divisiones que estaban retrasadas, decidió poner en marcha a las diferentes divisiones. Como el tiempo apremiaba, el consejero real fue cambiando los caballos de su carro para poder ir más rápido sin tener que parar a que los animales bebieran. El visir comenzó a dar órdenes a las divisiones retrasadas y fue, en este momento, cuando la división de P'Ra apretaba el paso hacia el norte, casi en el campamento de Ramsés en el río Al-Mukadiyah (afluente del Orontes). Los egipcios se encontraron con una visibilidad muy mala por el paso de los soldados, los cuales levantaban mucho polvo que tardaba en asentarse. En los márgenes de este río les sobrevino una masa de carros de guerra hitita que se arrojaron sobre la columna de marcha egipcia. El resultado de este primer

combate fue un éxito hitita: destruyeron prácticamente la totalidad de la división, los carros y los caballos fueron destrozados. Las columnas y las tropas egipcias no podían vencer a los carros hititas debido al cansancio de la marcha forzada, así como la emboscada que Muwatalli había preparado. De este combate solamente unos pocos infantes consiguieron sobrevivir y ponerse en fuga. Los egipcios habían perdido ante el ataque de los hititas, los supervivientes de la división de P'Ra consiguieron llegar al campamento de Ramsés, todo lo que quedaba de la segunda división había llegado al campamento de Ramsés o a la tercera división en el sur. Los hititas, en vez de replegarse y tomar la victoria sobre una de las columnas de Ramsés, decidieron atacar el campamento del faraón.

Tras la derrota de la división de P'Ra, el faraón dispuso las tropas de su campamento en orden de combate, listas para acometer un enfrentamiento dentro del recinto campamental, que fue cercado con sus escudos. Ramsés esperaba que el resto de las divisiones, incluidas las que había dejado atrás, pudiesen llegar en un lapso de dos días y así poder formar un gran ejército para combatir a los hititas. Sin embargo, los vigías llegaron desde el sur y el oeste, donde observaron cómo muchos carros hititas se habían lanzado contra ellos. Antes de que las tropas de P'Ra entrasen en el campamento, todos estaban enzarzados en un combate y en minutos los carros hititas entraron sobre el noroeste de la pared de escudos que había formado Ramsés. Las fuerzas de Muwatalli entraron en el campamento por ese lado y, los carros, los cuerpos de los muertos, la fila de escudos, los fosos y las tiendas impidieron que la inercia del combate siguiera dentro de ellos. El asalto pasó rápidamente a un combate de infantes, los carros hititas se empujaban, no había espacio suficiente para todos los que combatían, de modo que muchos de ellos tuvieron que combatir fuera del campamento desde el foso y el muro de escudos.

Ramsés II castigando a sus enemigos.

Muchos egipcios cayeron en esta ofensiva, así como muchos hititas que habían sido presa del espacio reducido y habían caído bajo las armas egipcias. En este momento, la guardia personal del faraón, los guerreros shardanos, protegieron al rey con sus vidas y fueron organizados por el propio faraón. La situación del monarca egipcio estaba ubicada en el fondo del campamento y en el lado oriental. Sin embargo, aunque se pusieran a salvo los hijos de Ramsés y sus soldados, el faraón se colocó la corona y se dirigió montado en su carro de guerra hacia la batalla.

Ramsés II partió hacia el combate con su carro y su arco; conducido por su subordinado Menna, salió del campamento por el este y se puso a la cabeza de los carros de combate egipcios para llegar hasta el norte, donde los carros hititas estaban embotellados por el espacio reducido y por la confusión del combate y por tanto eran un objetivo fácil de atacar. Ramsés II se abalanzó

sobre ellos, pero, los hititas, en vez de atacar los carros egipcios, siguieron en su empeño de entrar en el campamento egipcio para conseguir saquear todas las riquezas que llevaba el faraón consigo. Esta ambición de las tropas hititas les llevó a perder la vida a manos de los carros egipcios y sus flechas.

Los carros de Muwatalli finalmente reaccionaron y comenzaron a abandonar el combate hacia la llanura oeste, en sentido opuesto al que habían seguido para atacar el campamento. Los caballos de los hititas estaban muy cansados, pues habían combatido dos veces en el mismo día, y, por lo tanto, eran más lentos que los egipcios y ofrecieron combate en la planicie, aunque acabaron por huir.

La victoria egipcia de este primer combate fue clara, los egipcios consiguieron defender su posición, aunque perdieron muchas vidas, sin contar la mencionada división P'Ra que había desaparecido prácticamente sin ofrecer una defensa efectiva. Los egipcios comenzaron a rematar a los muertos y mutilados del campo de batalla, amputándoles las manos derechas para hacerles inservibles para la guerra.

Los planes de Muwatalli no pasaban por perder esa unidad de carros que había enviado a destrozar las líneas egipcias que aún no habían llegado al campamento. Esto hizo que tuviera que ganar otra ventaja táctica. En este caso, los hititas decidieron que era mejor distraer a las tropas egipcias que habían salido a perseguir a los carros que huían hacia Qadesh; para ello, mandaron un cuerpo del ejército a hacer frente a Ramsés II, para que regresara a su campamento. Sin embargo, el rey hitita ordenó que se organizaran las tropas y que cruzaran el río cercano a la ciudad de Qadesh para atacar el campamento egipcio desde el lado oriental. La respuesta de los nobles que acompañaban a Muwatalli, así como sus hijos, hermanos y personal que les acompañaba fue clara, y acabaron por concentrarse en una escuadra que tras muchas dificultades consiguió cruzar el Orontes hacia poniente.

La fuerza de Muwatalli parecía que estaba ganando, asaltaron con fiereza el campamento de los egipcios, pero, entonces, llegó desde el norte una gran fuerza egipcia, la división de los *ne'arin* que había estado vigilando uno de los puertos egipcios. En este momento, parece que los mercenarios egipcios le salvaron la vida al faraón y a sus tropas, tras llegar al combate y auxiliar el campamento. Como ocurrió en el primer combate, los carros hititas intentaban ingresar en el campamento de los egipcios sin éxito, mientras que los

mercenarios egipcios destruían con sus flechas este contingente de tropas. Sin embargo, la suerte de los hititas comenzó a cambiar, las fuerzas de Muwatalli se batieron en retirada hacia el Orontes cuando, de improviso, aparecieron en la orilla los carros de la división Ptah, que asestaron un golpe a los supervivientes hititas en el borde del río.

Ramsés II hizo que se volviese a ocupar el campamento de los hititas que habían vencido, no obstante, muchos carros hititas se habían puesto a salvo al otro lado del Orontes. El faraón una vez acabado el combate contra sus enemigos se retiró a meditar qué haría con los prisioneros nobles que había capturado en el combate. Parece ser que, a la mañana siguiente, el monarca egipcio castigó duramente a las tropas supervivientes de las divisiones de Amón y de P'Ra, ya que no habían sido capaces de ayudar al faraón cuando estaba en peligro y fueron los mercenarios los que le ayudaron en el combate.

La versión que da el faraón en los textos del Rameseum es diferente: da gracias a la ayuda del dios Amón, quien le dotó de una fuerza sobrehumana con la que consiguió exterminar a sus enemigos. Sin embargo, lo que ocurrió fue el auxilio de los mercenarios desde el norte. Por lo tanto, el faraón decidió realizar lo que los romanos posteriormente llamaron la *decimatio*, es decir, ejecutar a un hombre de cada diez. Los prisioneros hititas presenciaron el acto de «justicia» que el faraón había realizado con sus tropas. No obstante, como decimos, no creemos que fuera por incapacidad de sus tropas, sino porque estas no estaban con él cuando los hititas atacaron el campamento, y hubo de ser salvado por los mercenarios del norte.

Muwatalli recibió a los prisioneros hititas que habían sido liberados y sopesó las opciones de los egipcios, que, aunque habían vencido en el campo de batalla, habían perdido muchísimas tropas y no era sostenible el asentamiento de estas en los territorios sirios. Muwatalli observó la ventaja táctica de un armisticio entre ambos bandos, por lo que realmente el rey hitita cedió la ciudad de Qadesh a sabiendas de que los del Nilo no podían mantenerla con el tiempo, ya que debían volver a Egipto para restaurar las numerosas tropas que habían perdido. La misiva del armisticio se envió y Ramsés II decidió aceptar, algo que revela que los egipcios habían derrotado en combate a los hititas, pero no habían podido ver las consecuencias de una victoria con muchísimas bajas.

Tratados de Qadesh. Museo del Antiguo Oriente, Turquía.

En el retorno de las tropas del faraón egipcio hasta el país del Nilo fueron escoltados por las tropas de los hititas; esto parece una derrota que no está registrada en las fuentes, por lo que la victoria egipcia estuvo más en el campo de batalla que en la guerra. Los egipcios, al tiempo de firmar este armisticio, comenzaron una relación con los hititas que fue algo inestable. Los esfuerzos de Egipto por mantener el territorio fueron inexistentes, y volvieron los problemas en estos territorios; sin embargo, a la muerte de Muwatalli, se

produjeron unos conflictos entre el hermano y su hijo por el trono, momento que aprovechó de nuevo Ramsés para atacar los territorios y poner guarniciones en algunas ciudades. No obstante, cuando Hattusili III, el sucesor de Muwatalli, llegó al trono, quiso firmar un tratado con Egipto conocido como Tratado de Qadesh.

El Tratado de Qadesh está escrito en varios idiomas, en acadio y en jeroglífico egipcio, y en él parece que se ponen por escrito las fronteras de ambos imperios y se deja claro que Ramsés renuncia a Qadesh, Amurru y las tierras limítrofes con el río Orontes, así como a los tributos de todos estos pueblos. Por lo tanto, parece adecuado pensar que la batalla la ganó Ramsés II, pero la guerra la ganaron los hititas, ya que finalmente se quedaron con el territorio de Qadesh y con los tributos de esta zona.

Al contrario que Megido, la batalla de Qadesh fue el principio del fin de las pretensiones egipcias en los territorios sirios. Durante más de tres siglos los del país del Nilo intentaron permanecer de forma estable en estos territorios, manteniendo una relación de rey y súbdito con la realeza cananita, tal y como demuestran algunos textos como el que nos trasmite las idas y venidas de Sinuhé el egipcio o las cartas que se enviaban los faraones con estos, cuyo trato parece ser más de hermanamiento y de súbdito que de igual a igual.

Con el paso del tiempo, en el trigésimo cuarto año de reinado de Ramsés II, se selló otro pacto, en el que el rey hitita daba a su hija para casarla con el faraón de cincuenta años de edad. Sin duda, a partir de la batalla de Qadesh, también se fijó una paz con la ciudad de Hatti, la cual fue destruida por los pueblos del mar en el 1190 antes de Cristo.

Controversias en la Batalla de Qadesh

Existen diferentes controversias en la victoria egipcia de Qadesh. Ramsés II se retira tras una victoria que no es tal en realidad, ya que según algunos investigadores como Nicolás Grimal detallan que fue una salvación del ejército y un abandono de los territorios, cuando Muwatalli consigue hacer que este territorio sea completamente antiegipcio, lo que es más que una

victoria. Otra de las controversias que aparecen en esta batalla es la ayuda de los *ne'arin*. La división de estos mercenarios que estaban en el norte acudió en ayuda de su rey cuando los carros hititas estaban sobre los egipcios. Muwatalli es posible que ni siquiera supiera de la existencia de esta división, ya que no formaron parte de esa columna de soldados que marchaban junto al rey, pero pudiera ser que fuera una división de los mejores soldados del faraón.

Una de las cosas que más se ha discutido acerca de la batalla de Qadesh fue en qué momento del día resultó ese primer ataque de los carros. En muchas publicaciones se ha hablado de la noche, ya que sorprendió a la división de P'Ra; sin embargo, recientes investigaciones explican que no pudo ser en ese momento, debido a que cruzar un río con carros y con numerosas tropas por la noche hubiera supuesto un suicidio táctico. Unida a esta idea, también se expone que el tiempo que tardaron en cruzar el río era demasiado como para hacerlo solo en una noche y atacar inmediatamente después, por lo que parece ser que se produjo al día siguiente.

Con el final de la batalla de Qadesh y el posterior Tratado de Qadesh, Egipto dejó de tener interés en el frente asiático; se dejaba de lado una influencia que se hizo fuerte con Tutmosis III y que se abandonó con Ramsés II. No obstante, aunque Ramsés tuvo esta «victoria» y abandonó estos territorios, este faraón fue uno de los más brillantes y más longevos de todo el antiguo Egipto, ya que llegó a amenazar diferentes posiciones de Libia, así como a establecer una reforma en el ejército tras la batalla de Qadesh. No es tema de este libro entrar en las construcciones y en el brillante gobierno de Ramsés II, sin embargo, cabe mencionar que en los múltiples templos que él edifica está el templo del Rameseum, en el Valle de los Reyes, donde dejó en sus paredes la historia de la batalla de Qadesh.

Ramsés II dirigiendo a sus tropas en Qadesh, templo de Abu Simbel.

II

Grecia

3

Las guerras médicas: La guerra para salvar Grecia

LOS INICIOS DE LA GUERRA, LA REVUELTA JONIA

A principios del siglo v a. C., los griegos comenzaron a aparecer en el ámbito internacional y no solo por sus colonias, en todo el ámbito occidental, sino porque se iban a embarcar en un mundo agresivo y hostil del que no podrían desprenderse jamás.

En el 499 a. C. los persas, en su política de expansión, enviaron numerosos barcos hacia Naxos, la polis más floreciente de las islas Cícladas. En este momento, la población y la clase más noble de la isla comenzaron a tener problemas internos que se saldaron con la expulsión de la oligarquía aristocrática. Estas familias se exiliaron a Mileto, donde estaba el tirano Aristágoras, que, en secreto, planteó recuperar el poder de sus homónimos en la isla de Naxos.

Mileto tuvo el privilegio de ser la polis más importante de la Jonia continental, obtuvo su autonomía bajo los reyes lidios, y fue respetada después con las invasiones persas. Al tirano Aristágoras le pareció una buena oportunidad devolver a su isla a los aristócratas de Naxos, esperando conseguir unas ventajas favorables para la ciudad de Mileto. Sin embargo, Mileto no tenía un ejército lo suficientemente grande como para afrontar las fuerzas de la isla de Naxos, por lo que su tirano se entrevistó con Artáfanes, el sátrapa (gobernante) persa de Lidia. Tras varias misivas con Darío, el rey de Persia, el gobernante persa obtuvo su permiso, por lo que Mileto obtuvo una gran flota de doscientos trirremes y un gran ejército que dirigió hacia la isla de Naxos. Las fuerzas de Mileto y de Lidia (Persia) estaban dirigidas por Aristágoras, que asumió el coste de esta expedición militar con las intenciones de recuperar todo ello tras el saqueo de la ciudad. Cuando esta gran fuerza entró en Naxos se encontraron al pueblo unido preparado para acometer la defensa contra ellos. Los ciudadanos de Naxos se refugiaron en el muro y, durante cuatro meses, estuvieron bajo asedio. Sin embargo, no fueron estos los que perdieron el asedio, sino que los persas se quedaron sin víveres para mantener al ejército en la isla y decidieron volver al continente para abastecerse.

En este instante, el tirano de Mileto creyó conveniente provocar una sublevación a gran escala en la zona de Jonia (actual costa mediterránea de Turquía) contra los persas. Al parecer las intenciones de Aristágoras se debieron al enfado con Escílax, comandante persa, que había maltratado a un almirante jonio. No obstante, aunque Heródoto (historiador griego que narra las guerras médicas) nos narre esto, no parece muy conveniente que, por el maltrato de un oficial, los de Mileto se rebelaran contra los persas.

Lo más razonable es que al ser Mileto la ciudad que sufragó toda la expedición, y tras perder la oportunidad de saquear la ciudad de Naxos, no pudo conseguir pagar todo aquello que le había costado. Los persas favorecieron a los tiranos en la Jonia y, tras el descontento dentro de Mileto, su tirano debía mover ficha para no perder su poder, por lo que se abanderó como libertador del yugo persa.

Una vez planteada la liberación de las ciudades-Estado de Eretria, Teos, Samos y Quíos, ya que sus tiranos marcharon hacia Sardes en busca de la protección de los persas, los jonios decidieron escoger seis generales para el enfrentamiento militar por la liberación de estas ciudades, en busca de la isonomía (igualdad ante la ley). El entusiasmo de derrotar al invasor, que había dominado con sus políticas gran parte de los territorios griegos, viene dado por la idea de la democracia que se había creado en la Grecia continental.

Sin duda los jonios buscaron rápidamente el apoyo de las ciudades del continente, por ejemplo Esparta o Atenas. En el caso de Esparta, no recibieron más que la negativa, ya que estaba envuelta en un conflicto con Argos; la segunda opción, Atenas, resultaba mucho más favorable a los intereses de los jonios.

Atenas decidió enviar algunas naves para combatir del lado griego contra los persas en la región de Jonia. No solamente Atenas participó en esta expedición, sino que también se unieron a ella los griegos de Eretria, que enviaron algunos barcos hacia allí. La participación de Atenas en este conflicto viene determinada por el asilo que los persas habían proporcionado al tirano Hipias, el cual había sido exiliado de esta polis. La asamblea de Atenas decidió enviar a Melancio al mando de veinte naves, que marcharon inmediatamente hacia las costas de la Jonia.

En el 498 a. C. el contingente griego se unió en Éfeso al ejército de los jonios. Desde esta posición, la coalición helena avanzó tierra adentro para atacar la ciudad de Sardes, donde se refugiaban los tiranos y los persas. La fuerza conjunta consiguió destrozar las defensas persas y tomar la ciudad en muy poco tiempo; el sátrapa Artáfrenes tuvo que refugiarse en la acrópolis de la ciudad y, desde allí, aguantó hasta la llegada de refuerzos persas. Cuando parecía que todo estaba perdido apareció la caballería persa al rescate de su sátrapa, y los griegos que estaban tomando la ciudad decidieron huir hacia la polis de Éfeso, pero fueron interceptados por esta caballería aqueménida, que los diezmó. La toma de la ciudad fue efectiva durante poco tiempo, los griegos continentales decidieron que era una misión muy costosa y abandonaron la expedición; ahora los jonios estaban solos frente al rey de Persia.

Aristágoras, el tirano de Mileto, no se contentó con la simple huida y decidió buscar nuevos aliados en las regiones del Helesponto y Caria, como también en Chipre. En el 497 a. C. los persas enviaron un gran ejército hacia la zona fenicia, donde los tiranos de Chipre se aliaron con los aqueménidas al ver tal fuerza de combate. Darío, rey de los persas, decidió enviar nuevos ejércitos para recuperar el control del Helesponto y de Caria. El ejército más importante dirigido por el yerno del rey, Daurises, fue emboscado por los carios en Pedaso, lo que resultó en una victoria aplastante para los griegos. Al ver Darío que su ejército más grande había sido derrotado, decidió, años después (494 a. C.), enviar una ofensiva, tanto por tierra como por mar, contra la polis de Mileto, el verdadero centro de la rebelión.

Durante estos años de victorias griegas, antes del 494 a. C., los ciudadanos de Mileto habían expulsado a su tirano Aristágoras y sumido la ciudad en una incertidumbre e indisciplina política que solamente fue sofocada con la llegada de Histieo, un nuevo tirano. Sin embargo, los milesios decidieron expulsar a los tiranos y finalmente instaurar una «pseudodemocracia».

Las polis griegas de Jonia se unieron en una liga, denominada como la Liga Jónica, que estaba dirigida por una asamblea religiosa que se reunía cada año en el santuario de Poseidón, en Priene. Estos reunieron un gran número de barcos frente a las costas de Mileto, en la isla de Lade. Para evitar problemas dentro de la organización de estas fuerzas conjuntas, los jonios decidieron entre todos que el comandante de la flota debía ser Dionisio de Focea, por ser la polis que menos contingentes contribuyó al ejército. Esta decisión evitó un problema entre las grandes polis.

La fuerza conjunta de los griegos no llegaba a superar las trescientas cincuenta naves, mientras que los barcos persas alcanzaban los seiscientos efectivos. Los aqueménidas, expertos en la negociación con otros territorios, decidieron enviar misivas de paz y promesas de riquezas para provocar deserciones en el lado griego. Al parecer, según nos cuenta Heródoto (principal escritor de las guerras médicas), los primeros en desertar fueron los samios, más tarde los lesbios, y la ciudad de Mileto quedó así como la más importante. Esta fuerza conjunta no pudo soportar el envite de las tropas persas, muchas ciudades-Estado fueron sometidas y castigadas por la participación en esta Liga.

De nuevo, los griegos habían sido derrotados por los persas, la ciudad de Mileto había sido arrasada, las tropas persas habían entrado tirando la puerta de la ciudad con arietes, la primera rebelión había sido un gran fracaso. Al año siguiente, el sátrapa Artáfrenes tomó medidas para la pacificación de esta zona, que tantos quebraderos de cabeza le estaba dando. El sátrapa decidió que era mejor reunir a todos los representantes de las ciudades de Jonia y hacerles jurar que se someterían a él. No obstante, este no fue el fin de los conflictos entre griegos y persas, sino el principio de una gran guerra que se solucionaría en la parte continental de Grecia. Los helenos comenzaron a defenderse de las pequeñas incursiones que los ejércitos persas hacían desde la Jonia hacia el interior del continente; se estaba preparando un gran conflicto para los próximos años.

LA PRIMERA GUERRA MÉDICA

En el año 491 a. C. Darío de Persia decidió enviar embajadores hacia el continente griego con un regalo de tierra y agua, es decir, se exigía un sometimiento al dominio persa para evitar la invasión agresiva del ejército. En un principio, muchas de estas ciudades-Estado aceptaron la propuesta del rey persa. Sin embargo, las grandes ciudades como Atenas o Esparta se mantuvieron firmes a sus respectivos regímenes políticos. En el caso de Atenas, los propios ciudadanos echaron a los embajadores aqueménidas a un pozo. Es curioso cómo en el imaginario colectivo actual, gracias a la película *300*, de Zack Snyder, se piense que fueron los espartanos los que realizaron esta acción.

Esta violenta acogida que recibieron los persas hizo que Darío reuniese un ejército en Cilicia, donde se prepararon grandes flotas para la expedición hacia la Grecia continental. Las fuentes clásicas nos proporcionan una cifra de entre noventa mil y seiscientos mil hombres armados para acometer esta campaña hacia la Grecia continental. Las intenciones de Persia no eran otras que establecer una cabeza de puente en la costa este de Grecia, en Atenas, por ejemplo, para, desde ahí, dominar esta región de forma pacífica.

Mapa de la primera guerra médica. Fuente: Duby, G. (2011): *Atlas histórico mundial*, Larousse.

El primer destino de esta expedición fue la isla de Naxos, cuyos ciudadanos no se resistieron a los persas y huyeron hacia las montañas, abandonando tanto la ciudad como los templos de esta. La siguiente parada de los persas fue también en las islas Cícladas; los habitantes cíclados se sometieron e incluso se alistaron en el ejército invasor. Fue en Eubea cuando los persas encontraron algo de oposición. En esta región, los persas se enfrentaron contra una coalición de griegos dirigida por Atenas, la cual había colonizado una ciudad en este territorio. No obstante, no fue una resistencia muy eficaz, ya que algunos de estos soldados abrieron las puertas de la ciudad a sus invasores, acción que hizo que se perdiera esta posición ante el enemigo aqueménida.

La gran fuerza persa, ahora mucho más fuerte, decidió llegar hasta el Ática, y mandó primero una avanzada de unos veinte mil hombres dirigidos por Datis. La verdadera misión de este general persa fue la de reinstaurar al tirano Hipias, aliado de estos, en Atenas. El tirano acompañó a los persas en esta expedición aconsejándoles y guiándoles sobre por dónde debían de pasar,

explicando que la mejor forma para introducirse en este territorio era a través de la bahía de Maratón.

La batalla de Maratón

Los atenienses, al percatarse de esta expedición, decidieron que el mejor momento para enfrentarse a los persas era cuando estos desembarcaran. Las fuerzas que la polis principal del Ática había llegado a reunir fueron un ejército de nueve mil hoplitas a los que se añadirían seiscientos hombres de Platea. Una vez los griegos enterados de la posición exacta donde desembarcaron los persas, marcharon a través de la llanura central del Ática y remontaron la costa hasta llegar a Maratón. Una vez emplazados en este lugar, Heródoto nos describe algunos de los discursos que los generales y comandantes realizaban para infundir valor a sus tropas. Lo que sabemos con seguridad es que no se produjo un combate al llegar ambos ejércitos a la llanura de Maratón. Parece factible pensar que los griegos, al verse superados en número por los persas, decidieran aguardar varios días y trazar una buena táctica para la batalla.

Los griegos se posicionaron en un lugar no tan llano, con el fin de embotellar a los persas y que así su número no fuera tan útil como en un llano abierto, donde podían desplegar fácilmente la caballería, algo que perjudicaba a los helenos. En Maratón, los atenienses esperaron la ayuda espartana, que accedió ante la petición de auxilio enviando un pequeño ejército, pero solamente una vez acabadas las celebraciones de las Carneas, principales fiestas religiosas de Esparta.

Los atenienses habían convocado un consejo de guerra donde los diez generales principales estaban discutiendo acerca de si avanzar o atacar inmediatamente, pero la discusión fue callada por el polemarca Calímaco. Este decidió que lo mejor era atacar a los persas, ya que eran guiados por Hipias. Sin embargo, parece ser que ninguno de los ejércitos se movió hasta que los persas decidieron avanzar y mover ficha primero. Los aqueménidas comenzaron a formar a sus tropas en orden de batalla y avanzar hasta situarse enfrente de los atenienses. Al ver cómo los persas se situaban frente a ellos, los generales atenienses decidieron que lo mejor era atacar. La batalla se

produjo a la mañana siguiente a una hora muy temprana mientras los persas estaban ordenando a sus tropas. El ejército aqueménida se extendió en un frente muy ancho, mientras los griegos imitaban esta formación por el temor a ser cubiertos por los flancos. En este caso, los helenos, al tener muchas menos tropas que los persas, decidieron que era mejor adelgazar la línea para poder reforzar los laterales. Los persas comenzaban a atacar usando arqueros, honderos e infantería ligera que lanzaba jabalinas desde la distancia. Como aún les separaban más de mil metros, los helenos decidieron avanzar andando, pero en los últimos metros, cuando las jabalinas y otros proyectiles comenzaban a impactar en sus tropas, decidieron embestir al enemigo corriendo. Los persas, sorprendidos ante este movimiento, intentaron hacerles retroceder lanzando aún más proyectiles, algo que no resultó como quiso el general Datis. Ambas filas chocaron en un violento ataque, el centro de la línea persa estaba plagado de las unidades de élite de las distintas satrapías, donde opusieron una resistencia admirable y consiguieron que el centro heleno retrocediera. No obstante, en los laterales, los griegos consiguieron el objetivo de hacerles recular. Atenienses y plateos consiguieron quebrar la formación enemiga y hacerles huir, con lo que los flancos de los persas quedaban al descubierto; en los laterales, los que habían vencido acabaron aplastando al ejército oriental por el centro. En este momento, los griegos comenzaron a perseguir al ejército persa que huía despavorido, no obstante, un acierto de los griegos fue que, antes de perseguirlos, se reagruparon y consiguieron asestarles un golpe definitivo mientras huían. Los generales persas, ávidos estrategas con muchísima experiencia, acabaron salvando la retaguardia gracias a que consiguieron embarcar parte de las puertas en las naves que habían llegado. La batalla estaba decidida, los griegos habían vencido a los persas sin apenas perder tropas, solamente 192 hoplitas, entre ellos el polemarca Calímaco.

Sin embargo, aunque fue una derrota persa, Datis decidió reorganizarse y atacar la ciudad de Atenas. Parece ser que los griegos se reorganizaron en Maratón y llegaron a tiempo para evitar el ataque. Al día siguiente de la batalla de Maratón, los espartanos llegaron; sin embargo, al observar que la batalla ya había terminado, decidieron volver a Esparta. Los atenienses que

habían muerto combatiendo en esta batalla fueron héroes para su ciudad y fueron enterrados en el monte Soro, en el lugar donde ambos ejércitos chocaron y se produjo la batalla.

SEGUNDA GUERRA MÉDICA

Al enterarse de la gran derrota persa en la llanura de Maratón, el rey Darío decidió enviar una expedición de tal medida que acabaría con Grecia. Sin embargo, en el 486 a. C., una de las satrapías más importantes, Egipto, acabó sublevándose, por lo que tuvieron que sofocar esta rebelión antes de enfrentarse a los helenos. En estos años, el rey Darío murió por causas naturales durante la preparación del castigo para los egipcios, y le sucedió en el trono el rey Jerjes.

El nuevo monarca aqueménida decidió, en el año 481 a. C., enviar una nueva expedición de su ejército hacia Grecia. A diferencia de lo que Darío hizo, en esta ocasión se personó él mismo para comandar las fuerzas armadas que marchaban hacia el oeste. Jerjes abandonó Persia en la primavera de este año y se encaminó hacia Sardes, el centro neurálgico de su satrapía más occidental. Desde ese lugar, partió hacia el Helesponto con su ejército y cruzó el estrecho a principios de verano. La primera ciudad en pagar la derrota de Maratón fue Dorisco, cerca del río Hebro, donde tras vencerlos descansaron. Las cifras de este ejército discurren entre prácticamente dos millones de tropas, con otros dos millones de personas que les acompañaban. Estas cifras son muy exageradas, ya que es prácticamente imposible manejar una logística de dos millones de personas, si solo contamos las tropas, con una expedición de tan largo trayecto. Parece más razonable pensar que las cifras se encuentran entre los cien mil y ciento cincuenta mil hombres. Aun así, debió de ser una gran expedición militar.

Mapa de la segunda guerra médica. Fuente: Duby, G. (2011): *Atlas histórico mundial*, Larousse.

Heródoto, principal cronista para esta guerra, nos expone en sus textos cómo los barcos llegaban prácticamente a los mil doscientos trirremes de guerra, junto con tres mil carros de diferentes tipos. El número de las dotaciones marítimas sigue siendo exagerado, pero es más razonable que las cifras que nos da para las fuerzas terrestres. Está claro que Jerjes había reunido uno de los mayores ejércitos que había conocido el mundo antiguo, y creía que podía obtener una superioridad estratégica tanto por tierra como por mar.

A lo largo de toda la ruta, el rey de Persia llegó incluso a cambiar totalmente el aspecto paisajístico de Grecia. Esto se debe, en gran medida, a manejar un ejército de dimensiones colosales. Por ejemplo, para cruzar el estrecho del Helesponto, el propio monarca mandó construir dos puentes con una serie de buques de guerra y carreteros anclados los unos a los otros a través de cables de esparto, y sobre estas naves se pusieron tablas de madera

para que el ejército pudiera pasar. Esta construcción colosal no siempre funcionó; en los primeros días una fuerte tormenta rompió el puente y la cólera del monarca hizo que ejecutaran a los ingenieros que lo habían construido. De la misma manera, decidió azotar las aguas y lanzar grilletes al mar, de un modo simbólico, por haber conseguido doblegar el estrecho.

Una vez que habían cruzado el Helesponto, los ejércitos persas se dirigieron por la ruta de la costa hacia Macedonia, donde pretendían descansar en puntos preestablecidos. Para abastecerse se había formado una cobertura de víveres a lo largo de estos puntos que tuvo un gran éxito a lo largo de toda la campaña. Según las fuentes clásicas, esta expedición era muy costosa, y Jerjes la manejó a la perfección. El principal problema que tuvo el monarca persa fueron las peligrosas tormentas del clima del Egeo en el norte, y pretendió incluso construir un gran canal en las zonas más estrechas de la península cercana al monte Atos para poder proseguir su travesía.

La ruta que siguió el monarca le llevó hacia las llanuras de Tesalia. El verdadero problema que tuvo Jerjes fue el agua potable, y parece ser que la transportaban de un campamento a otro, no como nos describe Heródoto al decir que Jerjes dejaba ríos secos a lo largo de su expedición. Es plausible pensar que la ruta que siguieron estaba más en relación con las fuentes de agua potable que con un camino totalmente seguro.

Cuando los griegos se enteraron de los desproporcionados preparativos que los persas habían realizado para invadir la Hélade, decidieron que lo mejor era aliarse todos en una misma Liga, denominada por la investigación actual como Liga Helénica. En la primera reunión, los miembros acordaron finalizar los conflictos entre ellos; tras mucha discusión sobre quién debía de comandar todas las fuerzas, se decidió que fuera Esparta debido a su tradición bélica y militar.

A principios de verano del 480 a. C. Jerjes había cruzado el Helesponto y amenazaba ya Europa. Los griegos intentaron enviar fuerzas hacia el norte, evitando así el paso de los persas hacia Tesalia. Sin embargo, la fuerza conjunta decidió abandonar esta posición, lo que significaba ceder más territorio al enemigo. Los helenos decidieron que lo mejor que podían hacer

era la defensa de la Grecia central a través del paso de las Termópilas, pero la gran batalla de los trescientos espartanos no fue como el imaginario colectivo piensa. En esta localización se colocaron más de ocho mil hombres, de los cuales mil eran espartanos, pero solamente trescientos eran ciudadanos de pleno derecho.

La batalla de las Termópilas

Una vez los griegos habían llegado al paso de las Termópilas, de no más de quince metros de ancho, analizaron el terreno para construir sus defensas. Este lugar era conocido como la Puerta del Centro. Tiempo atrás, los foceos habían levantado un muro defensivo, que fue reconstruido por Leónidas, rey de los espartanos, nada más llegar allí. El fallo de Leónidas fue dejar abandonadas la puerta este y la oeste, ya que consideraba que eran todavía más estrechas y el enemigo no podía pasar por ahí. Leónidas, al poco tiempo de llegar a las Termópilas, recibió la noticia de que había un paso entre las montañas llamado por los aldeanos senda Anopea, la cual servía para introducirse en los territorios de la Fócide. Para bloquear este camino que, estratégicamente, podía introducir a los enemigos persas en su retaguardia, Leónidas decidió enviar a los hoplitas foceos que conocían bien este terreno y, en principio, esperaba que lucharan con todo su ardor para proteger los hogares del enemigo persa.

Jerjes había comenzado a avanzar y llegó hasta Traquis, muy cerca de las Termópilas. Es en este momento cuando el rey de los persas envió a Leónidas una misiva para evitar el combate y nombrar al rey espartano sátrapa de Grecia; sin embargo, Leónidas, haciendo alarde de fuerza espartana, le contestó: «Es mejor morir por la libertad de los griegos que vivir para dominarlos», rechazando la propuesta del rey persa.

Los aqueménidas comenzaban a acercarse más y más hacia la posición de los espartanos, mientras la flota persa se dirigía hacia Áfetas, muy cerca de la isla de Eubea. Sin embargo, cuando estos barcos se encontraban anclados frente a la costa, una gran tempestad destruyó casi un tercio de la flota oriental. Esta tormenta no impidió que los persas consiguieran llegar hasta su destino, y

atracaron, finalmente, en Áfetas. Los griegos se alegraron de la noticia, que significaba que, como Heródoto expone, Poseidón, dios de los mares, estaba del lado heleno. No obstante, esta alegría duró muy poco al conocer la noticia de que los persas habían llegado hasta su destino.

Los griegos de la isla decidieron que era mejor dar el oro a Temístocles, un gran general ateniense, y que este lo repartiese al resto de almirantes de la flota griega. Tras mucho tiempo de movimientos de barcos por parte de los helenos, la flota griega dirigida por Euribíades atacó a los barcos persas que había en Áfetas. Hubo un breve combate en donde los griegos pusieron sus naves en una posición circular para evitar ataques laterales y, atacando las naves persas, se dieron cuenta de que no podían vencer por el número de barcos aqueménidas, por lo que decidieron huir entre las líneas enemigas. Esta acción fue muy acertada, ya que las naves helenas eran mucho más ligeras y tenían muchos menos hombres a bordo, por lo que pudieron huir y atrapar treinta naves enemigas en las cercanías de la isla de Lemnos.

La flota persa, que había visto cómo los griegos se escapaban, decidió atraparlos en esa noche, pero otra tormenta acabó con más de doscientas naves aqueménidas en las ensenadas, por lo que empezaban a perder muchos barcos sin un buen resultado.

En las Termópilas, Leónidas se enteró de la derrota persa en el mar, y aguantaron durante tres días el envite de los enemigos orientales. Los griegos utilizaron el angosto paso para evitar que las numerosas tropas aqueménidas pudieran tener ventaja en esta batalla. Prácticamente el estrecho desfiladero dejaba una única vanguardia en la que combatir, por lo que esta primera línea fue la única que luchó. El primer día, Jerjes envió a dos unidades de veinte mil hombres con orden de capturar a los espartanos y traerlos ante él. Sin embargo, las tropas lacedemonias rechazaron a los aqueménidas y les infligieron muchas bajas. La ira de Jerjes fue tal que decidió enviar a su división de élite, los inmortales, dirigidos por Hidarnes. No obstante, Leónidas volvió a rechazar el envite persa. Los griegos dirigidos por el rey espartano habían realizado una táctica que era muy útil para este tipo de combate, la rotación de tropas para evitar que estuvieran cansadas en una formación cerrada, por lo que prácticamente la primera línea siempre estaba fresca para combatir.

Al atardecer del segundo día, Jerjes se entrevistó con Efialtes, un lugareño de Traquis que, tras ser sobornado, les indicó el paso por las montañas. Hidarnes y los inmortales se dirigieron por la senda de Anopea, guiados por Efialtes, y, al amanecer, se encontraron con la fuerza de los foceos que Leónidas había dejado ahí. Sin embargo, los griegos no ofrecieron mucha resistencia, fueron prácticamente ignorados por los persas que pasaban. En este momento, el objetivo de esta expedición pareció dar resultado y los foceos informaron del paso de los aqueménidas por Anopea a Leónidas.

El rey espartano decidió que lo mejor era retirarse; no obstante, en un acto de valor, el rey se quedó con sus trescientos hombres para proteger la retirada. Además de los trescientos espartanos se quedaron beocios, cuatrocientos tebanos y setecientos hoplitas de Tespis. La decisión de Leónidas fue un acto suicida, pues eran muy pocos efectivos los que intentaron parar a los persas. El cuerpo principal del ejército griego se retiró y envió un barco para informar a Euribíades de que el paso de las Termópilas había caído y su rey junto a este.

La defensa que ofreció Leónidas fue formidable, muchos persas cayeron mientras los pocos helenos que habían quedado en este paso iban muriendo poco a poco hasta que Leónidas finalmente fue abatido. Los persas luchaban por conseguir el cuerpo del monarca lacedemonio. Los inmortales aparecieron entonces por la retaguardia y los pocos griegos que todavía quedaban con vida se protegieron detrás del muro foceo, ofreciendo una resistencia final que acabó con la exterminación de estos bajo una lluvia de flechas. Jerjes, al final de esta batalla, enfureció por la cantidad de bajas que Leónidas había sido capaz de infligirles y se ensañó con su cuerpo tras el combate.

Leónidas en las Termópilas, cuadro de Jacques-Louis David (1814), Museo del Louvre.

El siguiente acto de los persas fue llegar hasta el Ática, donde los aqueménidas arrasaron los campos. La población de Atenas se acabó refugiando en las islas de Salamina y Egina. Mientras, la flota griega se dirigió hacia este lugar con mucha rapidez. En el 480 a. C. la ciudad de Atenas estaba prácticamente deshabitada, y solo quedaban en ella los tesoreros y los sacerdotes refugiados en la acrópolis. Finalmente, cuando llegaron las tropas persas, tomaron toda la ciudad y prendieron fuego en todos los puntos de la Atenas arcaica. El paso de Jerjes por territorio griego supuso la desolación de Focea y de Atenas.

La batalla de Salamina

Tras la evacuación ateniense, la flota terminó por llegar a la costa de Salamina. El estado mayor griego discutió acerca de lo que debían hacer: los peloponesios y los espartanos decidieron que lo mejor era retirarse al istmo de Corinto, mientras que los atenienses abogaban por atacar y sorprender a los barcos persas en la mar. En Esparta, tras el final de las fiestas religiosas, llegó

la noticia de que su rey había muerto defendiendo la libertad de los griegos. Esto provocó que los espartanos y los corintios construyeran un gran muro en el istmo para evitar que pudieran pasar por ahí. Los griegos observaron cómo la flota persa comenzaba a acercarse a su posición, alcanzando la bahía de Falero, al este de Salamina.

Al día siguiente, los persas salieron de la bahía al anochecer con sumo cuidado de no ser vistos. La flota persa envió doscientos navíos de tropas egipcias hacia el sur para dar la vuelta y bloquear los estrechos de Megara. La estrategia persa era coincidir con la flota griega cuando salieran de Salamina en busca de alta mar. Los aqueménidas sabían que los griegos podían huir por el mar, ya que eran muy superiores en el combate naval, por lo que se lanzaron al combate. Hasta la medianoche, los persas estuvieron formando la posición de la flota y aproximándose al estrecho de Salamina, donde estaba el grueso de los barcos helenos. El islote que había en la boca del estrecho, llamado Psitalea, lo ocuparon con una fuerza de infantería de élite, con el fin de rematar a los barcos que intentaran salir del estrecho.

Los griegos observaron los movimientos de los persas y descubrieron que el objetivo de esta estrategia era hacerlos salir del estrecho, con el fin de que huyeran hacia la bahía de Eleusis o a mar abierto, donde los doscientos barcos de tropas egipcias los interceptarían. Los griegos ya tenían decidido que debían de huir, mientras los atenienses exponían que debían defender Salamina. En este momento llegó Arístides, un ateniense exiliado que describió cómo, en su viaje hacia Salamina, había visto un escuadrón egipcio rodeando la isla y aseguró que no podrían salir sin luchar. Temístocles, al oír este argumento, decidió exponer su plan. El combate naval griego era muy superior en táctica al persa, por lo que las aguas del estrecho eran considerablemente más favorables para los helenos que para los aqueménidas. La superioridad numérica persa les impedía maniobrar bien dentro del estrecho, y además contaban con el factor de que los persas desconocían por completo las aguas que rodeaban Salamina. Temístocles finalizó sus argumentos diciendo que si no defendían esa posición, los atenienses deberían abandonar para siempre Grecia, ya que huían hacia la península itálica. Parece que estos motivos convencieron al almirante mayor de la flota, Euribíades, quien acabó dirigiendo la flota de la Liga Helénica hacia una batalla definitiva: Salamina.

Los persas, dirigidos por su rey, se encaminaron hacia una victoria. Jerjes se colocó en un punto privilegiado para ver cómo sus fuerzas vencían a las griegas en la batalla del estrecho de Salamina. La flota persa se alineó de la siguiente manera: los fenicios a la derecha y los jonios hacia la izquierda del estrecho. Los griegos, conociendo el destino que les esperaba si huían, decidieron hacer un amago de retirada. La flota helena se encaminaba hacia la trampa que les tenían preparados los persas. En el momento en el que las naves griegas salieran del estrecho, los persas se abalanzarían sobre los barcos atenienses. Los aqueménidas habían permanecido despiertos toda la noche, factor que junto con el desconocimiento de las aguas de aquel lugar influía en sus movimientos. Temístocles, de un modo muy hábil, conocía cómo maniobrar los barcos en el fuerte oleaje del estrecho de Salamina, y convenció a los comandantes griegos para que esperaran hasta que los persas estuvieran completamente desorganizados. Fue entonces, en aquel preciso momento, cuando los helenos decidieron cambiar totalmente la formación. Los barcos atenienses y eginetas se situaron en las alas de la formación, chocando contra las líneas persas cuando estas intentaban todavía dominar los barcos en las fuertes aguas del estrecho. Para efectuar este tipo de movimiento, los griegos utilizaban trompetas como señales acústicas para coordinar las acciones de sus barcos. Al parecer, la decisión de los persas de la primera línea fue dar la vuelta, mientras que la segunda línea de los barcos aqueménidas marchó contra los griegos. Esto provocó que las naves persas chocaran entre sí y que los helenos, mucho más frescos que sus enemigos, atacasen con un gran éxito.

Batalla de Salamina (1866), Wilhelm von Kaulbach.

No tenemos muchos datos acerca de cómo se realizó el combate en el mar, tenemos historias como la del valor de Artemisia, la capitana de una de las naves del bando persa que, con audacia, consiguió derrotar a varios barcos griegos mientras Jerjes la observaba admirando su destreza en combate. O cómo los corintios, al inicio del combate, decidieron dejar solos al resto de helenos y pusieron rumbo hacia Eleusis para, más tarde, volver al combate tras ver el destacamento egipcio que les esperaba.

Tras la victoria griega de Salamina, Jerjes comprendió que había perdido gran parte de la flota y los resquicios de esta volvieron hacia las costas de Asia Menor. En tierra los ejércitos persas, donde todavía estaban invictos, regresaron junto a su rey para partir hacia Macedonia, donde se acuartelaron para pasar el invierno. Jerjes acabó por regresar a su tierra con parte del ejército y la campaña del 480 a. C. finalizó. El resultado de esta expedición fue un éxito persa si lo miramos desde el punto de vista de sus objetivos, pues dejaron claro que eran muy superiores tras la quema de Atenas y al expandir el límite de su imperio hasta la región de Tesalia.

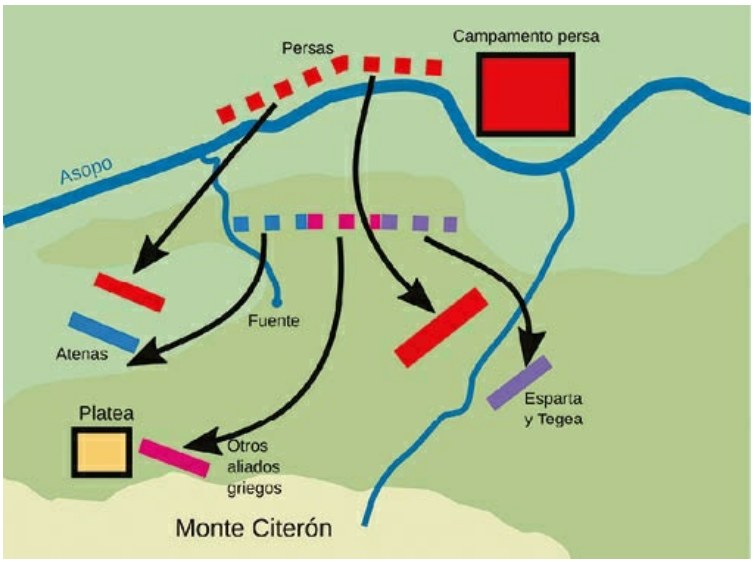
PLATEA, EL FINAL DE UNA GUERRA

Jerjes dejó en Grecia a Mardonio, primo suyo, al mando de las fuerzas que se habían acuartelado en la Hélade. En el 479 a. C. la campaña aqueménida consistió en aplastar las ciudades griegas que aún no se habían anexionado al gran Imperio persa. Parece ser que, a principios del año 479 a. C., los persas comenzaron a plantear una alianza con Atenas, intentando que abandonasen la Liga Helénica y se unieran a los aqueménidas. El intento resultó en vano y los persas comenzaron a marchar contra Grecia. Esparta vio cómo los atenienses podían llegar a aliarse con los enemigos aqueménidas, y esto fue aprovechado por los atenienses para hacer salir a los ejércitos espartanos del Peloponeso. A la muerte del rey Leónidas, Esparta se quedaba sin uno de sus dos reyes, y fue Pausanias, el sobrino del difunto monarca, quien se hizo cargo del trono. Mientras, Leotíquidas, el otro rey espartano, se hizo cargo de la flota griega anclada en Egina.

Con la llegada del verano, los persas dirigidos por Mardonio habían llegado hasta Atenas, y cuenta Heródoto que volvieron a enviar este tratado de alianza con los habitantes de la principal polis del Ática. Sin embargo, la *bulé* (organismo de asamblea ciudadana ateniense) rechazó la invitación, y además insistió a los espartanos en que los persas habían llegado a su ciudad y se tenían que volver a refugiar en Salamina.

Pausanias no hizo esperar más la ayuda griega y salió al frente de cinco mil espartanos de pleno derecho para combatir contra los persas. En su camino se le fueron uniendo los ejércitos de las ciudades griegas de Tebas y Atenas. Pausanias se dirigió hacia un llano de Beocia denominado llanura de Platea. En este lugar levantaron varios campamentos y, durante unos días, se dedicaron a organizar sus ejércitos. La fuerza griega comprendía más de 38 700 hoplitas bien formados, junto con unas decenas de miles que no eran ciudadanos de estas ciudades.

La batalla comenzó cuando los helenos habían decidido abandonar sus posiciones y se disponían a una retirada. Mardonio, viendo la posibilidad de derrotarlos en un único combate, decidió salir en persecución hacia ellos con la infantería de élite persa. Esto provocó que el resto del ejército también comenzara a avanzar. Los espartanos que habían llegado al templo de Deméter que había en esta llanura fueron asaltados por la caballería persa en este lugar, mientras los atenienses estaban luchando contra la falange tebana que acompañaba a los ejércitos aqueménidas. Pausanias se negó a huir y, bajo una lluvia de flechas, sus tropas comenzaron a avanzar hacia las formaciones persas. En el templo se estaban realizando sacrificios para ver si los ejércitos podrían vencer, y hasta que no salió correctamente no decidió enviar al cuerpo espartano contra la batalla. Cuando los augurios fueron favorables, los espartanos cargaron contra las líneas persas. La diferencia entre las infanterías de ambos ejércitos hizo que el combate se decidiese a favor de los espartanos, mejor armados que los persas.



Mapa de la batalla de Platea.

Las líneas de ambos ejércitos chocaron y se presionaron mutuamente, intentando hacer retroceder la una a la otra. No obstante, los espartanos consiguieron romper la formación persa y avanzar hasta el comandante que los dirigía, y una piedra impactó en el cráneo de Mardonio; con la muerte de su general, las tropas aqueménidas comenzaron a huir. Los persas dirigidos por Artabazo no habían entrado en combate aún, pero, al ver cómo sus compañeros huían, decidieron que debían huir por Tesalia y escapar de Grecia a través del Helesponto.

En el otro extremo de la lucha, los atenienses habían vencido a los tebanos que estaban bajo las órdenes persas. En este momento, los aliados griegos comenzaron a capturar los campamentos persas, saqueándolos y haciendo prisioneros a tres mil soldados que estaban allí. En la misma tarde que la batalla de Platea, la flota griega dirigida por Leotíquidas II consiguió derrotar a los persas en Mícala, en la región de Jonia. Con estas victorias helenas, los griegos consiguieron expulsar a los persas tras varios años de incursiones y conquistas. Este fue el fin de las actividades de los persas contra los griegos, pero desembocó en un desequilibrio de poder entre espartanos y atenienses que provocó unas guerras entre ellos y sus aliados, las guerras del Peloponeso.

4

Las guerras del Peloponeso: reino contra democracia

La guerra del Peloponeso fue el conflicto que enfrentó a las dos ciudades-Estado más importantes del mundo griego, Atenas y Esparta, por la hegemonía de los territorios helenos. La historia de este conflicto fue escrita por Tucídides, uno de los padres de la historia, y sin sus escritos no podríamos conocer la metodología que fue empleada durante mucho tiempo por todos los historiadores. No es un libro de historia al uso (veintitrés libros son los que narran la historia de la guerra del Peloponeso), ya que rompió con la tradición investigadora de su tiempo e intentó buscar razones lógicas para exponer los hechos de la guerra del Peloponeso. Tucídides no se excusó en dar por hecho que las cuestiones que escapaban a su control las habían provocado los dioses, al contrario de lo que había hecho Heródoto, su predecesor.

PROLEGÓMENOS DEL CONFLICTO, ATENAS CONTRA ESPARTA

Los antecedentes de esta guerra, según nos explica Tucídides, fueron múltiples; sin embargo, para hacerlo más simple vamos a explicar el motivo principal que provocó este conflicto. Tras las guerras médicas, Atenas como ciudad había resultado muy dañada, y, sin embargo, había conseguido salir adelante gracias a su gran flota, a las victorias obtenidas contra el enemigo persa y, por último, gracias a la Liga de Delos. La Liga de Delos fue una agrupación de distintas ciudades-Estado bajo el mando de Atenas que tuvo como fin la liberación de los territorios helenos de manos de los persas. Cuando finalizó el conflicto contra los aqueménidas, los atenienses continuaron encabezando esta coalición y atacaron las distintas ciudades y territorios que los persas mantenían en el mar Egeo y en la Jonia. Es decir, desde el 480 a. C. hasta el inicio de esta guerra, Atenas lideró una «cruzada» contra los persas en todo el territorio heleno. A este período de prácticamente cincuenta años, Tucídides, nuestro principal cronista, lo llamó «Pentecontecia».

La investigación actual ha llamado a este período Imperio ateniense, aunque quizás habría que denominarlo imperialismo ateniense, ya que lo que realizó esta ciudad-Estado fue la apropiación de territorios de sus aliados, así como la imposición de ciertos tributos que repercutían directamente en el tesoro común y, desde este, a Atenas. No es tema de este libro explicar cómo Atenas consiguió formar un verdadero imperialismo con la excusa de eliminar al enemigo persa. Realmente el objetivo de la ciudad más importante del Ática fue controlar una gran flota, financiada como hemos dicho por la propia Liga, con el fin de hacerse con el mar Egeo y, desde ahí, controlar toda ciudad-Estado que estuviera a su alcance.

El objetivo de Atenas se observa muy bien cuando los denominados «medos» (los persas) hubieron desaparecido del panorama griego, ya que la Liga continuó funcionando, pero con un objetivo diferente. En aquel momento, todas las ciudades-Estado debían pagar el tributo en barcos o en dinero para el mantenimiento de la flota que, curiosamente, era controlada por Atenas. Las ciudades que quisieron marcharse de aquella Liga, o las que eran expulsadas, perdían parte de sus territorios, que eran cedidos a los atenienses, quienes veían incrementado su poder con cada salida de la Liga.

Este tipo de políticas que llevó a cabo Atenas no influyó en la cordialidad que tuvo con Esparta tras las guerras frente a los persas. Sin embargo, sí lo hizo en la restauración y construcción de los muros de Atenas. Tras el paso de Jerjes por el Ática, las murallas de esta ciudad-Estado fueron reducidas a cenizas, por lo que, con el inicio de la Pentecontecia, Atenas comenzó a utilizar el dinero de la Liga de Delos para financiar un proyecto arquitectónico importantísimo. Es en este momento cuando tenemos que enmarcar la construcción del Partenón y de esa grandísima acrópolis de Atenas. La construcción de los denominados muros largos alarmó a toda Esparta; esta construcción se basaba en unir las murallas de Atenas con su puerto, el Pireo. Este proyecto arquitectónico no pudo ser posible sin la actuación de Temístocles, el cual distrajo y retrasó todas las peticiones espartanas hasta que los muros fueron lo suficientemente altos como para plantar una defensa eficaz. Los muros largos servían de corredor entre la ciudad de Atenas y su puerto. La importancia de la fuerza naval para la ciudad del Ática era primordial; mientras todas las ciudades-Estado basaban su defensa en el uso de un ejército hoplita, Atenas comenzó a construir una gran flota que pudiera mantener la paz en el Egeo, así como asegurar la supervivencia de esta ciudad a través de un imperialismo marítimo.

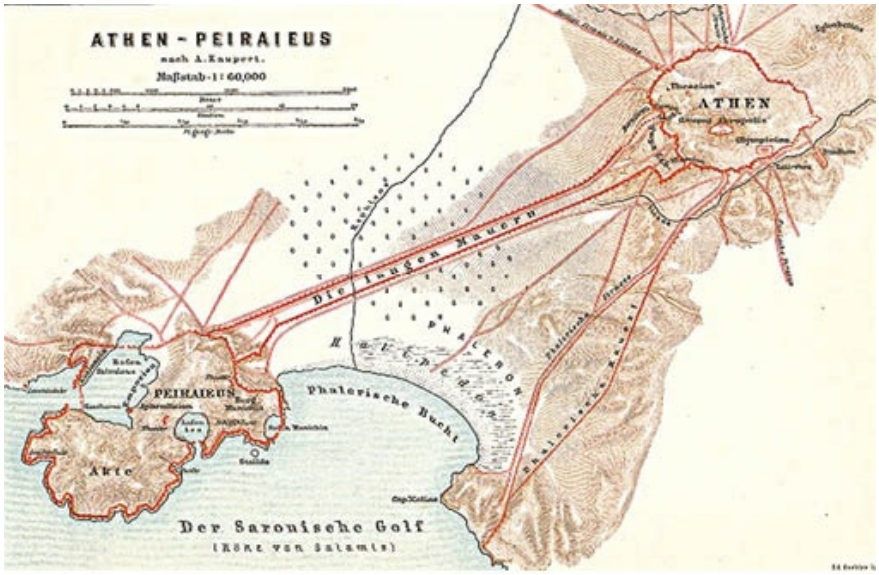


Ilustración de los muros largos, Atenas y el Pireo.

Esto sin duda molestó a todas las ciudades-Estado del Peloponeso, que, tras la salida de los persas de Grecia, intentaron por todos los medios evitar que se reconstruyeran las murallas de Atenas. Esparta, principal ciudad del Peloponeso, sugirió a los atenienses que construir grandes murallas, como lo estaban haciendo, solo favorecería a los persas. Debemos pensar que, en la guerra antigua, la destrucción de las murallas era prácticamente un imposible si no se contaba con artillería, por lo que, si los persas volvían a conquistar Atenas, estos podrían controlar una plaza lo suficientemente fuerte como para rechazar cualquier tipo de ataque. Esparta, sin llegar a manifestarse, según nos cuenta Tucídides, estaba bastante descontenta con esta noticia, que comenzó a deteriorar la relación de amistad que pudieran haber tenido durante las guerras médicas.

En el año 465 a. C. la situación volvió a calentarse entre estas dos ciudades-Estado. Esparta controlaba la región de los ilotas (estos no tenían una condición de esclavos, pero sí eran objetivo de distintos rituales espartanos en los que se incluía el asesinato). Los espartanos, al ver que con su ejército ciudadano no podían sofocar esta revuelta, exhortaron a sus aliados para que les mandasen ayuda. Por aquel momento, además de todas las ciudades del Peloponeso y parte del Ática, Atenas estaba entre los aliados de la ciudad lacedemonia. Sin embargo, a pesar del envío de ayuda con un gran contingente de hombres para sofocar la revuelta por parte de Atenas, cuando llegaron a las tierras espartanas, los lacedemonios, celosos de la ayuda recibida por los atenienses, decidieron que era mejor que se marchasen hacia la Ática, permitiendo al resto de ciudades que habían enviado ayuda a quedarse y apoyar las acciones espartanas. Obviamente, los atenienses se sintieron muy defraudados: habían mandado a un grupo de hombres, con el gasto que ello conllevaba, para nada. Los espartanos temían que los atenienses ayudaran a los ilotas a sublevarse y conseguir una independencia que no era beneficiosa para la ciudad-Estado lacedemonia. A partir de este momento, los espartanos y los atenienses comenzaron a romper relaciones políticas entre ellos. Tras el conflicto con los ilotas, los espartanos que habían resultado vencedores y habían conseguido sofocar esta rebelión hicieron que todos estos rebeldes abandonaran las tierras que controlaban. No obstante, los atenienses, al ver que un posible aliado se marchaba de esta región, los invitó a establecerse en Naupacto, cerca de Corinto.

No solo hubo este momento de crispación entre Atenas y Esparta por sus relaciones políticas. En el 459 a. C., cuando dos de las principales ciudades aliadas de Esparta, Megara y Corinto, estaban en guerra, Atenas realizó un movimiento diplomático muy importante para los siguientes años. La ciudad del Ática consiguió la alianza con Megara, provocando lo que la investigación ha denominado como la primera guerra del Peloponeso.

LA PRIMERA GUERRA, ¿UN ANTECEDENTE MÁS?

Al parecer, fueron varios los conflictos entre los aliados de Esparta y los aliados de Atenas, en varios puntos del Peloponeso. Sin embargo, la ciudad del Ática estaba envuelta en otro tipo de conflictos, como las revueltas de Inaro (rey de Libia) contra los persas en territorio egipcio. En el 460 a. C. los atenienses comenzaron a batallar contra los distintos Estados aliados de Esparta, su suerte no fue la mejor, ya que fueron derrotados en Corinto y en Halias, combatiendo por tierra contra los ejércitos bien formados de los peloponesios. No obstante, el fuerte de Atenas era su flota, consiguiendo en el territorio náutico varias victorias que alarmaron a una vieja enemiga de esta ciudad, Egina. La ciudad isleña (Egina) decidió entrar en la guerra siendo aliada de los espartanos, combinando ambas flotas en una sola. Sin embargo, la fuerza naval de Atenas era considerablemente superior a la de los peloponesios, por lo que, tras una pequeña batalla, los atenienses consiguieron una victoria y capturaron hasta setenta barcos de los del Peloponeso.

En este momento, Atenas, viéndose tan fuerte, decidió desembarcar tras la gran batalla naval en las costas de la isla de Egina y poner bajo asedio su ciudad. No obstante, los aliados de Esparta, para distraer las fuerzas terrestres de Atenas, invadieron la ciudad de Megara, aliada de esta. Quizás este conflicto que surgió en la nueva aliada de Atenas fuera un poco caótico. Los corintios decidieron enviar un ejército que se enfrentó a un contingente ateniense de hombres muy viejos y muy jóvenes. La batalla que hubo aquí fue

en un principio para los atenienses ya que, como nos cuenta Tucídides, ellos fueron los primeros en levantar un trofeo en el campo de batalla. Sin embargo, los corintios volvieron a los pocos días para realizar el mismo ritual y fue ahí cuando los atenienses vencieron a las fuerzas de Corinto que habían sido enviadas a levantar su trofeo.

La batalla de Tanagra

Esparta, que no había participado aún en ninguna de estas batallas, decidió en los dos años siguientes participar. En el 458 a. C. la ciudad lacedemonia comenzó a participar activamente en las batallas contra los aliados de Atenas, pero nunca directamente contra esta ciudad. Esparta participó activamente entre los conflictos de Fócida y Dórida, siendo aliado de estos últimos. Los espartanos enviaron un gran ejército que cruzó el golfo de corinto dirigido por Nicomedes e ingresando en el territorio de Beocia. Los atenienses, al ver que los peloponesios comenzaban a enviar un gran ejército, marcharon a encontrarse con ellos. Parece ser que el lugar en el que ocurrió este encuentro fue en Tanagra, en el 457 antes de Cristo.

La batalla de Tanagra fue la primera que se libró entre las dos grandes potencias del mundo helénico. En primer lugar, los ejércitos de Esparta, con más de 11 500 hoplitas, esperaron el ataque de Atenas bajo el mando de Mirónides y sus 14 000 hombres. Los espartanos finalmente ganaron esta batalla, no tenemos muchas noticias acerca de cómo ocurrió el enfrentamiento, solamente sabemos que los espartanos ganaron, ya que tras esta batalla consiguieron reabrir una ruta de vuelta y perdieron bastantes soldados al volver a su ciudad. Esparta, aun habiendo ganado esta batalla, no aprovechó la ocasión de invadir el Ática, regresando hacia sus tierras. Si tenemos en cuenta que Atenas decidió volver a Beocia para derrotar a los tebanos, aliados de Esparta, parece ser que, aunque la batalla fuera del lado del Peloponeso, no tuvo mucha repercusión en Atenas, ya que estos pudieron reagruparse y derrotar a los tebanos en la batalla de Enofita, gracias a lo que consiguieron finalmente el control de Beocia.

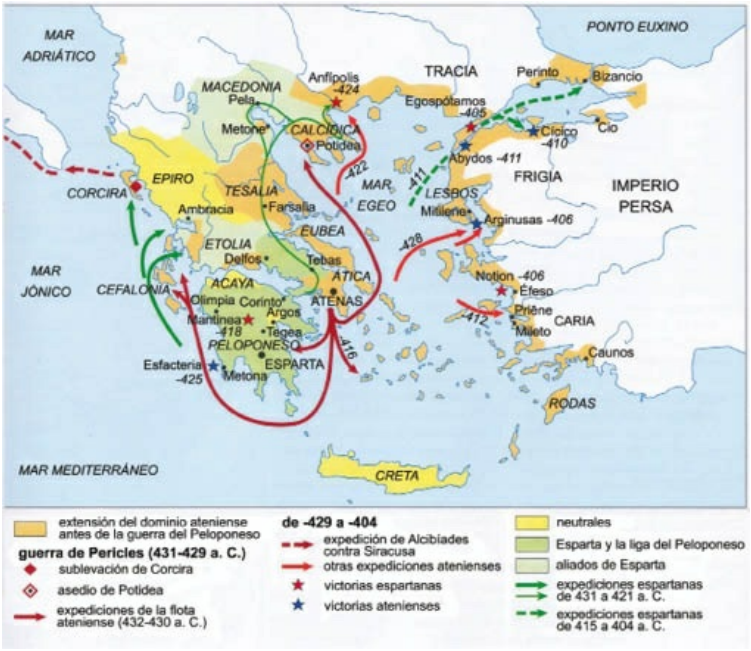
Atenas, en esta primera guerra, acabó por conseguir distintos territorios como Beocia, salvo la polis de Tebas, que se mantuvo fiel a Esparta, así como Fócida y Lócrida. Fue tras la batalla de Enofita cuando los atenienses acabaron los muros largos. La suerte que habían tenido los atenienses se manifestó, ya que tras un breve período de tiempo la isla de Egina, la cual habían mantenido bajo asedio, terminó por rendirse, entregar su flota de barcos y convertirse en un miembro más de la Liga de Delos. Las últimas políticas llevadas a cabo por Atenas fueron las de devastar las costas de los espartanos. Sin embargo, parece plausible que, tras una serie de victorias en suelo heleno, los atenienses comenzaran a perder en Egipto. En el año 454 a. C. los persas acabaron por destruir casi toda la expedición. Este desastre sacudió tremendamente la organización militar de la ciudad del Ática, por lo que esta tuvo que reorganizar la Liga de Delos y estabilizar nuevamente todas las regiones que estaba controlando. Para ello, decidieron que Cimón, aquel hombre que había dirigido una expedición de ayuda a los espartanos en su conflicto con los ilotas, volviera a la ciudad tras su ostracismo. Cimón era una persona completamente afín a los espartanos, por lo que los atenienses decidieron usar su influencia para realizar una tregua con la ciudad lacedemonia que debía durar cinco años. Con este tiempo Atenas pudo reorganizarse y hacerse de nuevo con el control del Egeo.

Finalmente, en el 446 a. C. se firmó la Paz de los Treinta Años, con la cual se ponía fin a todos los conflictos entre Atenas y Esparta. Este tratado tenía como fin asegurar la paz entre Atenas y Esparta y sus aliados. Atenas se vio forzada a abandonar todo tipo de pretensiones en el Peloponeso, salvo Naupacto, la cual era poblada por los ilotas que ellos reubicarían allí. Esta paz duró solamente trece años ya que en el 432 a. C. Atenas volvió a atacar a los aliados de Esparta, comenzando así la segunda guerra del Peloponeso o la llamada guerra arquidámica.

LA GUERRA ARQUIDÁMICA

Era el año 431 a. C., los aliados tebanos de Esparta comenzaron a atacar la ciudad de Platea, aliada de Atenas y hostil hacia la Liga Beocia que comandaba la polis tebana. Entre las ciudades de Tebas y Platea había mucha tensión, ya que los primeros querían anexionar esa ciudad a su liga para, así, controlar todo el territorio beocio. En la primavera de ese año, gracias a una traición dentro de la ciudad de Platea, los tebanos entraron a la ciudad. Sin embargo, este ataque fracasó y no solo fueron rechazados, sino que además los ciudadanos de Platea asesinaron a los prisioneros tebanos que habían intentado entrar en la ciudad. Esta agresión hacia la Liga Beocia abrió completamente las hostilidades entre la Liga del Peloponeso dirigida por Esparta y la Liga de Delos dirigida por Atenas: se había encendido la mecha y el conflicto era inevitable.

Esparta, encabezada por su rey Arquídamo II, decidió desplegar una grandísima actividad militar en la zona del Ática, contestando así a la reacción que tuvo Atenas tras invadir anualmente la región de Megáride como también a la expulsión de todos los habitantes de la isla de Egina, estableciendo una colonia con sus propios habitantes. No solamente se realizaron por parte de la ciudad ateniense estos ataques, sino que, además, comenzaron a controlar el golfo de Corinto, principal paso para hacerse con el control comercial de la ruta del Mediterráneo occidental. Las ofensivas atenienses estaban dirigidas por Pericles, sin duda un personaje muy influyente en la historia griega, tanto por su participación en esta guerra como por ser uno de los mejores políticos democráticos que tuvo esta ciudad.



Mapa de las guerras del Peloponeso. Fuente: Duby, G. (2011): *Atlas histórico mundial*, Larousse.

Pericles comenzó a planear una estrategia de desgaste en las costas del Peloponeso, a donde envió varios trirremes (Tucídides nos indica que envió hasta cien barcos) para saquear las costas y debilitar así a Esparta. Sin embargo, fracasó la tentativa de ataque en Metone, donde se encontró a uno de los generales más importantes de Esparta, Brásidas, quien frenó los ataques atenienses.

En este mismo año, la escuadra que Pericles había enviado al Peloponeso comenzó a atacar la colonia corintia de Solio. Los atenienses decidieron que lo mejor era eliminar las influencias del Peloponeso en esta colonia sustituyendo a su tirano, acción que tuvo una repercusión en la isla de Cefalonia, que pasó a ser aliada de los atenienses. Los ataques de la coalición de Delos comenzaron con más fuerza en la primavera del año siguiente. Un destacamento de hoplitas atenienses (cuatro mil) desembarcaron en Epidauro, intentando asediar la ciudad. Como hemos mencionado con anterioridad, si se carecía de maquinaria de asedio era harto complicado destruir los muros de una ciudad, por lo que la tentativa ateniense de asediar esta polis fue inútil. Sin embargo, esta fuerza invasora comenzó a arrasar los campos cercanos a

esta región. Según nos cuenta Tucídides, la expedición acabó siendo un gran éxito, no solo por saquear ciudades y conquistar Prasias, sino porque también minaron la moral espartana, lo cual facilitó que Argos, principal ciudad enemiga de Esparta, saliese de su neutralidad y comenzara a posicionarse a favor de Atenas.

Esparta, en el verano del 430 a. C., decidió realizar un acercamiento diplomático con los persas. Estos tuvieron como misión lograr un apoyo financiero de los persas para acabar con la oposición de la Liga de Delos. Los espartanos, que tiempo atrás habían sido enemigos de los persas, comenzaban a unirse contra un enemigo común. Los embajadores del Peloponeso de camino hacia Persia se pararon para persuadir al rey de Odrisio, Sitalces; no obstante, en esta corte también se hallaban embajadores atenienses. Al parecer, los atenienses se ganaron favores en esta ciudad y los embajadores lacedemonios fueron apresados y enviados a Atenas, donde fueron ajusticiados sin ningún juicio previo. Esparta, a finales de verano de ese año, decidió enviar una gran expedición hacia la isla de Zacinto, la cual era aliada de Atenas. En esta expedición, dirigida por Cnemo, devastaron prácticamente toda la isla, pero no la ciudad, por lo que los espartanos comenzaron a perder la paciencia, ya que ninguna expedición parecía salir bien.

Sin embargo, Esparta comenzó a presionar a los atenienses, ya que, con la estrategia de invadir el Ática durante todos los veranos, consiguieron dejar a la ciudad ateniense en una situación precaria, con todos los ciudadanos refugiándose tras sus muros. En el Pireo, el puerto de Atenas, en este mismo año, comenzó a propagarse una epidemia (aun hoy no se sabe si fue peste, gripe, tifus o viruela) que acabó con la vida de muchos habitantes de esta ciudad, entre ellos el más ilustre de todos, Pericles, quien no pudo superar su enfermedad y murió al año siguiente. Este virus acabó prácticamente con un tercio de la población de Atenas.

Con la muerte de Pericles, Atenas comenzó a vivir un período de transición política, estaban dirigidos por las facciones de Nicias (proclive al fin de la guerra) y Cleón (abogaba por continuar el conflicto). Sin embargo, a pesar de todo lo sucedido en Atenas, Esparta comenzó a atacar distintas posiciones en el norte de la Hélade. El plan de Esparta consistió en impedir a los atenienses que navegasen en el Peloponeso, bloqueando el golfo de Corinto. Sin embargo, parece ser que los espartanos no aprendieron de sus errores y

volvieron a encomendar a Cnemo la misión de dirigir sus barcos por estas aguas. Atenas, la cual era una importante potencia naval, salió al encuentro de esta fuerza invasora y vencieron en dos batallas navales que acabaron por impedir la misión de los espartanos. Tras esta victoria, por parte de la Liga de Delos, las fuerzas navales dirigidas por Atenas decidieron rodear la región de Acarnania, desde la cual los griegos de la Magna Grecia suministraban víveres al Peloponeso. En estos años, Atenas conservó Naupacto y, con ello, pudo bloquear el golfo de Corinto. En el 428 a. C., la isla de Lesbos decidió desertar de la confederación ateniense de Delos y fue admitida en la Liga del Peloponeso dirigida por Esparta, esto provocó el temor entre los atenienses, ya que esta isla era un puente perfecto para poder minar el poder de la Liga de Delos en Asia Menor. La Liga del Peloponeso para estos años comenzó a perder grandes territorios, ya que sin una flota efectiva no podía hacerse cargo de las peticiones de auxilio de la ciudad de Mileto o de las comunidades periecas de Laconia, por lo que en el 427 a. C. los atenienses pasaron completamente a la ofensiva y destruyeron la ciudad de Platea, aliada de Atenas, con lo que tras la destrucción de esta ciudad los atenienses se quedaban sin un punto dentro de Beocia y los tebanos consiguieron ese territorio que tanto ansiaban.

Atenas se vio privada de esta posición, sin embargo, comenzó en los siguientes años a llevar a cabo una intensa actividad naval que les favoreció el transcurso de la guerra. Los atenienses atacaron las islas que había colonizado el Peloponeso en la Magna Grecia y Sicilia, comenzaron a imponer el poder de la Liga de Delos en Occidente. Mientras esto ocurría, los espartanos acabaron ocupando la isla de Esfacteria, no sin mucha dificultad. Atenas decidió liberar la isla de Córcira de la influencia lacedemonia y ayudar a Demóstenes, quien estaba cerca de los espartanos de Esfacteria.

La batalla de Esfacteria

En este lugar ocurrió un enfrentamiento que la historiografía llamó la batalla de Esfacteria, donde los atenienses y los espartanos decidieron combatir. El número de hoplitas de las fuerzas lacedemonias no llegaba al millar, mientras que los atenienses tenían más de dos mil hombres. Los atenienses desembarcaron antes de la primera luz del día en la isla, los espartanos no podían entablar batalla ya que eran mucho menores que los atenienses y temían ser rodeados por las tropas enemigas. Los atenienses comenzaron a descargar proyectiles sobre el ejército espartano, donde acabaron retirándose ante la fuerza de los proyectiles atenienses. Los espartanos perdieron a sus comandantes ciudadanos en este combate. Una vez en su puesto avanzado, apareció un contingente de tropas en la retaguardia de los lacedemonios, derrotándoles y haciéndoles prisioneros. Por primera vez, los espartanos se rindieron sin presentar batalla, mientras que Demóstenes, quien dirigía las tropas atenienses, regresó a su ciudad para celebrar un triunfo.

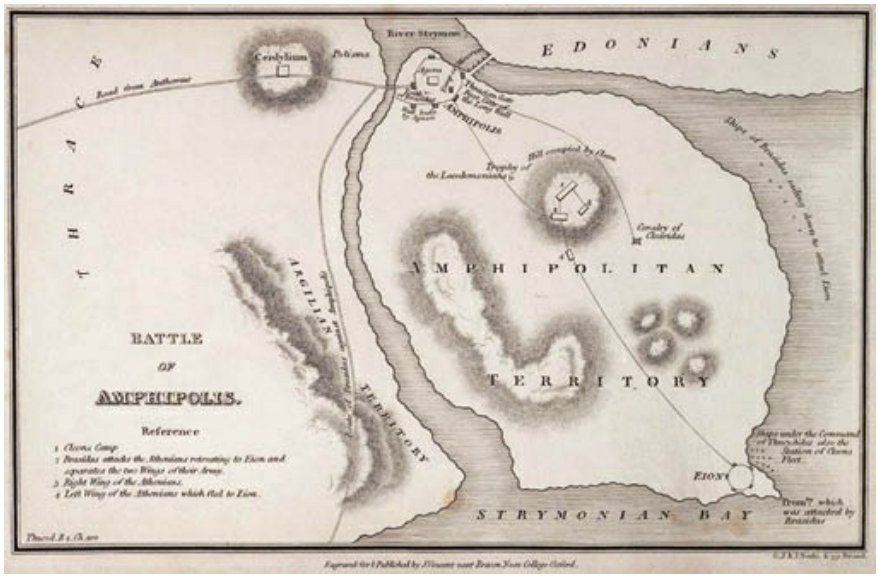
El triunfo en esta batalla provocó que la facción de Cleón, formada por los que eran partidarios de seguir con la guerra, subiera al poder en Atenas. Nicias, quien había conquistado la isla de Citera en el 424 a. C. consiguió frenar la corriente comercial del Peloponeso, pero ante las ansias de conquista de su dirigente acabó siendo derrotado en Beocia. Brásidas, el general espartano, dio un vuelco a la guerra en estos años, ya que hasta el momento la táctica de la Liga del Peloponeso era atacar los campos del Ática y defenderse de los ataques atenienses en sus territorios. Atenas tenía un punto débil, los territorios de Tracia y de Calcídica. Los espartanos comenzaron a invadir el istmo de Corinto, Beocia y Tesalia, consiguiendo que se pusieran de su lado estos territorios. Calcídica era el primer objetivo de los lacedemonios, consiguiendo una gran conquista en Anfípolis, de este modo, los atenienses sufrieron una gran derrota en su «imperio seguro».

A raíz de esta victoria, numerosas ciudades de la confederación de Delos pasaron a Esparta, algo que supuso una merma en la financiación de la guerra por parte de Atenas. Más y más ciudades aliadas de la polis del Ática comenzaron a pasarse al lado espartano debido a la gran acción de Brásidas en este territorio. Finalmente, Cleón se presentó con un fuerte contingente de tropas en Toronte, cerca del ejército de Brásidas en Anfípolis y presentó batalla en el año 422 antes de Cristo.

La batalla de Anfípolis

Cleón llegó a Tracia con más de treinta barcos que llevaban mil doscientos hoplitas y jinetes atenienses. Las primeras acciones fueron las de capturar las ciudades de Torone y Escione. El general ateniense consiguió ocupar Eyón, mientras que Brásidas ocupó Cerdilio. Brásidas, al ver que no podía derrotar a Cleón en una batalla campal, decidió que lo mejor era volver a Anfípolis, desde donde se preparó para atacar a los atenienses. Cleón puso sus tropas enfrente de la ciudad, pero al ver que los espartanos no salían comenzaron a regresar desorganizados. En ese momento, el general espartano vio la posibilidad de vencerlos y atacó a las tropas de la confederación de Delos, con lo que consiguió vencer a los atenienses y dar muerte a su general, Cleón. Tras esta batalla, en el 421 a. C. ambos bandos decidieron finalizar la guerra firmando la Paz de Nicias.

La Paz de Nicias supuso la detención de las hostilidades y la devolución de los territorios conquistados salvo Platea y Nisea. Anfípolis, donde se había decidido el final del conflicto, fue devuelta a los atenienses. La confederación de Delos volvería a tener aliados, pero Atenas no podría forzar a unirse a nuevas polis que no quisieran estar dentro de la coalición.



Batalla de Anfípolis, J. Vincent (1825).

EXPEDICIÓN A SICILIA, EL PERÍODO ENTREGUERRAS

Tras la paz de Nicias, Atenas comenzó a recibir embajadas desde la isla de Sicilia solicitando ayuda para frenar la expansión de Siracusa en esta ínsula. El pueblo de Segesta fue el primero en enviar embajadores a la ciudad del Ática. Atenas respondió enviando varios hombres para inspeccionar la situación en la isla, sin embargo, el objetivo principal de los atenienses era observar la capacidad económica del pueblo de Segesta y recibieron sesenta talentos de plata como adelanto por su ayuda.

En la asamblea ateniense, muchos generales encabezados por Alcibíades fueron atraídos por la inmensa capacidad económica y recursos que tenían en Occidente, desoyendo así los consejos que Pericles, en su momento, había dado. Atenas comenzó a expandirse más allá de sus fronteras naturales. El problema al que se tuvo que enfrentar la asamblea de Atenas fue un debate dialéctico entre Nicias y Alcibíades. El primero argumentó que no debían entrar en una guerra en la que no estaban implicados, ya que la amenaza de Esparta todavía estaba vigente. Atenas no se podía permitir malgastar el tiempo luchando en un conflicto en el que nada se les había perdido, tampoco sería una campaña beneficiosa, aun conquistando la isla de Sicilia, ya que la distancia que les separaba era prácticamente una gran barrera que les impediría gobernarla con éxito. Alcibíades respondió al discurso de Nicias defendiendo que la situación era muy similar a la que habían tenido casi un siglo atrás contra Persia. Alcibíades convenció a la asamblea ateniense de que, con la victoria sobre Siracusa, se formaría una liga similar a la que ellos habían disfrutado en el período entre las guerras médicas y las guerras del Peloponeso. Asimismo, enviar un ejército hacia Siracusa mantendría activa a Atenas en el ámbito militar y prevendría posibles ataques espartanos. En esa misma sesión hubo varias discusiones más a favor y en contra de la expedición militar, finalmente ganó el sí, y se preparó en los meses sucesivos.

En junio del año 415 a. C. la flota ateniense zarpó desde su puerto hacia la isla de Corcira y, desde esta, hasta Sicilia con más de ciento treinta trirremes, enviando un ejército formado por más de veinticinco mil hombres. Una vez hubieron desembarcado en la región de Regio, los atenienses se dieron cuenta de que el tesoro de Segesta no era tan grande como sus embajadores habían expuesto por lo que se debatieron entre dar la vuelta o atacar la isla. La

expedición decidió atacar en primer lugar Siracusa, levantando al resto de ciudades de la isla contra la tiranía siracusana. Sin embargo, una vez que Alcibíades había pisado suelo siciliano llegó un barco ateniense con una embajada que le comunicaba al general ateniense regresar a la ciudad. Alcibíades embarcó de inmediato, no obstante, huyó hacia Esparta donde fue recibido con los brazos abiertos. En la isla comenzaron las hostilidades entre los atenienses y los siracusanos. Al llegar el invierno, los hoplitas de Grecia decidieron regresar a Catania para pasar allí el invierno.

El 414 a. C. fue un año de movimientos políticos: tanto Atenas como Siracusa enviaron misivas a muchas civilizaciones circundantes, Cartago, las ciudades etruscas de Italia e, incluso, Esparta. La ciudad del Peloponeso no se podía inmiscuir en el conflicto contra Atenas, sin embargo, prometieron enviar al general Gilipo para que tomara el mando del ejército siracusano. Por parte de Atenas, en ese mismo año, se enviaron refuerzos, así como dinero, para continuar la expedición en Sicilia.

Las hostilidades llegaron en ese año. Los atenienses decidieron cercar la ciudad de Siracusa construyendo un muro alrededor, al que denominaron «el muro». Mientras, los siracusanos hicieron lo mismo, pero dentro de su ciudad. Los combates comenzaron por parte de Atenas intentando destruir los muros que habían construido los siracusanos. En uno de estos combates, Lamaco, uno de los generales atenienses,uno de los generales atenienses murió tras un rechazo de las tropas siracusanas. Nicias, por su parte, terminó la construcción del muro que bloqueaba completamente Siracusa del resto de la isla y, por el mar, utilizó a su flota para bloquear el gran puerto de Siracusa.

Gilipo, que recibió las noticias del ataque ateniense a Siracusa, se puso en marcha en cuanto llegó a Sicilia. La primera medida del general espartano fue el reclutamiento de dos mil hoplitas en las ciudades griegas de la isla. En Hímera, Gilipo avanzó hasta Siracusa tomando contacto con el ejército siracusano de Euríalo. Lo primero que hizo fue organizar las fuerzas que tenía y construir un contramuro en Epípolas, desde donde se combatió contra los atenienses en dos combates. El primero resultó nefasto, pero el segundo permitió terminar el contramuro. Corinto, aliada de Esparta, decidió enviar su flota para evitar el bloqueo de Siracusa. Una vez llegó la primavera del 413 a. C, Gilipo atacó a los atenienses, perdiendo su base naval y sus provisiones.

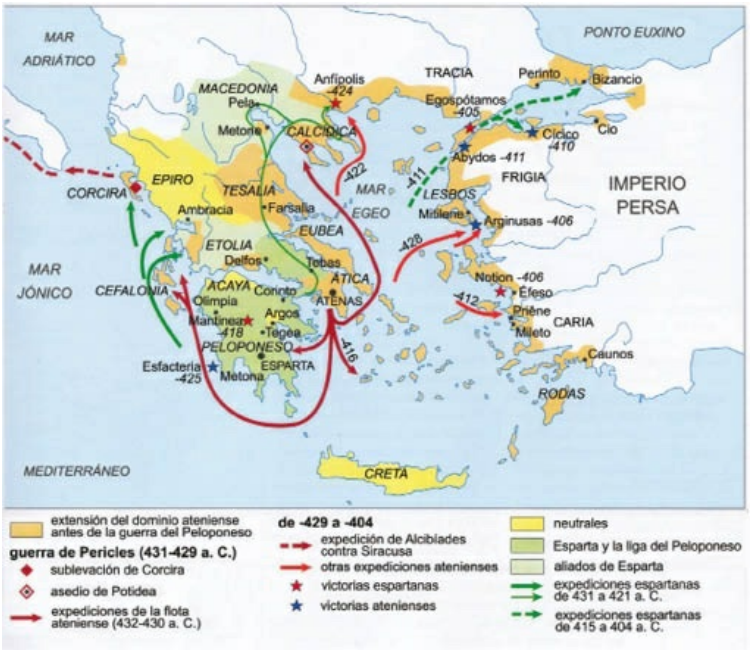
En el verano de este año, Atenas recibió refuerzos al mando de Demóstenes y Eurimedonte, enviando más de cinco mil hoplitas y tres mil arqueros a la isla. La dirección del ejército ático fue encomendada a Demóstenes, quien decidió actuar de inmediato. Sin embargo, aunque la actividad militar de Demóstenes fuera un soplo de aire fresco, no hubo oportunidad de destruir la ciudad de Siracusa, por lo que los atenienses decidieron regresar a su ciudad. No obstante, el 27 de agosto del 413 a. C hubo un eclipse y no pudieron zarpar. Nicias y Demóstenes discutieron sobre las acciones que debían realizar en la isla, Nicias era partidario de quedarse (aunque no quiso la expedición), mientras que Demóstenes pensaba en regresar para protegerse de las posibles invasiones espartanas. Gilipo aprovechó la oportunidad y, durante el eclipse, colocó un cerco de barcos atados y anclados los unos con los otros bloqueando la salida al mar de los atenienses. Fue en este momento cuando los atenienses cargaron con todo lo que tenían y se lanzaron contra la barrera de las naves siracusanas que tapaban el puerto. La batalla que se planteó en este lugar fue catastrófica para el bando ateniense y tuvieron que rendirse tras ser derrotados.

LA TERCERA GUERRA DEL PELOPONESO: LA GUERRA DE DECELIA

La última parte de la guerra del Peloponeso comenzó en otoño del 413 a. C. Esparta creía que la victoria que había obtenido Gilipo en Sicilia les permitiría derrotar a los atenienses en su propio terreno. Aprovechando los consejos de Alcibíades, se relanzó en este año una campaña contra el Ática, como ya hicieran en la segunda guerra del Peloponeso. En este caso, el objetivo de Esparta fue la fortificación de la ciudad de Decelia. Aunque Esparta se sentía fuerte, le seguía faltando una flota que pudiera competir con la ateniense y, para ello, se buscó la ayuda de los persas. Los reyes espartanos enviaron misivas al sátrapa de Sardes, Tisafernes. Los persas, que habían sido humillados con la firma de la Paz de Calias en el 449 a. C. (que obligaba a los persas a mantenerse al margen de la Jonia), pensaron que tras el conflicto

entre las satrapías de Lidia y de Sardes, los atenienses habían violado el tratado al enviar un contingente de tropas para ayudar a que se rebelasen. Tisafernes fue conocedor de aquello y, consultándolo con el rey Darío II, se llegó al acuerdo de que enviarían la tan ansiada ayuda a Esparta. A cambio los peloponesios abandonaban la idea de liberación en las polis griegas de Jonia.

El año 413 a. C. los espartanos capitaneados por su rey Agis II tomaron la ciudad de Decelia, una fortaleza en pleno territorio ateniense. Mientras, los atenienses ya habían comenzado a devastar las costas del Peloponeso tiempo atrás, lo que les sirvió a los espartanos como justificación para iniciar sus hostilidades abiertamente, pues habían violado la Paz de Nicias. Esparta continuó con la misma táctica que había utilizado en la guerra arquidámica: la devastación de los campos cercanos a la ciudad de Atenas. Además, la captura de Decelia supuso el fin de la ruta comercial entre Eubea y Atenas. Los dos años sucesivos, Esparta estuvo encargada de romper todas las alianzas que tenían el resto de polis con Atenas: Eubea, Quíos, Mileto, Mitilene y Teos se sublevaron contra el poder de los atenienses y su liga y entablaron relaciones con la ciudad lacedemonia. Samos fue la única ciudad que permaneció fiel a los atenienses y sirvió de base para las operaciones que requerían sus aliados.



Mapa de las guerras del Peloponeso. Fuente: Duby, G. (2011): *Atlas histórico mundial*, Larousse.

Atenas, en el 411 a. C., sufrió una crisis política y económica, provocada por la mala gestión durante la guerra y por la expedición a Sicilia. En este año se derrocó al gobierno democrático reemplazándolo por una oligarquía dirigida por Alcibíades. Los persas habían negociado con el ateniense para que no tocase la democracia y así poder ayudarles contra los espartanos. La democracia en Atenas cayó, pero no en todo su territorio. En Samos se intentó el mismo golpe al unísono, pero fue sofocado por los demócratas, por lo que estos destituyeron a Alcibíades y se proclamaron en guerra contra Esparta. La ciudad del Ática vio cómo, en muy poco tiempo, se produjo un conflicto entre los oligarcas por sus distintas inclinaciones políticas; se decidió entonces que lo mejor era ampliar la oligarquía de cuatrocientos a cinco mil, incluyendo a todos los ciudadanos de clase superior a los caballeros (*hippeis*).

El Consejo de los Quinientos quedó totalmente disuelto y abolido, manteniendo todos los derechos políticos de solamente cinco mil ciudadanos atenienses. Los golpistas impusieron un gobierno de treinta tiranos, reformando así todas las instituciones ciudadanas de Atenas. Mientras esto sucedía, los ciudadanos en armas decidieron sublevarse de los cuatrocientos que habían dado el golpe y que estaban reformando todas las instituciones que tras varios siglos se habían conseguido. Terámenes, un demócrata ateniense, consiguió el apoyo de los hoplitas contra los cuatrocientos, con esta presión militar intentó que se devolviera la autoridad a los cinco mil ciudadanos. Esta confrontación finalizó con los hoplitas dentro de una fortaleza que se estaba construyendo en el Pireo para entregársela a Esparta. Esta situación hizo que se planteara un sistema democrático mixto, entre oligarcas y demócratas.

Los atenienses, una vez resolvieron sus problemas internos, comenzaron a movilizar las tropas, con lo que consiguieron grandes victorias navales en Cinosema y en Cícico, y llegaron incluso a rechazar peticiones de paz por parte de Esparta tras la derrota de Cícico. En el 409 a. C. Alcibíades, quien había sido exiliado tras el golpe a la democracia, tomó Calcedón y Bizancio y obligó a los espartanos a huir de esas posiciones. Los siguientes años de la guerra fueron un intento de Atenas por recuperar su vieja gloria y sus territorios que, tras muchos años de imperialismo, había conseguido dominar. Sin embargo, los espartanos no se arrugaron con estas derrotas y en el 406 a. C. se impusieron a los atenienses en Notio, por lo que Alcibíades se alejó de la política tras impedir que tomasen la ciudad de Focea.

Esparta consiguió igualar las condiciones navales con Atenas tras la ayuda persa. En la primavera del 405 a. C. los espartanos consiguieron una flota de más de doscientos trirremes y afianzaron posiciones en la isla de Egina. En este año sucedió lo imposible: en las costas de Egospótamos se reunía la flota ateniense, mientras los peloponesios con sus nuevas naves se dirigían hacia allí. Alcibíades, exiliado de nuevo, tuvo a bien en ir a aconsejar a sus excompatriotas de la dificultad táctica de defender la posición de Egospótamos, pero los atenienses no oyeron los consejos de un exiliado. En este mismo año, los espartanos llegaron hasta Rodas y sitiaron la ciudad de Lámpsaco. Esta acción había precipitado que los atenienses que iban en ayuda de Lámpsaco acabaran anclando en Egospótamos al conocer las noticias de la conquista de esta. Lisandro, quien estaba al mando de la flota espartana decidió salir al combate contra las naves atenienses estacionadas allí. Tras varios días de aproximación, las fuerzas atenienses decidieron marchar hacia Sesto para aprovisionarse, fue en aquel momento cuando Lisandro se abalanzó con sus naves contra ellos. Conón, quien dirigía la flota ateniense, no pudo echarse a la mar con todos sus barcos, ya que los espartanos habían capturado prácticamente toda la flota en la playa. Tras este desastre, los atenienses decidieron que lo mejor era prepararse para el estado de excepción que les impondría Esparta, por lo que encomendaron a Éufrates la protección de la ciudad.

Egospótamos había sido el inicio del fin de los atenienses, habían perdido prácticamente ciento ochenta barcos sin oponer una resistencia real contra ellos, ya que los capturaron en la playa sin ofrecer combate real alguno. Las noticias de la «gran» victoria de Lisandro llegaron a oídos de los reyes de Esparta, Pausanias y Agis II. El primero salió de Esparta con un ejército de todas las polis de la Liga del Peloponeso, salvo Argos, que se unieron a las de Agis II en Decelia. Desde este punto, la coalición espartana arrasó los campos y sitió la ciudad de Atenas. Al poco tiempo, la única entrada de suministros de los atenienses, el Pireo, fue bloqueada por Lisandro y su flota.

Atenas cayó por hambre, los ciudadanos de esta ciudad se acabaron sublevando contra Cleofonte, uno de los dirigentes, y, con su muerte, rindieron la polis ante los espartanos. Las condiciones que Esparta puso al finalizar la guerra fueron muy duras. Esparta obligó a los atenienses a destruir los muros largos y las fortificaciones del Pireo, las cuales les habían salvado en

numerosas ocasiones en el pasado, así como la pérdida de todo su territorio ultramarino que debía ser devuelto a sus antiguos dueños. En cuanto al territorio del Ática, este fue reducido a sus antiguos terrenos y a Salamina, mientras que se le confiscó toda la flota salvo doce naves. Atenas acabó aceptando todas las condiciones y fue el fin de la guerra en abril del 404 a. C. con Lisandro victorioso entrando en el Pireo.

Esparta se había convertido en la polis hegemónica del mundo griego, pero ¿fue este el principio de un gobierno próspero o la situación de ser cabeza de los griegos mermaba las antiguas tradiciones espartanas? Con el tiempo se vio que Esparta no podía mantener la hegemonía helena, cayendo ante los próximos aspirantes: los tebanos.

5

Tebas y la conquista del poder

Esparta había ganado la guerra. El resto de ciudades comenzaron a respetar su hegemonía, pero, tras poco tiempo de vencer en el Peloponeso, los atenienses volvieron a construir una flota y a desobedecer lo pactado con Esparta.

Durante más de tres años (378-375 a. C.), la nueva Liga de Atenas, es decir, sus aliados Quíos, Mitilene, Metimna, Rodas, Bizancio y Tebas se inscriben en el mismo decreto con Atenas. En el 377 a. C. crece la alianza uniéndose todas las ciudades de Eubea salvo Histiea y la isla de Ico. A finales de verano, comenzaron las expediciones hacia Histiea, aunque no se logró que se unieran a ellos por la fuerza, es posible que se estuvieran preparando para derrotar a los espartanos.

Esparta era una polis con una gran tradición militar pero con un gran problema, su sistema ciudadano. Se trata de un sistema en el cual existen muy pocas personas que fueran ciudadanos de pleno derecho (*hómoioi*), estos eran los que conformaban el ejército verdaderamente espartano. Tras la guerra del Peloponeso, los espartanos vieron disminuido radicalmente sus ciudadanos y

tuvieron que inscribir en el ejército a numerosas personas de otras clases o echar mano de los ilotas. Para este momento, los *hómoioi* espartanos apenas se contaban en dos mil, por lo que controlar un gran territorio suponía un imposible para ellos.

En el 376 a. C. los espartanos se comenzaron a cansar de la actitud ateniense, por lo que equiparon una flota de sesenta barcos para cortar el suministro de trigo que llegaba desde las costas de Gerasto. Atenas, que ya se había comenzado a rearmar, consiguió poner en sus aguas ochenta y tres barcos bajo el mando de Cabrias con intención de atacar Naxos. Este movimiento ateniense provocó que los barcos espartanos viraran para defender esta isla. Fue en este momento cuando las naves chocaron y el resultado fue positivo para Atenas: volvieron a vencer a Esparta por mar, haciéndoles perder veinticuatro naves y capturando ocho, pero no fue este el mayor logro, sino aumentar el número de los adheridos a la Liga con, por ejemplo, Ceos y Poyesa.

Durante el siguiente año, 375 a. C., Atenas volvió a realizar maniobras marítimas dirigidas por Cabrias. Su intención era ayudar a sus aliados de Abdera contra los tracios, pero, una vez acabado esto, volvieron a presionar a otras ciudades para que se unieran a la Liga. El paso de las naves atenienses por las islas Cícladas supuso la adhesión de ciudades como Tasos, Eno, Samotracia, Dión de Tracia y Neápolis. Atenas volvió a flotar unos barcos dirigidos por Timoteo hacia las costas del mar Jónico, cuyo fin era conseguir nuevas alianzas para su Liga. Esparta, observando cómo su hegemonía volvía a ponerse en duda, decidió salir con Nicóloco dándole el mando de la flota. Esparta esperaba poder dar un golpe de autoridad, pero no fue así: Nicóloco fue derrotado por Timoteo en las costas de Alicea, cerca de Léucade, a finales de junio. Esta situación solo favoreció los intereses atenienses que volvieron a derrotar a Esparta y, a ojos de otras ciudades-Estado, Atenas era mucho más favorable que los lacedemonios, por lo que muchas ciudades volvieron a la Liga. Para finales del 375 a. C. los miembros de la Liga que había formado Atenas volvieron a tener sesenta miembros.

Sin embargo, durante los tres años que había recuperado el poder, Atenas comenzó a perder mucho dinero. Los atenienses fueron los que sufragaron todos los gastos de la guerra durante estos tres años, no solamente los movimientos que realizó la polis Ática, sino también los de sus aliados. De este modo, firmaron la paz con Esparta en el 375 a. C. Las condiciones fueron muy simples, Atenas no podía luchar contra los intereses persas en Jonia y, a cambio, Esparta reconocía la Liga de Atenas. Sin embargo, en vistas de que las paces en Grecia eran muy efímeras, al año siguiente continuaron las actividades entre atenienses y espartanos.

TEBAS, ASPIRACIONES DE PODER

Esparta, durante los años de guerra contra Atenas, había invadido en muchas ocasiones Beocia, atacando los intereses tebanos y su propia ciudad. En el 376 a. C., el rey Agesilao cayó enfermo y tuvo que ceder el mando de las tropas a Cleómbroto, sin embargo, este no pudo hacer frente al ejército tebano en Citerón cuando marchaban hacia Beocia, por lo que decidieron darse la vuelta. Tebas consiguió en muy poco tiempo destruir las conquistas de Agesilao en estos territorios, tomando los tebanos Histiea y Oreo, cerrando el paso de las invasiones lacedemonias por tierra.

A partir de la primavera de aquel año, los tebanos comenzaron a llevar la iniciativa. Ahora era la ciudad de Tebas la que procedió a combatir contra las guarniciones lacedemonias que había en su territorio. No solamente vencieron, sino que, además, se produjeron incursiones contra Tespias, Platea o Tanagra, al mando de Pelópidas. Tebas consiguió reformar la Confederación Beocia añadiendo nuevas ciudades a ella como, por ejemplo, Copas y Acraifia. En el 375 a. C. los enviados tebanos a Atenas intentaron que su aliada sufragase una invasión hacia el Peloponeso para así evitar una nueva invasión espartana en sus territorios. Atenas aceptó pactar con los tebanos para realizar estas incursiones en territorio espartano, procediendo así en la primavera del 375 a. C. Durante este año, Pelópidas dirigió un ejército compuesto por trescientos hoplitas del Batallón Sagrado de Tebas (el batallón de élite tebano), junto con doscientos jinetes. Las batallas contra Esparta cayeron del lado tebano, en Tegira y después en Fócide. A finales del verano del 375 a. C. en el marco de

la alianza con Atenas se firmó la paz con la polis lacedemonia, pero con el retiro de los espartanos de Beocia, Tebas podía adherir a su confederación las ciudades de Tanagra, Platea, Tespias y Ocrómeno, y durante los siguientes años (375-373 a. C.) los tebanos consiguieron Tanagra, Platea y Tespias, aunque fallaron en la campaña para conseguir Fócide.

Tebas parece que iba por otro camino distinto a Atenas y a Esparta, había conseguido su parcela de poder cuando los lacedemonios y los áticos se estaban destruyendo entre ellos. A principios del verano del 371 a. C. se volvió a firmar una paz con Esparta en la que se aceptan todas las conquistas de Tebas en la nueva Confederación Beocia, pero en el momento que Epaminondas (embajador tebano) quiso firmar en representación de la Confederación Beocia, los espartanos de Agesilao se lo impidieron. Si firmaban debía ser como Tebas, pero Epaminondas sabía que si hacía eso la Confederación Beocia se volvería a destruir, por lo que decidieron negarse a firmar la paz con Esparta.

Escultura de Epaminondas.

Tebas no firmó, mientras que Atenas (aliada en un principio con Tebas) vio cómo los deseos de poder tebanos eran muy altos y, tras la conquista de Platea, no estaban por la labor de seguir siendo sus aliados. Los atenienses decidieron poner fin a sus conflictos con los espartanos y dejar sola a Tebas, para que Esparta, enemiga de estos, pudiera destruirlos.

La batalla de Leuctra, 371 a. C.

Los espartanos tenían afincadas a muchas tropas en Fócide dirigidas por Cleómbroto, que acabó entrando en Beocia tras la fallida firma de paz con los tebanos. Rápidamente, los espartanos entraron en los territorios de la Confederación a través del puerto de Tespias y ocuparon esta ciudad. Al poco tiempo las tropas espartanas alcanzaron Leuctra, una llanura donde no solamente se jugaban Beocia, sino que Esparta se jugaba su hegemonía conseguida tras muchos años combatiendo.

Tebas se vio sola en este conflicto. Atenas había firmado la paz con Esparta, por lo que no podía ayudarles contra los lacedemonios. Los tebanos se dirigieron también a esta llanura, donde esperaba el ejército de Cleómbroto con más de doce mil efectivos (de estos ni la mitad eran ciudadanos espartanos de pleno derecho), mientras que los tebanos habían enviado a ocho mil hoplitas.

La batalla comenzó con la formación de las tropas, Epaminondas, por la parte tebana, colocó la caballería delante de la falange, reforzó el ala izquierda y dejó a cincuenta hombres con ella en el fondo oponiéndola a la derecha enemiga. Los espartanos se concentraron como una formación de falange clásica con hasta doce líneas de profundidad. Epaminondas, conocedor de las tácticas espartanas, colocó al Batallón Sagrado de Tebas a la vanguardia del ala izquierda, mientras que dispuso de forma totalmente atípica a sus tropas centrales, haciendo una escalera para que pudieran ir retrocediendo para estar cada vez más a la derecha y, con esta táctica, intentar envolverlos.

La batalla comenzó con el habitual intercambio de jabalinas, sin embargo, las caballerías comenzaron a hostigarse mutuamente, siendo la tebana la vencedora y borrando del campo de batalla a la espartana. Las líneas de infantería se movieron en bloque. Lo que no se esperaba Cleómbroto era que su caballería huyera del combate o muriera en él, por lo que dejaban desprotegidos los flancos por donde atacó el Batallón Sagrado de Tebas. Fue entonces cuando los espartanos intentaron ir hacia delante, encontrando oposición en las filas centrales tebanas, pero como habían dispuesto una formación distinta eran forzados a ir a la derecha. La falange espartana debía

luchar en bloque, por lo que no podían romper su formación o se verían derrotados. Al colocar Epaminondas sus tropas de forma escalonada y oblicua, los espartanos fueron envueltos y, con el Batallón Sagrado de Tebas consiguieron destruir las líneas espartanas. Cleómbroto murió en esta batalla junto a cuatrocientos ciudadanos espartanos.

El resto del ejército lacedemonio, compuesto por aliados y mercenarios, decidió darse a la fuga y dejar el campo a los tebanos. Tebas había ganado la batalla y había dejado muy mermado a los espartanos, tanto por las bajas ciudadanas como también moralmente. Una ciudad-Estado había conseguido derrotar a los espartanos en combate, gracias sin duda a la interacción estratégica de Epaminondas. Esparta quedó reducida a una potencia peloponesia, mientras que Tebas consiguió empezar a tener repercusión en el ámbito griego. Fue también en este momento cuando se vio que las antiguas formaciones griegas no podían derrotar a las tácticas de caballería e infantería que comenzaron a innovar los tebanos.

La hegemonía de Tebas

A partir de la victoria de Leuctra, los negocios al mando de Epaminondas completaron de forma absoluta todo su dominio sobre la Beocia y aseguraron el control sobre la Grecia central. Durante los siguientes años comenzaron una serie de expediciones para reducir los territorios de sus aliados: Orcómeno fue expulsado de la Confederación y atacado inmediatamente por las tropas tebanas; Epaminondas, que dirigió el ataque consiguió que se rindieran. La ciudad tuvo una misiva en la que se exponían las cláusulas de su rendición, como la demolición de sus murallas o la obligación a contribuir en el ejército tebano, aceptándolas sin mucha oposición. Desde este punto, Tebas pudo marchar hacia el norte para dominar las rutas que pasaban por la Grecia central. Consiguieron así una hegemonía en todos estos territorios. El éxito de esta campaña por parte de Epaminondas fue rotundo. El objetivo del general tebano realmente era impedir la recuperación de Esparta como cabeza hegemónica de Grecia y, a su vez, construir un sistema de alianza que consiguiera favorecer a Beocia dentro de la región del Peloponeso.

Tras muchas más misivas de alianza, solo los pueblos peloponesios de eleos, argivos y arcadios se unieron a Tebas. Epaminondas dirigió una expedición hacia el Peloponeso para hacer acto de presencia y llegó a Arcadia a finales del 370 a. C. Sin embargo, ante la situación favorable de una campaña militar exitosa decidió marchar hacia Mesenia, devastando a su paso todos los territorios lavonios del río Eurotas y quemando el arsenal naval espartano de Giteo. Al llegar a Mesenia, independizó las tierras que los espartanos habían mantenido durante muchos años y fundó Mesene. Esto supuso la liberación de Mesenia de los espartanos y la pérdida de los ilotas para la economía y el ejército lacedemonio. Tras su paso por el Peloponeso, se organizó la Confederación Arcadia y se fundó la ciudad de Megalópolis.

Esparta dejó de tener una influencia clara en los territorios del Peloponeso. Tiempo atrás, los lacedemonios hubieran infringido una gran derrota a los ejércitos tebanos que hubieran intentado entrar en sus dominios. No fue así: Epaminondas había vencido a los espartanos en Leuctra, cuya derrota supuso la pérdida de numerosos ciudadanos espartanos, con lo que mermó el ejército y la capacidad ciudadana de esta polis. Las consecuencias de Leuctra se observan en la exitosa campaña de Epaminondas en el Peloponeso, la liberación de Mesenia y la posterior fundación de Mesene era un golpe del que los lacedemonios jamás se volvieron a recuperar.

A mediados del 369 a. C. Epaminondas regresó a Tebas, donde fue juzgado por haber desobedecido las órdenes de la ciudad y mantener su cargo de forma ilegal durante cuatro meses (expiraba su cargo a principios del 369 a. C.). Sin embargo, fue absuelto y reelegido, por lo que tras su juicio dirigió una campaña hacia Esparta en la que no tuvo tanto éxito y tuvo dos derrotas que lo marcaron en el ámbito político.

Tebas no solo tuvo intereses en el Peloponeso, también tuvo aspiraciones en el norte de Grecia. Pelópidas fue quien encabezó las expediciones hacia el norte, los tebanos se presentaron en el norte de Grecia como libertadores contra las tiranías que allí estaban afincadas. Pelópidas organizó la Confederación de Tesalia y arbitró los conflictos entre Macedonia y Aloro. En la primavera del 368 a. C. los tebanos recibieron noticias de que apenas quería atacar Macedonia, así como que Alejandro de Feras había comenzado a realizar incursiones en los territorios de la Confederación de Tesalia. Pelópidas e Ismenias fueron apresados por Alejandro de Feras al intentar salir

de estos territorios. Tebas no vio con buenos ojos que sus enviados fueran apresados y decidieron enviar una expedición en otoño de este año para liberar a Pelópidas e Ismenias. Tras los intentos por parte de Cleómenes e Hiparco fue Epaminondas quien, como un simple soldado, acabó salvando a los tebanos de la situación y consiguió al año siguiente que el tirano devolviese a los embajadores capturados.

Epaminondas salva a Pelópidas.

Tebas, durante los años de hegemonía, consiguió pactar de forma beneficiosa con los persas y sucedió a Esparta en esta alianza. Sin embargo, no todo salió tan bien como esperaban los tebanos. Años más tarde, los atenienses, celosos del expansionismo tebano de los últimos años, decidieron aliarse con Esparta para vencer a la coalición tebana.

Epaminondas, el 366 a. C., expuso cómo Esparta ya no era un enemigo a batir, ya que no podía recuperarse tan rápido como lo habían hecho los atenienses, por lo que los esfuerzos militares debían focalizarse en la polis del Ática. Durante estos años los atenienses habían intentado no entrar en combate directamente con las fuerzas terrestres de Beocia, sin embargo, los líderes tebanos decidieron que lo mejor era construir una flota y así enfrentarse contra

Atenas en el mar. La construcción de más de cien trirremes en la primavera del 364 a. C. y una pequeña expedición naval sirvió para que muchas ciudades como Bizancio pasaran al lado tebano. Sin embargo, los éxitos tebanos fueron parados por Timoteo (general ateniense). Esto supuso un gran problema para los tebanos y acabaron dejando el mar para los atenienses.

La hegemonía tebana comenzó a desaparecer cuando, en el 364 a. C., Pelópidas perdió contra Alejandro de Feras en Cinoscéfalas, donde a pesar de ganar, perdieron a uno de los artífices del éxito tebano, al igual que en Mantinea.

La batalla de Mantinea

En el 362 a. C. la Confederación de Beocia comenzó a romperse, por lo que muchas ciudades-Estado decidieron recurrir a Atenas o Esparta para solucionar sus problemas. La obra de Epaminondas comenzaba a derrumbarse. El general tebano intentó por todos los medios tomar la ciudad de Esparta, sin embargo, no lo logró y, en su retirada hacia Tegea, se topó con el grueso del ejército que habían formado los espartanos, los atenienses y los enemigos de Tebas en Mantinea.

La batalla comenzó con el ordenamiento de tropas. Las dirigidas por Epaminondas fueron organizadas de la siguiente manera: los cuerpos de tebanos en el ala izquierda en una columna profunda de hoplitas, con el Batallón Sagrado de Tebas en la cabeza, siguiendo la misma formación oblicua que había tenido en Leuctra. La línea de los tebanos consiguió romper la formación espartana, mientras las caballerías que se habían colocado delante de las líneas centrales se lanzaron las unas contra las otras, sin embargo, Epaminondas las había reforzado con varias unidades de infantería. La intención de la caballería tebana era doble: por un lado, combatir a la griega y por el otro tomar una posición en su flanco derecho para evitar que los griegos pudieran envolver su formación. Tebas consiguió su objetivo, la caballería de Epaminondas consiguió destruir la enemiga y las líneas de infantería tebanas consiguieron romper la formación espartana. No obstante,

las tropas del flanco derecho fueron abatidas por la caballería ateniense. El resultado de esta batalla fue una gran victoria para los tebanos, pero resultaron tan mermados los ejércitos de las principales ciudades griegas que tuvieron que hacer la paz. Epaminondas, el general que había llevado a Tebas a la gloria, murió durante la batalla.

La muerte de Epaminondas llevó a Tebas a un pozo del que no pudieron salir. Macedonia resultó ser un reino donde comenzaban a alzarse varios poderes que invadirían Grecia años más tarde. Un joven rey llamado Filipo II de Macedonia se alzaría con el trono en el 359 a. C.

Filipo II y la conquista de Grecia

Durante la hegemonía tebana, las incursiones de Pelópidas en territorio macedonio habían resultado un éxito y, fruto del instinto expansivo de los tebanos, muchos nobles macedonios se fueron a Tebas como rehenes. Allí recibió la educación militar de Epaminondas, donde aprendió las tácticas y formaciones del Batallón Sagrado de Tebas. En el 364 a. C. regresó a Macedonia para hacerse cargo del gobierno, siendo coronado rey en el 359 antes de Cristo.

Los siguientes años tras la batalla de Mantinea se produjeron en toda Grecia unos conflictos por el poder. Aunque Tebas había resultado vencedora de este conflicto, su poder acabó disminuyendo en pro de Atenas. En este contexto surge la guerra de los aliados (357-355 a. C.), donde los aliados de Atenas se negaron a pagar los tributos que la ciudad del Ática les había exigido. En esta guerra se pudo comprobar cómo Atenas no podía disponer de un ejército capaz de sofocar todos los combates que se le proponían. Timoteo, el excelente navegante que había vencido a los espartanos y tebanos en el mar, fue exiliado tras una derrota. En tierra, Atenas comenzó a perder y tuvo que recurrir a los persas para financiar su campaña, sin embargo, esto no resultó como esperaban y los atenienses acabaron firmando la paz para evitar disolver la Liga ateniense. Fue entonces cuando Filipo II comenzó a desarrollar una actitud imperialista tras arrebatar Anfípolis a los atenienses en el 357 a. C. Al

año siguiente consiguió la plaza de Pidna y Potidea, esta última se la entregó a la Liga Calcídica para que los atenienses no la reclamaran. Filipo consiguió vencer a los atenienses tanto en el campo de batalla como en el campo diplomático, pero no fue ahí cuando comenzó la expansión que desembocaría en la destrucción de la Grecia Clásica.

En la Tercera Guerra Sagrada (356-346 a. C.), los conflictos entre los griegos saltaron de nuevo tras la anexión de Delfos a la Confederación de Fócide. Sin embargo, los fócidos, enemigos acérrimos de los tebanos, se apoyaban en los espartanos y los atenienses para acabar con estos. Delfos, al ser un santuario, no podía pertenecer a ninguna confederación, aunque territorialmente sí estuviera dentro de Fócida, pero Filomeno, dirigente de estos, decidió enviar a su ejército para ocupar Delfos. Esto lo vieron con malos ojos en el Consejo Anfictiónico (un consejo de griegos que velaba por la Anfictionía, confederaciones religiosas como la de Delfos), que declaró la guerra a los fócidos. Filomeno es derrotado en el 355 a. C., pero cuando el conflicto parecía acabar, Onomarco decide reemplazar a Filomeno en la dirección de las tropas y, con varios mercenarios contratados gracias al tesoro de Delfos, decidió continuar la guerra.

La guerra no tuvo mucho movimiento de tropas hasta que los fócidos decidieron controlar la región de Tesalia, provocando que Macedonia entrase en la guerra para socorrer a los tesalios. Filipo II consiguió entrar en la guerra y, con ello, someter a los griegos tras varias batallas. Sin embargo, hasta que no penetró en Grecia para sofocar la guerra, los griegos no le tomaron por alguien importante. Filipo, en el 346 a. C. había conseguido derrotar a los griegos y obtener el control del oráculo de Delfos, consiguiendo la paz con los griegos en este mismo año, siendo un tratado beneficioso para los macedonios, ya que se les permitió mantener sus territorios.

Ante las grandes victorias de Filipo II, en Atenas se discutió si declarar la guerra abiertamente contra el rey macedonio o si por el contrario se mantenían al margen. Demóstenes, un gran orador, a través de sus *Filípicas*, nos hace llegar cómo eran las reclamaciones de una parte de los atenienses que estaban en contra de Filipo. En el 340 a. C. los atenienses declararon la guerra a Filipo, lo que provocó que el rey de Macedonia entrase en suelo griego y, en la batalla de Queronea (338 a. C.) los tebanos y los atenienses se enfrentaron directamente contra la falange macedónica de Filipo.

La batalla de Queronea, el fin de la Grecia Clásica

Los griegos habían tomado posiciones en Queronea, el camino principal para penetrar en Grecia, mientras, los macedonios habían llegado hasta allí y se habían dispuesto para el combate. El ejército de Filipo contaba con más de treinta mil soldados y dos mil unidades de caballería, a los que colocó en dos alas, la izquierda dirigida por el mismo rey de Macedonia y la derecha por su hijo, un joven Alejandro. En el centro estaban situadas las líneas de infantería macedónica. Por el otro lado, los griegos eran una coalición de las polis de Acaya, Corinto, Calcis, Megara y Trecén, así como Atenas y Tebas.

La batalla de Queronea comenzó con la carga de las caballerías de los flancos izquierdos y derechos. Las tropas dirigidas por el rey de Macedonia se retiraron y las tropas griegas se vieron obligadas a perseguirlos, pero cuando Filipo llegó a una zona elevada, dio la vuelta y los derrotó. Por otro lado, el ala de Alejandro consiguió atacar a los tebanos del ala derecha, gracias a lo que abrió una brecha en las líneas griegas. Al verse rotas las formaciones de los griegos, los macedonios comenzaron el ataque al cuerpo central de los griegos con el que los derrotó y finalizó la batalla. Alejandro fue el que destruyó el Batallón Sagrado de Tebas gracias a su caballería.

Con la victoria en Queronea, Filipo II consiguió expandir los territorios de Macedonia por toda Grecia, inventándose la Liga de Corinto para aunar a los griegos bajo un solo mando. La ciudad de Tebas se rindió al rey macedonio y se colocaron guarniciones macedonias. Atenas también resultó derrotada, pero el rey de Macedonia se comportó de manera amable, ya que les permitió conservar la colonia de la isla de Samos y sus prisioneros fueron puestos en libertad. En cuanto a Esparta, Filipo II estaba deseoso de atacar los territorios espartanos arrasando la región de Laconia tras Queronea, pero no llegó a entrar a la ciudad de Esparta. En el 336 a. C., cuando Filipo se había dispuesto a marchar sobre los antiguos enemigos de los griegos, los persas, fue asesinado, tras lo que le sucedió en el trono su hijo Alejandro.

Batallón Sagrado de Tebas.

6

Alejandro Magno: una cultura, un imperio

La muerte de Filipo no hizo más que encumbrar a uno de los personajes más importantes de la historia, Alejandro, aquel chico que consiguió lo que ninguna otra persona había hecho hasta ese momento: conquistar Grecia y extender su imperio hasta más allá de Persia. En el 336 a. C. Filipo fue asesinado por Pausanias, capitán de la guardia real macedónica. Fue el resultado de los distintos amoríos que Filipo había contraído: su muerte fue planeada por Olimpia, su principal esposa y madre de Alejandro. Su hijo, a la tierna edad de veinte años llegó al poder.

Alejandro se encontró con una Macedonia que había conseguido vencer a los griegos en combate, los había aunado bajo la Liga de Corinto. Sin embargo, todos los griegos, al ver morir a aquel que les había postrado ante Macedonia, decidieron sublevarse y alzarse en armas contra Alejandro. La llegada al trono y las responsabilidades que ello conllevaba no eran nada comparadas con la sublevación griega. No obstante, Alejandro, aun siendo

joven, fue una persona muy inteligente y bien instruida, gracias a su preceptor Aristóteles. Alejandro decidió realizar una campaña relámpago para reafirmar el dominio en la región griega, marchó con todas sus tropas hacia Tesalia y, desde allí, se dirigió hacia el Ática, donde los tebanos se habían sublevado. Alejandro decidió sitiar la ciudad de Tebas, la redujo prácticamente a escombros para ajusticiar a los sublevados. Sin embargo, más tarde la reconstruyó y reubicó allí a sus habitantes.

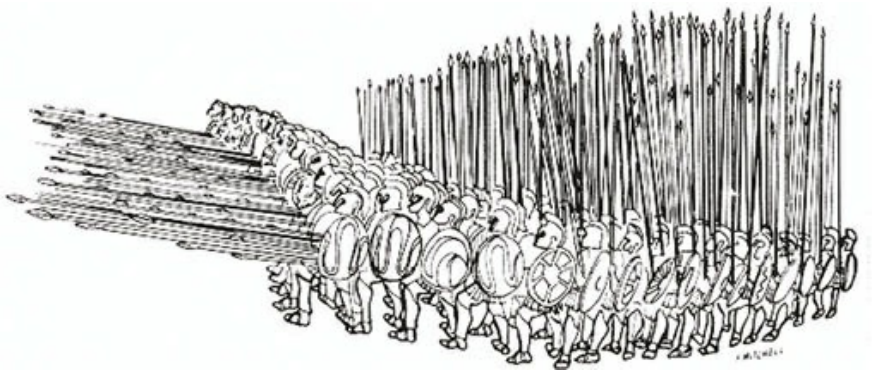
La audacia de Alejandro fue coronada con la visita al templo de Delfos. Aquí el joven macedonio visitó al oráculo, el cual le dijo que era prácticamente invencible. Al pasar por Atenas, todos los ciudadanos cerraron sus puertas, sin embargo, el joven rey, para congraciarse con la población, decidió entrar solo con sus *hetairoi* (compañeros leales de Alejandro). Dentro de la ciudad, gracias a su oratoria, consiguió ser reconocido como *Hegemon*, título que le garantizaba ser el gobernante de toda Grecia. La pequeña sublevación que surgió tras la muerte de su padre la había solucionado en un rápido movimiento.

LAS CAMPAÑAS CONTRA PERSIA, EL INICIO DE LA LEYENDA

Las campañas exitosas de Alejandro en Grecia le llevaron a continuar con la obra de su padre, Filipo II, de él heredó no solo un imperio, sino también un ejército muy bien formado. La falange que utilizó Macedonia para sofocar la rebelión griega era ya la falange macedónica. Esta consistía en varios cuerpos de piqueros con una protección muy ligera pero armados de la *sarissa* (una lanza de más de cinco metros), cuya punta solía ser de bronce y el extremo de la contera (la parte que toca con el suelo) estaba reforzado con topes para plantarla en el suelo a la hora de soportar una carga. La *sarissa* estaba dividida en dos grandes partes debido a su longitud, y era armada antes de cada batalla. El soldado que la utilizaba tenía que cogerla con ambos brazos, por lo que no pudo utilizar un escudo similar al de las falanges griegas, por lo que utilizaban uno de menor tamaño colgado en el brazo. Los soldados comunes no llevaban más armadura que sus telas y un casco de hierro.

La formación de la falange macedónica era realmente útil contra los enemigos de aquella época (aunque en la batalla de Pidna fueran derrotados gracias a la flexibilidad de las legiones romanas). La idea de formar un gran cuerpo de combate que blandiera este tipo de arma les hacía casi invencibles. Cada fila de soldados distaba entre si un metro, por lo tanto, parecían a la hora de formar un gran erizo que avanzaba lento pero devastador. No solo tenían la *sarissa* en su equipo, también estaban armados con espadas y dagas por si acaso llegaban a romper la formación. En el caso de la falange macedónica, Filipo II en su cautiverio en Tebas aprendió del Batallón Sagrado de Tebas y decidió que su ejército también tendría más profundidad que las falanges clásicas con dieciséis filas de soldados. Cada destacamento (*sytagamatarchos*) constaba de 256 hombres, lo que hacía de ellos un gran ejército móvil y letal.

Alejandro modificó la falange de su padre y la hizo más útil al utilizar una estrategia denominada martillo y yunque. La falange retenía al enemigo con sus picas mientras la caballería atacaba por los flancos y la retaguardia del enemigo, con lo que hacía que se dirigieran hacia una muerte segura. La importancia de describir cómo funcionaba la falange macedónica viene dada por la explicación de sus conquistas. Roma tuvo su ímpetu y su formación casi constante, al igual que la flexibilidad en las legiones manipulares o de cohortes, mientras que Alejandro tuvo su falange macedónica apoyada por una buena caballería.



Falange macedónica. Fuente: Thomas (1984): *Ancient and Medieval Warfare: The History of the Strategies, Tactics, and Leadership of Classical Warfare*, New Jersey, United States: Avery Publishing Group.

El inicio de su periplo por Asia comenzó en el 334 a. C. desde el puerto de Sesto, aquí el joven rey se embarcó con sus grandes generales y comandantes: Parmenión, Clito, Antígono, Hefestión, Filotas, Ptolomeo, Crátero, Perdicas, Nearco y Seleuco entre otros. En este lugar comenzaron a preparar el viaje hacia Asia, cuya primera parada fue el Helesponto. Alejandro sabía que las naves persas estaban en Egipto, por lo tanto, se aprovechó de que el mar no estaba vigilado para pasar hacia Asia. Antes de comenzar su periplo, los helenos rindieron culto a los dioses Zeus, Atenea y Heracles, sacrificando enormes cantidades de ganado también para Poseidón y las nereidas («ninfas del mar») para que su viaje y su campaña fueran exitosas. Al llegar a Asia lanzó una lanza sobre la orilla de forma simbólica para acometer la conquista de este territorio. A partir de entonces, Alejandro nunca volvió a la tierra que le vio nacer.

Al llegar a Jonia, las noticias del desembarco alejandrino no tardaron en expandirse, su misión era liberar las polis griegas del yugo persa. Estas eran las noticias que llegaban a las ciudades-Estado que pretendían ser liberadas, sin embargo, no sucedió de este modo, pues cambiaron el yugo persa por el macedónico. Alejandro encontró unos focos de resistencia en Mileto y Halicarnaso, requiriendo el esfuerzo de su ejército para conseguir que se anexionasen a su «Imperio» panhelénico.

La batalla del Gránico

En este contexto fue donde sucedió la primera batalla entre los ejércitos griegos y los persas: al borde del río Gránico en el norte de la península anatolia, en junio del 334 antes de Cristo.

Memnón estaba a cargo de esta satrapía y, al escuchar las noticias de que Alejandro estaba allí, decidió ir en su busca. Para incomodar al general griego arrasó los campos de trigo y emprendió una táctica de tierra quemada, con lo que evitó que los ejércitos helenos pudieran abastecerse, sin embargo, Alejandro fue aconsejado por sus generales y prefirieron atacar las tropas

persas. Los persas quisieron evitar el combate contra Alejandro, pues sabían que su ejército estaba mejor formado, pero carecían de recursos, así que los griegos fueron en busca de un combate para acabar con los campos quemados de Memnón.

En las orillas del Gránico, ambos ejércitos se situaron en los dos lados, la orografía del terreno era muy complicada para el estilo de lucha macedónico, sin embargo, el verdadero problema era el río que les separaba de los aqueménidas. Para ello, prefirió realizar un ataque improvisto que pillara a los persas desprevenidos. Antes del amanecer decidió salir con sus tropas, mientras estaban vadeando el río los persas lo detectaron, pero ya era tarde como para enviar a la caballería persa y contrarrestar la de Alejandro.

Batalla del río Gránico, grabado de un fresco de Lebrun.

El combate comenzó con el cruce de tropas de Alejandro por el río Gránico. En ese momento, Alejandro dirigió su caballería por la derecha mientras su falange se situaba en el centro. Los persas comenzaron a descargar sus proyectiles sobre la falange macedónica, por lo que tuvieron unas pocas pérdidas, pero cuando Alejandro cruzó el río con su poderosa caballería destrozó la línea izquierda enemiga. Cuando la falange hubo cruzado el río presionó a sus enemigos hasta destruirlos.

El resultado de esta primera batalla fue un gran éxito para las fuerzas de Alejandro, que, además de derrotar a los persas en combate, consiguió infundir el ánimo entre sus soldados para futuras luchas. Alejandro consiguió que sus líneas fueran reforzadas y que tuvieran víveres suficientes para continuar su lucha. Las ciudades-Estado de esta zona consiguieron ver la luz y,

tras muchos siglos, por fin se quitaron el yugo persa cambiando de bando hacia el heleno de Alejandro.

En su camino hacia Asia ocurrió un episodio curioso en las cercanías de las ruinas de Troya, aquí el joven rey rindió culto a los grandes héroes homéricos, Aquiles y Ayax, así consiguió que su ejército creyera que los viejos fantasmas del pasado luchaban para el rey macedonio. Otro acontecimiento en su paso por la península anatolia fue en la ciudad de Gordio, Frigia, donde Alejandro desató el nudo de Gordio. La leyenda contaba que quien consiguiera deshacer el nudo de Midas sería el rey de Asia. Alejando cogió su espada y lo deshizo cortándolo.

La batalla de Isos

En el 333 a. C. Alejandro se fue acercando más y más a Asia Menor, tras pasar su invierno en Gordio, haciéndose «rey de Asia» con el episodio del nudo, recorrió todo el interior y se dispuso a ir hacia la costa de la península anatolia. En un lugar denominado Puertas Cilicias, que cerraban el paso hacia el norte de Mesopotamia, tuvo una pequeña emboscada, pero no fue suficiente para parar a Alejandro, que la consiguió cruzar sin problemas. Su siguiente objetivo estaba en Isos.

Tras su paso por Cilicia, Alejandro envió a Parmenión para ir hacia el paso de Isos, sin embargo, el rey persa Darío no quiso que los griegos pasaran a sus territorios, por lo que encabezó una expedición para derrotar a las tropas de Alejandro. Tras varios días, el rey de Persia llegó al punto donde se establecieron: el golfo de Isos. En este punto recibió noticias del incesante avance de Alejandro, por lo que, cuando estuvieron próximas las tropas helenas, Darío decidió formar a los suyos.

Mosaico de la batalla de Isos, Pompeya. Museo Arqueológico Nacional de Nápoles.

Las tropas que Darío llevó consigo a Isos contaba con más de sesenta mil soldados, mientras que el ejército de Alejandro no sobrepasaba los treinta mil. La batalla se aconteció en el estrecho del golfo de Isos, donde el ejército persa se posicionó entre las montañas y el mar, separados del ejército de Alejandro por un río. El rey macedonio decidió formar su infantería en el centro, mientras que su caballería la situó a ambos flancos y reforzó la derecha con sus *hetairoi* (compañeros y amigos de Alejandro). La batalla comenzó con la caballería de Alejandro avasallando el lado derecho, consiguió cruzar el río y atacó las fuerzas persas que allí estaban, sin embargo, la falange central de Alejandro se puso a la defensiva. La caballería macedónica atacaba y rompía las defensas del lado derecho, pero la falange no avanzaba como se esperaba. Los persas habían abierto un hueco. Sin embargo, Alejandro en vez de cubrir ese hueco decidió desviar su caballería hacia el flanco izquierdo persa y atacó y rompió la formación de estos mientras Darío intentaba formar a sus tropas para que los macedonios no arrollasen por ese lado. Fue en ese momento cuando la falange de Alejandro decidió pasar a la acción y avanzaron de forma sangrienta, atacando el centro y acabando con el ejército persa.

El rey de Persia decidió huir con lo que quedaba de su ejército, los griegos habían vencido en suelo asiático al rey Darío III. Alejandro, tras la batalla, se encontró con que el monarca aqueménida había abandonado a su mujer y sus hijas.

TIRO, LA ISLA QUE SE CONVIRTIÓ EN PENÍNSULA

Los errores tácticos de los persas o la inteligencia militar de Alejandro habían funcionado, los griegos estaban teniendo éxito en una misión que parecía suicida y todo gracias al genio militar de su rey y a las tácticas heredadas de su padre, Filipo II. En su avance por Persia, los griegos tomaron la ciudad de Damasco, donde se ubicaba una parte del tesoro real de Darío III, consiguiendo así multitud de riquezas que le permitieron seguir su campaña. Una vez habían conseguido abrir el camino hacia el corazón de Persia, los griegos observaron que no era el mejor momento para pasar ahí, por lo que se dirigieron a las costas de Fenicia. En su paso, Alejandro quiso destruir la flota persa y, de paso, abastecerse en este punto.

Fue en el sur de Fenicia donde se encontró por primera vez un hueso duro de roer, pero no imposible: la ciudad de Tiro. Habían pasado dos años desde que salió de Grecia y había conseguido varias victorias contra los ejércitos aqueménidas, pero en el 332 a. C. Alejandro se enfrentó a un asedio largo y duro. Tiro, la ciudad que había fundado la civilización de Cartago, estaba en el punto de mira de Alejandro, por la importancia estratégica y porque albergaba una flota que los persas podían utilizar para atacar Grecia.

Era enero del 332 a. C. cuando los ejércitos macedónicos se dirigieron a la isla, en ese momento, de Tiro. Tras varios intentos de aproximación, Alejandro por consejo de Diades de Pela observó que lo mejor para sitiar Tiro era construir un espigón de tierra y llegar a la ciudad a pie. No era la primera vez que sucedía esto en el mundo antiguo, parece ser que Dionisio I de Siracusa construyó una gran lengua de tierra para unir Motia a Sicilia.

Alejandro dispuso los preparativos del asedio a la ciudad y, con los escombros en la costa y arena, construyeron un gran pasadizo de tierra. A través de grandes estacas de madera en el mar, unieron tablas y arrojaron estos escombros en el medio. Poco a poco la isla de Tiro se fue convirtiendo en península. El único problema al que se enfrentaron sus ingenieros fue que arrojaron flechas desde pequeños barcos o desde la propia fortaleza de Tiro. Una vez que el pasadizo estaba construido, Alejandro decidió cubrir a sus operarios con pieles y madera para comenzar a construir sus catapultas y asediar la ciudad. La construcción de dos torres de asedio en el dique para afrontar el asedio no fue suficiente, ya que los habitantes de Tiro respondieron lanzando brea caliente y azufre al dique y a sus ingenios de asedio.

En un momento, Alejandro se tuvo que ausentar para sofocar una revuelta cercana y, al volver, se encontró que su espigón estaba destruido, por lo que decidió que no debía ser un paso pequeño, sino un gran pasillo de tierra. Para defenderla decidió enviar misivas a las ciudades sofocadas más cercanas para que enviaran una flota. Alejandro consiguió cercar y bloquear Tiro, por lo que, tras siete meses de asedio, los macedonios consiguieron entrar en la ciudad, arrasando con todo aquel que no se hubiera resguardado en un templo.

Alejandro realizó una masacre en aquella ciudad, no se podía imaginar la cantidad de ciudadanos que fueron ejecutados tras tomarla, más de dos mil personas fueron crucificadas a lo largo de la playa, mientras otros fueron esclavizados y otros ejecutados. Alejandro tardó siete meses, retrasó su campaña por una pequeña ciudad fenicia, era julio y se antojaba la satrapía de Egipto. Para dirigirse a Egipto tuvieron que pasar por Gaza, donde las cosas se complicaron, ya que debían volver a tomar una ciudad por asalto, pero esta resultó más fácil que Tiro y, en prácticamente dos meses, consiguieron tomar la ciudad y pasar hacia Egipto.

Alejandro debía sofocar a su paso cualquier tipo de rebelión, por lo que la crueldad y la esclavitud de aquellas poblaciones que no le aceptaban era una constante, tal y como nos muestra Guzmán Guerra y Gómez Espelosín en su libro *Alejandro Magno*.

EGIPTO, LA TIERRA QUE LO ENCUMBRÓ

Inicialmente, el paso de Alejandro por Egipto era una nueva etapa de conquista, sin embargo, no se encontró apenas resistencia y sí un pueblo que lo aclamó como libertador de sus tierras. En este territorio veían a los griegos como grandes aliados y Alejandro supo sacar partido de esto. Tanto es así que, además de reconstruir algunos templos y hacer sacrificios a los dioses orientales, el rey macedónico decidió adoptar la titulación faraónica, convirtiéndose así en un faraón de Egipto. La población estaba contenta con él y, con su «conquista», reformó los territorios y estableció tres provincias en Egipto. El territorio del Nilo era un reino dentro de su imperio.

Durante su paso por Egipto ocurrieron dos sucesos de relevancia. El primero fue la fundación de Alejandría en el delta del Nilo, la cual pretendía rivalizar la creciente ciudad del Tíber que había consolidado su poder en Italia, Roma. Alejandría fue la primera fundación de Alejandro y, además, la convirtió en capital de ese reino, tanto administrativa como comercial. El segundo gran hecho fue la visita al oráculo de Amón en Siwah, quien le reveló como hijo de este dios (Zeus para los griegos). Esto le proporcionó una mejor publicidad para sus territorios y valor para sus campañas. Alejandro consiguió aunar tanto las victorias militares y su buen hacer administrativo con la publicidad religiosa y su manipulación en pos de un buen gobierno. Alejandro se encumbró en Egipto como hijo de Zeus, continuando su camino hacia el corazón de Persia.

GAUGAMELA, ¿ESTRATEGIA O SUERTE?

Al salir de Egipto, retomaron la ruta que habían caminado hasta Tiro, donde Alejandro se volvió a parar para reformar la administración de esta ciudad y, así, impedir una sublevación de esta ciudad fenicia. En este momento, en el 331 a. C., cuando Alejandro se hallaba en Tiro, volvió a recibir misivas de paz por parte de Darío III, sin embargo, fueron rechazadas por Alejandro. Tras la misiva, Parmenión, uno de sus generales, le aconsejó que la aceptara, por lo que se abrió una grieta en su relación con el rey de Macedonia que no pudo ser salvada.

Alejandro dejó atrás Tiro para dirigirse hacia el valle del río Orontes, donde llegó tras varios días al Éufrates. Allí volvió a realizar una fundación, la ciudad de Niceforio, a modo de almacén de suministros para su ejército. En este lugar, varios exploradores comentaron al rey de Macedonia que Darío había reunido un gran ejército y que ya estaba pasando Babilonia hacia el Arbelas.

Alejandro decidió interceptarle en la llanura de Gaugamela, donde favoreció los movimientos de la caballería de ambos bandos. Darío III llegó a nivelar el terreno para que sus carros pudieran ser efectivos en este tipo de llano.

Alejandro fue a su encuentro con su ejército, acampando en las cercanías para planificar la estrategia de la batalla. Darío III había conseguido reunir más de noventa mil hombres entre mercenarios, soldados, los Inmortales, carros, arqueros y elefantes de guerra (quince ejemplares lucharon en Gaugamela). La noche antes del combate, Alejandro observó el terreno y planificó la batalla, ordenó a sus tropas descansar para que estuvieran frescas para la batalla. Al día siguiente, los persas formaron una larga línea que se alzaba en todo el llano, estaba formada por las tropas de infantería y sus carros. En el lado derecho colocó a las tropas mercenarias de sus satrapías, mientras que, en el centro, junto al rey Darío III se ubicaban las tropas de Persia (como región, no como imperio), detrás de estas líneas situaron a los mercenarios del mar Rojo y, delante del propio rey a sus elefantes y carros con guadañas.

El ejército debía de ser aterrador, una gran línea formada en vanguardia por temibles carros e infantería ligera daba paso a elefantes y carros, todo esto añadido al gran número de tropas de infantería que se apostaban junto al rey y a sus lados.

Alejandro decidió dividir el ejército en dos partes: en la derecha, bajo el mando directo del rey, su caballería,mientras que en la izquierda dejó a Parmenio con otros jinetes griegos y caballería tracia. En el centro dispuso su falange, reforzada esta vez con una formación en retaguardia para que no pudieran ser rodeados y poder dar la vuelta. Debemos pensar que eran como

erizos y que sus picas no podían maniobrar para darse la vuelta de forma inmediata. Esta fuerza de reserva estaba prevenida para reforzar el frente de ataque, en caso de que les envolvieran impedir que atacasen la retaguardia de su formación y, en caso de victoria.

Batalla de Gaugamela, Jan Brueghel el Viejo (1602).

La batalla comenzó con el ala izquierda persa. Se movió de forma oblicua hacia la caballería de Alejandro, pero separándose de la batalla, donde los persas habían nivelado el suelo. Darío dio orden a su caballería de intentar envolver a Alejandro, pero el rey de Macedonia decidió ir directamente contra el centro de las tropas que lo envolvían, comenzado así la batalla. El rey de Persia vio cómo la falange avanzaba y, para frenarla, envió a sus carros con guadañas en las ruedas, algo que resultó inútil, porque las tropas de Macedonia continuaron avanzando lentas pero seguras. Evitaron el ataque lanzando proyectiles contra ellos y, de un modo sorprendente, los griegos abrieron sus filas para que los carros pasaran entre ellas. Darío, impaciente, decidió mandar a su caballería hacia el sector central, por lo que abrió una brecha en sus líneas. Alejandro ordenó que su caballería de reserva atacara el ala derecha y, él mismo, tras vencer en su línea, formó una cuña que cabalgó hacia la brecha abierta de los persas, atacando directamente a Darío. El rey de Persia, al ver la imagen de las tropas helenas avanzando hacia su posición, decidió huir del campo de batalla.

El ala izquierda de la caballería de Alejandro se encontraba retrasada y, cuando se dieron cuenta, el avance del rey de Macedonia hacia Darío abrió una brecha que permitió a los jinetes indios y persas atacar la falange macedónica, sin embargo, la falange de reserva cubrió las espaldas de estas y consiguieron repeler el ataque. No quedaba todo zanjado, pues la caballería griega que no había atacado con Alejandro se vio envuelta en tropas persas. Alejandro, viendo que su ejército podía caer, dejó de perseguir al rey de Persia y salvarlos de una muerte segura. Darío había escapado, pero Alejandro había conseguido destruir a prácticamente todo el ejército de Persia.

Las capitales de Persia, ciudades de Alejandro

Tras la batalla de Gaugamela, nada impidió a Alejandro conseguir su objetivo, las capitales de Persia fueron una conquista fácil. Tras derrotarle, el rey macedonio se dedicó a perseguir al rey aqueménida, sin embargo, Darío III acabó siendo asesinado a manos de sus colaboradores y se le envió la cabeza a Alejandro. Al ver la cabeza del rey de Persia se enfadó, ya que le habían quitado a su presa, por lo que la ira de Alejandro se nos muestra reflejada en las fuentes literarias de Plutarco, Quinto Curcio Rufo o Flavio Arriano.

El camino de Alejandro era mucho más fácil ahora, ya que no había una oposición grande tras la victoria en Gaugamela. A pesar de que cuando entró en Babilonia como libertador todavía estaba vivo Darío, se le recibió e invistió como un rey. Alejandro en su nueva capital de Oriente decidió reconstruir el templo de Marduk, con lo que se ganaba a la población más religiosa. De este lugar pasó a Persépolis.

En Persépolis, Alejandro protagonizó uno de los episodios más crudos de la historia antigua. Al llegar con una breve oposición y entrar en la ciudad, decidió quemarla para que sirviera como escaparate ante los pueblos sometidos al Imperio helenístico que estaba formando. Los investigadores como Gómez Espelosín indican que esta acción hacía entender a los griegos que le acompañaban que daba por finalizada la campaña de represalias contra Persia y, por otro lado, sirvió para que los persas tuvieran claro que la dominación aqueménida de Darío III había llegado a su fin. Tras Persépolis

continuó persiguiendo a Darío, en su camino capturó la ciudad de Susa, donde se depositaba el tesoro real aqueménida y, con este, consiguió una gran suma de dinero para continuar sus viajes. Alejandro llegó hasta Ecbatana, donde Darío había huido poco antes. Fue en ese punto donde Alejandro decidió licenciar a las tropas griegas que le acompañaban tras dar por cumplidos los objetivos de sus campañas a favor de los griegos, sin embargo, solo fue el principio de su expedición hacia Asia. Era el 330 a. C., Alejandro había conquistado el Imperio persa, con la muerte de Darío se puso fin al Imperio aqueménida, sin embargo, las tropas que le eran fieles a Alejandro continuaron su camino, una persecución a los asesinos de Darío y a las satrapías más orientales.

Campañas en la India, la batalla de Hidaspes

Alejandro, tras sus pasos por las satrapías superiores de Bactriana y Sogdiana donde persiguió a Darío y a sus posteriores asesinos, decidió marchar hacia las regiones desconocidas. No planteó grandes batallas, sino que hostigó con pequeñas emboscadas a sus enemigos. Las cosas dentro del ejército de Alejandro empezaron a cambiar, sus leales generales como Parmenión o Filotas habían comenzado a importunarle, por lo que los ejecutó. Su ejército empezaba a estar cansado de su campaña, pero Alejandro consiguió que sus tropas estuvieran con él hasta el fin de sus días. En la Roca Sogdiana consiguió derrotar a los sátrapas de estas zonas, pero para calmar las relaciones entre los pueblos de esta zona y los griegos, se produjo un matrimonio entre Roxana (princesa persa) y Alejandro.

Su paso por Oriente fue muy largo, llegaron a las orillas del río Yaxartes, donde Alejandro, según las fuentes literarias, se encontró a las famosas amazonas. El paisaje fue cambiando cuanto más se adentraban en Oriente, hasta el punto de que llegó a la India. No quiso pasar más allá del Yaxartes por las innumerables tribus nómadas de allí, pero decidió ir hacia la India, donde les aguardaban riquezas y exóticos animales.

La última campaña de Alejandro fue dedicada a la India, era el año 327 a. C. y el rey Macedonio se dispuso a entrar en estos territorios inhóspitos. A través de algunas alianzas consiguió entrar dentro de la India, pero no se esperaba que fuera una campaña tan difícil, absolutamente todo era hostil, el entorno y sus habitantes. La resistencia de los indígenas fue formidable. Los helenos quedaron maravillados ante las construcciones indias como la fortaleza de Aornos, donde Herakles había conseguido una victoria contra estos pueblos. Sin embargo, quien más problemas le dio fue el rey Poro a orillas del río Hidaspes (326 antes de Cristo).

Periplo de Alejandro Magno. Fuente: López Avellaneda, F. de Asís (2016): «Alejandro Magno y la conquista de la India», *Revista de Historia*. Enlace *https://revistadehistoria.es/alejandro-magno-y-la-conquista-de-la-india/* [En línea]

El rey indio Poros había llegado antes a la orilla del río y situó sus tropas frente a las de Alejandro. Las tropas de los indios constaban de veinte mil tropas de infantería, dos mil jinetes y doscientos elefantes, una formidable fuerza que se enfrentó ante los mermados ejércitos de Alejandro.

Alejandro al ver el ejército frente a él, decidió que debía vadear el río para enfrentarse al rey Poros. Sin embargo, las lluvias monzónicas de la India hacían del río un obstáculo natural muy peligroso, por lo que las tropas de Alejandro anduvieron varias semanas por el lado del río, siendo observados desde la otra orilla por Poros. Finalmente se localizó un lugar en el que se pudo vadear el río, situado a treinta kilómetros de su campamento. Alejandro,

la noche antes de la batalla, decidió mandar a una gran parte de sus tropas a la otra orilla, prácticamente hizo pasar a toda la caballería en secreto sin encontrarse oposición. Sin embargo, cruzar un río que no se conoce es muy complicado, para sorpresa de los griegos tuvieron que cruzar la corriente dos veces, pues lo que había en el medio era un pequeño islote con un canal detrás. Poros se percató de que la gran mayoría del ejército griego había cruzado de noche, por lo que mandó a su hijo con un pequeño contingente a por ellos. El resultado de esa escaramuza fue la aniquilación total de las tropas indias. Poros, cuando supo de la muerte de su hijo, decidió enfrentarse a Alejandro directamente.

Poros tuvo una ventaja táctica que no habían tenido antes los enemigos de Alejandro, grandes elefantes que causaban pavor a los caballos, por lo que neutralizaba la fuerza táctica de Alejandro que se apoyaba en romper formaciones con su caballería. La batalla se dispuso en el siguiente orden. El rey indio situó a sus tropas desplegando en la primera línea a sus elefantes, de forma compacta frente a su infantería y la caballería en sus flancos. La formación elegida tenía como fin neutralizar la caballería macedónica que no podía enfrentarse contra los elefantes, por lo que su infantería estaba resguardada. Alejandro dispuso a su caballería, dirigida por él mismo, a la derecha de la línea de la falange macedónica y se guardó para el gran asalto parte de su caballería escondida y dirigida por Coeno, la cual estaba oculta tras la falange macedónica esperando sorprender al enemigo.

La batalla comenzó cuando la línea de Alejandro se dispuso a atacar a los elefantes. Aunque se percató de que era imposible romper esa línea, mandó a sus arqueros montados que hostigasen a la caballería del lado izquierdo indio. Como era de esperar, la caballería derecha de los indios, al no encontrarse rival decidió ir en auxilio de los de la izquierda. Pero cuando los indios marchaban hacia el otro flanco fueron interceptados por Coeno, donde les infligieron una derrota en la retaguardia de la caballería india. El flanco derecho indio se mezcló en la huida con los elefantes, provocando un caos. Alejandro no perdió esa oportunidad y avanzó con su falange macedónica, resistiendo los envites de los elefantes, poniéndolos en fuga. Tras varios movimientos el ejército de Alejandro consiguió una victoria total al envolver con sus tropas al enemigo. Estos, al ver perdida la situación, decidieron rendirse.

Parece en la descripción de la batalla que fue fácil, sin embargo, los elefantes arrasaron buena parte de las unidades griegas, así como un gran número de jinetes helenos. Alejandro, tras la batalla, decidió perdonar la vida a Poros, debido al planteamiento y la ferocidad con la que combatían. Tras muchas discusiones entre el ejército y Alejandro se decidió volver en el 325 a. C. a Babilonia, pero antes se fundó en el lugar de la batalla Alejandría Bucéfala, en honor de su caballo, muerto en Hidaspes.

Esta fue la última batalla de Alejandro, pues tras su vuelta a Babilonia sucumbió a diversas enfermedades y murió allí en el 323 a. C., dejando un vasto imperio que fue repartido por sus generales y compañeros de campaña. Alejandro se convirtió en Magno por la grandeza de sus hechos.

III

Roma

7

El nacimiento de Roma

La historia de cómo una aldea irreductible consiguió ser la dueña del Mediterráneo es la historia de Roma. Una pequeña ciudad nacida por varias leyendas que a través de las armas consiguió doblegar a quien se opusiera. Roma, la ciudad eterna, surgió por un derramamiento de sangre, algo que marcaría el futuro y el devenir de la historia.

Roma se ubica en la península itálica, una de las tres grandes penínsulas bañadas por el mar Mediterráneo. Los romanos no solo se aislaron en este territorio, sino que abarcaron mucho más que la actual Italia. Esta civilización ocupó la totalidad de los territorios bañados por el *Mare Nostrum* (mar Mediterráneo) e incluso llegaron a conquistar los territorios de la actual Inglaterra, Alemania, Bélgica, Turquía o más allá de lo que hoy conocemos como Siria, Irak o Irán. Roma tuvo un gran territorio que no parecía tener fin, pero esto no fue así en un principio.

La civilización romana surgió, según las fuentes literarias, las cuales no han sido confirmadas por las investigaciones arqueológicas más recientes, el 21 de abril del 753 a. C. cuando los hermanos gemelos Rómulo y Remo depusieron al rey Amulio de Alba Longa en favor de su abuelo, Numitor. Ambos jóvenes, hijos del mismísimo Marte (dios de la guerra), decidieron fundar una ciudad siguiendo los auspicios y ritos correspondientes. Todos los indicios divinos eran favorables para que Rómulo fuera el fundador de la ciudad.

Rómulo realizó un surco de tierra para plantear el límite de la ciudad (*pomerium*), con ello quería exponer que ningún hombre cruzaría ese límite armado. Remo, quien había escuchado aquello, se dirigió hacia el límite, lo cruzó armado y tras esto Rómulo le asesinó para hacer justicia a lo que él había decretado. Este fue el comienzo de la civilización romana, surgida de la violencia y la sangre.

Las fuentes literarias como las de Dionisio de Halicarnaso, quien en su libro *Historia de Roma* (I, 86-88) nos describe un inicio similar, aunque no se basa solamente en la lucha de los dos hermanos, sino también en la de los bandos partidarios de ambos gemelos. La primera gran batalla de la civilización romana se produjo por la discusión entre los dos hermanos, de la que salió victorioso Rómulo. Los supervivientes de esta contienda, unos tres mil aproximadamente, junto con Rómulo fundaron la ciudad que se conoce como Roma hoy en día.

La fundación de Roma es algo mítica, pues no tenemos constancia arqueológica de un enfrentamiento entre dos grandes bandos armados, aunque algunas investigaciones recientes postulan que la constitución de la ciudad fue a través de un proceso de sinecismo con otras aldeas y que, con el tiempo, estos poblados se fueron agrupando entre las siete colinas que rodeaban al primer asentamiento. Se configuró así la ciudad.

Mapa de las culturas italianas. Fuente: Duby, G. (2011): *Atlas histórico mundial*, Larousse.

A partir de este momento hasta la instauración de la República en el 509 a. C. se sucedieron varios reinados, divididos en dos tradicionalmente por los investigadores: la monarquía mitológica (Rómulo, Numa Pompilio, Tulo Hostilio y Anco Marcio) y la etrusca (Tarquinio Prisco, Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio).

Los cuatro primeros reinados son a todas luces mitológicos, pues parece razonable pensar que todas las reformas que se realizaron bajo su mandato son posteriores y demasiado modernas para el momento en el que fueron realizadas. No obstante, las fuentes literarias durante el transcurso de estas regencias nos describen cómo se produjeron algunos de estos conflictos armados entre Roma y las aldeas vecinas.

Este tipo de conflictos no son de una escala tan grande como nos lo quieren describir los autores clásicos. Estos enfrentamientos consistieron en la explicación de estos procesos de sinecismo que hemos comentado anteriormente. De un modo breve, estos combates son notables, llegando alguno incluso a ser inspirador para los artistas del Neoclasicismo y Romanticismo (siglo XIX).

EL RAPTO DE LAS SABINAS, LA PRIMERA BATALLA DE ROMA

El primer conflicto de Roma se denominó el rapto de las sabinas. La *Vrbs* había sido fundada por hombres partidarios de Rómulo, a los que se les fueron añadiendo ladrones, bandidos y otras gentes, careciendo del género femenino.

Los romanos, en el mismo año de su fundación, invitaron a sus vecinos los sabinos a una gran fiesta en honor a Consus (corresponde a la festividad del 18 de agosto). Cuando los vecinos de los romanos estaban algo alcoholizados, los seguidores de Rómulo raptaron a las mujeres solteras que fueron a la fiesta, llevándoselas a Roma. Los sabinos al enterarse de aquello planearon un ataque hacia la *Vrbs* (Roma), aunque no lo hicieron efectivo hasta la primavera siguiente, ya que la guerra en la Antigüedad se efectuaba en los meses de calor, eran pocas las ocasiones en las que partían a combatir los meses de frío o de siembra.

Rapto de las sabinas, Jacques-Louis David (1799).

Al año siguiente los sabinos salieron en busca de sus mujeres, se enfrentaron a los romanos y mantuvieron con ellos un arduo combate. En el fragor de la batalla, las mujeres, que se habían enamorado de sus captores romanos, salieron a parar el combate, pues no querían perder a sus hermanos ni a sus maridos. Ambos bandos quedaron en formar un solo pueblo con dos reyes: Tito Tacio, por parte de los sabinos, y Rómulo, por la parte romana. Los dos monarcas acordaron que el superviviente debía ser quien gobernase a los dos pueblos. Finalmente, Tito Tacio murió por la edad y Rómulo quedó como el rey de ambos pueblos.

De este conflicto surgieron diferentes combates con otras aldeas cercanas a la ciudad de los romanos, como por ejemplo la anexión de los cenienses por parte de Roma tras un combate entre ellos. Como decimos, la explicación de este tipo de conflictos entre aldeas puede ser el resultado de la explicación del sinecismo que provocó lo que fue Roma.

El conflicto con Alba Longa

Rómulo ascendió a los cielos en el 715 a. C., pasando a ser conocido como el dios Quirino, siendo sucedido por el rey Numa Pomplio (715 a. C.-673 a. C.). El siguiente monarca no fue un rey belicoso, sino que fue más religioso de lo que lo era Rómulo. Numa Pompilio introdujo en la ciudad el culto a Jano, el cual marcaba la guerra y la paz en la cultura romana. Al morir Numa Pompilio fue sucedido por Tulo Hostilio (672-641 a. C.).

Bajo el reinado de este monarca sucedió algo similar que en los tiempos atrás, Roma se enfrentaba contra las aldeas y pueblos limítrofes, en este caso Alba Longa. El dirigente de los albanos se llamaba Cluilio, el cual era muy hostil hacia la ciudad del Tíber. Durante mucho tiempo los albanos dirigidos por su jefe realizaron incursiones al territorio romano, siendo derrotados en todas ellas. Sin embargo, esta acción se repitió al año siguiente, en un lugar en el que hoy día todavía no se ha descubierto, llamado Fosas Cluilias, supuestamente al suroeste de Roma. En esa posición los albanos estuvieron durante días hasta que Cluilio decidió que era hora de atacar las posiciones

romanas. No obstante, esa noche murió sin ningún indicio de violencia. Los albanos entonces eligieron a Metio Fufecio, quien al no tener vistas militares contra los romanos entabló negociaciones de paz con el Tulo Hostilio. Esta paz fue poco duradera, pues, además del conflicto que mantuvieron los romanos con los albanos, se generaron unos intereses por parte de las ciudades etruscas de Beyes y Fidenae, las cuales vieron la oportunidad para conseguir beneficio del conflicto entre las ciudades de Roma y Alba Longa.

Finalmente, el conflicto estalló entre ambas ciudades. Sin embargo, no lo resolvieron con una batalla, sino que decidieron que las familias de los Horacios, por la parte romana, y los Curiacios, por la parte albana, se enfrentaran en un combate singular y de este resultado se resolverían los problemas que tuvieran ambas ciudades.

El enfrentamiento comenzó con los Horacios y los Curiacios en el frente. Al poco de empezar los Curiacios eliminaron a dos de los Horacios, dejando solamente a Marco Horacio. El último de los tres hermanos romanos se dio cuenta de que por sí solo no tendría oportunidad de conseguir la victoria. Para ello Marco comenzó a correr dejando atrás a los tres curiacios, que no pudieron seguirle a la vez. Uno a uno fueron cayendo en los golpes que acertaba Marco Horacio, separaron y dividieron a los tres hermanos albanos para enfrentarse a ellos uno a uno y consiguieron así la victoria.

Roma alcanzó la victoria ante los habitantes de Alba Longa, no obstante, la ciudad de los albanos no fue destruida. Tulo Hostilio celebró un triunfo en honor de la victoria que obtuvo la familia de los Horacios y, uniéndose los habitantes de Alba Longa y sus ejércitos se unieron a las fuerzas de los tiberinos.

Tras acabar la contienda, las ciudades de Veyes y de Fidenae observaron que Roma no se había debilitado, sino al revés: consiguió reponerse y reforzarse puesto que no hubo ninguna batalla, sino un conflicto entre dos familias. Fidenae, impulsada por Veyes, se puso en rebeldía contra la *Vrbs*, acción que provocó que Tulo Hostilio saliera con su ejército, y los albanos, para sofocar la rebelión. Esta batalla supuso el inicio de las hostilidades abiertas entre la ciudad etrusca de Veyes y la ciudad de Roma, las cuales tendrían su fin a principios del siglo IV antes de Cristo.

Marco Horacio asesinando a su hermana, Jacques-Louis David (1781).

Los ejércitos de Tulo Hostilio se enfrentaron a los de Fidenae en el río Anio, lugar que le dio nombre a la batalla. En esta contienda se planteó el enfrentamiento en la desembocadura de este río (actualmente el río Aniene) en el Tíber. El orden de batalla se produjo de la siguiente manera: los romanos en el flanco izquierdo, frente a las tropas de los de Veyes, mientras que en el flanco derecho se situaron los albanos contra las tropas de Fidenae. Sin embargo, las tropas albanas dirigidas por Fufecio habían planeado traicionar a los romanos y, en el momento clave de la contienda, no presentar batalla y dirigirse entonces hacia una colina cercana. A pesar de la traición, Tulo Hostilio les explicó a sus tropas que este movimiento había sido ideado por él y que no huían del combate, sino que se situarían ahí. La explicación del rey de Roma a sus tropas evitó que la moral de sus soldados cayera, sin embargo, el resultado de este discurso fue todavía más positivo, ya que las tropas de Fidenae, las cuales conocían el latín, se creyeron las palabras del monarca tiberino y huyeron hacia su ciudad. Ante la situación de desbandada por parte de los fidenates, la caballería romana comenzó a perseguirles, los albanos ante la victoria de Roma decidieron hacer lo mismo y perseguir a los soldados de Fidenae. Tulo Hostilio, una vez había acabado la batalla y había vencido a los veyentes, decidió interrogar a algunos prisioneros y se dio cuenta de que los albanos habían traicionado su pacto y de haber resultado bien su plan habrían

perdido. Al demostrarse la traición albana, el monarca tiberino decidió mandar a Marco Horacio con un contingente de tropas para quemar Alba Longa, mientras que la noche de la victoria Tulo Hostilio, con autorización del Senado de Roma, ajusticiaría a la mañana siguiente a Fufecio y a las tropas traidoras, ejecutándolas y descuartizándolas.

Tras la victoria del río Anio quedó por solucionar el problema con la rebeldía de Fidenae, la cual duró hasta el año siguiente, cuando las tropas romanas vencieron a sus puertas y asediaron la ciudad, la rindieron así las hostilidades contra ella. Aún seguía habiendo problemas con la ciudad de Veyes, con los cuales mantuvieron combates sin mucha trascendencia. Al igual que bajo el reinado de Hostilio, sufrieron de revueltas entre las poblaciones sabinas, a las que terminaron por vencer.

El monarca romano, según las fuentes literarias, se dedicó en profundidad a la guerra, descuidando los deberes religiosos y, por ello, fue asesinado por un rayo y se eligió a Anco Marcio como su sucesor.

Anco Marcio, al igual que su antecesor, tuvo varios enfrentamientos con los vecinos de Roma por dominar claramente el territorio más local y limítrofe a la ciudad tiberina. No obstante, no hubo grandes conflictos ni enfrentamientos, sino más problemas y sublevaciones locales. De estos destaca de nuevo un conflicto contra Fidenae, la cual se volvió a declarar en rebeldía y fue sofocada inmediatamente por los ejércitos de Marcio. Las poblaciones de Tellenae (Castel di Decima), Medullia o las de Ficana fueron derrotadas en batalla y sus gentes trasladadas a Roma, y así fue como comenzaron los enfrentamientos entre los romanos y las poblaciones latinas.

Los enfrentamientos e incursiones que los latinos hicieron hacia el territorio romano eran sofocados por parte del ejército y los generales del monarca tiberino. Sin embargo, los latinos siguieron enfrentándose a los romanos con pequeñas incursiones que fueron sofocadas por un general romano de Anco Marcio llamado Lucio Tarquinio. El conflicto más importante, aunque no lo podemos considerar una gran batalla, fue de nuevo contra la ciudad etrusca de Veyes, la cual se enfrentó nuevamente contra los romanos y perecieron una vez más a manos de Tarquinio.

Anco Marcio murió y le sucedió esta vez un hombre de origen etrusco, aunque había servido bien a Roma, Lucio Tarquinio.

La monarquía etrusca en Roma

El cambio de monarquía en Roma, que dejó de ser latina para ser etrusca, corresponde según algunos autores a la conquista por parte de los etruscos a la ciudad de Roma. Sin embargo, esta teoría cada vez está menos aceptada en el panorama de la investigación y se han postulado otras corrientes como la fundación de Roma por parte etrusca, por ejemplo.

Lucio Tarquinio, más conocido como Tarquinio Prisco, comenzó a cambiar el panorama religioso, político y militar de Roma adoptando unas estructuras más similares a las etruscas que a las que tenía Roma. No obstante, no solamente realizó este tipo de cambios, sino que transformó las condiciones sociales que se tenían en Roma, aceptando más población. Bajo la dirección de este monarca, Roma potenció las creencias y el culto al dios de la guerra, Marte, que se vio reflejado en las numerosas guerras que libró por conseguir anexionar los territorios limítrofes.

Los enfrentamientos de Tarquinio Prisco, los problemas en la región del Lacio

Tarquinio Prisco comenzó a enfrentarse a los pueblos de *Apiolae* (actualmente no se ha encontrado ninguna ciudad llamada así, aunque las fuentes literarias nos describan esta ciudad). El primer combate como monarca comenzó atacando esta ciudad, la cual había estado reforzada por el ejército latino. Aunque no tenemos noticias del desarrollo de esta batalla, las fuentes literarias nos explican que se trató de dos enfrentamientos en las murallas de la ciudad de Apiolae. Los habitantes de esta ciudad, cuando fueron derrotados, se refugiaron en el interior de las murallas. Esta acción de retirada no impidió que los ejércitos romanos, dirigidos por su rey, tomasen la ciudad y como método de prevención se destruyera la muralla de Apiolae.

Tras la toma de esta ciudad, muchas poblaciones quedaron bajo la órbita romana, siendo sometidas bajo el poder militar de Tarquinio (*Collatia* o *Cornicullum*). Las fuerzas de los ejércitos de la ciudad tiberina se convirtieron en la forma más eficaz de conseguir sus propósitos. Sin embargo, a pesar de las políticas militares de su rey, muchas ciudades acabaron siendo sometidas bajo los tratos diplomáticos de Tarquinio (como por ejemplo Ameriola, Cameria o Medullia). No parece que hubiera grandes batallas, ya que las fuentes literarias no nos explican unos conflictos muy duraderos y largos.

Tras los conflictos con algunas poblaciones latinas, los sabinos conocedores de la potencia en que se había convertido Roma decidieron realizar incursiones en estos territorios. El río Anio, el cual había sido testigo años antes de una de las primeras grandes batallas de Roma, volvería a ser escenario de un enfrentamiento entre los romanos y los latinos.

No tenemos constancia de la fecha clave de este enfrentamiento, solamente que se produjo bajo el gobierno de Tarquinio Prisco (616-578 a. C.) y en el contexto de la anexión de diversos núcleos de población latinos al territorio incipiente de Roma.

El enfrentamiento se produjo cuando Roma hubo neutralizado a los latinos que se habían enfrentado a la *Vrbs*, junto con los etruscos que habían intentado menguar el poder que la ciudad tiberina estaba acumulando. Tras verse solamente con un enemigo, Tarquinio Prisco decidió llevar a cabo una expedición militar contra los sabinos y estableció los campamentos habituales antes de una batalla campal. Sin embargo, este combate no fue tan esperado ni tan grandioso como se puede creer, ya que ambos contingentes se retiraron a sus respectivos territorios al día siguiente y pasaron el invierno en sus ciudades.

Los ejércitos en la Antigüedad intentaban no guerrear en los meses de siembra y frío, dado que las condiciones no eran las más favorables para entablar combate. Entonces, los romanos y los sabinos volvieron a las hostilidades cuando llegó el siguiente verano. Los sabinos comenzaron a realizar incursiones al territorio romano al cruzar el río Anio y llegaron a las cercanías de Roma. Tarquinio convocó a sus ejércitos para hacerles frente, no obstante, la batalla no tuvo el resultado esperado por ambos contingentes, ya que se perdieron numerosas bajas y el resultado quedó indeciso. La siguiente

batalla se produjo en las cercanías del río, pero esta vez el resultado fue favorable a los romanos, gracias al incremento de la caballería, la cual le permitió al monarca romano tener un factor clave que desestabilizase el combate frente a los sabinos. El nuevo cuerpo de caballería se situó a las alas del cuerpo de infantería y consiguió poner en fuga a los sabinos.

La batalla había sido favorable a los romanos, no obstante, los sabinos, con sus aliados etruscos y latinos, fortificaron su campamento en las orillas del Tíber, muy cerca de la desembocadura del río Anio. Este campamento estaba unido por un puente que cruzaba las aguas del Tíber. Tarquinio observó desde una colina y aprovechando que el Anio desembocaba cerca de este campamento dejó caer unas barcas con material inflamable por la noche y destruyó así las defensas del campamento.

Las llamas y la explosión que provocó esta estratagema sirvieron a Tarquinio para poder entrar dentro del campamento y lo conquistó rápidamente. Los sabinos y etruscos murieron a causa del fuego y del río, otros consiguieron huir, pero fueron perseguidos por la caballería romana dirigida por Servio Tulio, quien más tarde se convirtió en rey de la ciudad, mientras que los que sobrevivieron fueron hechos prisioneros de los ejércitos de Roma.

Los etruscos y el intento de recuperación de Fidenae

Tras este gran conflicto, Roma consiguió pacificar la zona momentáneamente y ser la potencia hegemónica local, y eran vistos por los etruscos como unos rivales peligrosos. La huida de las tropas de los etruscos del campamento sabino les condujo hacia la ciudad de Fidenae, en manos romanas, la cual fue tomada por traición. En este caso, Tarquinio Prisco mandó a su sobrino Egerio con un cuerpo de caballería para que tomasen la ciudad. Egerio montó un campamento cerca de la ciudad y salió con sus tropas para conseguir recursos, sin embargo, esto provocó que el campamento quedase casi vacío. Esta situación fue aprovechada por los etruscos, quienes consiguieron entrar y tomar el campamento, derrotando a los romanos y dejándolos sin refugio.

Tarquinio, al tiempo que había mandado a su sobrino a recuperar Fidenae, se enfrentó a los etruscos en las cercanías de Veyes, conquistando las ciudades de Cisra. Esta conquista supuso la pérdida de muchas tropas, sin embargo, los romanos consiguieron la victoria y saquearon todo el territorio. El invierno se acercaba, no obstante, Tarquinio planeó la recuperación de Fidenae de las manos etruscas.

En un rápido movimiento consiguió avanzar y presentar batalla a los etruscos en las puertas de Fidenae, en la que ganaron los ejércitos romanos a los etruscos y pusieron bajo asedio la ciudad. Tras un breve asedio, Tarquinio y sus tropas entraron en la ciudad y la retomaron, castigando la traición de los que habían dejado entrar a los etruscos y eliminando a la guarnición de tropas enemigas. Como forma de control dejó a una guarnición militar y la pobló con colonos romanos.

LOS SABINOS Y LOS ÚLTIMOS CONFLICTOS CONTRA ELLOS

Tras la última batalla del Anio, los sabinos habían firmado la paz con Roma durante seis años. Esto provocó que, pasado ese tiempo, se aumentasen los ejércitos de los sabinos. Estos intentaron entrar al territorio romano por el río Anio, pero fueron rechazados de nuevo por los romanos dirigidos por su rey. Finalizado el primer combate, se planteó de nuevo la situación de dos campamentos enfrentados, sin embargo, el monarca romano no permitiría que los sabinos volvieran a adelantarse y empezar ellos la batalla, por lo que la noche anterior a esta montó una emboscada con la infantería y caballería donde estaría la retaguardia enemiga. Al día siguiente cuando comenzó el combate se mantuvo equilibrado el balance de bajas entre ambos bandos, pero, tras una señal, los romanos emboscados realizaron una maniobra militar por la espalda, con lo que consiguieron derrotar y poner en fuga a las tropas sabinas.

La dinámica de este conflicto siguió así durante seis años de combates intermitentes contra los sabinos. Sin embargo, el último año de esa interminable guerra, los sabinos decidieron enfrentarse a los romanos con todas las personas disponibles en edad militar, mientras que los ejércitos de Roma se reforzaron con las levas de las ciudades que habían sido

anexionadas.

Los sabinos construyeron dos campamentos, mientras que los romanos construyeron tres, uno para Tarquinio, otro para los aliados de Roma, dirigidos por Egerio y el último para Servio Tulio. El plan de la batalla disponía a los romanos a la izquierda, los latinos y etruscos a la derecha, enfrentados a los latinos. La batalla duró mucho tiempo y, Servio Tulio, como forma de motivación, tiró su estandarte a los enemigos y obligó por el honor de sus tropas a recuperarlo. De esta forma poética nos narran las fuentes literarias cómo Roma se sobrepuso a los sabinos, quienes derrotados imploraron la paz y ofrecieron su claudicación y sumisión a Roma.

SERVIO TULIO, LA PRIMERA GRAN REFORMA MILITAR DE ROMA

Tras la muerte de Tarquinio Prisco, en el 578 a. C., le sucedió su general Servio Tulio, pero esta vez no fue el Senado quien lo decidió, sino la Asamblea de las Curias. El nuevo monarca reformó todo el sistema social de Roma, y lo adaptó en vez de en curias en centurias. Esta medida sirvió también en el ámbito militar, la cual organizó en clases según los ingresos de cada familia. A través del sistema de centuriación se formó un nuevo sistema de levas ciudadanas. Esta forma de reclutamiento también incluía el sistema de combate y los deberes militares como ciudadanos, por lo que fue una medida necesaria y una revolución en lo que el ejército conllevaba.

Una vez reformado el sistema de levas, también llevó consigo el levantamiento de una muralla para la ciudad. Sin embargo, no solamente fue un reformador militar, sino que también fue un gran estratega.

El primer gran peligro al que tuvo que hacer frente fue una gran incursión de los etruscos, dirigidos por Veyes, que combatieron contra los romanos al poco tiempo de convertirse Servio Tulio en su dirigente.

Los etruscos, ante la envidia de cómo Roma se había convertido en la cabeza hegemónica de su región, intentaron por todos los medios hacerle frente y menguar su poder. Veyes, Caere y Tarquinia formaron una alianza junto con otras ciudades etruscas, un total de doce, para hacer frente a Roma. Sin embargo, no formaron un ejército entre las doce, sino que comenzaron a

entablar pequeñas incursiones o batallas que fueron ganadas por los romanos. Esto queda demostrado por la anexión de algunos territorios etruscos que Servio Tulio dio a los ciudadanos de Roma.

Sin embargo, aunque Servio Tulio había sido un capaz gobernante y un gran político murió a manos de Tarquinio el Soberbio (534 a. C.), quien junto a la nobleza romana se conjuró la muerte del monarca y se autoproclamó rey.

TARQUINIO EL SOBERBIO, EL FIN DE LA MONARQUÍA

El gobierno tiránico del nuevo monarca no supuso el fin de las hostilidades contra los vecinos de Roma. En esta ocasión se ampliaron las miras territoriales de los ejércitos dirigidos por Tarquinio el Soberbio, que atacaron a la ciudad volsca de Suessa Pometia y se adueñaron de estos territorios a base de lanzar continuos ataques hacia la ciudad hasta que consiguieron entrar y obtuvieron los recursos que la ciudad había estado almacenando. Como muestra de las políticas tiránicas, necesitaba del apoyo de la población y sus tropas para poder seguir en el poder, para lo que repartieron algunas de las riquezas que habían robado de la ciudad. Gran parte de este botín fue a parar a la construcción del templo de la Triada Capitolina en Roma.

Al tiempo que acontecía el asedio de Suessa Pometia, los sabinos se pusieron en rebeldía y volvieron a las acciones que habían mantenido durante el tiempo de Tarquinio Prisco, aunque esta vez se solucionó de una forma más rápida, dado que los ejércitos de Roma volvían hacia la ciudad y fueron movilizados de forma rápida.

Sin embargo, tras someter a los sabinos, los prisioneros capturados en el asedio de Suessa Pometia consiguieron escapar y se refugiaron en la ciudad volsca de Gabii. Los volscos, al ver las hostilidades de Roma contra sus territorios, decidieron hacer lo propio: realizaron multitud de incursiones contra sus tierras. Esta situación agravó a la ciudad tiberina y Tarquinio el Soberbio se vio obligado a vencer a los volscos, para lo que ideó una estrategia con su hijo Sexto Tarquinio. Siguiendo la estratagema, el hijo del rey fue hacia la ciudad de Gabii y expuso distintos problemas con su padre. Una vez dentro, se ganó la confianza de los gabinos haciéndose pasar por un

enemigo de Roma que realizaba incursiones contra el territorio de su padre y, tras un tiempo y muchos sobornos, consiguió la confianza de estos. La siguiente parte del plan fue que toda la clase dirigente de la ciudad de Gabii quedara acusada de delitos y fuese ajusticiada para que no hubiera una defensa fuerte contra los romanos, que invadieron la ciudad cuando se hizo efectivo este plan.

Tarquinio no solo tuvo problemas con los volscos, sino con los etruscos y los ecuos, aunque utilizó sus dotes diplomáticas para firmar tratados fronterizos con ellos. Este tipo de medidas no supuso el final de las hostilidades de Roma hacia sus vecinos. La ciudad de Ardea estaba en el objetivo de Tarquinio el Soberbio, la cual necesitaba por el dinero que de ella podía sacar.

El monarca envió a su hijo Sexto Tarquinio con Lucio Tarquinio, el sobrino del rey, a la ciudad latina en el 509 a. C. Mientras ponían en asedio la ciudad de Ardea, los dos Tarquinios discutieron sobre la actitud de sus esposas mientras ellos estaban luchando. Aquí surge un problema en las fuentes literarias, puesto que al discutir abandonaron ambos a caballo el asedio, sin dejar a nadie al mando para ver qué hacían sus esposas. Sexto observó que su mujer estaba en un banquete, mientras que la esposa de Lucio, Lucrecia, estaba hilando. Sexto, al ver cómo había perdido la discusión con su primo Lucio, violó a su mujer.

Lucrecia, avergonzada por lo que le habían hecho, hizo llamar a su padre, a su esposo y a otros amigos de la familia, entre los que se encontraba Junio Bruto. Una vez reunidos les contó lo que había pasado y, acto seguido, se suicidó, con lo que provocó la ira de sus seres queridos. Junio Bruto y el viudo de Lucrecia pusieron a la monarquía en entredicho e idearon un plan para acabar con ella. Se dirigió el primero de estos a Ardea a conseguir el favor del ejército contra su rey, se dirigió a Roma con este y, poniendo fin a la monarquía, exilió a Tarquinio el Soberbio junto con sus seguidores.

El fin de la monarquía romana es algo convulso, pues parece que fue una situación muy rápida con lapsos en el tiempo. Dado que no existía un transporte lo suficientemente rápido no pudieron llegar a ver qué ocurría con sus esposas o a caer tan rápido un gobierno. Lo que sí parece factible es que una parte de la nobleza romana, al ver menguado sus privilegios frente a las

medidas de Tarquinio, decidiera acabar con el tirano implantando así una república. Sobre el asedio de Ardea, las fuentes literarias son contradictorias: mientras que unas nos describen la firma de un armisticio, otras nos explican cómo la ciudad de Ardea finalmente cayó en el 509 a. C. al tiempo que se formaba la república romana.

Los inicios de la República

El anterior punto donde hemos explicado brevemente la monarquía romana ha tenido como fin la exposición de una constante en Roma, la guerra como método de defensa y el proceso de sinecismo que nos es expuesto a través de los continuos combates contra los pueblos limítrofes de la Urbe. Sin embargo, la instauración de la república y el comienzo de un gobierno oligárquico marcó el inicio del proceso de conquista de la península itálica. Roma planteó un sistema de protección para su ciudad a través de la conquista de los territorios vecinos y consiguió así que las ciudades vecinas prestasen hombres para su ejército y tierras para cultivar. No vamos a entrar a explicar los procesos sociales que la ciudad tenía y cómo la población de clase más humilde obtuvo derechos y participación en la política. Durante el transcurso de los primeros siglos de la república, Roma tuvo enfrentamientos contra los volscos, umbros, hérnicos, latinos, etruscos, campanos y galos. Sin embargo, la importancia de estos conflictos fue siempre la de conquista para proteger los territorios propios. Por lo tanto, las siguientes páginas van a explicar los grandes conflictos que tuvo Roma en los primeros años de la república, sin obviar el contexto en el que se rodean.

Los conflictos que tuvo que enfrentar Roma tras la instauración de la república fueron causados por su anterior monarca Tarquinio el Soberbio. Este intentó volver a ponerse en el trono de Roma a través de la alianza con algunas ciudades etruscas como Veyes o Traquinia. Sin embargo, la *Vrbs* consiguió parar al monarca en la batalla de Naevius, donde Tarquinio el Soberbio sobrevivió y consiguió huir.

A partir de entonces surge un continuo enfrentamiento contra las ciudades etruscas de Clusium, quien junto a Tarquinio el Soberbio se enfrentó a Roma en el 508 a. C. Hubo continuos enfrentamientos por intentar volver a poner la monarquía en la ciudad tiberina. Se produjeron entonces varias batallas a lo largo de los primeros cinco años de la república, hasta que en el 504 a. C. en Aricia se produjo un combate en donde Tarquinio el Soberbio decidió abandonar el Lacio y dirigirse a Etruria. No tardó mucho en volver a intentar deponer la república y en el 501 a. C. Tarquinio decidió buscar ayuda en la ciudad de Tusculum, donde consiguió no solo la ayuda de la ciudad sino de la Liga Latina gracias a su yerno Mamilio. Los enfrentamientos llevaron a Roma a un buen aprieto, ya que no se desprendieron del ejército formado por los insurgentes de Tarquinio. Fue en el 499 a. C. cuando se decidió acometer una ofensiva a *Tusculum* con un ejército formado por más de veinte mil hombres.

Castor y Polux en el Capitolio, Roma.

La batalla se produjo contra los ejércitos de Tarquinio, Mamilio y los latinos en el lago Régilo (en las cercanías de Frascati). Fue en este momento cuando los ejércitos de Roma comenzaron a perder, la infantería no podía con la coalición antirromana, hasta que Postumio, el dictador encargado de las fuerzas romanas, decidió entrar en combate con su guardia personal, comenzó a infundir valor en sus tropas y, como ya hiciera Servio Tulio, se lanzaron estandartes de Roma para que las tropas atacasen y los recuperaran. En esta batalla fue cuando aparecieron los gemelos Castor y Polux para ayudar a los romanos, unos semidioses mitológicos que se conocieron como los Dioscuros

y a los cuales se les comenzó a dar culto por su ayuda y valor en este combate. La batalla había concluido y los romanos habían ganado, no sin muchas dificultades. En el año siguiente, 498 a. C., fue cuando la *Vrbs* consiguió vencer los focos de resistencia que había en ciudades como Fidenae, que se habían revelado junto a Tarquinio el Soberbio. También se planteó un ataque a Tusculum, el cual no fue realizado debido a que la ciudad tuscolana envió algunos detractores monárquicos y, de buena voluntad, firmó con Roma el llamado *foedus Cassianum*, el cual daba por finalizadas las hostilidades de los romanos con los latinos y hacía que Roma ingresase en la Liga Latina como miembro de pleno derecho.

La política exterior de Roma se tradujo en los grandes enfrentamientos contra los etruscos, galos, latinos y samnitas, sin olvidar a otros pueblos como los hérnicos, volscos, umbros o sabinos que se sublevaban y atacaban los territorios de Roma.

Enfrentamientos contra los etruscos, asedio y batalla contra Veyes

Los conflictos con los etruscos vienen, siempre que sigamos a las fuentes literarias, desde la época monárquica. Sin embargo, tenemos más noticias de los enfrentamientos a lo largo del siglo V a. C. y la conquista de Veyes a principios del siglo IV antes de Cristo.

Los primeros enfrentamientos los protagonizó la *gens* (familia) de los Fabio, la cual luchó en numerosas batallas contra los etruscos de Veyes. El primer enfrentamiento fue en el 484 a. C. donde Fabio Vibulano, sin embargo, los ciudadanos de Roma estaban enfadados con los nobles de la *Vrbs* por no tener suficientes derechos políticos, por lo que cuando la batalla estaba decidida, los soldados de Roma no persiguieron a los etruscos en su huida. Este fue uno de los primeros enfrentamientos que tuvieron los romanos y los veyentes, aunque prosiguieron más, protagonizados por los cónsules y generales de la familia de los Fabios hasta llegar a la batalla del río Cremera en el 482 a. C.

En el río Cremera se asentó un campamento fortificado romano, ya que era un punto estratégico para impedir los refuerzos etruscos de Veyes y una aproximación hacia Roma. Para guarnecer la fortaleza se quedaron trescientos siete miembros de la *gens* fabia. Tras varios intentos de los etruscos por eliminar la fortaleza, acabaron intentando un ataque directo a la fortaleza en el 481 a. C. Los Fabios fueron reforzados por un pequeño ejército romano dirigido por Emilio Mamerco, mientras que los etruscos se acercaban a la fortaleza. La batalla empezó con un choque de ambas infanterías, sin embargo, fue la caballería la que decidió el combate del lado romano. Una vez acabada los etruscos supervivientes decidieron huir hacia Saxa Rubra, aunque fueron perseguidos por Emilio Mamerco. Ya finalizadas las hostilidades se solicitó la paz y Emilio Mamerco se la concedió, con lo que los Fabios retornaron la vigilancia de Cremera.

Los tres años siguientes hubo una paz inestable, ya que los etruscos finalizaron esta tregua y atraparon a la familia de los Fabios que había salido de su campamento por razones religiosas. Aunque hubo intentos por parte de la familia de realizar incursiones y así salvar a los captados, no pudieron. Sin embargo, los veyentes perdieron durante estas incursiones a muchos de sus soldados, por lo que fueron mermados y puestos en una situación inestable.

Los etruscos de Veyes tuvieron ahora la iniciativa, y tras varias operaciones militares consiguieron llegar a amenazar Roma desde el monte Janículo. Aunque los romanos se percataron de la situación de sus enemigos, no pudieron eliminar la amenaza y, desde este monte, se realizaron incursiones hacia la Puerta Collina. Esta amenaza duró un tiempo, sin embargo, los romanos eliminaron la amenaza etrusca en el 479 a. C. con una batalla en las lomas del monte. Esta batalla, aunque desfavorable para los ejércitos de Roma, acabó siendo un éxito, ya que se posicionaron entre el campamento de los etruscos y sus tropas, y los soldados de Veyes quedaron fuera del alcance de su campamento. Los romanos acabaron por destruir ese campamento una vez que el combate hubo terminado. Un año después comenzaron las primeras misiones hacia Veyes, sin embargo, no fue muy efectiva y acabaron terminando en derrota de los aliados de Roma.

Las hostilidades entre los romanos y la ciudad de Veyes continuaron durante mucho tiempo, alternando los combates contra los etruscos con las hostilidades de los volscos y umbros. Sin embargo, fue en el año 438 a. C. cuando la conquista de Veyes entró en otro punto importante, ya que la ciudad de Fidenae, que tanta importancia tuvo en época monárquica, se había rendido al rey de Veyes, Larte Tolumnio.

Los romanos enviaron varias embajadas para pedir explicaciones y los veyentes asesinaron a los políticos romanos. Esto se vio como una situación muy grave, ya que eran embajadores en una misión diplomática y desencadenó en una batalla en el río Anio. Las tropas romanas vencieron en este caso a las de Veyes, celebrando el dirigente de las tropas un triunfo en Roma. Sin embargo, la situación vivida no fue muy concluyente y los etruscos huyeron al otro lado del río. Los veyentes no se rindieron tan fácilmente, tras un breve período de tiempo volvieron a establecer su campamento junto a las murallas de Fidenae. Tardaron varios días en combatir romanos y etruscos ante la negatividad de entrar en batalla de los últimos. Finalmente, la batalla desencadenó el caos en los etruscos: su rey había muerto en combate a manos de Cornelio Coso. Esto provocó una gran huida por parte del ejército de Veyes, que fue eliminado en su retirada hacia su campamento.

Esta derrota no fue el punto final de las hostilidades de etruscos y romanos, ya que en el 435 a. C., cuando la ciudad tiberina sobrepasaba una peste, los de Veyes actuaron. Los etruscos volvieron a pasar el río Anio y amenazaron a los romanos. Los tiberinos decidieron que, aunque la enfermedad se hubiera llevado a un gran número de personas, todos los que pudieran empuñar un arma debían formar filas y enfrentarse a los etruscos. Aunque no haya una descripción de esta batalla en las fuentes literarias, sabemos que Roma los venció y los puso en retirada hacia Fidenae. Allí los romanos comenzaron un asedio para finalizar estas hostilidades, sin embargo, los romanos, que estaban en una clara desventaja para acometer un asedio, idearon un plan para eliminar las murallas de la ciudad, cavaron un túnel hasta dentro de la ciudad y por la noche se introdujeron en ella, cayendo la ciudad en manos romanas.

Finalmente, tras unos combates con los ecuos y umbros, Roma decidió poner fin a la hostilidad con la ciudad etrusca de Veyes y en el 405 a. C. comenzó una campaña de diez años, fue una de las primeras veces que los romanos combatirían en invierno, ya que la guerra era estacional y no duraba todo el año.

Los romanos para acometer el asedio decidieron sitiar la ciudad, que estaba muy bien defendida, tanto a nivel antrópico (murallas y soldados) como a nivel natural (Veyes está situada en una meseta rocosa con un acceso escarpado). El asedio no cedió, aunque hubiera combates con otros pueblos como los volscos o los umbros. Los etruscos tuvieron la esperanza de que otras ciudades etruscas socorriesen a la suya, sin embargo, aunque hubiera intentos de romper el cerco que Roma mantuvo con la ciudad de Veyes, no resultaron favorables a los etruscos.

En el 398 a. C. Roma pasó a la ofensiva contra aquellas ciudades que habían intentado socorrer a Veyes, con el ejército y las operaciones en manos de Marco Furio Camilo. Estos saquearon los territorios de Capena y Falerii. Las fuentes nos cuentan que el asedio de Veyes fue muy duro, pero tampoco fue aburrido, pues por la longevidad del conflicto, romanos y etruscos intercambiaron insultos y canciones. Al año siguiente no fueron los de Capena y Falerii, sino los de Etruria los que intentaron socorrer a los veyentes. Estos fueron frenados por Julio Julo. Sin esperanza alguna, los etruscos decidieron abandonar la lucha contra los romanos y dejar a Veyes a su suerte, la cual cayó tras una gran maniobra de Furio Camilo, quien castigó a los desertores romanos que, por la duración del asedio, comenzaban a marcharse. Furio Camilo reclutó un nuevo ejército y cercó absolutamente la ciudad, construyendo un túnel hacia su interior. Así, cuando los romanos estaban en el interior, abrieron las puertas para que el resto del ejército entrase y saqueara la ciudad. Veyes cayó en el 396 a. C. y fue completamente saqueada por los romanos.

EL ENFRENTAMIENTO CONTRA LOS GALOS, LA BATALLA DE ALIA

Tras la victoria de Veyes, los romanos vivieron un momento en el que la ciudad recién saqueada les proporcionaba multitud de riqueza, junto a un gran territorio que perteneció antes a los etruscos. Sin embargo, la alegría duró poco y en el 390 a. C. los galos dirigidos por Breno atacaron la ciudad de Clusium, los tiberinos habían sido llamados para proteger esta ciudad y haciendo gala de su hegemonía fueron a enfrentarse a los invasores galos. Esta acción repercutió en las actuaciones de los galos, ya que Breno al ver cómo Roma se inmiscuía en estos asuntos decidió aproximarse a la *Vrbs*.

La ciudad tiberina se puso en alerta y reclutó un ejército para parar la invasión gala, esta batalla tuvo lugar en el río Alia el 18 de julio. No obstante, esta fue una de las peores derrotas del ejército romano, ya que los galos habían sido infravalorados por los oficiales romanos. Las líneas romanas no eran muy gruesas y situaban varios contingentes de refresco en las colinas cercanas. Los galos al percatarse de que había un gran número de unidades en la colina atacaron primero esa posición, con lo que sorprendieron a los romanos que se vieron en apuros. Los romanos huyeron a varias posiciones, algunos a Veyes, recién conquistada, y otros a Roma.

La victoria de los galos no les paró y tres días más tarde estaban entrando en Roma; sin embargo, algunos de los ciudadanos junto con un pequeño ejército se refugiaron en el Capitolio y el intento de los galos de entrar a donde se refugiaban los romanos fracasó. Breno intentó sorprender a los romanos, pero los gansos sagrados avisaron de la llegada de los galos y puso aún más en alerta a los tiberinos. Los que huyeron a otras ciudades se refugiaron e intentaron reunir un ejército. De nuevo, en manos de Furio Camilo, quien fue exiliado tras su victoria de Veyes por no hacer un buen reparto de las riquezas de la ciudad etrusca, reunió un gran número de personas para su ejército: fugitivos de Alia, ciudadanos de Ardea y soldados que había en Veyes.

Este nuevo ejército avanzó sobre Roma. Los galos, que habían pactado con los ciudadanos de Roma salir de su ciudad a cambio de una cantidad ingente de oro, fueron sorprendidos por el nuevo ejército de Furio Camilo derrotados en las calles de Roma. Los romanos al ver destruida su ciudad pensaron en mudarse a Veyes, pero Furio Camilo desestimó esa posibilidad y los

ciudadanos se quedaron en Roma y nombraron al general romano como padre de la patria. Durante los siguientes años, Roma combatió contra las ciudades etruscas restantes, volscos y umbros, pero la siguiente gran guerra fue contra los samnitas.

GUERRAS SAMNITAS Y CONFLICTO CON LOS LATINOS, LA CONQUISTA DE LA PENÍNSULA ITÁLICA

El conflicto con los samnitas estalló cuando los romanos, cansados de las continuas traiciones de los latinos, buscaron un nuevo pueblo al que someter. La *Vrbs* encontró al sur de los Apeninos los pueblos que buscaba, en las montañas, los cuales se organizaban en una liga llamada la Liga Samnita. En un primer momento, para enfrentarse a los ecuos, volscos, latinos y diversos pueblos que eran enemigos tradicionales de los romanos, los samnitas y los romanos firmaron un pacto de alianza en el 354 a. C. por el cual se ayudaban mutuamente en caso de un conflicto armado. Sin embargo, esta alianza pasó a ser un problema, ya que comenzaban a tener hostilidades por la zona de la Campania.

En este territorio, los samnitas aspiraban a dominar las tierras fértiles y sus ciudades, no obstante, la ciudad de Capua pidió ayuda a Roma cuando se vieron atacados por los pueblos del samnio.

Roma no quiso romper el pacto con los samnitas, así que idearon un plan en el que la ciudad campana de Capua se entregaba a Roma, con lo que se volvían súbditos y por tanto parte de ellos. Roma, de esta forma, pudo defender los intereses de la ciudad, ya que se enfrentaban a un enemigo que había atacado sus territorios.

Las primeras hostilidades llegaron en el 343 a. C., aunque apenas duraron dos años, con varias batallas, cuando Roma penetró en el territorio campano. Estos primeros combates fueron incursiones de los romanos junto al monte Barbaro, donde los romanos ganaron a los samnitas gracias a una carga de caballería por parte del general romano Valerio Corvo. Sin embargo, la estructura de los ejércitos de los romanos y samnitas era igual, por lo que las luchas costaban un gran número de tropas y de tiempo. La batalla finalizó por la noche, lo que impidió a los romanos perseguir a sus enemigos.

Otro ejército tiberino se dirigió directamente al corazón de su enemigo. Cornelio Coso ocupó la ciudad samnita de Saticula y, desde allí, avanzaron sobre un desfiladero sin llegar a percatarse de que pudiera ser un territorio factible para que sus enemigos les hicieran una emboscada. Cuando pasaron los ejércitos tiberinos los samnitas atacaron, dejando en una mala posición a los romanos. No obstante, no los derrotaron a todos y el tribuno militar (oficial) Decio Mus, con su infantería ligera consiguió hacerse con una de las elevaciones que dominaban la situación, esa noche atacaron el campamento y aunque no pudieron derrotar a todos los enemigos, sí consiguieron provocar el caos en su campamento. Una vez que las tropas romanas se habían organizado mejor presentaron batalla al enemigo y lo derrotaron.

Esta no fue la única batalla en territorio samnita para los años de la guerra 343-342 a. C. Los samnitas, al verse derrotados y heridos en su orgullo, reunieron las suficientes tropas como para interceptar al cónsul Valerio al suroeste de Saticula en Suessula. La batalla acabó siendo ganada por los romanos, quienes vencieron gracias a los movimientos tácticos de su caballería. La victoria de la *Vrbs* supuso la ocupación con guarniciones de la ciudad de Capua y sus vecinas campanas. Sin embargo, en el 341 a. C. cuando Emilio Mamercino, el nuevo cónsul de ese año, atacó a los territorios samnitas y tras varios combates menores, estos pidieron la paz con Roma y terminó así la primera guerra samnita.

Entre el primer conflicto armado con los samnitas y el segundo se produjo la guerra latina. En el 340 a. C. los latinos, sin consentimiento de Roma (era la cabeza hegemónica de la Liga Latina) atacaban los territorios del Samnio. Los habitantes de esta zona, en calidad de aliados de Roma, solicitaron la ayuda que se les prometió tras la primera guerra samnita. Los romanos comenzaron la defensa de estos territorios en la zona de la Campania y en los territorios del Samnio. Tras muchos combates menores, en el 339 a. C. los romanos se enfrentaron a los latinos en el monte Vesubio. En primer lugar, los romanos enviaron diferentes escuadrones con el fin de conseguir información del terreno, el hijo de Manlio Torcuato, desobedeciendo las órdenes de su padre, decidió enfrentarse a los latinos en vez de espiarles y, aunque ganase, su padre mandó ejecutarle por desobediencia.

Tras este episodio los romanos se enfrentaron a los latinos en el monte Vesubio. Las tropas romanas chocaron contra las latinas, el combate era prácticamente igual, no obstante, los latinos comenzaron a empujar con fuerza a los tiberinos. Cuando la situación estaba casi perdida para la *Vrbs*, Decio, quien se enfrentó a los samnitas, decidió sacrificar su vida a los dioses infernales. Los romanos dirigidos por Manlio observaron el sacrificio de Decio y decidieron actuar y vencer.

Poco tiempo después de la victoria en el monte Vesubio, los latinos se organizaron en Trifanum, donde los romanos se enfrentaron en un combate que resultó favorable a los romanos. Esta victoria hizo que los tiberinos saquearan impunemente los territorios y ciudades de los latinos y los campanos enemigos. Ante tal situación de caos, los latinos pidieron la paz, petición que fue aceptada a cambio de que todas las ciudades que se hubieran enfrentado a los romanos perdieran sus tierras, mientras que los que se habían mantenido fieles a los romanos pasaban a tener la ciudadanía romana.

Sin embargo, las ciudades latinas estaban muy descontentas con esta oferta que habían aceptado y, en el 338 a. C., se sublevaron contra Roma. En este año los cónsules electos Furio Camilo (Lucio Furio Camilo) y Cayo Menio se dirigieron hacia Pedum, que había recibido ayuda de las comunidades latinas de Praeneste y de Tibur. La ciudad se enfrentó a un asedio que no fue muy duradero y consiguió una victoria final sobre la Liga Latina. Roma tras este triunfo acabó por disolver la Liga Latina y se afirmó como cabeza hegemónica y dominante de los latinos. Las ciudades latinas hicieron un pacto bilateral cada una de ellas, con determinados derechos, mientras que otras se convirtieron en municipios romanos o se ejecutaron a todos los responsables. Este fue el primer gran movimiento de Roma para evitar tener comunidades súbditas que se pudieran sublevar: acabar con ellas e insertarlas en la ciudadanía romana.

Tras finalizar con la ficción de la alianza con los latinos, los samnitas volvieron a enfrentarse a Roma en el 328 a. C., esta vez por la fundación de colonias por parte de Roma en territorio campano, como fueron Fregellae o Cales. Esto eliminaba las aspiraciones de expansión de los samnitas en este territorio, pues los romanos se habían apoderado de él antes que ellos. En

Neapolis, en el 327 a. C. la plebe de la ciudad aceptó la introducción de guarniciones samnitas, sin embargo, la clase más noble no. Los más adinerados pidieron ayuda a Capua y estos a Roma. Roma se volvió a enfrentar a los samnitas por las pretensiones en suelo campano.

Los romanos y los samnitas lucharon durante muchas batallas, no obstante, en el 321 a. C. los tiberinos decidieron que lo mejor para terminar con la guerra era una batalla decisiva contra ellos. Los cónsules Veturio Calvino y Postumio Albino se adentraron en el Samnio con intención de llegar hasta Apulia y conquistar una plaza importante que dejara a los samnitas sin posibilidad de vencer. Los romanos fueron interceptados en los desfiladeros de las Horcas Caudinas mientras se dirigían hacia Luceria y los samnitas les infligieron una derrota humillante. Los romanos no fueron asesinados en el desfiladero, sino que se les obligó a rendirse y, además, todos los soldados debieron pasar sin más que su túnica por debajo de un yugo, a modo simbólico de su derrota.

Esta humillación no se vio con buenos ojos en Roma y, tras poco tiempo, los romanos, llenos de odio, se enfrentaron a los samnitas en la ciudad de Fregellae, la cual estaba siendo atacada por los habitantes del Samnio. Las ganas de lucha de los romanos humillados era tal que solicitaron a sus oficiales luchar sin armas arrojadizas con el fin de llegar antes al enemigo. La victoria tuvo un color claro y los romanos ganaron y pusieron en fuga a los samnitas. La ciudad donde se refugiaron los derrotados samnitas fue Luceria, la cual estuvo bajo asedio por Papirio, quien cuando consiguió rendir la ciudad, no asesinó a los habitantes y supervivientes de la batalla, sino que hizo lo mismo que los samnitas hicieron en las Horcas Caudinas: pasar por el yugo romano.

Este fue el inicio de la derrota samnita, los romanos comenzaron a establecerse más y más en la región campana, hicieron incluso una reforma en su estructura social de tribus para albergar más ciudadanos de esta zona. Los combates contra los samnitas duraron hasta el 305 a. C., cuando la Liga Samnita decidió pedir la paz con los romanos. Roma decidió aceptarla a cambio de diversos territorios en la zona fronteriza con ellos, así como exigieron la renuncia de la expansión de la Liga Samnita.

Este no fue el último enfrentamiento de los romanos con los samnitas, hubo una última guerra entre ellos, los etruscos, sabinos, lucanos, umbros, en definitiva, una gran coalición de ciudades y civilizaciones antirromanas que intentó destruir a Roma y derrotarla. Sin embargo, la ciudad tiberina fue venciéndolos uno a uno y, tras firmar paces con los etruscos (los cuales estaban muy mermados tras la pérdida de Veyes) los samnitas no pudieron vencerles y decidieron que era mejor rendirse y permitir que su ejército pasase al lado romano en caso de necesitarlo. Terminaron así casi sesenta años de hostilidades entre romanos y samnitas con el fin de la guerra en el 290 antes de Cristo.

PIRRO Y LOS PRIMEROS ENFRENTAMIENTOS EXTRAITÁLICOS

Una vez que los problemas con los samnitas, latinos, etruscos y otros pueblos habían sido solucionados, solamente quedaba la Magna Grecia sin influencia de Roma. Situación que duró muy poco, ya que las ciudades-Estado griegas que allí se habían asentado estaban en una creciente decadencia. La ciudad de Turios, en el 282 a. C., estaba siendo atacada por los lucanos, un pueblo que había ayudado a Roma contra los samnitas en sus últimas batallas. Sin embargo, la actitud de los aliados de Roma hacia la ciudad tiberina no era muy amable. Los lucanos decidieron expandirse hacia el sur y atacaron la ciudad griega de Turios, esta al verse privada de un gran ejército para contenerlos solicitó ayuda a Roma, la cual se había convertido en una gran civilización que mediaba entre conflictos. Los romanos enviaron un ejército hacia la ciudad para frenar los ataques de los lucanos, consiguiendo una gran victoria sobre ellos, pero el desenlace de esta situación fue la introducción de los tiberinos en la Magna Grecia a través de una guarnición romana en la ciudad helena.

Tarento, la cual hacía las veces de árbitro en estas ciudades, empezó a ver la entrada de Roma como una hostilidad hacia las ciudades-Estado helenas. Cuando una pequeña flota romana (se ha de matizar esta escena, pues las fuentes literarias nos exponen que Roma comenzó a construir su flota en la primera guerra púnica 264-241 a. C.) apareció por la bahía. Al ver como los

romanos navegaban en sus aguas, los tarentinos se enfrentaron a ellos y destruyeron su flota. Las hostilidades tarentinas no acabaron ahí, ya que ellos armaron un ejército, atacaron la ciudad de Turios y eliminaron la guarnición romana de la ciudad.

Roma, en respuesta a las hostilidades tarentinas, decidió marchar hacia la comarca de Tarento, la saquearon y conquistaron todo aquello que se les puso a su paso. Los griegos, sintiendo mucho temor ante la cólera de Roma, decidieron recurrir al rey del Epiro, Pirro.

El monarca helenístico llegó a Tarento con un ejército bien preparado e instruido en el 280 a. C., nada más llegar sus fuerzas, que contaban con más de veinticinco mil tropas en las que se incluían elefantes de guerra, partieron hacia el río Siris, donde los romanos se situaban. La batalla fue catastrófica y una gran derrota romana. Sin embargo, las fuerzas de ambos bandos habían sido muy mermadas, pues la estrategia de Pirro era el uso de todas sus fuerzas sin contar las bajas para la victoria.

Los romanos comenzaron a verse en apuros, el epirota comenzaba a ganar en batalla y lo que provocó esta situación fue el cambio de postura de las ciudades-Estado, que dejó sus alianzas con Roma para pasar a estar con Tarento y Pirro. No solamente los griegos vencieron a los romanos, sino que el rey helenístico decidió realizar una incursión hacia Roma, pero no funcionó. Cíneas, el lugarteniente de Pirro, envió una misiva de paz con unas condiciones que dejaban a Roma en un estado anterior a las guerras samnitas, esto no lo aceptó el Senado de Roma gracias a la intervención de Apio Claudio el Censor, quien esperaba conseguir grandes beneficios económicos de la Magna Grecia.

En el 279 a. C. los romanos retomaron las actividades militares contra Pirro, empezando por ofensivas desde el mar Adriático, enfrentándose con el rey epirota en Ásculo. Ahí volvió a ocurrir lo mismo que en Siris, las tropas de Pirro eran mucho más numerosas que las romanas y aun así, con una victoria, las tropas de Pirro sufrieron grandísimas bajas.

Sin embargo, la guerra con Pirro se paralizó tras esta victoria helena, el rey epirota marchó hacia Sicilia e intentó salvar la situación de las ciudades griegas allí establecidas, mientras los romanos comenzaban a atacar a los pueblos que se habían aliado con Pirro. Roma atacó muchas posiciones de los samnitas, los cuales habían traicionado su alianza con la ciudad tiberina una vez que los griegos se habían enfrentado a ellos. Los romanos volvieron a atacar a las ciudades-Estado griegas, vencieron e hicieron que ciudades como Lokroi o Croton volvieran a pasar al lado romano.

Pirro volvió de Sicilia en el 275 a. C. cuando se enteró de que los romanos campaban a sus anchas por los territorios que había venido a proteger. Ambos contingentes se enfrentaron en Maleventum. Los primeros ataques vinieron por parte griega, que atacaron de noche los cuarteles enemigos con los elefantes y con sus mejores tropas. Sin embargo, las dificultades del terreno impidieron que se realizase este ataque con éxito. Los romanos, que descubrieron la estrategia de Pirro, eliminaron a los incursores y capturaron a sus elefantes. La batalla comenzó al día siguiente cuando las tropas romanas desordenaron la línea de infantería del rey, pero Pirro acabó salvando su situación con una carga de otros elefantes. Una vez que los romanos se habían replegado ante el ataque de estas bestias atacaron con flechas incendiarias, lo que hizo que los elefantes se revolvieran contra sus amos. La batalla tuvo un claro vencedor, Pirro había perdido muchas tropas y una sola batalla contra Roma; al ver que no había solución, el rey epirota decidió marcharse de la península itálica, dejando a Roma como la dueña del sur de Italia.

8

La expansión por el Mediterráneo

Primera guerra púnica, la batalla de las islas Egadas

Tras los conflictos con la potencia helenística de Pirro, Roma ya no tuvo rival en la península itálica. Las intenciones de la *Vrbs* en estos momentos fueron las de dejarse ver como una potencia equilibrada que servía de árbitro para otras más pequeñas. Sin embargo, a pesar de esta imagen que pretendía dar la ciudad tiberina, no se olvidaron de sus objetivos militares y económicos. El mar, ese objetivo a seguir tras la anexión y pacificación de casi toda la península itálica, era el principal motor de la economía en el Mediterráneo y, obviamente, la ciudad principal de la península itálica no se iba a quedar fuera.

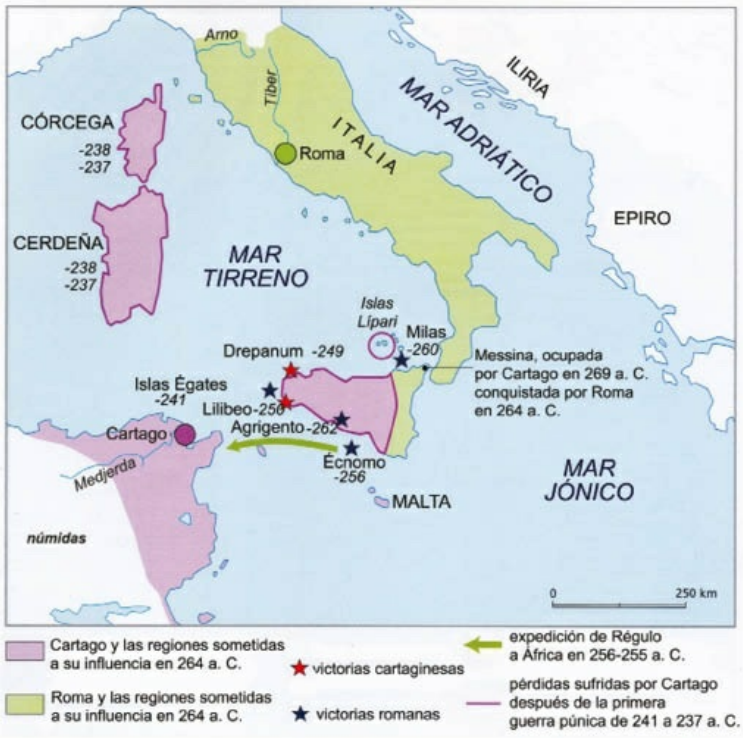
En el 269 a. C. se dio una situación que los romanos no iban a dejar pasar. Unos mercenarios campanos que se autodenominaban mamertinos decidieron asentarse en Sicilia. Estos tuvieron problemas con los siracusanos en la isla de Sicilia y, tras una batalla, sus ejércitos decidieron pedir auxilio a Roma y a Cartago. En un primer momento, el Senado romano no escuchó tales ofertas,

pues habían sido enemigos con anterioridad y era una guerra que ellos no veían justa. Al tiempo que se le pidió ayuda a la ciudad tiberina también se les expuso las condiciones a Cartago, la cual era vieja aliada de los mamertinos y aceptó sin condiciones la petición de ayuda.

Tras cinco años de presencia cartaginesa los siracusanos, dirigidos por su rey Hierón, decidieron atacar la ciudad de Messina, donde los mamertinos se habían instalado. Esta situación fue propicia, dado que los romanos no querían que Cartago se inmiscuyera en los asuntos de Sicilia, siguiente objetivo natural de la expansión tiberina. La petición de auxilio de los mamertinos fue expuesta en el Senado, no sin antes ser muy discutida, puesto que ayudaban a quienes habían invadido e instalado en esas tierras. Sin embargo, los objetivos económicos de la *Vrbs* pasaban por desbancar el poder de Cartago, por lo que en el 264 a. C. Roma entró en la guerra ayudando a los mamertinos.

Este fue el desencadenante de la primera guerra púnica, una guerra para la que Roma no estaba preparada, pues su ejército era eminentemente terrestre y solamente conocía las artes de la marinería gracias a los colonos de la Magna Grecia (sur de Italia).

La guerra empezó con la entrada de un ejército de legionarios a la isla bajo el mando de los cónsules Manio Valero y Manio Otalicio. Estos con sus cuarenta mil tropas cruzaron el estrecho de Mesina y se enfrentaron al asedio en la ciudad de los mamertinos. Los romanos no tuvieron ningún problema a la hora de rechazar a los siracusanos y ponerles en un aprieto. Hierón, tras la primera derrota a manos de los romanos, decidió que era mejor ponerse en el bando tiberino que en el cartaginés, por lo que aceptó el pago de una pequeña compensación económica de cien talentos de plata para firmar la paz con Roma y se alió posteriormente con ellos.



Mapa de la primera guerra púnica. Fuente: Duby, G. (2011): *Atlas histórico mundial*, Larousse.

Los primeros años de la guerra, Roma se mantuvo en el campo de batalla, pues la capacidad de las tropas romanas en tierra superaba con creces a las cartaginesas. Los tunecinos estaban obligados a recluirse en su base de operaciones en la isla, como la ciudad de Agrigento, la cual era principalmente púnica. Los combates por tierra los ganó Roma, que dejó a la ciudad púnica en una situación precaria gracias a los asedios romanos que se beneficiaban de la ayuda siracusana. No obstante, los cartagineses de Agrigento pidieron ayuda a la metrópoli, Cartago, esta petición de auxilio iba encaminada a conseguir más tropas. Cartago, debido a su superioridad en el mar, consiguió reforzar la situación de la isla. Roma no podía enfrentarse en combates marítimos contra los cartagineses, ya que su método de lucha era prácticamente terrestre.

Cuando los romanos se vieron sin flota para impedir este tipo de refuerzos decidieron, en el 261 a. C., construir una. La construcción de esta y el entrenamiento de las tropas ha sido siempre muy discutido por la investigación actual. Roma en el 261 a. C. tuvo la suerte de encontrar una nave cartaginesa varada en la costa, gracias a lo que copiaron el modelo de las naves cartaginesas. Sin embargo, la necesidad de cuerpos de marinería hizo que los primeros intentos de echarse al mar fueran negativos. La pregunta en cuestión es ¿cómo Roma tuvo una marina tan fuerte desde prácticamente el inicio de la guerra? Se aluden a diferentes teorías como que este tipo de unidades fueron entrenadas por los aliados navales (*socii navali*) de los romanos, es decir, los griegos de la Magna Grecia.

La situación de los primeros enfrentamientos navales dio como vencedor a Cartago, tal y como se demostró en la batalla de Lipari, donde el almirante romano Cneo Cornelio rindió sus barcos y se los entregó a Boodes (un general cartaginés) sin apenas ofrecer resistencia.

Este hecho fue muy cuestionado en el Senado, ya que los cartagineses eran muy superiores a los romanos en la guerra marítima. Esta situación provocó que los ingenieros romanos llevaran la guerra terrestre al mar gracias a un artilugio denominado cuervo (*corvus*). Este consistía en una pasarela a través de un mecanismo en la proa que podía girar y atrapar a las naves que embistieran contra ella gracias a un gancho debajo de la pasarela.

Corvus romano, Ilustración de *https://weaponsandwarfare.com/2011/05/05/the-corvus/* [En línea].

Con este nuevo artilugio, Roma se lanzó a derrotar a los cartagineses en Mile. En esta batalla los romanos consiguieron atrapar a las naves cartaginesas, que se habían atrevido a atacarles embistiendo sus naves contra las romanas y cayendo en la trampa de los *corvus*. La batalla marítima se convirtió en una terrestre, donde los romanos masacraron a los cartagineses y consiguieron que las fuerzas cartaginesas, que no habían entrado aún en batalla, se pusieran en retirada. Roma había conseguido desbancar a los cartagineses el poderío marino, los tiberinos tenían una ventaja contra las naves púnicas.

Los romanos contemplaron su poderío marino y para evitar que la guerra fuera extremadamente larga decidieron llevar los combates a suelo africano, donde estaba la metrópoli cartaginesa. Los ejércitos púnicos siguieron reforzando a sus tropas en Sicilia, así como en Agrigento y Heraclea Miona. La táctica cartaginesa fue evitar como se pudiera la invasión hacia África por parte de los romanos, sacaron sus naves para atacar a los flancos de aquellas que iban a desembarcar en la tierra de los cartagineses. Sin embargo, los romanos usaron de nuevo el *corvus* y los cartagineses volvieron a perder una batalla marítima, esta vez en las cercanías de Heraclea, en el cabo Ecnomo. El resultado de esta batalla fue realmente positivo para los romanos, pues capturaron gran parte de las naves y consiguieron poner a salvo las mercancías y los recursos que llevaban hacia África.

RÉGULO EN ÁFRICA

Marco Atilio Régulo, el comandante que había vencido a los cartagineses en la batalla del cabo Ecnomo, desembarcó finalmente en África en el 256 a. C. Los ejércitos de la *Vrbs* se asentaron en las cercanías de Clypea y, tras descansar, se enfrentaron al año siguiente contra los cartagineses en la batalla de Adís, cerca de la llanura que da nombre a la batalla. En este enfrentamiento, los romanos supieron aprovechar la situación y consiguieron infligir una gran derrota a los ejércitos cartagineses. Tras el combate, Régulo decidió enviar una misiva de paz a Cartago, por la cual imponía unas

sanciones muy duras como la renuncia del poder marítimo y de las islas del Mediterráneo en favor de Roma. El Senado púnico no aceptó y la guerra continuó. En Sicilia se procedía a esos enfrentamientos entre romanos y cartagineses tanto por mar como por tierra, sin embargo, el foco principal de la guerra ahora estaba en África.

Los cartagineses ante la derrota de Adís decidieron que era mejor ser instruidos por Jantipo, un espartano mercenario. Este mejoró las tácticas y estrategias cartaginesas utilizando métodos como la música para realizar cambios en la táctica y en la formación una vez que el combate ya había empezado. Jantipo, comandando a los cartagineses, fue en busca de Régulo, y ambos encontraron el combate en los llanos del Bagradas. En esta batalla, los cartagineses dirigidos por el mercenario espartano consiguieron vencer a Régulo y masacrar a su ejército, capturando al general romano.

NUEVO GIRO EN LA GUERRA, CARTAGO CONTRATACA

Tras este revés en las fuerzas romanas, los cartagineses decidieron enviar nuevas fuerzas a Sicilia y en el 254 a. C. se reforzaron nuevamente. Esta situación llevó al Senado de Roma a construir nuevas embarcaciones y tomaron la ciudad siciliana de Panormus gracias al miedo que les tenían a los romanos en tierra. La guerra parecía no moverse, ya que por tierra los ejércitos de Roma eran increíblemente superiores a las cartaginesas, mientras que, por mar, los romanos comenzaron a tener muy mala suerte con las rutas marítimas que tomaban, pues en otoño del 253 a. C. tras la toma de Panormus, los romanos tuvieron un desastre en el mar y una tempestad acabó con más de ciento cincuenta naves.

Los cartagineses, más habituados a los contratiempos del Mediterráneo, se volvieron a hacer los dueños de este medio, mientras que, por tierra, los cartagineses empezaron a utilizar los elefantes de guerra como medio para evitar ser derrotados. Estas bestias infundían temor a la infantería romana, que se vio incapaz de hacer frente a la carga de estos animales.

En el 251 a. C. la guerra continuaba en un punto muerto donde los romanos en Sicilia se habían apoderado de la tierra y los cartagineses del mar. El Senado de Roma decidió volver a poner en marcha una flota que hiciera frente a la cartaginesa. El objetivo de Roma era aislar a las últimas bases cartaginesas de la isla, Lilibeo y Drepana. Sin embargo, estas ciudades estaban siendo suministradas con la ayuda de Aníbal el Rodio, el cual era capaz de romper el cerco marítimo de Roma y conseguir abastecer estas ciudades. Cartago utilizó a Aníbal el Rodio para tener noticias de sus bases terrestres.

Tras muchos intentos, Roma capturó al cartaginés y a su barco. Los romanos quedaron maravillados ante su arquitectura naval y se dieron cuenta de que el *corvus* solo hacía que las naves fueran más lentas y que tuvieran menos equilibrio. Roma había comenzado a perder en el ámbito naval debido a que los cartagineses habían aprendido a defenderse de estos artilugios. Los romanos decidieron imitar la nave de Aníbal el Rodio y poner en práctica las tácticas de guerra naval de los cartagineses.

Las nuevas embarcaciones romanas se probaron ante las cartaginesas cuando estos intentaron romper el cerco naval de las ciudades de Lilibeo y Drepana. En este caso, la flota cartaginesa dirigida por Adhérbal fue informada de un nuevo refuerzo romano para el asedio de ambas ciudades. Adhérbal, que conocía mejor el mar que ellos, consiguió que los romanos se enfrentaran a él en el mar, poniendo las proas de sus barcos contra las romanas. El enfrentamiento se dio en el mar junto a la ciudad de Drepana y la victoria fue para los cartagineses, ya que sus naves estaban mejor diseñadas y sus tropas habían tenido un entrenamiento específico para los combates en el mar. Los romanos ante el desastre y la pérdida naval de esta batalla decidieron acometer solamente enfrentamientos terrestres.

La guerra estaba yendo por un camino distinto, el mar era controlado por los cartagineses tras quitar el *corvus* de las naves romanas, mientras que los enfrentamientos terrestres tenían un color vencedor, el romano. Tras el desastre de Drepana en el 249 a. C. la dinámica de los enfrentamientos fue en líneas generales unos enfrentamientos terrestres con victorias romanas y unos intentos de Cartago de enviar recursos a las pocas bases que les quedaban en Sicilia.

En el 247 a. C. Amílcar Barca llegó a la isla, siendo el único general cartaginés que puso en aprietos al ejército romano en varios combates terrestres. La táctica del general púnico fue atacar las costas italianas para poner en apuros a los romanos, llegó a devastar la región de Cumas y a recuperar Erice en la isla de Sicilia. No obstante, no fue una gran pérdida para los ejércitos romanos, los cuales se vieron envueltos en un punto de no retorno donde la dinámica de los combates no variaba.

En el 242 a. C. Roma decidió enfrentarse por última vez a los cartagineses en el mar. La situación de la guerra había empobrecido a la *Vrbs*, poniendo todas sus energías en este último enfrentamiento que decidiera el devenir de la guerra.

BATALLA DE LAS ISLAS EGADAS

En el 241 a. C. los cartagineses se habían enterado de que los romanos les iban a enfrentar en el mar. Hannón, el encargado de llevar la flota cartaginesa, decidió que era mejor desembarcar los víveres que iban destinados para Amílcar y enfrentarse contra los romanos con naves mucho más ligeras. Sin embargo, el 10 de marzo de ese año, los romanos descubrieron la flota cartaginesa y, levantando el cerco de Drepano, la flota romana dirigida por Lutacio Catulo se enfrentó a la cartaginesa. El viento ese día les era favorable a los cartagineses, no obstante, los rápidos movimientos de los romanos hicieron que se pusieran en una muy buena posición contra las naves cartaginesas de Hannón, a las cuales habían sorprendido. El combate fue muy fiero y dio como resultado la victoria romana, gracias al entrenamiento más arduo de sus marineros. Lutacio Catulo consiguió la victoria en las islas Egadas. Este triunfo fue el desencadenante de la petición de paz, puesto que, sin una buena armada, los cartagineses abandonaron algunas posiciones, quedando únicamente Amílcar como general en Sicilia. Los cartagineses y los romanos estaban exhaustos por el tiempo que llevaban combatiendo entre

ellos. La *Vrbs*, la cual estaba en condiciones de ganar, propuso un tratado de paz que les beneficiaba cuyas peticiones fueron la expulsión de los cartagineses de Sicilia, olvidando todo tipo de pretensiones sobre la isla, el pago de una indemnización, así como otras sanciones con respecto a sus embarcaciones.

La paz de Lutacio, como se la conoce, fue en el 241 a. C. y puso fin a la guerra más dura que Roma se había enfrentado hasta el momento.

PERÍODO DE ENTREGUERRAS, CARTAGO MIRA RECELOSA HACIA ROMA

Con el fin de esta guerra, los romanos comenzaron a ver una nueva oportunidad para asestarles un golpe a los recién vencidos. Cartago en el transcurso de la primera guerra púnica había contratado un gran cuerpo de mercenarios con los que pretendía ganar la guerra a los romanos. Sin embargo, al término de esta, Cartago estaba muy mermada, por lo que los mercenarios se sublevaron en Cerdeña y Córcega. Las crecientes hostilidades de los mercenarios hicieron que los romanos intervinieran en las islas en el 238 a. C. Sin embargo, no en el bando cartaginés, sino en el mercenario, apoyándolos y haciendo que los púnicos huyeran y abandonasen las islas de Cerdeña y Córcega. Este nuevo golpe a los cartagineses fue muy humillante para ellos. Tras un año de discusión en el Senado de Cartago se decidió enviar a Amílcar Barca con sus hijos y un gran contingente de tropas para explotar las tierras de Iberia.

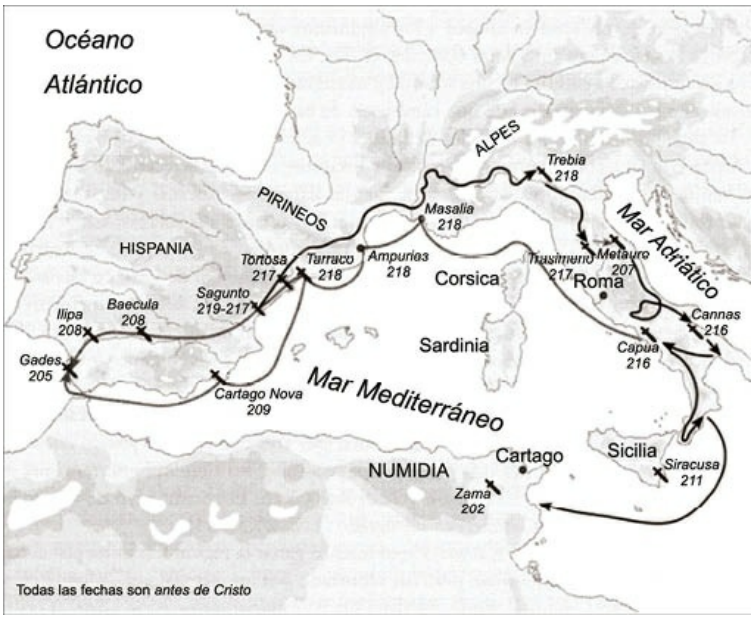
Amílcar desempeñó una ardua tarea con el fin de obtener recursos y de plantear una base franca para poder establecerse y explotar los recursos de Iberia, para ello el general cartaginés conquistó y sometió a muchísimos pueblos de la zona sur de la actual España. Amílcar tras muchos combates murió intentando salvar a sus hijos en el 229 a. C., sucediéndole en el cargo su yerno Asdrúbal. Este planteó la construcción de la ciudad de Qarth Hadasht (Cartagena) en el año posterior. Bajo el gobierno de este general la investigación actual plantea las bases de un «reino» helenístico en Iberia de la

mano de los bárquidas. Esta idea queda demostrada, entre otras cosas, con el pacto de no expansión con Roma, el famoso Tratado del Ebro en el 227 a. C. Las políticas de Asdrúbal iban encaminadas a la paz, pero se detuvieron con su asesinato en el 221 a. C., y le sucedió al mando de las tropas Aníbal Barca, el hijo de Amílcar.

Aníbal desempeñó unas campañas hacia el centro de la península ibérica, llegando hasta Salamanca, derrotando a la coalición de los pueblos prerromanos en el río Tajo, en el 220 a. C. Parece ser que Aníbal estaba reuniendo fuerzas y recursos para emprender una campaña contra Roma. En el 219 a. C. Aníbal emprendió el asedio a Sagunto, momento en el cual Roma fue alertada por los habitantes de esta ciudad al ser aliados. La ciudad tiberina intentó apaciguar a Aníbal tras un encuentro con él en Qart Hadasht, sin embargo, fue inútil. Una vez que el asedio continuaba y no cedía su hostilidad, los romanos se presentaron ante el Senado de Cartago pidiendo que depusiera en el cargo a Aníbal y que lo enviasen hacia Roma para ser juzgado. Los romanos, al ver que había dos facciones en el senado púnico, expusieron sus reclamaciones con un gesto con la túnica, los senadores cartagineses, los cuales habían sido heridos en su orgullo tras la primera guerra púnica y el suceso con Cerdeña, decidieron la guerra contra Roma.

SEGUNDA GUERRA PÚNICA, LA GUERRA POR SALVAR ROMA

La primavera del 218 a. C. fue cuando Aníbal decidió salir de Qart Hadasht para enfrentarse a los romanos. En escasos meses ya había cruzado el Ebro y no se detuvo de ninguna forma. Aníbal comenzó la incursión de los territorios romanos, poniendo a las tribus y pueblos por donde pasaba en contra de la ciudad tiberina. En pocos meses, Aníbal había cruzado los Alpes con noventa mil hombres, doce mil jinetes y treinta y siete elefantes. El motivo de realizar semejante prueba de fuerza se debió al control de las rutas marítimas por los romanos, como también establecer contactos con los galos, enemigos tradicionales de Roma.



Mapa de la segunda guerra púnica. Fuente: Peralta, E. (2009): «La II Guerra gpúnica», en O'Donnell y Duque Estrada (coord.): *Historia militar de España*. Ministerio de Defensa.

El periplo de Aníbal supuso una alerta hacia los romanos, quienes se alertaron cuando Aníbal se hallaba en las cercanías de Aviñón. El Senado de la *Vrbs* decidió reunir un ejército en Sicilia y enviarlo en dirección a Marsella junto con un general de nombre Publio Cornelio Escipión. En las cercanías del río Ródano, el ejército de Escipión se enfrentó a las fuerzas de Aníbal, lo que tuvo como resultado un desastre militar romano. El general romano consiguió huir y alertar al Senado de lo que les venía. Publio Cornelio Escipión hizo llamar a su hermano Cneo Cornelio para que reuniera un ejército y marchase a Iberia, desde donde Aníbal podría suministrarse. Los romanos, tras esta batalla, comenzaron a seguir los pasos de Aníbal. Una vez que supieron exactamente donde se hallaba el cartaginés, Publio Cornelio envió una orden a Sempronio (su colega en el consulado) para que dirigiera su ejército a enfrentarle. Aníbal sin embargo vadeó el Ródano y marchó hacia los Alpes marítimos. Fue entonces cuando cruzó los Alpes, no con poca dificultad, pues no fueron las montañas o las condiciones medioambientales lo que hacía perder muchos hombres al ejército de Aníbal, sino los pueblos y tribus de estos lugares que se sentían hostiles frente a los púnicos. Finalmente, Aníbal cruzó las montañas y se encontró en la llanura de la Galia Cisalpina con una fuerza de veintiséis mil hombres.

Busto de Aníbal Barca.

Con la llegada de diciembre del 218 a. C., el general cartaginés ya había cruzado los Alpes y estaba en los territorios romanos. El invierno era duro y las condiciones de la guerra habían pillado por sorpresa a los romanos, ya que no se solían combatir por estas fechas. Aníbal decidió plantar batalla a los romanos dirigidos ahora por Sempronio Longo y por Cornelio Escipión. La primera gran batalla de la guerra, en el río Trebia.

La batalla de Trebia

La batalla de Trebia tuvo una preparación concienzuda, Aníbal no quería perder muchas unidades en cada combate, por lo que la táctica y la estrategia de este debían ser superiores a las planteadas por los romanos. Aníbal dispuso una emboscada en un bosquejo cercano a donde se iba a posicionar la batalla, en ella escondió a más de mil jinetes. Lo siguiente que hizo fue llamar la atención de los romanos acampados y dirigidos por Sempronio Longo. En este caso, el general Bárquida usó a la restante caballería númida para llamar su atención. Los romanos cayeron en la trampa y los persiguieron con su caballería, más tarde ordenaron a la infantería romana y a sus auxiliares cruzar

el río Trebia por donde habían huido los cartagineses. La temperatura del agua no era la idónea para cruzar armado con toda la carga de un legionario, junto con el cansancio de haber sido movilizados hasta aquella posición hizo que los ejércitos romanos quedaran muy mermados por las condiciones climáticas. Al tiempo que cruzaban el río, los cartagineses, que no habían estado tan expuestos al frío río, se dispusieron en orden de batalla, primero la infantería ligera y detrás de ellos la más pesada y, en sus alas, la caballería. Con ello, los cartagineses se enfrentaron a los mermados romanos. Primero cayó la línea de infantería ligera y, cuando la caballería romana había sido destruida, los cartagineses emboscados dirigidos por Magón Barca salieron de su escondite y atacaron la retaguardia romana. La batalla ya estaba decantada del lado púnico. Tras la victoria cartaginesa, Aníbal dio orden de descansar, aunque duró muy poco tiempo ya que en junio del 217 a. C. se volvieron a enfrentar a Roma, esta vez, a orillas del lago Trasimeno.

LA BATALLA DEL LAGO TRASIMENO

La batalla del lago Trasimeno supuso otro éxito para el estratega Aníbal. Antes de comenzar la batalla, Aníbal realizó actos de provocación a los generales romanos, esto lo hizo con la idea de dividir sus fuerzas, ya que aún faltaba tiempo para que el refuerzo de uno de los generales romanos llegase a tiempo. Flaminio, el general romano que estaba más cerca, salió en busca de Aníbal y acampó en las cercanías de este, mientras que Aníbal dispuso de nuevo a sus espías para ver cómo estaban colocados los romanos y qué condiciones tenía el campo de batalla. En ese momento, el general cartaginés emboscó a la infantería ligera, a los galos y a la caballería en unos arbustos y se quedó con el grueso del ejército. El 21 de junio del 217 a. C. Flaminio levantó su campamento y persiguió al ejército de Aníbal moviéndose a lo largo de la orilla del lago Trasimeno, esto hizo que cayera en la emboscada que Aníbal tenía preparada para los ejércitos del general romano. El caos generado por Aníbal era muy grande, los romanos estaban rodeados y eran empujados hacia el lago, siendo masacrados por las tropas del general púnico. En esta batalla no solamente cayó el general y su ejército, sino también los ánimos de Roma ante un rival tan digno.

CANNAS, DÍA FUNESTO PARA ROMA

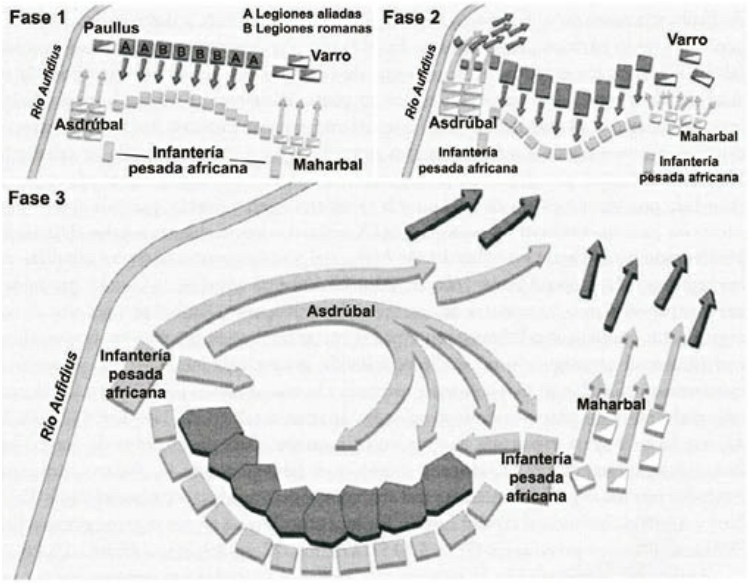
Tras la victoria de Aníbal, se produjo su marcha hacia el sur y la costa Adriática, donde envió un mensaje a Cartago para disponer de nuevas tropas. Asimismo, el general cartaginés decidió descansar ese invierno. En el 216 a. C. la campaña de Aníbal fue reanudada, sin embargo, Roma, que ya había aprendido quién era su rival, decidió nombrar a un dictador para que librase la guerra contra el invasor púnico y eligió a Fabio Máximo, apodado Cunctator por no entablar combates contra el enemigo, ya que los desgastaba a su paso.

Aníbal empezaba a perder tropas y a quedarse sin suministros, sin embargo, a pesar de una pequeña derrota en el Ager Falernus, consiguió escapar con casi todo su ejército intacto. En verano de ese año, los romanos depusieron en el cargo a Fabio, devolviendo el poder a los dos cónsules ahora elegidos, Terencio Varrón y Emilio Paulo. Estos encontraron a Aníbal en Cannas, donde el general cartaginés esperó suministrarse de los víveres que Roma guardaba en esa plaza y, de paso, provocar a los romanos. El desafío funcionó y el Senado de Roma dio luz verde a enviar el mayor contingente de tropas romanas que se había concentrado en un ejército hasta ese momento. Más de 87 000 romanos se habían instalado en dos campamentos al frente de los púnicos.

El 2 de agosto del 216 a. C., cuando el mando de las tropas cayó en Varrón, el general romano decidió atacar con todas sus tropas y hacer un gran bloque que hiciera frente a las pocas unidades púnicas. El orden de batalla romano se dispuso con varias unidades de manípulos que se colocaron en el centro, mientras que en el ala izquierda se situaba Varrón con la caballería aliada y, en la derecha, la caballería de Emilio Paulo. Delante de todo el ejército romano se situaron la infantería ligera y los arqueros. Sin embargo, Aníbal, ante la cantidad tan grande de fuerzas romanas, decidió enviar primero a los honderos baleares y a su infantería ligera, mientras que en la izquierda situó a la caballería ibera y a los galos dirigidos por Asdrúbal, la infantería pesada en el medio y, a la derecha, la caballería númida dirigida por Magón. El ejército se dispuso en una sola línea apoyada en el río, ya que quiso envolver con ella las grandes fuerzas romanas.

La batalla se produjo cuando los romanos presionaron a los cartagineses, aguantando el choque de las fuerzas, no obstante, el río por el cual se vieron arrinconados los romanos no les concedió una ventaja táctica, sino una desventaja. La caballería púnica venció a la romana aniquilándola por completo, mientras que la infantería romana arrollaba a la cartaginesa. Sin embargo, los infantes púnicos pudieron replegarse y los romanos les persiguieron y se adentraron hacia el centro de la formación cartaginesa. Este movimiento no fue muy acertado, dado que las fuerzas romanas penetraron en la formación de los cartagineses y se quedaban con la infantería pesada púnica a los lados. Junto a este contratiempo, los galos e iberos fingieron que se rendían y los romanos los colocaron en su retaguardia. En el momento indicado, los generales púnicos dieron la orden y estos se rebelaron y consiguieron atacar y mermar la retaguardia romana. La caballería púnica, una vez que había vencido a la romana, se dirigió hacia la retaguardia de los romanos en apoyo a la infantería pesada que había sostenido a la numerosa infantería tiberina y les vencieron con unos grandes movimientos envolventes.

La batalla de Cannas supuso un principio del fin para el ejército de Aníbal, quien aun resultando vencedor, no supo aprovechar su victoria y no se dirigió contra la ciudad de Roma. Los motivos han sido estudiados por los investigadores, cuya teoría más difundida es que Aníbal no quería enfrentarse con la ciudad tiberina, sino que quería destruir el sistema de alianzas y tratos que Roma tenía por toda la península itálica, dejando a la ciudad como un Estado tapón entre los reinos helenísticos y Cartago. Sin embargo, Aníbal no contaba con la capacidad de regeneración y de lucha que los romanos tenían.



Batalla de Cannas, Peralta, E. (2009): «La II guerra púnica», en O'Donnell y Duque Estrada (coord.): *Historia militar de España*. Ministerio de Defensa.

Al año siguiente y, a consecuencia de la victoria cartaginesa en Cannas, Aníbal recibió una misiva de alianza del rey helenístico, Filipo V de Macedonia. Asimismo, los ejércitos púnicos se dirigieron por distintos lugares buscando un puerto desde el cual recibir la ayuda de Cartago. En un primer momento, Aníbal se dirigió hacia Tarento, pero esta se mantuvo fiel a los romanos, tras esto tomó Capua, gracias a la traición ciudadana. La táctica romana, en estos años, consistió en el no enfrentamiento directo con Aníbal, intentando desgastar las fuerzas cartaginesas.

Sin embargo, el foco de atención de la guerra ya no estaba en la península itálica. Los cartagineses aprovecharon que Hierón había muerto para introducir en su gobierno partidarios procartagineses. Entretanto, las tropas de Cneo Cornelio y de Publio Cornelio estaban batallando en Iberia contra los hermanos de Aníbal.

La guerra entonces se había vuelto inestable, los romanos cambiaron de táctica e intentaron destruir las fuentes de recursos cartagineses que tenían en Iberia y que momentáneamente habían conseguido en Siracusa. En el 212 a. C. Siracusa cayó tras un impresionante bloqueo marítimo y un asedio que fue defendido por el mismísimo Arquímedes aunque, tras entrar los romanos, el

matemático fue asesinado. Por otro lado, Claudio Marcelo, el encargado del asedio de Siracusa, obtuvo de esta ciudad muchísima plata con la que pudieron continuar la guerra.

En Iberia, los hermanos Escipión, tras «reconquistar» Sagunto, fueron derrotados gracias a la traición de las comunidades prerromanas que les apoyaban. La guerra en la península itálica se había vuelto defensiva, dado que Aníbal se empeñó en tomar Tarento. Tras mucho intentarlo, Aníbal consiguió entrar en la ciudad, sin embargo, no contó con que el puerto se mantuvo fiel a los romanos, que lo guardaban con una guarnición.

En el 211 a. C. los romanos habían pasado al contrataque, comenzaron a reconquistar los lugares que se habían pasado al bando cartaginés y fue Capua el objetivo durantes estos años. El general púnico decidió emprender una marcha hacia la ciudad de Roma para evitar el asedio que estaba agotando sus fuerzas en Capua. En este momento de gran crisis, los romanos no cometieron más errores. El general cartaginés esperaba que los ejércitos romanos levantaran el asedio de Capua y se enfrentaran contra él, ya que su idea no era atacar a la ciudad tiberina, sino provocarla a caer en un combate contra su ejército. Sin embargo, los romanos continuaron con el asedio y solamente una parte del ejército fue a defender la ciudad. Aníbal, al ver cómo se acercaban los romanos, emprendió una huida hacia Regio, instantes más tarde la ciudad de Capua regresó al bando romano.

Una vez solucionados en gran medida los problemas en la península itálica, Roma decidió enviar a un nuevo general a Hispania para suplir las bajas de los hermanos Cneo y Publio Cornelio Escipión. Sin embargo, este refuerzo no supuso un problema para los hermanos de Aníbal, quienes dirigían el ejército en Iberia. Por lo que el Senado, a petición popular, decidió enviar a Publio Cornelio Escipión, hijo del general asesinado en Iberia.

La llegada de Escipión, quien más tarde sería conocido como el Africano por su victoria sobre Cartago, provocó que se reformara la táctica de los romanos en Iberia. Las descripciones que las fuentes literarias nos dan acerca de la personalidad de Escipión son muy útiles para entender sus estrategias. El joven Cornelio fue un hábil estadista que tuvo unos valores de lealtad muy altos para su corta edad. Según las fuentes literarias, como Polibio o Tito Livio, Publio Cornelio estuvo en la batalla de Trebia, salvando a su padre de una muerte segura al adentrarse en el combate con su caballo. En Cannas,

donde los romanos perecieron a manos de Aníbal, Escipión se enfrentó a Metelo, el cual quería huir del combate, amenazándole con su espada al saber que el oficial quería dejar tirado al resto de los suyos. Cornelio Escipión tuvo un gran carácter, sin embargo, también era muy ávido al uso de la religión como método para conseguir sus propósitos, tal y como se observa en la campaña de Iberia.

Escipión llegó a Iberia en el 210 a. C. desembarcando en la ciudad de Ampurias, como lo hubiera hecho su tío ocho años atrás. Una vez establecido en territorio ibero, el general romano se dirigió hacia la base de operaciones en Iberia, Tarraco, donde se reunió con el general Claudio Nerón, quien había sido presa de las artimañas púnicas. Cuando ambos generales se habían reunido, Escipión propuso asestar un golpe letal a los ejércitos cartagineses en Iberia y conquistó su base de operaciones, Qart Hadasht.

La toma de Qart Hadasht

La toma de la ciudad ocupó un breve lapso de tiempo. Los romanos tardaron semanas en bajar hacia la base cartaginesa, apoyando el camino de las tropas terrestres con una fuerza marítima. Al llegar, Escipión dispuso un campamento frente a la puerta de la ciudad. La táctica que siguió Escipión fue el agotamiento de las tropas cartaginesas, las cuales eran muy inferiores a las romanas (¿a quién se le ocurriría atacar la base principal de los cartagineses?). Escipión supo de la localización de los tres ejércitos cartagineses, repartidos por Iberia y a una distancia lo suficientemente grande como para poder socorrer a la ciudad en pocos días. No obstante, no se enfrentó a la ciudad sin conocer antes su geografía, gracias a sus exploradores y a los indígenas que llevó consigo, Escipión supo del reflujo habitual en la laguna de Qart Hadasht, la cual hacía que disminuyera el agua e hiciese vulnerable una zona de la muralla.

En este momento surge un episodio donde Escipión, el día antes, pasa un largo tiempo rezando a Neptuno (dios del mar), el cual le diría por dónde había de acometer el asedio. Obviamente es un claro ejemplo de cómo esta persona usaba la religión para infundir valor a sus tropas.

Una vez finalizados los combates que se habían realizado en las puertas de la ciudad, al anochecer, Escipión dispuso a un grupo de sus mejores soldados para asaltar la parte de la muralla que estaba pegada a la laguna. El general romano explicó a sus tropas que Neptuno bajaría las aguas para ellos. Los soldados al ver que la laguna retiraba sus aguas acometieron un feroz ataque, mientras, Escipión les animaba ofreciendo recompensas a los primeros en asaltar la muralla. La ciudad cayó en una noche a causa de la entrada de las tropas por aquella zona y se abrieron las puertas al grueso del ejército que tomó la base de los cartagineses en muy poco tiempo. Escipión en su primer año en Iberia 210-209 a. C. había dejado tocados los suministros de los cartagineses arrebatándoles Qart Hadasht (Cartago Nova ahora).

BAECULA E ILIPA, FIN DE LOS CARTAGINESES EN IBERIA

Sin gran parte de los suministros ni barcos ni contactos marítimos principales, los cartagineses estaban dispuestos a enfrentarse a los romanos. Escipión ideó un plan para no caer en el error que sus predecesores cometieron habitualmente, no quiso enfrentarse contra todos los cartagineses en una sola batalla, sino que prefirió combatirlos individualmente. Así se sucedieron las batallas de Baecula en el 208 a. C. (Santo Tomé, Jaén) o la batalla de Ilipa 206 a. C. (todavía sin localizar). Tras Ilipa, los romanos tomaron Gadir, la primera ciudad de Occidente y que, por tradición, fue aliada de los cartagineses. Así Escipión expulsó a los cartagineses de la península ibérica y terminó por fundar una ciudad al norte de Sevilla, Itálica (Santiponce, Sevilla).

METAURO, EL FINAL DE ASDRÚBAL BARCA

En la península itálica, Aníbal fue conocedor de la derrota de Asdrúbal, su hermano, en la batalla de Baecula y de cómo había emprendido un viaje para apoyarle. Asdrúbal pasó incluso más rápido que su hermano por los Alpes y llegó a las tierras romanas en muy poco tiempo. Los tiberinos se enteraron de la situación de Asdrúbal gracias a una carta que interceptaron y, ante el temor de luchar contra los dos hermanos a la vez, enviaron a los cónsules Claudio Nerón, Lucio Porcio y a Livio Salinator hacia la ciudad de Narnia (Narni, Italia). Aquí los tres generales decidieron que lo mejor era enfrentarse a Asdrúbal en un combate directo y evitaron así el encuentro de los dos hermanos.

Asdrúbal, conocedor de los refuerzos que iban a recibir los romanos, intentó huir de la zona por el río Metauro, sin embargo, los romanos supieron de su movimiento y se precipitó la batalla en la orilla de las aguas del río en el 207 antes de Cristo.

La táctica de Asdrúbal fue la siguiente: en el centro desplegó a los ligures de infantería acompañados por sus elefantes, mientras que los iberos se situaban a la derecha y los galos a la izquierda. Los romanos se colocaron con Claudio a la derecha, Livio a la izquierda y Porcio con sus tropas en el campamento. Ante la llegada de la formación romana, Asdrúbal puso a sus elefantes en primera línea. El combate comenzó en la izquierda donde los iberos impidieron a los romanos envolver las tropas cartaginesas, sin embargo, los romanos pudieron sobreponerse y lograron situar a su caballería en la retaguardia. Esto provocó que la batalla cayera del lado romano. Tras finalizar el combate, se cortó la cabeza al hermano de Aníbal y se le fue enviada. Esta situación dejó en los siguientes años una estabilidad peligrosa en la península itálica.

Tras las victorias de Escipión en Iberia y la derrota de Asdrúbal en la península itálica, los romanos estaban mejor posicionados para vencer a Aníbal. Sin embargo, el joven Cornelio, sin tener edad para ocupar una magistratura mayor, expuso que lo mejor para acabar con la guerra era llevarla a suelo cartaginés. El Senado de Roma no estaba de acuerdo, aunque con diferentes discursos, Escipión consiguió permiso para alistar tres legiones de los ciudadanos que quisieran acompañarle voluntariamente. Al tener mucho carisma y haber demostrado su valía en combate, consiguió reclutarlas. En el

205 a. C. el joven Cornelio envió a Cayo Lelio, su lugarteniente, en primer lugar, a África para que fuera allanándole el terreno. Lelio consiguió unirse a Masinisa, un príncipe númida al que Escipión perdonó la vida en Iberia, y juntos consiguieron que Escipión pudiera desembarcar el total del ejército en África.

ZAMA, EL FINAL DE UNA GUERRA

Las tropas romanas quemaron varios campamentos cartagineses a su paso por las tierras africanas. Escipión consiguió engañar a los oficiales púnicos para conseguir más tiempo, esto lo obtuvo gracias a unas falsas solicitudes de paz. Los cartagineses aceptaron y se enviaron al campamento púnico varios embajadores, los cuales eran soldados. Estos reconocieron la distribución y el material con el que estaban hechas las tiendas de los cartagineses. Una noche, cuando fue oportuno, los romanos quemaron las tiendas enemigas, con lo que infligieron grandísimas bajas a los ejércitos de Cartago. El Senado púnico decidió reclamar a Aníbal que volviera a defender su tierra. Aníbal partió de inmediato hacia Cartago. La campaña de Escipión en África era victoriosa y solamente quedaba un gran enfrentamiento, la batalla de Zama en el 202 antes de Cristo.

En ese mismo año, Aníbal, quien ya estaba en África, se entrevistó cerca de Zama con Escipión. La entrevista de ambos no funcionó, aunque los dos generales se tenían respeto, el joven Cornelio había perdido mucho en la guerra y su respuesta fue el enfrentamiento directo con Aníbal en Zama.

Al día siguiente, Escipión dividió la infantería en tres líneas, pero los manípulos de cada una los situó unos detrás de otros y formó intervalos largos de filas a través del ejército. En la primera línea, como era habitual, la infantería ligera, con órdenes de atacar directamente a los elefantes, junto con la caballería en ambas alas. El ejército de Aníbal dispuso primero sus elefantes, después a los mercenarios recién contratados, en la segunda línea los cartagineses y africanos y, en la tercera, su ejército veterano que trajo consigo de Iberia. A ambas alas la caballería númida y cartaginesa.

La batalla de Zama comenzó con el ataque de los elefantes, que cayeron en la trampa de Escipión, consiguiendo derrotar a muchos de ellos y, cuando ya estaban cerca, la formación de manípulos dejó pasar a las bestias, las asustó y las derrotó. Los elefantes que consiguieron sobrevivir acometieron contra la caballería cartaginesa, debido a la situación de caos en el combate. Aníbal ya no podía hacer nada, las infanterías de ambos bandos se enfrentaban, pero no pudieron hacer más por detener a los romanos, por lo que el general púnico decidió huir hacia Hadrumeto.

La primera gran derrota de Aníbal había supuesto la derrota final de Cartago en la segunda guerra púnica. Tras esta batalla se dispuso las cláusulas de rendición impuestas por Escipión al Senado de Cartago, esta vez fueron mucho más duras que en la primera guerra púnica, consiguiendo que los cartagineses no se volvieran a recuperar de tal golpe.

La conquista de Grecia, la batalla de Pidna 146 a. C.

Tras la segunda guerra púnica, los romanos habían eliminado del mapa al gran competidor para hacerse con los territorios que bañaban el Mediterráneo. Las principales conquistas que realizaron los romanos fueron dos grandes territorios, por un lado Iberia, a la que llamarán Hispania y, por el otro, Grecia. No solamente se conquistaron estos grandes terrenos, sino que además se remató a la mermada Cartago.

Filipo V, el cual había pactado con Aníbal tras la batalla de Cannas, decidió expandirse hacia Egipto, el cual era gobernado por un niño. Esta situación hizo que los territorios del camino fueran poco a poco anexionados por Macedonia. Los rodios dirigidos por Atalo de Pérgamo, decidieron apelar a Roma para evitar la conquista de Filipo. El Senado de Roma aceptó la petición de ayuda, enviando un ejército hacia Grecia en el 197 antes de Cristo.

Al llegar los romanos, dirigidos por Quncio Flaminio, la Liga Egea se unió a él. Los romanos buscaron el enfrentamiento contra Filipo V en Cinoscéfalos, donde el terreno era favorable para el estilo de lucha griego, la falange macedónica. En el momento del enfrentamiento, la niebla cubrió el campo de batalla, dificultando la visibilidad de ambos bandos. Los romanos empezaban

a perder en el ala izquierda, pero debido al terreno y a la situación escabrosa quedaron aislados al avanzar la línea y las fuerzas griegas quedaron abiertas para que el ala derecha romana pudiera entrar y vencer.

La ventaja de esta primera batalla la tuvieron los romanos, quienes a través de la formación manipular tuvieron una mayor movilidad y el cambio de tropas, y evitaron tanto el cansancio como las dificultades del terreno. La falange era indestructible si no se conseguía romper la línea, pero al moverse hacia delante las tropas de Filipo, los romanos pudieron hacer brecha en su formación y derrotarles.

Tras la victoria romana, los eolios expusieron las pretensiones de los griegos para que Macedonia fuera eliminada, sin embargo, Flaminio acabó firmando un tratado de paz en Tempe, donde Filipo se había retirado tras la batalla. Las condiciones fueron impuestas por Roma, pero lejos de las pretensiones de los eolios, los romanos simplemente impusieron la retirada de las ciudades y fortalezas griegas.

Antioco III, otro de los reyes helenísticos, fue reclamado por los eolios para hacer sus pretensiones realidad. En la corte del rey estaba refugiado Aníbal Barca, el gran terror de Roma, el cual aconsejó a Antioco acerca de un plan para volver a atacar a Roma. Sin embargo, el Senado romano al enterarse de esto envió emisarios al rey helenístico, este vio como los eolios rompían con Roma y se le presentó la oportunidad de atacar Grecia. Antioco desechó la idea de Aníbal y en 192 a. C. atravesó con su ejército hacia Tesalia.

Roma no permitió que Antioco III hiciera y deshiciera como quería, por lo que aceptó el reto y se enfrentaron a él en las Termópilas. Antioco, derrotado ante las fuerzas de Roma decidió marcharse hacia Éfeso.

Los romanos enviaron en 190 a. C. a Lucio Cornelio Escipión junto a su hermano Escipión el Africano a Helesponto, donde el rey de Pérgamo permitió a los hermanos Escipión pasar por sus territorios para derrotar a Antioco III. El rey helenístico, viendo que Roma iba totalmente en serio, decidió pactar con ellos, pero la respuesta de la *Vrbs* fue negativa. Lucio Cornelio se enfrentó a las tropas de Antioco en Magnesia. En este lugar Antioco fue derrotado sin posibilidad de recuperarse y pidió la paz. Sin embargo, Roma tuvo unas nuevas aspiraciones, la contestación de Escipión el Africano fue tajante: abandonar las regiones de Asia al oeste del Tauro, el pago de una

indemnización de guerra, que los elefantes fueran entregados y su flota reducida a diez barcos pero, la más importante, la entrega de Aníbal al Senado de Roma. El cartaginés acabó huyendo hacia Creta y, más tarde, se acabó resguardando en Bitinia, donde en el 183 a. C. fue descubierto por los romanos y acabó suicidándose.

El trato fue aceptado por Antioco y Grecia acabó siendo reformada, las ciudades-Estado griegas eran libres y el territorio conquistado por Antioco se dividió entre Pérgamo y Rodas. Mientras que los etolios, aliados de Antioco III, acabaron convirtiéndose en vasallos de Roma. Con la derrota de Antioco III en los años 188 y 187 a. C. los territorios helenos acabaron desembocando en un enfrentamiento armado entre ellos mismos, dejando a Roma como una ciudad árbitro entre las ciudades-Estado que se habían organizado en distintas ligas. La realidad fue distinta, los diferentes reyes como Perseo o Eumenes comenzaron a combatir entre ellos. Roma comenzaba a perder la paciencia y empezó a conquistar diferentes ciudades griegas, lo que desembocó en una resistencia contra la ciudad tiberina por parte de los reinos más grandes. En el 172 a. C. Eumenes solicitó la ayuda de Roma para evitar que Perseo conquistase sus territorios griegos, no obstante, en la misma reunión los embajadores rodios expusieron que Eumenes seguía la misma política para las regiones asiáticas.

Los romanos enviaron un ejército en verano de 171 a. C. hacia Apollonia, amenazando a Macedonia. Perseo se enfrentó a este ejército en el monte Calicino, pero aunque la victoria cayese en manos macedónicas, no explotó la victoria como debería y se dedicó a la defensa de sus territorios. Al año siguiente, Roma envió a otro ejército dirigido por Hostilio Mancio, pero ocurrió lo mismo que en el caso anterior. En 168 a. C. por petición popular el Senado envió a Lucio Emilio Paulo, el cual era cuñado de Escipión el Africano. Emilio Paulo investigó toda la situación de Grecia y consiguió respuestas a todas las cuestiones tácticas que solicitaba.

La campaña fue más diplomática que política, donde escuchó todo aquello acerca de Perseo de Macedonia, el cual acabó por saber de la avaricia constante del rey macedónico. Finalmente Emilio Paulo partió hacia Grecia con un claro objetivo, vencer a los macedonios en una batalla. En su corto periplo comenzó en Delfos con un gran sacrificio y después comenzó a

ordenar e instruir a sus tropas. La organización de las legiones pasó por dejar claras los desempeños de cada uno de sus soldados y evitó que los centinelas llevaran armas para que no tuvieran intenciones de atacar.

Emilio Paulo trazó un plan en el que debían atacar el campamento de Perseo mientras una flota romana comenzaba a distraer al enemigo colocando en su retaguardia un contingente de tropas. Sin embargo, el general romano no dio la orden hasta saber cuáles eran los pasos y la protección de estos. Estos pasos estaban protegidos por guardias reales de Perseo.

Con el fin de engañar a Perseo, Emilio Paulo mandó enviar una flota con provisiones a un punto alejado, mientras, desde su campamento salían tropas en dirección hacia allí dirigidas por Escipión Nasica —primo de Escipión el Africano—, con el fin de dar la impresión de que iban a embarcar para atacar la posición del campamento de Perseo. Sin embargo, los verdaderos planes fueron que ocuparan estas posiciones avanzadas helenas.

Al día siguiente, algunos barcos intentaron fingir un ataque por mar, mientras que las tropas romanas atacaban por tierra. El combate fue una traba y, al mediodía, el general romano ordenó la retirada. Al día siguiente ocurrió lo mismo, pero una columna de tropas atacó la desembocadura del río y consiguió que las tropas salieran y dejaran al contingente de Escipión Nasica capturar esas posiciones.

Perseo acabó por darse cuenta de la estrategia romana y decidió marcharse hacia el norte, en dirección a Pidna. La posición era proclive a la falange macedónica, se trataba de un terreno llano que estaba flanqueado por dos ríos. Una vez que los romanos habían llegado plantaron un campamento y, el día 22 de junio se enfrentaron los romanos contra los macedonios de Perseo.

El combate comenzó con las tropas de Perseo cruzando el río. Emilio Paulo envió sus elefantes contra el ala izquierda de la caballería macedónica. Mientras esto ocurría, la falange macedónica destrozaba las líneas de infantería romana, las cuales se dispersaron, sin embargo, los romanos huyeron hacia el monte Olocro, donde Perseo avanzó su falange en vez de perseguirlos con tropas de caballería. La batalla se trasladó hacia las faldas del monte, en donde las legiones romanas acabaron metiéndose dentro de la formación, pues el terreno acabó desorganizando la formación de la falange macedónica, por lo que se pudieron adentrar en sus filas. Emilio Paulo, que

vio espacios abiertos, envió varias tropas dentro para conseguir romper la formación enemiga y luchar cuerpo a cuerpo, donde los romanos consiguieron vencerles. Perseo acabó huyendo a sus territorios, hacia la ciudad de Pella. No obstante, sus territorios acabaron siendo divididos en grandes Ligas, pero Emilio Paulo, que había dirigido las tropas, no pudo contener a sus soldados, que saquearon ciudades por la duración del conflicto con los griegos.

No fue hasta la derrota de Corinto en 146 a. C. cuando los griegos acabaron por ser absorbidos por Roma. En el 152 a. C. los macedonios guiados por Andrisco, que se declaraba hijo de Erseo, invadieron los territorios de Tesalia, siendo derrotados por Cecilio Metelo que consiguió vencer a los macedonios y en el 146 a. C. consiguió unir las cuatro ligas que habían separado sus territorios en una provincia romana. No obstante, Esparta, la cual estaba dentro de la Liga Aquea, acabó separándose en este mismo año y los aqueos se enfrentaron contra los romanos, cuya respuesta fue la marcha hacia Corinto y con ella la destrucción del emporio comercial de Corinto en el mismo año. La Liga Aquea se disolvió y se adhirieron a las otras que quedaban sujetas a la provincia de Macedonia romana.

Batalla de Pidna, Peter Connolly.

A los romanos, una vez que se había destruido Corinto, solamente les quedaba una vieja ciudad con capacidad comercial para hacerles frente: Cartago. En el 147 a. C. Escipión Emiliano, hijo de Emilio Paulo, se le encargó conquistar la ciudad de Cartago. Escipión Emiliano decidió que lo mejor para acometer el asedio era rodear la ciudad completamente y privar de

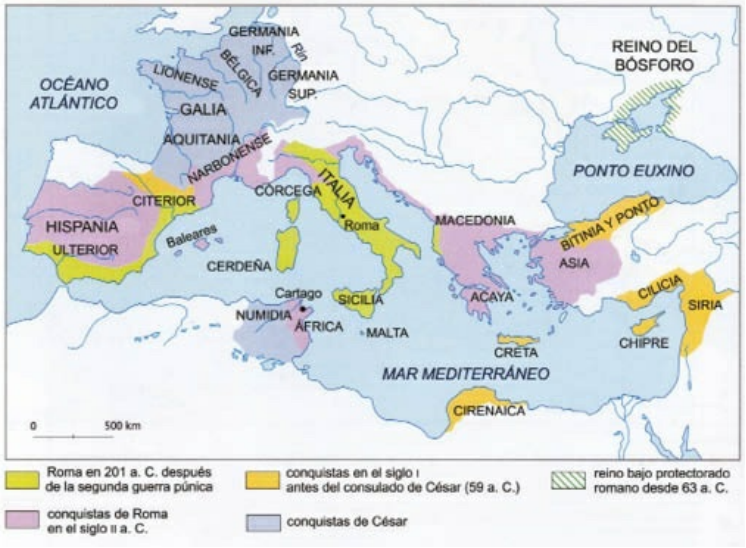
cualquier tipo de suministro a la ciudad, por lo que fueron el hambre y el tiempo los que acabaron con la ciudad púnica al año siguiente. Una vez derrotada, Cartago fue arrasada hasta los cimientos, echando sal en esa tierra para que nada volviera a crecer. Una vez destruida la ciudad cartaginesa, los territorios acabaron convirtiéndose en la provincia romana de África.

9

Guerras intestinales: El principio del fin de la República

Tras la destrucción de Cartago, Roma se quedaba como única potencia del Mediterráneo. En el 133 a. C. la ciudad tiberina tuvo un golpe de suerte: el rey Atalo III de Pérgamo murió. Sin embargo, en su testamento el monarca helenístico dejó todo el reino a la ciudad de Roma, la cual iba a administrarlo mejor de lo que ningún sucesor podría hacer. Estos acontecimientos repercutieron en la ciudad tiberina, ya que en ella se querían aplicar nuevas reformas agrarias. La situación desencadenó una crisis social y en el asesinato de la familia de los Graco. Sin embargo, en el ámbito internacional tampoco estaban seguros.

Roma se convirtió en un gran territorio con numerosos estados que requerían de la existencia de la *Vrbs* para sobrevivir. En el caso del reino de Numidia, la situación se volvió muy peligrosa.



Mapa de las conquistas de la República romana. Fuente: Duby, G. (2011): *Atlas histórico mundial*, Larousse.

La guerra de Yugurta, el ascenso de Cayo Mario

El reino de Numidia era un territorio vasallo de la ciudad de Roma que, tras la segunda guerra púnica, intensificó sus relaciones gracias a Masinisa. Gracias a la diplomacia que planteó Escipión el Africano con el príncipe, Roma pudo controlar el territorio cartaginés a través de este gran Estado vasallo. Numidia pasó a ser aliada de Roma, suministraba a la *Vrbs* soldados, víveres y provisiones necesarias para que pudieran realizar sus combates por todo el Mediterráneo. Sin embargo, la muerte del rey de Numidia dejó al reino en un caos de revueltas y guerras civiles entre los partidarios de Yugurta y de Aderbal y Hiempsal. Yugurta, el cual había participado como oficial en el ejército romano durante las conquistas en Hispania, consiguió el trono gracias a la eliminación de sus adversarios dinásticos. Sin embargo, el joven rey no supo que tras asediar la ciudad en la que se escondió Aderbal, Cirta, castigó a su población, la cual también estaba formada por ciudadanos romanos.

Roma, al ver este tipo de hostilidades hacia sus ciudadanos, decidió cortar de raíz la relación con su rey e invadir el territorio para vengar a sus ciudadanos. El cónsul Lucio Calpurnio Bestia fue el primero en ser enviado a los territorios africanos para enfrentarse contra el rey de Numidia. Tras el desembarco y unas pocas maniobras militares el monarca se rindió. Yugurta fue llevado a Roma para firmar la paz y plantear sus condiciones, pero a su llegada el Africano comenzó a sobornar a los tribunos para que fueran favorables. Esto desembocó en un asesinato de uno de sus rivales que estaba afincado en Roma, Massiva, lo que supuso su expulsión del territorio y el comienzo del conflicto completamente abierto. Al año siguiente, 110 a. C., el general romano Aulo Postumio Albino desembarcó en África y se dirigió hacia Numidia.

Las primeras maniobras militares en territorio africano acabaron en un enfrentamiento abierto contra Yugurta en la batalla de Suthul, en esta los romanos fueron derrotados. El joven monarca decidió enviar otra misiva al Senado de Roma para que se le reconociera como plenipotenciario de Numidia, sin embargo, la respuesta fue negativa y enviaron a otro cónsul, Quinto Cecilio Metelo.

En su campaña contra los númidas, Metelo llevaba consigo a un legado joven, pero con mucha experiencia: Cayo Mario, quien fue bendecido por Escipión Emiliano en el transcurso de la guerra contra los numantinos. Metelo se dedicó durante los siguientes tres años a desbaratar las líneas de suministro del ejército de Yugurta. El rey respondió a estos esfuerzos con una guerra de guerrillas. Tras muchos combates, Metelo y Mario se enfrentaron entre sí, el segundo estaba descontento con su general, ya que no le permitía volver a Roma para presentarse a las elecciones consulares. Mario provenía de una familia no senatorial, era lo que en la época lo denominaban como *homo novus*, esto quiere decir que para los ciudadanos romanos de clase más noble era una persona que no tenía muchos derechos políticos y que, por riqueza o por poder, comenzaba a escalar en el escalafón romano. Era el 107 a. C. y el pueblo de Roma eligió a Mario como cónsul en ese año, sin embargo, el destino de Mario fue diferente y él quiso continuar la guerra en Numidia como

su general. Para ello Mario, que tenía mucho carisma y fama entre el pueblo, utilizó a la asamblea de la plebe para que le eligieran como comandante en Numidia. Esta fue la primera vez que la asamblea de la plebe cambió los planes del Senado, lo que fue una constante en los años siguientes cuando César llegó al poder.

Mario se embarcó con sus tropas en el 107 a. C., sin embargo, las promesas que realizó ante el Senado y el pueblo de Roma de cambiar el panorama de la guerra fueron infructuosas. Yugurta continuó haciéndoles la guerra de guerrillas a los romanos que se vieron incapaces al no poder plantear una batalla campal. En este año, el cónsul decidió ignorar el reclutamiento clásico ciudadano romano y comenzó a reclutar a los *capite censi*, es decir, personas que no tenían ningún tipo de posesión. Este nuevo reclutamiento supuso que las levas fueran mucho más numerosas, ya que los nuevos reclutas obtenían un pequeño salario y una indumentaria que debían pagar a plazos. Los ejércitos pasaron a ser completamente novedosos y se cambió el sistema, ya no era un ejército ciudadano, sino un ejército profesional con su paga y su manutención. Mario también introdujo lo que en la época llamaron «mulas de Mario», que consistía en que cada legionario llevara sus pertenencias, su tienda y su comida él mismo, por lo que se ahorraban gastos en los carros de mulas. Otra de las reformas fue la modificación de la estructura legionaria, ya no se combatía en tres líneas distintas con diferente armamento, Mario introdujo la legión de 6.000 hombres como bloque uniforme de infantería pesada, dividida en cohortes y centurias, no en manípulos. En el caso de otros cuerpos, los *auxilia* eran diferentes cuerpos étnicos que luchaban de manera diferente y apoyaban a la legión en sus combates. Con las nuevas reformas, Mario intentó derrotar a Yugurta, pero fue su cuestor, Cornelio Sila, quien dio con la clave del conflicto.

Yugurta esposado frente a Mario, Madrid (1772).

Yugurta se había aliado con su suegro Bocco para luchar contra los romanos y en el 106-105 a. C. este cuestor del ejército de Mario marchó en calidad de embajador, pues su estrategia era derrotarles en el campo diplomático y, a través de la paz, vencer a Yugurta. Tras varios meses de negociación Sila consiguió convencer al Bocco para atraer a su sobrino a una trampa planeada por Mario, donde le capturó y le envió a Roma para el triunfo de Mario en esta guerra. El Senado le otorgó el triunfo a Mario y no a Sila, el cual fue el artífice de la trampa y las negociaciones con Bocco. Esta pequeña disputa se convirtió en una más grande con el tiempo. Sila y Mario fueron dos grandes personajes que acabaron por sentar las bases para que la República desapareciese.

La victoria sobre Yugurta supuso la repartición de varias tierras a estos *capite censi* que habían luchado en el ejército de Mario, por lo que estos ciudadanos comenzaron a tener una lealtad sobre su general que les había proporcionado tierras y trabajo. Esto provocó que las actitudes populistas de Mario influyeran en la política.

LOS CIMBRIOS Y LA BATALLA DE ARAUSIO

Antes del conflicto con Yugurta, en el 115 a. C., los cimbrios, un pueblo del Báltico, decidieron emigrar hacia territorios más cálidos, hacia el sureste, donde acabaron uniéndose con pueblos de origen teutón como los boyenses. Esto provocó una masiva migración hacia el Danubio, donde los noricanos, incapaces de hacer frente a la horda que invadió sus territorios, decidieron contactar con sus aliados romanos para poner fin a esta invasión. Roma decidió enviar a Cneo Papirio Carbón con un ejército, sin embargo, tras varias emboscadas romanas a estos pueblos, se terminaron por enfrentar en la batalla de Noreya, la cual supuso la derrota de las legiones romanas y la captura de su general.

Roma temió por una invasión de los pueblos aliados más allá de los Alpes, parece ser que los cimbrios y sus aliados se dirigían a la Galia, pero para entrar en los territorios galos tenían que pasar por la Galia Narbonense, provincia romana. En el 109 a. C. los cimbrios y sus aliados invadieron la provincia romana y, de nuevo, enviaron un ejército al mando de Marco Junio Silano. Los cimbrios volvieron a ganar, esta vez en suelo romano. Los romanos se desesperaban porque no encontraban solución a esta migración y, tras varios años de invasión, decidieron enviar al procónsul Quinto Servilio Cepión y al cónsul Cneo Mailo Máximo para expulsar a los cimbrios de sus territorios.

En el 105 a. C. estos dos generales mandaron reclutar un ejército compuesto por más de ochenta mil legionarios y sus auxiliares (alrededor de cuarenta mil). Durante el transcurso de esta campaña, Cepión debía ser el subordinado de Malio, el cual era cónsul, pero las condiciones sociales de Malio (era un *homo novus*) se lo impedían. Malio envió un destacamento de caballería hacia el norte con el objetivo de vigilar e informar de los movimientos cimbrios, pero fue capturado tras una pequeña emboscada propiciada por los romanos. Marco Aurelio Escauro, el comandante del destacamento de caballería capturado, fue ejecutado ante el rey de los cimbrios al informar de que Roma no les dejaría vivir.

Los dos generales parece que se comenzaban a llevar mejor cuando Cepión decidió acampar a treinta y cinco kilómetros del campamento del cónsul. Los ejércitos de Roma estaban rodeando al enemigo, que, comandado por su caudillo, Boiorix, comenzaron las negociaciones con Malio. Cepión, celoso de que las negociaciones fueran favorables, decidió atacar a los cimbrios por su cuenta. Los cimbrios, que vieron cómo se abalanzaba parte del ejército romano, les derrotaron y arrasaron con su campamento. Malio se propuso defender a su campamento desplegando sus legiones enfrente de este apoyándose en el río que había a su izquierda. El combate comenzó, pero los cimbrios cargaron con fuerza por el lado derecho de la formación romana. Esta carecía de caballería, pues había muerto con el fatídico ataque. Las tropas bálticas realizaron un ataque por la derecha, empujaron al ejército romano hacia el río y desde allí fueron cayendo uno a uno, ya que no pudieron huir a nado. Ambos generales sobrevivieron al ataque, pero fueron juzgados por Roma por haber perdido prácticamente todo el ejército, lo que supuso un recordatorio en el Senado de las perdidas en Cannas. Los romanos no se dejaron acobardar y, cuando acabó el conflicto con Yugurta, enviaron a su general, Cayo Mario.

CINCO CONSULADOS DE MARIO

Mario era conocedor de la situación de los cimbrios, los cuales se habían aliado con los pueblos del norte de la Galia Cisalpina y se habían alzado como líderes de estos. Los invasores se habían dividido en tres tribus y Mario decidió que lo mejor era llevar consigo a Lucio Cornelio Sila y a Lutacio Cátulo.

Mario envió primero a Lutacio Cátulo para interceptar a los cimbrios, debían vencer a cada tribu por separado si querían ganar la guerra. Mario confiaba en Cátulo, pero no era el más acertado para ponerse al mando de un ejército, por lo que Sila le acompañó como consejero y como oficial a la campaña.

Tras varios años de combate, parece que fue en el 102 a. C. cuando Mario consiguió separar a los teutones de los cimbrios y les derrotó en Aquae Sextiae gracias a unas emboscadas. Sin embargo, los cimbrios estaban todavía sueltos y con nuevos aliados como los quereuscos y los marcomanos. Estos pueblos germánicos se atrevieron a cruzar los Alpes y a atacar las tierras fértiles que los romanos cultivaban en el norte de la península itálica. Fue entonces cuando en Vercelas Mario volvió a derrotarlos y masacrarlos y vengó así el desastre que había supuesto Arauso. Mario volvía a alzarse con un triunfo, sus legiones y su reforma militar funcionaban, cada vez eran más los que se sentían atraídos por su líder militar, con lo que se transformó el panorama político de Roma.

La derrota de los cimbrios, Alexandre-Gabriel Decamps (1833).

LAS GUERRAS DE LOS ALIADOS

Los años siguientes fueron muy complicados para la relación entre Mario y Sila. Cornelio Sila consiguió la magistratura de la pretura en Cilicia en el 94 a. C. Tras realizar un magnífico mandato en la ciudad, el Senado le nombró propretor en la provincia de Cilicia, donde comenzaron los problemas contra Mitriades VI del Ponto. Tras varios meses de actividad diplomática, Sila consiguió el objetivo de dejar esta región más calmada de cuando llegó.

A su vuelta en Roma, Mario acusó a Sila de la actitud pacifista hacia los capadocios y los partos. Los partidarios de Mario comenzaron a atacar políticamente a Cornelio Sila, le acusaron de sobornos y quedó a ojos de la población civil como un corrupto. Mario consiguió que la reputación exitosa de Sila fuera en decadencia y le retiró de la política durante unos años, mientras que él veía en su populismo y su fama el éxito para seguir gobernando. Mario se saltó las prerrogativas del Senado y de Roma durante los cinco consulados seguidos que disfrutó y, al igual que más tarde hicieron los populares, su sistema de lealtad gracias al ejército le permitió manejar la situación política de Roma.

Sin embargo, no se esperaban que en el 91 a. C. los aliados itálicos se rebelasen contra los romanos. El motivo de tal guerra fueron los problemas que acarreaba no tener la ciudadanía romana pero sí vivir en Italia, así como la *Lex Licinia Mucia*, que juzgaba a aquellos que habían conseguido la ciudadanía romana de forma fraudulenta. Los aliados itálicos de Roma se unieron en la ciudad de Corfinium y formaron la república de Italia, sin embargo, esta guerra supuso un ascenso imparable de Sila en el ejército y en la política romana. Tras varios combates comenzaron a aparecer nombres como el de Cneo Pompeyo Estrabón, quien infligió una derrota a los aliados en Asculum, y Lucio Julio César, que consiguió una victoria en la Campania. Sin embargo, Mario tuvo varias derrotas, aunque no definitivas. En el 90 a. C. Sila consiguió el poder absoluto en el frente sur y derrotó al año siguiente a los samnitas. En el 89 a. C. la guerra terminó y se vio el lado más oscuro de Sila al exterminar a los samnitas en Esernia.

El Senado evitó más conflictos con los aliados y comenzó a promover nuevas leyes como la *Lex Julia*, que otorgó la ciudadanía romana a los aliados que habían permanecido fieles y a los soldados que no fueran romanos y habían luchado en la guerra; la *Lex Plaucia Papiria*, que concedió la ciudadanía a cualquier itálico en un plazo de dos meses desde su publicación o la *Lex Pompeya*, la cual otorgó el derecho latino a las ciudades de la Galia Cisalpina que no lo tuvieran.

MARIO CONTRA SILA, LA PRIMERA GUERRA CIVIL

Tras el conflicto con los aliados, Sila regresó a Cilicia a combatir contra el rey Mitríades VI del Ponto, sin embargo, esto lo aprovechó Mario que, viendo fuera a su enemigo político, dijo que la decisión del Senado de enviar a Sila no era la correcta y consiguió que se sacara una ley por parte del tribuno de la plebe y los nuevos ciudadanos de Roma para que fuera él quien liderase la expedición contra Mitriades.

Sila, después de la acción de Mario, no pudo esperar más y decidió hacer algo que nunca nadie había hecho: marchar sobre Roma con un ejército romano. Mario no fue capaz de adelantarse a este movimiento y, cuando Sila entró con sus cinco legiones veteranas en Roma, consiguió poner en fuga a Mario y sus aliados populares. Sila los persiguió durante un tiempo, pero los populares fueron capaces de refugiarse en África, en las costas de Cartago. Cornelio Sila utilizó al Senado para invalidar todas las leyes que fueran a romper la tradición romana, así como nombrar a Mario y sus aliados como proscritos de Roma. Sila, antes de marchar hacia el Ponto, obligó a algunos populares del Senado como Cinna y Cneo Octavio que no podrían revocar su decisión ni las leyes que habían quedado obsoletas tras su marcha hacia Roma, ambos aceptaron y Sila se marchó hacia el Ponto.

En el 87 a. C. Cinna consiguió que se aprobase una ley a través de la asamblea de la plebe por la que concedían la amnistía a Mario y los suyos. Esto se vio como una rotura en el juramento que le habían hecho a Sila. Octavio no quedó parado al ver como su colega había faltado a su promesa y decidió, con la mayoría del Senado, exiliar a Cinna y a varios tribunos de la plebe que apoyaban las posturas populistas de Cinna.

Mario y Cinna se juntaron en Nola y desde allí marcharon hacia Roma con dos ejércitos. Era el año 87 a. C. y las tropas de Mario avanzaban incesantes hacia Roma. Los cónsules que allí quedaban para proteger la ciudad eran Octavio y Cneo Pompeyo Estrabón, quienes se vieron obstaculizados por la falta de suministros que Mario había provocado. Las tropas populares acabaron con la población de Ostia y, así, controlaban el suministro de la ciudad por vía marítima. Al llegar a Roma, los generales de Mario, Sertorio y Papirio Carbón, se autonombraron cónsules.

Durante el siguiente año, Mario se ocupó de que le nombraran cónsul por séptima vez a la edad de setenta años y exterminó a cualquier opositor que tuviera en Roma. El ejército y las medidas populistas a través de la lealtad de sus tropas le propiciaban un gobierno fácil y sin problemas, lo que no contó fue con el regreso de Sila.

Al año siguiente, Sila terminó su campaña en el Ponto y firmó el Tratado de Paz de Dárdano, en el que se estipuló la renuncia de Mitríades en Capadocia y Bitinia, algo que favoreció a los intereses de Sila, ya que con el pago de la sanción por la guerra pretendió retornar a Roma. Sila comenzó a movilizar a su ejército de Grecia y a preparar su retorno. Hubo varios intentos del Senado para que Sila no marchase hacia Roma, pero acabó negando cualquier proposición que habían hecho los populares para salvar su vida. En el 83 a. C. las tropas de Sila desembarcaron en Brindisium y desde allí fueron venciendo a los sucesores de Mario y de Cinna, Cayo Mario el Joven y a Papirio Carbón. Las victorias de Sila en suelo itálico propiciaron que se acercara cada vez más hasta que en la Porta Collina de Roma se produjo la batalla final entre Sila y los populares (1 de noviembre del 82 antes de Cristo).

La batalla de Porta Collina

La batalla de la Porta Collina comenzó cuando las tropas de Sila marchaban hacia Roma y, una vez llegaron a las puertas de la misma, no se encontraron una defensa formada por soldados romanos, sino un ejército partidario de Papirio Carbón que había formado por soldados de origen sarnita. Según las fuentes literarias, el ejército de Carbón llegaba a los ochenta mil efectivos, mientras que el de Sila no superaba los cuarenta mil. Al atardecer, las tropas de Sila dirigidas por el legado de Marco Licinio Craso a la derecha y Sila a la izquierda derrotaron al enemigo y exterminaron a todo ese ejército. A las tropas que se rindieron se les garantizó su vida en un primer momento, pero más tarde fueron ejecutadas en el campo de Marte. Sila estaba en el Senado cuando sus tropas ejecutaron a los prisioneros y este sonrió dirigiéndose hacia los *Patres et Conscripti* mientras decía que se tranquilizaran, que los gritos agónicos que oían eran solo el castigo de unos rebeldes.

Tras esto, Roma a ojos de Sila estaba perdida y era necesaria su administración, por lo que se autodenominó dictador con plenos poderes para ejercer cualquier tipo de reforma. Sila había conseguido el poder absoluto de Roma, pero no lo acaparó durante el resto su vida, ya que cuando dio recuperada la república decidió retirarse a su villa. Dejó el cargo de dictador y volvió al consulado tradicional.

Sila, busto de mármol.

10

César y el final de la democracia

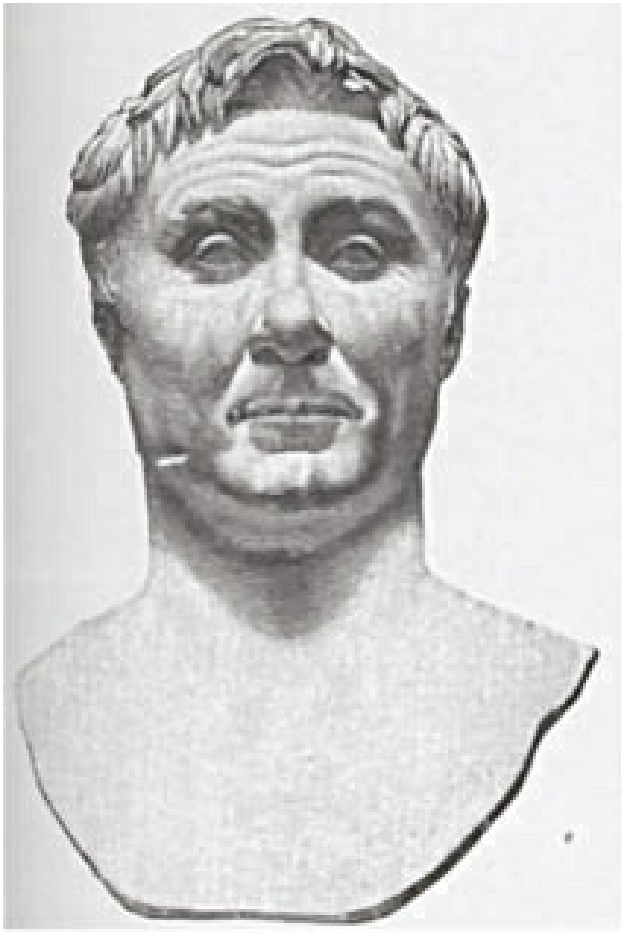
La República había sufrido grandes daños tras la primera guerra civil de su historia. Sila se había retirado de la política y había dejado a un lado el poder dictatorial que había conseguido para retirarse plácidamente a su villa. Muchos hombres habían muerto a causa de la gestión dictatorial, fue entonces cuando los partidarios de Sila subieron al poder. Uno de ellos fue Cneo Pompeyo (padre), el cual adquirió muchísimo poder tanto en lo económico como en lo militar, sin embargo, no todo es para siempre y acabó muriendo en el 87 a. C. A partir de ese año, su hijo Pompeyo, más tarde conocido como Pompeyo Magno, adquirió todo el patrimonio que había cosechado su padre tras los oscuros años de Sila, al igual que los favores de las legiones que había seguido su padre.

Pompeyo no tuvo una carrera política común, se trataba de una persona que se formó como militar dentro de un ejército privado como el de su padre. El joven Pompeyo participó desde muy temprana edad en todos los conflictos en donde su progenitor luchó. Durante la guerra contra los aliados (la mal llamada guerra social), Valerio Máximo nos comentaba cómo consiguió el

apodo de Adolescente Carnicero por su gran crueldad en combate. Pompeyo tuvo que refugiarse en el momento en el que los populares se alzaron con el poder, aunque poco duró su retiro, ya que cuando Sila regresó a Roma, en el 83 a. C. Pompeyo se alzó con la victoria en Piceno para derrotar al régimen popular. La carrera de este noble romano fue eminentemente militar, no tuvo un *cursus honorum* normal, ya que su prestigio lo consiguió a través de la guerra.

En época de Sila, Pompeyo sirvió como brazo ejecutor de los planes del dictador. Primero en Sicilia y en África, donde consiguió grandes victorias contra sus enemigos políticos, mientras que en el 81 a. C., Pompeyo desembarcó con cinco legiones (veinte mil hombres) para derrotar al rey de Numidia con el fin de imponer paz en el territorio limítrofe al romano. Los éxitos militares del noble romano fueron repercutiendo poco a poco en su carrera política, las aclamaciones militares le hacían escalar en la carrera política tradicional. Era un ciudadano privado con un éxito militar enorme. A pesar de haber nacido bajo la sombra de Sila, Pompeyo poco a poco fue enfrentándose a él. Tras los acontecimientos en África, Pompeyo quiso su triunfo, el cual tras mucho discutir con el dictador le fue concedido. A la muerte de Sila (78 a. C.) fue el propio Pompeyo el que llevó su cuerpo a Roma para realizar los ritos funerales. El Senado, consciente de las grandes victorias que había obtenido este ciudadano privado, decidió darle el mando del ejército.

Sin embargo, no fueron estos combates los más exitosos, sino los primeros de una larga lista que hizo de esta persona uno de los más brillantes generales que tuvo la República. Prácticamente un año después de la muerte de Sila, surgieron dos conflictos que elevaron la figura de Pompeyo a su máximo esplendor: la guerra contra Sertorio y la revuelta de los esclavos.



Busto de Pompeyo, Copenhage.

GUERRA EN HISPANIA, LA TRAICIÓN DE SERTORIO

En el año 77 a. C. Sertorio, uno de los generales proclives a la causa de Mario, se rebeló contra el poder de Sila. El dictador, cuando aún vivía, envió a Metelo Pío para frenar el avance de las tropas de Sertorio en Hispania. Tras la muerte del dictador fue el Senado el que envió a Pompeyo, con el rango de procónsul, para sofocar esta rebelión. Pompeyo consiguió un cargo político sin llegar a la carrera que se exigía al resto de los ciudadanos. En este momento nos damos cuenta de cómo Pompeyo, gracias a su ejército, consiguió escalar como ciudadano privado en las instituciones políticas. La respuesta del procónsul fue enviar a su ejército de más de cincuenta mil hombres a pie y

mil jinetes. La campaña contra Sertorio fue muy dura al principio: Pompeyo casi perdió la vida junto al río Sucro, pero Metelo con su rápida actuación pudo salvarle del desastre en Hispania. Los combates fueron aconteciéndose durante dos años hasta que, por cansancio, Pompeyo decidió retirarse al territorio leal al Senado y, en el norte, fundó la actual Pamplona (Pompaei-ilun). La guerra tuvo una larga duración, en los siguientes años los dos ejércitos senatoriales, el de Pompeyo y el de Metelo, avanzaron por diferentes frentes (el Duero y el Jalón) y se reunieron para intentar tomar la ciudad de Kalakorikos (Calahorra), sin éxito por parte de los dos, con lo que provocaron aumentar en un año el conflicto contra Sertorio. Las tácticas utilizadas en el año 74 a. C. por el general sublevado eran las de la tierra quemada, por eso resultaba tan difícil vencerles en unos territorios que conocía a la perfección.

Durante los dos años siguientes (73-71 a. C.) Pompeyo llevó a cabo distintos ataques hacia la zona de la Celtiberia, lo que obligó al sublevado Sertorio a defenderse en el valle del Ebro. Pompeyo comenzó a ganar notoriedad en Hispania, aunque no logró el objetivo de vencer a Sertorio en una batalla campal. En el año 72 a. C., Perpenna Ventón, un lugarteniente del ejército sertoriano, asesinó a Sertorio y comenzó a comandar las tropas sublevadas. Pompeyo aprovechó esta situación y le derrotó en la primera batalla en la que se enfrentaron. Tras su victoria decidió poner en asedio la ciudad de Kalakorikos, donde opusieron gran resistencia. La situación llegó a tal punto que los habitantes de Kalakorikos comenzaron a realizar actos de canibalismo para sobrevivir al sitio de Pompeyo.

La guerra finalizó y las ciudades rebeldes como Osca fueron esclavizadas, mientras que Kalakorikos pasó a llamarse Calagurris. Pompeyo, a diferencia de Sila y del resto de generales que habían combatido en Hispania, se ganó el apoyo de su población y tuvo una lealtad férrea con aquellos que habían favorecido su éxito, lo que explicó el hecho de que este nuevo clientelismo le ayudase en su guerra contra César.

LA GUERRA SERVIL, ESPARTACO CONTRA ROMA

En el año 71 a. C. Pompeyo regresó a Roma desembarcando en el sur de Italia con todo su ejército clientelar. En Italia había estallado una guerra dirigida por un esclavo llamado Espartaco, quien en el 73 a. C. levantó a los esclavos en Capua y generó así una rebelión masiva en toda Italia. Espartaco, junto con Criso, consiguió levantar a un gran grupo de hombres armados que pudieran hacer frente a los ejércitos romanos. Los esclavos eran dirigidos principalmente por Espartaco, cuya misión era escapar hacia los Alpes y desde allí hacia la Galia, donde Roma aún no había puesto su pie. La otra facción de esclavos era la dirigida por Criso, este deseaba permanecer en el sur de Italia saqueando y destruyendo todo a su paso. Espartaco se alzó como un gran jefe ya que, durante el año 72 a. C., consiguió vencer a los ejércitos consulares de Cornelio Léntulo y Gelio Publícola. En ese año, los ejércitos esclavos consiguieron tener una gran derrota en las cercanías del monte Gargano. En esa batalla una sola legión consiguió derrotar a más de treinta mil esclavos y al propio Criso. No obstante, esa batalla no fue el fin de la rebelión, Espartaco consiguió desplazarse hacia el norte, donde fue interceptado por Léntulo, quien tras la victoria de Gelio contra Criso desplegó su ejército para evitar que los esclavos salieran de Italia.

Fue en ese momento cuando ocurrió la batalla de Umbria, la posición exacta de esta nos es desconocida, aunque sí tenemos noticias de cómo fue el plan de los cónsules para derrotar a Espartaco. La estrategia seguida por los romanos consistió en encerrar a los esclavos en esa región, en el norte, Léntulo había desplegado su ejército y esperaba que Gelio, tras la batalla del monte Gargano, subiera para interceptar a los esclavos. No obstante, la horda dirigida por Espartaco consiguió derrotar a la legión de Léntulo y volvió sobre sus pasos para interceptar la de Gelio. Espartaco consiguió derrotar a los dos ejércitos consulares en un mismo movimiento. Las campañas de ese año tienen contradicciones en la narración de las diferentes fuentes clásicas, Plutarco nos cuenta cómo además de estos dos ejércitos hubo un tercero que intentó bloquear el avance de Espartaco hacia el norte; Apiano, sin embargo, nos cuenta que, tras la victoria sobre la lección de Léntulo, Espartaco hizo

luchar a trescientos legionarios capturados como gladiadores y vengó así la muerte de su amigo Criso. No obstante, no termina aquí la narración de Apiano, ya que en ella aparecen distintos inconvenientes: Espartaco, tras su victoria, decidió marchar hacia Roma y asediar varias ciudades en su camino. Fue entonces cuando apareció Craso en la historia.

Craso fue el hombre más rico de Roma en su momento, fue un ávido comandante durante la guerra de los aliados y venció en la batalla de la Porta Collina, donde dejó a Sila como un cobarde. Al año siguiente, 72 a. C., el Senado repartió nuevas legiones y se le encomendó a Craso sofocar esta rebelión con un ejército compuesto por más de cuarenta mil hombres. La primera medida que tomó este general fue recuperar el castigo de la *decimatio* (ejecutar a un hombre de cada diez por su cobardía) para impartir disciplina a aquellas legiones que habían sido derrotadas por esclavos.

Los movimientos al año siguiente fueron los mismos, Espartaco quería salir de Italia de cualquier modo y fue interceptado por el ejército de Craso en las cercanías de Piceno (Apiano dice que fue en el Samnio). La estrategia de Craso consistió en mandar a su legado hacia la retaguardia de la horda de Espartaco mientras su ejército bloqueaba el paso. Craso no quería entablar combate, pero su legado, viendo la oportunidad de atacar, se abalanzó contra ellos y fue derrotado por los esclavos de Espartaco. En el momento en que su legado perdió, Craso atacó al ejército de Espartaco y le venció, aunque no le infligió una derrota definitiva.

Craso había salido victorioso y forzó a la horda de esclavos a retirarse al sur, de nuevo las fuentes son contradictorias, Plutarco nos cuenta cómo Espartaco hizo un trato con los piratas cilicios para hacerles huir de Italia y conseguir nuevos refuerzos, pero el plan fracasó cuando Craso impidió que pudieran tomar los barcos. Fue entonces cuando Espartaco se replegó hacia Regio, donde fueron asediados por el ejército consular. Fue en ese momento cuando Pompeyo regresó de Hispania victorioso.

La batalla del río Silario

El plan de los romanos era cercar a los esclavos desde tres puntos distintos: Pompeyo en el noroeste, Craso en el suroeste y Lúculo en el este. Espartaco tras verse envuelto en una situación muy poco favorable decidió intentar pactar con Craso, no obstante, la respuesta del romano fue negativa y los esclavos huyeron hacia Petelia. Los últimos movimientos de Espartaco fueron plantear batalla en el río Silario, las fuerzas de los esclavos eran de igual número que las legiones romanas, sin embargo, los primeros carecían de cualquier formación militar. Craso, que había perseguido a los esclavos hasta este lugar, les planteó batalla. Espartaco, sabedor de las condiciones romanas, utilizó su caballería para atacar el flanco más lejano de la defensa, obligando a la infantería romana a atacar al destacamento de jinetes.

Los campamentos de ambos contingentes estaban separados por un pequeño río, Craso decidió enviar a sus hombres a buscar madera y fue en ese instante cuando comenzaron las hostilidades contra los exploradores de Espartaco. La batalla comenzó sin que nadie esperara entablar combate en ese día, Craso organizó a cada una de sus legiones para enfrentarse a la horda que estaba apostada en su campamento. Las tropas esclavas fueron perdiendo en el combate cuerpo a cuerpo contra las legiones de Roma, mientras que Espartaco consiguió atacar uno de los flancos romanos. Parece que fue aquí cuando el incitador de la revuelta perdió la vida. La batalla terminó entonces, cuando los romanos arrollaron a los esclavos que habían intentado huir, a los que descabezaron.

A pesar de ser un éxito completamente de Craso, el Senado repartió el triunfo entre Pompeyo, que había eliminado algunos piratas de Cilicia, y Craso, el verdadero vencedor de la revuelta. Parece ser que esto no le sentó muy bien al último y fue el principio de una tensa relación.

POMPEYO ACAPARA LAS CAMPAÑAS MILITARES

Pompeyo, tras los éxitos de sus campañas contra Sertorio y los esclavos, fue consiguiendo mucho más poder. El Senado fue encadenando proconsulados extraordinarios para el estratega militar y consiguió que en el 67 a. C. se aprobase la *Lex Gabinia*, por la cual Pompeyo fue nombrado comandante de la fuerza naval que haría frente a la piratería en el Mediterráneo. Fue en este

contexto donde por primera vez apareció Julio César, que favoreció con su populismo el mando de Pompeyo tras varios combates llevados a cabo para limpiar de piratas las costas romanas, los cuales culminaban de forma rápida y eficaz gracias a su extraordinaria visión como estadista. Durante la campaña contra los piratas (66 a. C.) el rey del Ponto, Mitríades VI, se sublevó contra los romanos y los atacó en varias ocasiones. El Senado de Roma decidió enviar a Lúculo, pero tras una brillante actuación de César, se consiguió dar el mando militar a Pompeyo. El éxito de Lúculo contra el rey del Ponto no pudo frenar el creciente poder político de Julio César, que desembocó con el envío de Pompeyo al Ponto en el 65 a. C. La campaña contra Mitríades fue un éxito y convirtió estos territorios en una provincia romana más.

EL AUGE DE JULIO CÉSAR, LA GUERRA DE LAS GALIAS

Cayo Julio César era un joven romano de la *nobilitas* ciudadana cuya familia no tuvo mucha repercusión durante el último siglo. La vida del que, más tarde, fue el conquistador de la Galia pasó por varios problemas hasta que consiguió meterse en política. Durante los años del dictador Sila, César fue un proscrito debido a su relación familiar con Cayo Mario, sin embargo, a pesar de las relaciones con el líder de los populares, consiguió huir de Roma sano y salvo. Tras la muerte del dictador, regresó de Bitinia, lugar donde se refugió, y comenzó así su carrera política como abogado. César comenzó su vertiginoso ascenso político en el año 69 a. C. cuando consiguió el puesto de cuestor y se le encargó el gobierno de la provincia romana de Hispania Ulterior. Este fue el primer contacto que tuvo Julio con la política romana. Más tarde, gracias a su gran oratoria consiguió ser elegido *edil curul* en los comicios del 65 a. C. Para entonces ya había sido parte de la influencia senatorial que favorecía los intereses de Pompeyo. César consiguió otro de sus objetivos en el año 63 a. C. cuando fue elegido *Pontifex Maximus* (el cargo sacerdotal más importante). En este mismo año, Cicerón fue elegido como cónsul y reveló el complot de Sergio Catilina contra el Senado. Estos hechos salpicaron la reputación de César, pues, aunque nunca se logró demostrar, había rumores que conectaban al nuevo *Pontifex Maximus* con Catilina. La carrera política de César no

mermó y al año siguiente fue elegido pretor urbano, lo que fue un apoyo para algunas leyes que favorecían los intereses de Pompeyo. César, Pompeyo y Craso formaron parte de lo que se conoce como el primer triunvirato: la coalición política que consiguió que César ascendiese políticamente hasta el consulado en el año 59 antes de Cristo.

Las alianzas políticas funcionaron gracias a algunos matrimonios como el de Pompeyo con la hija del propio Julio César, Julia. Aunque es sabido que el nuevo cónsul estaba ansioso de conquistas militares, los años como cuestor y como propretor en Hispania no fueron suficientes y, al año siguiente, César fue elegido procónsul de las provincias de la Galia Transalpina y la Iliria.

La guerra de las Galias comenzó cuando el gobernador de la Galia Cisalpina, Cecilio Metelo Céler, murió repentinamente y le fue asignada esta provincia a César. El motivo de la guerra se ha especulado que fue por la necesidad imperiosa de César de conseguir fondos para saldar las deudas que tenía en Roma. La asignación de estas provincias no fue casual: gracias al primer triunvirato, César obtuvo el poder de gobernar provincias potencialmente belicosas y, de estas, sacar beneficio económico.

Mapa de las conquistas de César. Fuente: Duby, G. (2011): *Atlas histórico mundial*, Larousse.

La oportunidad de realizar una campaña en los territorios galos fue tras una supuesta amenaza de los pueblos helvecios, los cuales emigraron al oeste de las Galias. César, ante un posible ataque hacia la Galia Cisalpina, decidió que lo mejor era atacar estos pueblos para salvaguardar el territorio romano.

CAMPAÑA CONTRA LOS HELVECIOS

César para acometer la conquista de la Galia decidió llevar consigo a cuatro legiones que habían participado con él en Hispania: la legio VII, legio VIII, legio IX Hispana y legio X. El procónsul pensó que la Galia Transalpina se encontraba en peligro por las múltiples migraciones de los pueblos helvecios. Las intenciones de esta cultura iban encaminadas a una migración pacífica, tal y como se demuestra con la recepción de embajadas para solicitar el paso por

los territorios romanos. César rechazó cualquier tipo de entrada en sus territorios, para ello se dirigió rápidamente hacia la Galia Cisalpina y allí reclutó dos nuevas legiones: la legio XI y la legio XII. Finalmente, el procónsul cruzó los Alpes por el camino más corto y se enfrentó a varias tribus a su paso.

La intención de César era sorprender a los helvecios e infligirles una derrota para detener esta invasión. César consiguió interceptar parte de esta migración cuando cruzaban el río Arar (actual Saona). En ese momento, las tropas de César combatieron por primera vez en la Galia. Fue la primera batalla de la guerra.

La batalla del Arar

La batalla del Arar ocurrió en el año 58 a. C. en el mes de mayo. César fue informado de que los helvecios habían tratado de cruzar el río usando pequeñas balsas y botes, pero cuando sus legiones llegaron no consiguieron interceptar a todo el pueblo, pues solamente una cuarta parte de esta migración estaba todavía pasando y, cuando llegaron, las legiones de César arrasaron con todos los hombres que no pudieron cruzar el río.

La batalla de Bibracte

Tras la batalla del río Arar, César continuó su cruzada contra los helvecios y rechazó las embajadas que este pueblo enviaba para tratar de asentarse en paz. Los romanos continuaron con la persecución durante quince días más. Las legiones de César se habían quedado sin suministros, por lo que el hábil movimiento de su comandante fue dirigirse hacia la fortaleza de Bibracte.

La suerte sonreía a los helvecios, sus perseguidores se habían quedado sin suministros y, en ese momento, eran ellos los que podían infligirles una derrota en venganza por la masacre del río Arar. Los romanos tenían la promesa de que en Bibracte sus aliados eduos iban a suministrarles durante su campaña, sin embargo, algunos de estos pueblos decidieron desertar y los helvecios

vieron una oportunidad para hostigar a las legiones romanas por su retaguardia.

Julio César llegó a Bibracte, en ese momento el general romano desplegó las cuatro legiones que le acompañaron en Hispania en la zona baja de la ladera, mientras que en la cima situó a las recién reclutadas. Los eduos, que aún continuaban luchando como auxiliares de César, flanqueaban las formaciones romanas. El gran error de estos pueblos fue que atacaron la cuesta desde abajo, así que los helvecios atacaron la caballería de los flancos romanos y, después, la infantería por el centro. Sin embargo, los romanos, que tenían una gran ventaja en su armamento, comenzaron a hacerles retroceder y en el momento oportuno les infligieron un golpe del que no pudieron recuperarse. Las fuerzas de César constaban de treinta mil hombres, mientras que las helvecias no llegaban a los doce mil (César en su obra cuenta noventa y dos mil guerreros, un número imposible de creer).

Con la batalla terminada, las tropas enemigas que habían huido fueron capturadas y ejecutadas por orden de César. Los que se habían quedado en el campo de batalla y se rindieron pudieron regresar a sus tierras con el fin de proveer la campaña de conquista que Julio César estaba acometiendo.

CAMPAÑA CONTRA LOS SUEVOS

La primera campaña de César en la Galia fue totalmente exitosa, los galos felicitaron al general romano por la victoria contra las invasiones que sufrían sus territorios. Los galos invitaron a César a que fuera la mano ejecutora contra los mercenarios suevos que estaban invadiendo sus territorios. Julio César decidió actuar de inmediato y mandó emisarios al rey de estas tribus, Ariovisto. La embajada no llegó a buen puerto y el rey de los suevos decidió negarse a una negociación con el general romano. Esto fue visto, a ojos de César, como una declaración de guerra abierta contra los romanos, por lo que de inmediato comenzó otra campaña para «ayudar» a sus aliados galos.

Los exploradores romanos se enteraron de que Ariovisto tenía la intención de tomar por la fuerza la ciudad de los secuanos, Vesontio, fue en este momento cuando César llegó con sus tropas para impedir que la ciudad fuera tomada. Según nos cuenta, comenzaron a tener miedo a las tropas germanas, salvo la legio X, en la que más confiaba su general. Ariovisto, antes de realizar algún combate, debió de enviar un emisario para pedir una entrevista al César, la única condición que pidió el rey de los suevos fue que fueran a caballo, sin ningún tipo de infantería. César aceptó estas condiciones y, el día de la entrevista, los suevos atacaron a los romanos e hicieron que se retiraran sin plantear combate. Tras varios días, se volvieron a abrir las negociaciones y el embajador romano fue arrestado por el rey de los suevos.

La batalla de Vosgos

César, tras el fracaso de las negociaciones con Ariovisto, decidió movilizar sus legiones y plantear dos campamentos en las cercanías de Vesoncinos. El general romano preparó sus campamentos y, en uno de ellos, un contingente suevo a caballo fue arrestado tras un fallido ataque. Fue en ese momento cuando César les preguntó acerca de la ausencia de ataques por parte de todo el ejército suevo. Los prisioneros le comentaron a César que por temas religiosos no podían entablar combate antes de la luna llena. Los suevos comenzaron a formar frente a los carromatos donde estaban sus familias, esto fue aprovechado por Julio César, que mandó atacar con sus legiones y presionarlos contra sus propios carromatos. La batalla fue completamente un éxito romano, las legiones de César volvieron a conseguir una gran victoria sobre los enemigos germanos. Ariovisto consiguió huir, pero murió a causa de las heridas de esta batalla.

Campaña contra los belgas, la batalla del río Áxona

Al año siguiente (57 a. C.) César tuvo que volver a intervenir en un conflicto por parte de los galos. En esta ocasión los belgas atacaron una de las tribus galas aliadas de Roma mientras marchaban hacia los territorios de la actual Bélgica. La coalición de tribus belgas comenzó a asediar la ciudad de Bibracte, pero cuando César llegó y plantó sus campamentos en las cercanías del río Áxona (Aisne), los belgas comenzaron a tantear las fuerzas de los romanos. Ante el gran número de tropas belgas, se decidió que fueran dirigidos por Galba (un caudillo belga). Las fuerzas de la coalición belga debían de contarse por cientos de miles, mientras que la romana no llegaba a los cuarenta mil legionarios.

En las cercanías de este río se produjo la batalla. César, gracias a su conocimiento militar, sabía que al luchar con un enemigo muy superior en número debía reforzar los flancos. Para ello construyó dos trincheras a cada lado de la llanura delante del campamento y detrás de ellas pequeños fuertes donde colocó artillería. Dos legiones estaban dentro de su campamento y el resto la situó en orden de batalla.

Los belgas dirigidos por Galba hicieron lo mismo, colocaron todos sus guerreros frente al ejército romano. La llanura tenía una pequeña marisma entre ambos ejércitos, por lo que era un elemento táctico muy importante. La batalla comenzó con pequeñas escaramuzas de caballería, aunque ninguna logró cruzar este elemento natural. Tras ver cómo no incitaban al combate, César decidió regresar a su campamento con todas sus fuerzas.

Los belgas, viendo cómo César regresaba a su campamento, decidieron atacar por la parte de atrás. El campamento estaba bien colocado y la parte trasera estaba rodeada por el río Áxona. Las fuerzas dirigidas por Galba intentaron vadear el río, esto fue visto por el procónsul romano y decidió enviar a la infantería ligera y a su caballería para contrarrestar el paso de los belgas. César había repelido el intento de ataque a su campamento.

Los belgas vieron cómo las intenciones de vencer a los romanos se apagaban y decidieron regresar a sus territorios. Julio vio una oportunidad de asestar un golpe definitivo a los belgas. Las fuerzas romanas esperaron un día y, cuando pasó un tiempo prudencial, decidieron enviar tres legiones con toda su caballería para atacar la retaguardia de la columna belga que regresaba a sus tierras. Los romanos masacraron tantos hombres como pudieron, ya que estos fueron sorprendidos por la rapidez de los romanos.

Las campañas de César en ese año fueron muy exitosas. En otra ocasión, cuando César estaba montando su campamento a la orilla del río Sambre, fue atacado por los belgas al mando de Boduognato, sin embargo, sus legiones consiguieron sobreponerse a ese ataque y vencer. Durante la retirada de los pocos supervivientes que las legiones habían dejado, es probable que muriesen aún más. La campaña contra los belgas tuvo también otros protagonistas, como por ejemplo Sulpicio Galba, quien tenía como misión abrir una ruta comercial a través de los Alpes y derrotó a los belgas en la batalla de Octoduro; o como César, quien puso bajo asedio la ciudad de los atuátucos belgas, Tungrorum, con lo que consiguió sitiarla y esclavizar a su población.

CAMPAÑAS DEL 56-55 A. C. CÉSAR Y LA FACHADA ATLÁNTICA

Los éxitos contra los belgas en el año anterior propiciaron que en el 56 a. C. Julio César renovara su poder proconsular. El triunvirato comenzó a tambalearse por primera vez. Fue en Lucca donde César intentó calmar a sus dos colegas, pero, en vez de reunirse con ellos, se encontró a doscientos senadores que imploraban a César una solución. Este decidió que, para el año siguiente, sus colegas debían salir elegidos como cónsules y que él debía renovar por más años su poder proconsular que tantos beneficios le estaba trayendo. Bruto quedó al cargo de las tropas cesarianas en la región atlántica, por lo que atacó la tribu de los vénetos. Al igual que había ocurrido con los belgas, los romanos se enfrentaron a una coalición de tribus de la región de Armónica. Los vénetos tenían una flota, por lo que las legiones de César tuvieron que construir unas galeras para combatirles. La oportunidad se presentó a los romanos en el golfo de Morbihan, donde los galos tuvieron una ventaja inicial al saber manejarse en los difíciles mares atlánticos, así como sus barcos, que presentaban una ventaja constructiva frente a los romanos, los cuales estaban diseñados para las aguas mediterráneas. Bruto intentó lanzar

proyectiles desde sus naves, pero los barcos de los vénetos eran mucho más altos para impedir que el gran oleaje del mar entrase en estos, por lo que, cuando los vientos se calmaron y las naves de los galos no podían moverse, los romanos consiguieron abordar barco por barco para destruirlos. El éxito romano fue atronador.

César, que para abril ya estaba de vuelta en la Galia, decidió repartir su ejército para tener controlado estos territorios. La misión era conquistarlos. Para el año 55 a. C. la situación estaba controlada y las tropas romanas de Julio César marcharon hacia Germania, construyendo un puente para cruzar el río Rin. Al igual que había hecho con los territorios germanos, el afán militar de César le llevó a dirigir una expedición que cruzase el canal de la Mancha, encabezando dos legiones para someter a los britanos.

Aunque la campaña contra los britanos no fue un éxito total, consiguió que algunas tribus le ofrecieran un tributo anual. De este modo César fue considerado como el mejor general de la historia, algo que no sentó muy bien a Pompeyo.

ÚLTIMOS AÑOS DE LA CONQUISTA, VERCINGÉTORIX SE REBELA

Tras muchos años de campañas romanas en la Galia, las tribus galas supervivientes de los ataques de César decidieron rebelarse contra la invasión romana. Las tribus de los eburones, aliadas de los romanos durante la conquista, se rebelaron y destruyeron la legio XIII en el 54-53 a. C. Las tribus galas se comenzaron a reunir, juntas podían vencer al enemigo invasor que tantos problemas les había causado. Estas tribus convocaron un concilio en Bibracte, ciudad que había pasado de ser aliada de los romanos a enemiga. Solamente las tribus de los remos y los lingones se mantuvieron fieles a Roma. Durante esta reunión, muchas tribus discutieron acerca de quién debía liderar la ofensiva final contra los romanos, todos acabaron aclamando a Vercingétorix como caudillo de los ejércitos unidos de los galos.

El ejército galo llegó a contar con más de sesenta mil hombres y quince mil jinetes, una cifra muy numerosa que sobrepasaba las fuerzas romanas de César. Las tribus que se sublevaron fueron los eduos, segusiavos, ambivaretos, aulercos, blanovios, arvernos, eleutetos, cadurcos, gábalos, belóvacos, lemovices, pictonres, ambianos, nervios, nitióbroges y avernos (de donde era Vercingétorix) entre otros muchos. Una larga lista de tribus ofreció sus tropas para plantar batalla al general romano.

Poco a poco, César se fue dando cuenta de que los galos que habían sido sus aliados se estaban rebelando, así como asestando golpes en los destacamentos que iba dejando en los territorios pacificados. El intento de las fuerzas romanas por sofocar tantas revueltas fue un poco inútil, la táctica que seguían los galos era la de la tierra quemada, con la que evitaban que el ejército romano pudiera suministrarse. César acabó dividiendo sus fuerzas para sofocar los territorios, él mismo dirigió una campaña contra Vercingétorix. La persecución fue tomando forma cuando planteó batalla en las colinas de Gergovia. En este lugar Vercingétorix pudo herir a los romanos cuando César se había ausentado durante unos días. La noche en la que ocurrió el combate los romanos iban perdiendo, César regresó rápidamente para ayudar a su legado, sin embargo, cuando el ejército estaba completo o intentaron atacar la ciudad, los eduos que habían mantenido la alianza con Roma se sumaron a los hombres de Vercingétorix y les propiciaron una gran derrota. Fue la primera vez que César perdía en las Galias, tras esto las tropas de César tuvieron que retirarse al territorio eduo. La rebelión no tuvo el éxito que se esperaba, los romanos conseguían sofocar los distintos focos que se habían levantado y, tras varios combates, Vercingétorix decidió que lo mejor era reagruparse en la fortaleza de Alesia. Este fue el último combate del conflicto.

LA BATALLA DE ALESIA

César era conocedor de que todas las tropas y líderes de los galos se habían reunido en Alesia, por lo que si conseguían rendir la ciudad habrían acabado con las sublevaciones de un solo golpe. Era el momento adecuado, César tenía ante sí la posibilidad de terminar con una guerra que había durado casi ocho años. En el año 52 a. C. los galos se refugiaron en Alesia. César sabía que era imposible de asaltar con un golpe frontal, por lo que consideró que lo mejor era rendirla por hambre. Para ello el procónsul romano ordenó la construcción de un gran anillo de fortificaciones alrededor de la ciudad. Estas fortificaciones constaban tanto de murallas como de fuertes, César era conocedor de que los galos que no habían entrado a la ciudad les atacarían por fuera. El asedio duró prácticamente un mes. Las defensas que planeó César fueron totalmente acertadas, se dispusieron pequeños fosos con trampas a lo largo de toda la llanura entre la ciudad de Alesia y la circunvalación de fortificaciones. El procónsul romano consiguió asediar una ciudad siendo asediado. Tras evitar que la ciudad tuviera suministros, Vercingétorix expulsó a los no combatientes para tener más, sin embargo, los romanos no permitieron entrar a estos galos. La crueldad de Vercingétorix echando de su ciudad a sus propios compatriotas, dejando que se mueran de hambre entre las fortificaciones romanas y las suyas hizo que se planteasen muchas cuestiones a nivel moral. Tras un mes de asedio, Vercingétorix, quien había intentado por todos los medios evitar el sitio de Alesia, se tuvo que rendir.

César había conseguido derrotar a los galos tras una brillante actuación en este territorio. A pesar de tener que luchar contra los refuerzos galos, César mantuvo sus fortificaciones y consiguió derrotar a la coalición gala.

Defensas de la circunvalación romana en Alesia, Alesia (Francia).

GUERRAS CIVILES, EL OCASO DE LA REPÚBLICA

Mientras César hacía la guerra en la Galia, sus enemigos políticos comenzaron a plantear problemas en el Senado. Pompeyo, que había sido aliado de César durante el primer triunvirato, acabó por desligarse de su colega tras la muerte de Julia (hija de César y esposa de Pompeyo). En el 50 a. C. el Senado intentó vetar el mando de César, pero Marco Antonio, fiel aliado de Julio, consiguió que fuera retirado con el poder que le otorgaba su magistratura. Roma se vio envuelta en combates internos entre los populares (los que apoyaban a César) y los optimates (los que apoyaban al Senado), por lo que Marco Antonio tuvo que huir de Roma. El Senado declaró el estado de excepción, concediéndole poderes extraordinarios a Pompeyo para que depusiera del cargo a César y lo trajese a rendir cuentas ante el Senado.

Fue entonces cuando César cruzó con las tropas el río Rubicón, acto que era visto como una declaración de guerra por parte de las tropas cesarianas. Pompeyo se vio envuelto en un apuro, pues César había conseguido llegar muy rápido hacia el corazón de Roma, y les hizo huir hacia Bríndisi, donde escaparon junto a otros partidarios del Senado hacia Grecia.

Roma se vio envuelta en una crisis política que se solventó con una guerra civil, los partidarios de César lucharon contra los de Pompeyo en todas las provincias romanas. En Hispania se produjo la batalla de Ilerda donde el propio César venció a los pompeyanos. Se debe tener en cuenta que Pompeyo, tras las victorias sobre Sertorio, estaba muy bien considerado, por lo que los movimientos estratégicos de César para que Pompeyo perdiera notoriedad e influencia en este territorio fueron un éxito. El conflicto desembocó en unos combates violentos por todas las provincias. Tras sofocar los conflictos en Hispania, César decidió que lo mejor era derrotar a Pompeyo en Grecia, donde estaba reclutando un gran ejército para vencer a los partidarios de César.

El primer combate en territorio griego fueron las batallas de Dirraquio (49 a. C.). El 5 de enero de ese año, César se embarcó con todos los transportes disponibles que habían dejado en Bríndisi. Tras salir del puerto italiano llegaron a las costas de Macedonia. Allí los pompeyanos intentaron apoderarse de Dirraquio, acción que resultó imposible. Sin embargo, tras reforzarse los ejércitos de Pompeyo, que contaban con más de 45 000 hombres, consiguieron tomar la ciudad, por lo que dejaron a César aislado en la costa.

En aquel lugar, las condiciones a las que se tuvo que someter César fueron muy duras. Mientras pasaba el invierno y parte de la primavera, César se abasteció de tropas que llegaban desde Italia. Con el nuevo contingente intentó volver a tomar la ciudad de Dirraquio, donde ocurrió el primer combate directo entre César y Pompeyo.

Ambos bandos acamparon en las cercanías de la ciudad, ante la falta de abastecimientos los cesarianos decidieron que lo mejor era cercar el campamento pompeyano. Mientras se realizaba este cerco, una escaramuza se convirtió en una gran batalla. Marco Antonio, quien dirigía la legio IX, fue atacado por los honderos y la infantería ligera de Pompeyo. César ordenó a su lugarteniente abandonar esa posición y, cuando las tropas de Marco Antonio se habían puesto en retirada, el ejército de Pompeyo le siguió. Fue en este momento cuando César se dio cuenta de que el ejército que perseguía la legio IX estaba sin formar, por lo que obligó a sus tropas a dar la vuelta, atacó y les infligió una gran derrota. Tras esto volvieron al cerco que estaban construyendo. No fue solo esta batalla, sino que, a mediados del mismo mes, tras varias escaramuzas, los pompeyanos atacaron las tropas de César. Las fuentes discrepan acerca de si fue una gran derrota o, como comenta César en su obra *Guerras Civiles*, aquel día muchos hombres murieron por el efecto de las flechas. Sin duda fue en este punto donde más bajas infligieron los unos a los otros, el «toma y daca» que ocurrió en este lugar desencadenó la muerte de muchos hombres ilustres de alto rango. Pompeyo había vencido en esta batalla, ya que César se retiró del lugar.

LA BATALLA DE FARSALIA

Tras muchos combates entre los partidarios cesarianos y los pompeyanos, el Senado, que había huido con Pompeyo, se quejaba de que estaban perdiendo la guerra y solicitaba una gran victoria que decantase el conflicto a su favor. Pompeyo, presionado por el Senado, no tuvo más remedio que aceptar el combate en Farsalia el 9 de agosto del 48 antes de Cristo.

Las fuerzas de Pompeyo eran más numerosas que las del propio César, contaban en su ejército con más de 45 000 hombres, frente al ejército de César que era de un total de 22 000 legionarios. La diferencia de ambos ejércitos era la caballería, muy superior la pompeyana a la cesariana, así como la veteranía. César combatió con las legiones que le habían acompañado en su conquista de las Galias, por lo que estaban mejor habituados a su general y eran más expertos que las tropas de Pompeyo.

La batalla comenzó con los dos ejércitos enfrentados, la infantería apoyada a un lado del arroyo que había en Farsalia y al otro lado la caballería. La táctica de ambas era exactamente igual, sin embargo, César previó el movimiento de la caballería pompeyana y decidió que varias cohortes (destacamentos militares) se situaran en una línea oblicua tras la línea de infantería y de caballería para, en el momento exacto, dar un golpe a la caballería de Pompeyo. La batalla comenzó como se esperaba César: las infanterías chocaron en la misma línea y la caballería de Pompeyo avasalló a la cesariana, sin embargo, rápidamente salieron en auxilio de los jinetes de César esos destacamentos que había apostado en la retaguardia de sus líneas, con lo que consiguió que la fuerte caballería de Pompeyo retrocediese por ser perseguida por los jinetes de César. En este momento, las tropas que habían acudido en auxilio de la caballería ocuparon el flanco de la infantería pompeyana y los derrotaron. Pompeyo, al ver como el ingenio militar de César era muy superior al suyo, decidió retirarse a su campamento. En esta batalla hubo más de quince mil bajas de Pompeyo frente a las doscientas cuarenta de César. A la mañana siguiente el ejército de Pompeyo se rindió, y su comandante huyó hacia Egipto, donde fue asesinado por el faraón Ptolomeo XIII en un intento por hacerse con los favores de César.

La muerte de César, Carl Theodor von Piloty (1865).

Finalizados estos conflictos, Julio César consiguió ser nombrado dictador perpetuo, algo que no sentó muy bien en el Senado, donde lo veían como un nuevo rey y lo asesinaron en las puertas de este en el 44 a. C. durante los *idus de marzo*.

OCTAVIO Y MARCO ANTONIO, UNA GUERRA POR EL PODER

Tras la muerte de César, Octavio subió al poder repentinamente al hacerse público su testamento, el cual había adoptado a Octavio y le hizo heredero de todo su poder. Octavio al enterarse fue cuando decidió cambiar su nombre por el de su abuelo adoptivo, haciéndose llamar Cayo Julio César, aunque la historiografía le continúe llamando Octavio u Octaviano para no hacer referencia con el mismo al hijo adoptivo de César. El 6 de mayo del 44 a. C. Octavio llegó a Roma, donde se encontró a Marco Antonio. Tras las guerras civiles de César y Pompeyo y con la muerte del dictador, Marco Antonio había declarado una amnistía general para todos aquellos que habían participado en la guerra, aunque muchos de ellos estaban en el exilio. Esto fue visto con malos ojos por parte de Octavio, ya que habían asesinado a su abuelo. Ambos

se acusaron con insultos, Marco Antonio exponía que Octavio había llegado a donde estaba por distintos favores sexuales que complacían a César, mientras que Octavio dirigió una campaña para divinizar al que fue su abuelo. Durante la votación para divinizar a Julio César, Marco Antonio se negó, por lo que perdió muchos favores en Roma.

Muchos en Roma veían a Octavio como un ser manipulable, por lo que consiguieron alzar su figura como hijo adoptivo de César para rivalizar con Marco Antonio. Los primeros conflictos llegaron cuando Marco Antonio se hizo con el gobierno de la provincia de la Galia Cisalpina, donde Junio Bruto (asesino de César) se había refugiado. Octavio consiguió el favor de las legiones de Marco Antonio tras un gran soborno y, además, reclutó un ejército privado para marchar hacia la provincia de Antonio. Fue en ese momento cuando el Senado vio que apoyaban a Octavio y no a Marco Antonio.

El Senado nombró a Octavio senador el 1 de enero del 43 a. C. En ese momento, Octavio consiguió el *imperium* y decidió marchar hacia la Galia Cisalpina con el ejército que antes mencionábamos. Allí, Antonio estaba asediando a Junio Bruto, quien se negó a retirarse de la provincia. Tras varias batallas Marco Antonio resultó derrotado y fue obligado a marcharse hacia la Galia Narbonense. Octavio tuvo un golpe de suerte al ser conocedor de la muerte de los dos cónsules, por lo que quedó como el único hombre de la república con capacidad de mando para los ejércitos.

Octavio siguió enfrentándose a Antonio hasta que se declaró el segundo triunvirato para solventar la situación entre Octavio, Antonio y Lépido. Bajo el triunvirato, los tres miembros se dividieron los territorios y acordaron perseguir a los asesinos de César que aún seguían con vida. Las hostilidades llegaron cuando la coalición de tropas de Octavio y de Marco Antonio cercó a los asesinos de César en Grecia. En la batalla de Filipos, los cesarianos consiguieron derrotar a los asesinos de César y, tras esa batalla, los supervivientes se suicidaron. Fue en ese momento cuando más tensión surgió entre Marco Antonio y Octavio. Antonio expuso que el triunfo era suyo, ya que Octavio prefirió dejar el mando de las tropas a Marco Vipsanio Agripa. El fin de los acontecimientos bélicos contra los asesinos de César supuso una repartición de los territorios entre los tres triunviros. Octavio se quedó con Galia, Hispania e Italia, Antonio se quedó con las provincias orientales y Lépido fue quien obtuvo África.

Octavio se fue haciendo fuerte en Roma, donde consiguió un verdadero poder dominando al Senado, esta situación se volvió a dar y reafirmaron sus territorios en el Tratado de Bríndisi en el 40 a. C. Durante los siguientes años, los triunviros obtuvieron victorias contra los hijos de Pompeyo, en Sicilia, y contra los partos. Sin embargo, tras el combate contra Sexto Pompeyo en Sicilia, Lépido se rebeló en esta isla contra Octavio, lo que dio lugar a un golpe de autoridad para el hijo adoptivo de César, ya que lo venció y consiguió administrar África para él. Octavio se hizo con mucha influencia en el Senado y consiguió que le nombraran con la inmunidad de los tribunos tanto a él como a su esposa Livia.

Batalla de Accio, Lorenzo A. Castro (1672).

En el 37 a. C., las relaciones eran cada vez más distantes entre los miembros del triunvirato, Octavio le negó la ayuda a Marco Antonio contra los partos. A Roma no le gustaba la actitud que Antonio comenzaba a tener, se le veía con gustos orientales y, con el nombramiento de su hijo como gobernante de Oriente, al igual que su enamoramiento de Cleopatra, Octavio decidió declarar la guerra a Egipto, en venganza por el desprecio de Marco Antonio ante su hija (Octavia era esposa de Marco Antonio).

La guerra entre Marco Antonio y Octavio se solucionó con una batalla naval en Accio en el 31 a. C. Esta batalla tenía como fin bloquear la salida al mar por el golfo de Ambracia con dos filas de barcos. Octavio dispuso las naves comandadas por Agripa en su lado izquierdo, Arruncio en el centro y Octavio en el derecho. Marco Antonio, con la ayuda de los barcos egipcios, ordenó sus naves de forma similar, pero como su objetivo era traspasar esas líneas y dirigirse hacia el mar, finalmente decidió que las naves de la derecha y la izquierda se alejaran del centro con el fin de que se dispersasen las líneas enemigas.

El plan de Antonio salió mal, la flota comandada por Agripa venció en su lado y pusieron rumbo para acabar con la línea de Antonio. En este momento, los barcos de Marco Antonio quedaron atrapados con los de su lado derecho, de esta manera perdieron la batalla. Los enemigos de Octavio intentaron huir con pequeñas naves y se salvó solo Marco Antonio, el cual logró subir al barco de Cleopatra y huir de la batalla. Los conflictos internos habían acabado, Octavio había vencido a Marco Antonio y no fue hasta que apresó en Alejandría a Cleopatra y Marco Antonio cuando los dos se suicidaron para evitar someterse al nuevo mundo romano que había creado Octavio.

En el año 27 a. C., cuando Octavio había acumulado todo el poder posible, se hizo llamar Augusto e inauguró la nueva fase política de Roma, el Imperio.

11

Apogeo de un imperio

El nombramiento de Octavio como Augusto supuso un cambio radical en la historia de Roma, después de más de cuatrocientos cincuenta años de república, la *Vrbs* volvió a tener una cabeza dirigente, no era ya el Senado el que dirigía la vida política de la ciudad, sino el emperador. Bajo el gobierno de Augusto (27 a. C.-14 d. C.) como el primer emperador de Roma hubo grandes conquistas y movimientos políticos, como la guerra acontecida en el norte de Hispania, la conquista de la «Cantabria Antigua», los movimientos de tropas en Germania o la organización de las provincias. Roma se había convertido en un vasto imperio que no solamente crecería en el norte, sino que también lo haría por Asia. Los emperadores romanos tuvieron grandes conquistas y numerosas batallas, donde perdieron muchísimos hombres, así como también tuvieron grandes derrotas.

EL DESASTRE DE VARO

Augusto, tras treinta y seis años de ser emperador, en el 9 d. C. sufrió una de las derrotas más humillantes que había tenido el ejército romano. En septiembre de ese año, en los últimos días de verano, las tropas romanas dirigidas por Varo estaban de marcha desde el Rin hacia el oeste.

En esta ocasión, el ejército de Roma era dirigido por Publio Quintilio Varo, quien se había retirado de la vida pública, pero que en el 6 d. C. fue llamado para comandar las tropas del Rin, mientras que Tiberio, quien sucedió a Augusto, estaba luchando contra los suevos en la región de Bohemia. El futuro emperador no solamente estaba combatiendo contra los suevos, sino que en los tres años sucesivos le tocó sofocar distintas revueltas en la región de Panonia y Dalmacia, dejando a Varo con tres legiones en el Bajo Rin y con dos de ellas en el Alto Rin al mando de Lucio Aspreno.

Para cubrir las bajas que habían sido movilizadas a las fuerzas de Tiberio, se esperaba que los germanos aliados de la *Vrbs* pudieran reemplazarlas. Durante los tres años que había estado Varo en estas tierras, las legiones se introdujeron todas las primaveras en las tierras más allá del Rin, lo que provocó que algunos pueblos germánicos se pasaran al lado romano y el terror en muchos de ellos. Los romanos, una vez dentro de estos territorios, habían servido como jueces en disputas locales, la actitud de Roma había sido ejemplar en estos lugares, ya que no se había realizado ningún pillaje injusto, sino que en la campaña del 8 d. C. parece ser que Varo se dedicó más a la justicia que a lo puramente bélico.

En las sucesivas campañas de Varo en Germania, contó con la ayuda de varios príncipes y reyezuelos locales, donde se asociaron al ejército romano numerosos hombres germánicos como Arminio. Este fue hermano de Flavo y ambos sirvieron como oficiales en el ejército romano durante estas campañas, llegaron a obtener la ciudadanía romana e, incluso, a ser prefectos de la legión. Sin embargo, en septiembre del 9 d. C. en un banquete la noche antes de regresar a las tierras romanas al oeste del Rin, un reyezuelo llamado Segestes le explicó a Varo que Arminio junto con muchos príncipes germánicos había decidido traicionar la confianza de Roma. No era la primera vez que Varo tenía una de estas advertencias por parte de Segestes, pero esta fue la más impactante, ya que Arminio acusó al reyezuelo de tener una enemistad personal con él mismo, por lo que el general romano no acabó por creérselo. No solamente no le creyó, sino que no escuchó a sus consejeros

romanos que le decían de hacerle caso y arrestarlos a todos para poder interrogarlos. Varo había decidido obviar estos detalles y, a la mañana siguiente, el ejército romano avanzaba hacia el oeste con el objetivo de seguir la línea de fortificaciones romanas que habían construido a lo largo del río Lippe. La intención de las fuerzas imperiales era volver al territorio romano cruzando un puente hecho con botes en el Lippe con el Rin, en Castra Vetera (Xanten, Holanda).

En el momento en el que las tropas germánicas que apoyaban a los romanos se despidieron, los romanos decidieron dividir sus legiones y Varo envió parte de estas a las posiciones fortificadas del este de Germania, donde debían pasar el invierno abasteciéndose de los habitantes locales hasta el regreso de su general. Varo, finalmente, se quedó con una fuerza muy pequeña que constaba de tres alas de caballería, el resto de las cohortes que no envió hacia el este. Se sabe que las legiones que dirigió este general eran dos, la XVIII y la XIX, mientras que la tercera legión podría ser la XVII. Algunos de los historiadores romanos como, por ejemplo, Tácito, llegaron a especular que, mientras Varo dirigía a sus legiones hacia el Rin, algunas de estas iban desprovistas de oficiales que las comandasen.

Las fuentes literarias no nos ofrecen ningún tipo de explicación acerca de esta ausencia de oficiales superiores que dirigiese a las legiones del Rin. Se ha propuesto que algunos de estos dirigentes estuvieran con Tiberio en Panonia o al este de Germania. Sobre la identidad de algunos de estos oficiales que participaban en estas legiones, solamente nos ha llegado la noticia de un prefecto del campamento, así como la de un centurión. Sin embargo, este tipo de información no nos es muy detallada, aunque sí es fundamental para conocer qué tipo de personas participaban en el ejército de Varo.

Durante el trayecto hacia el *limes* romano, varios de los líderes de Germania escoltaban al general romano, sin embargo, Arminio no estaba junto a ellos. No debemos obviar que, durante el banquete antes de la partida de los romanos, se produjo el descubrimiento, por parte de uno de estos líderes, de una rebelión contra las fuerzas romanas. En el momento en el que estaban a punto de llegar a su destino, se dio la noticia del levantamiento de varios de estos reyezuelos y príncipes germánicos contra las fuerzas de la *Vrbs*.

Varo descubrió la noticia y muy pronto marchó rumbo al norte a sofocar este levantamiento antes de la llegada del invierno. El cortejo del general romano de procedencia germánica abandonó pronto la situación con la excusa de reunirse con sus familias o con aliados para ayudar después a Roma. No obstante, no fue así y muchos de ellos huyeron o se unieron al levantamiento.

La rebelión había sido gracias a la tribu de los queruscos, a la que pertenecía Arminio. El primero que se unió a los sublevados fue el hermano del rey Segestes, Sigimero, cuando se unieron todos los miembros de esta tribu (los catos) con los queruscos. Esto provocó que la unión de un gran número de tribus fuera más favorable, pues los principales reyezuelos se habían unido al encontrar un enemigo común. Los germanos sabían de las tácticas del ejército romano, ya que muchos de ellos participaron junto a las fuerzas imperiales, por lo que la mejor táctica para eliminarlos era la lucha de guerrillas y las emboscadas, todas ellas coordinadas cuidadosamente.

Los reyezuelos germánicos establecieron una fecha para eliminar a los romanos que se habían establecido en distintos campamentos alrededor del Rin. Para ello, todos los germanos que participaban en esta fuerza se rebelaron y asesinaron a prácticamente todos los hombres que estaban en estos cuarteles. Arminio comenzó a mandarle mensajes e indirectas para que el general romano se dirigiese al norte. No obstante, los germanos encarcelaron e hicieron prisioneros a todos aquellos que apoyaban a los romanos, como en el caso de Boiocaulo, el rey de los ampsivarios, quien a pesar de ser encarcelado consiguió salir de su cautiverio y dirigirse hacia el *limes* romano con el fin de avisar del plan de emboscada que tenían los germanos.

Entretanto, las tropas germanas se movilizaban, asesinaban a todos los romanos que se encontraban a su paso y eliminaban los cuarteles y la línea de fortificaciones que protegían el Rin. Varo y sus tropas marchaban hacia el norte por un bosque llamado Teutoburgo (Teutoburgium). Se calcula que las tropas de Varo llegaron a los diez mil hombres, una gran columna en la que se incluían más de mil quinientos jinetes auxiliares y más de tres mil soldados de infantería auxiliares. A la vanguardia de esta columna cabalgaba el propio

comandante con todos sus oficiales y su guardia montada, siguiéndoles iban las dos legiones en una gran columna que protegía los carros de abastecimiento, con un destacamento de caballería en la retaguardia y, tras ellos, el cortijo no militar de las legiones (prostitutas, comerciantes, familiares no legítimos, etcétera).

En el bosque de Teutoburgo, los germanos dirigidos por Arminio atravesaron los matorrales, pues conocían todos los senderos, y tomaron posiciones en los árboles de una ladera donde esperaron a que pasaran las fuerzas romanas. Ese día el cielo estaba muy negro, había comenzado una lluvia torrencial que caía sobre las copas de los árboles, cualquier sonido que los germanos hicieran quedaba enmascarado por el sonido de la lluvia, por lo que los romanos no se pudieron percatar de la presencia de estos en las cercanías del camino por donde pasaban.

En total las fuerzas de los germanos superaban a las romanas, había unos treinta mil guerreros germanos contra no más de catorce mil romanos. Las armas de los germanos de la primera línea eran unas lanzas cuya longitud debía de sobrepasar los tres metros. Los hombres de la segunda línea llevaban una lanza mucho más corta con una punta de metal que se utilizaba tanto para ser lanzada como para ser clavada, como era el uso habitual en toda Europa, mientras que algunos de estos guerreros únicamente llevaban a los asilados al fuego y, en el menor de los casos, espadas similares a las romanas o algunas cuya tipología era muy similar a las espadas de La Tènne. Todas las tribus tenían equipados escudos planos fabricados, la mayoría de ellos, por planchas de madera, mientras que los guerreros más pobres portaban escudos de mimbre recubiertos con cuero. Solamente los guerreros más adinerados y más prestigiosos llegaban a portar grandes petos y cascos bien ornamentados, mientras que el resto de hombres luchaban a cuerpo desnudo bajo las capas que les cobijaban y les mimetizaban con el entorno.

Las fuerzas romanas intentaban adentrarse por el difícil camino a través de las colinas y los árboles, las fuentes literarias nos explican que debían de ir talando árboles para construir caminos y puentes donde era necesario. En muchas ocasiones, la columna se debía de separar en varias secciones cuando el camino les impedía avanzar con facilidad. Arminio había elegido muy bien

la ubicación para su emboscada, los estrechos desfiladeros y el terreno hacía que la caballería romana no fuera muy útil, mientras que la infantería pesada de los tiberinos no podía formar con facilidad en este tipo de lugares, por lo que serían un objetivo muy vulnerable para un ataque sorpresa.

Arminio, una vez asignadas las posiciones para enfrentarse a los romanos, les instó a los germanos a esperar su señal para atacar. La tormenta había provocado que la columna romana se fraccionase en varias partidas de forma que tanto los carros como los hombres estaban desordenados y sin un orden claro, lo que provocó una situación idónea para asaltar a las legiones. Lo primero que hizo Arminio fue dar la orden de atacar y su estrategia consistió en arrojar piedras y proyectiles a la columna romana mientras unos guerreros se colocaban al principio y al final para evitar que pudieran escapar las fuerzas imperiales.

Según las fuentes literarias como Dión Casio, los germanos lanzaron diversos proyectiles desde la distancia y, cuando los romanos empezaron a recibir todos los impactos en muchas direcciones, dejaron caer todo tipo de suministros. Acto seguido los legionarios levantaron los escudos para defenderse de estos, sin embargo, muchos romanos resultaron heridos por la emboscada. Cuando los germanos vieron que los romanos no respondían ante el envite de sus jabalinas avanzaron para atacarlos desde más cerca. Las fuerzas de Varo fueron incapaces de adoptar una formación que les permitiese protegerse y, para ello, comenzaron a retirarse ante la situación desesperada. El comandante de la legión decidió levantar un campamento de marcha en el propio lugar, tratando de salvar la situación hizo que su ejército construyera un foso y un pequeño muro de campaña para mantener a los germanos a raya. En la noche, cuando los germanos se retiraron, los romanos se protegieron dentro de los muros maltrechos de su campamento, Varo estaba convencido de que debían ir más al norte. Al día siguiente, las tropas de la ciudad tiberina comenzaron a avanzar en una formación algo más ordenada, mientras, los germanos continuaban atacando las posiciones de la columna con pequeñas emboscadas. La columna romana había salido momentáneamente de la arbolada, pero, al tercer día de marcha, entraron de nuevo en una espesa

arbolada y los germanos reanudaron su ataque. Esta vez las fuerzas romanas se defendieron de estos, sin embargo, a pesar de defenderse sufrieron multitud de bajas. Varo estaba empeñado en continuar la marcha hacia el norte y, al cuarto día, los soldados exhaustos tuvieron que enfrentarse a una marcha con el frío y la lluvia, siendo una situación similar a la del primer día.

En este día, ocurrió algo similar al primer día de marcha en la densa arbolada de Teutoburgo. Los germanos estaban esperando a los emboscados en la frondosidad del bosque mientras que los romanos estaban exhaustos, cansados y destrozados por el viaje y las malas condiciones del mismo. Finalmente, la clara inferioridad numérica de los legionarios supervivientes hizo que fuera fácil derrotarlos. Los germanos habían conseguido más tropas, bloquearon el avance de las legiones romanas y obligaron a estos a construir un campamento allí mismo. Varo destinó a varios legionarios de su columna para construir su pequeño refugio, que ubicó en una ladera a fin de conseguir una mejor protección ante los germanos emboscados. En este momento, uno de los prefectos de caballería decidió huir junto a su compañía, sin embargo, los germanos lo interceptaron y no corrió la misma suerte que iban a tener sus compañeros. Cada vez más, la situación era insostenible y los romanos asignados a las obras tuvieron que excavar una zanja poco profunda y un pequeño muro de casi medio metro de altura. La situación en este campamento era muy precaria y, ante el abandono de la caballería y la multitud los soldados muertos en el avance hacia el norte, Varo organizó una defensa para pasar la noche. Fue en este momento cuando los germanos atacaron la posición de Varo y exterminaron a todos los legionarios y llegaron a robar el águila de la legio XIX, dejaron una multitud de cuerpos apilados, y ocasionaron la pérdida por parte de Roma de las águilas de las legio XVII y XVIII. Roma había sufrido uno de los mayores desastres de su historia, no sobrevivieron muchos soldados a este desastre. Finalmente, los romanos supervivientes se acabaron rindiendo, pero su suerte no fue mejor que la de los caídos en combate. Los germanos obligaron a los centuriones y tribunos a separarse del resto de sus hombres, las zanjas que habían cavado estos le sirvieron como tumba pues desde ayer los germanos ejecutaron a todos ellos.

Arminio, una vez obtenida su victoria, se subió a un montículo y elogió a sus tropas, acto seguido cogió las águilas y los estandartes capturados para ridiculizar así a los romanos. Los pocos supervivientes de esta batalla fueron llevados a rastras a los bosques sagrados de sus proximidades y, en este lugar, fueron torturados y ejecutados.

La situación en Germania cambió radicalmente, hasta que en el año 14-15 d. C., los romanos, sedientos de venganza por la destrucción de las tres legiones, obtuvieron una oportunidad para vengarse. Augusto había muerto en el año 14 d. C. sin conocer la revancha por la pérdida de las legiones, pero un general asociado a la familia imperial llamado Julio César Germánico, quien fue padre de Calígula y hermano de Claudio, estaba al mando de las legiones en el Rin en estas fechas.

Batalla de Teutoburgo. Fuente: Álvarez Díaz, C. (2016): «Arminio, el trágico final de un héroe», *Revista de Historia*, 4.

En estas fechas, la comandancia de Germánico era muy eficaz. Los romanos habían entrado directamente en Germania sembrando el caos y la destrucción contra todos los germanos, sus intenciones eran vengarse por la derrota de Teutoburgo, la recuperación de los estandartes perdidos en aquella batalla y, una vez llegado al lugar donde había ocurrido aquel desastre, enterrarlos y darles sepultura. La situación era bastante favorable a los romanos, su comandante Germánico era muy astuto, por lo que continuarían avanzando a por el rey hasta una localización llamada Puentes Largos.

En el 15 d. C., tras las campañas en Germania se decidió regresar a los territorios imperiales. Germánico había ordenado a su caballería dirigida por Aulo Cecina marchar por la ubicación de Puentes Largos, cuyo trayecto era muy peligroso por el tipo de terreno y el estrecho de la calzada. Arminio observó la ruta que habían seguido los romanos destacados en Puentes Largos, allí emboscó como muchas de sus tropas. Sin embargo, Cecina, que ya tenía casi cuatro décadas de experiencia militar, observó el terreno y vio cómo la situación para cruzar los puentes no era la más favorable. El propio comandante sabía que no podía retroceder, ya que tenía tropas enemigas a sus espaldas, y tampoco podía avanzar, debido a la situación de los puentes. Para ello dividió su fuerza en dos grupos, uno para realizar las obras y otro para defender a los obreros levantándose un campamento y estableciendo puestos de avanzada, desde donde los legionarios encargados de las obras avanzaban.

Ante esta situación Arminio atacó, los germanos descendieron de sus posiciones y atacaron los puestos de avanzada con sus armas. No obstante, los legionarios pudieron defenderse y rechazarlos durante todo el día, ya que por la noche los germanos se retiraban a sus posiciones, salvando así la situación. Arminio, durante la noche, planeó excavar distintos puntos en las colinas para desviar los arroyos y que fluyeran sobre las obras que ya estaban realizando los romanos, las obstaculizaran o las destruyeran. A la mañana siguiente, los romanos vieron cómo todas las obras que habían hecho estaban destrozadas y tuvieron que comenzar desde cero, por lo que se repitieron los mismos ataques de los germanos a los puestos avanzados.

Cecina decidió que lo mejor era avanzar por una llanura entre las marismas y las colinas y, al final del día, levantó el campamento y reanudó la marcha. Sin embargo, esta ruta no era la más adecuada, dado que las obras se habían construido con mucha rapidez y eran muy precarias. Las tropas estaban inquietas ante el miedo de repetirse la misma historia que con Varo, lo que provocó que muchos legionarios estuvieran inquietos y no obedecieran el orden de marcha que había propuesto Cecina. Finalmente, Arminio, desde unas colinas, decidió atacar a los romanos cargando por el centro de la columna de marcha. El plan del jefe germano había funcionado, las tropas imperiales estaban divididas en dos columnas, eran presas del pánico ante la emboscada de sus enemigos. La batalla había llegado hasta el puente, donde los portaestandartes de las legiones I y XX luchaban alrededor de ellos con el fin

de defenderlos. Los germanos, ante la clara victoria, comenzaron a saquear las mulas y las provisiones que los romanos llevaban consigo, por lo que Cecina decidió abandonar los víveres y comenzar la marcha. No fue un desastre como le ocurrió a Varo, los romanos consiguieron reemprender la marcha y se asentaron en un campamento provisional que los obreros más adelantados habían construido.

A la mañana siguiente los germanos rodearon este campamento y comenzaron a saltar los muros, sin embargo, cuando los germanos estaban dentro sonaron las trompetas y de todas partes salieron legionarios armados y listos para defender su campamento. A las espaldas de aquellos que se habían quedado fuera, les esperaba un destino peor, pues la caballería romana comenzó a cargar contra ellos. Ante la situación desesperada, los germanos intentaron huir del campamento y tratar de escapar de esta trampa. Acto seguido, los legionarios abrieron las puertas del campamento y las legiones marcharon en formación y se abalanzaron contra los germanos, consiguieron una victoria contra Arminio, aunque no fue la definitiva. Tras esta campaña la legión I adoptó el título de Germanica.

En el verano del 16 d. C., cuando las tropas de Germánico se hubieron reunido, marcharon directamente al corazón de Germania en busca de Arminio y sus aliados. El lugar elegido para la batalla fue Idistaviso, al este del río Weser. En este lugar, en las cercanías de un gran bosque, los romanos encontraron a las tropas de Arminio y les ofrecieron batalla. El número de tropas de los romanos superaba los 57 000 hombres, mientras que los germanos eran un total de 51 000 hombres.

El orden de batalla fue el siguiente: Germánico desplegó una primera línea de combate con tropas auxiliares con la misión de desgastar al enemigo; en una segunda línea ubicó cuatro legiones, entre ellas la legio I, legio V Alaude, su guardia pretoriana, la legio XX y la legio XXI Rapax; y en su tercera línea dispuso cohortes del resto de legiones que les acompañaban. A los lados de esta gran formación, Germánico colocó a la caballería romana y a arqueros montados dentro del bosque. Por otro lado, Arminio ocultó a su caballería y su infantería en el bosque y ordenó atacar el flanco derecho romano mientras una gran línea de infantería se enfrentaba a las formaciones romanas.

La batalla comenzó cuando Germánico observó cómo ocho águilas estaban sobrevolando su ejército, ocho también era las legiones que él llevaba consigo, esto provocó que los romanos pensaran que era un augurio de los dioses y que con la guía divina podrían vencer a las tropas germanas. Sin duda, esto sirvió como apoyo moral para las legiones de Roma, las cuales acto seguido se abalanzaron contra los germanos, que ya habían emprendido el ataque. Los romanos comenzaron atacando con flechas mientras los auxiliares avanzaban para enfrentarse a los germanos. La caballería romana emprendió un ataque contra el flanco derecho de los germanos, lo que hizo que retrocedieran hacia el bosque y chocaran con los que estaban allí apostados. La batalla comenzó a decantarse para los romanos. Arminio, ante la derrota, se embadurnó el rostro con su sangre y barro y se dirigió hacia el ala izquierda de los romanos, abandonó el ejército, por lo que perdió prácticamente todos sus soldados, pero salvó su vida.

Epígrafe en honor a Germánico.

El siguiente gran enfrentamiento tuvo lugar cuando Arminio quiso vengarse de Germánico y de sus legiones, sin embargo, el general romano recibió la noticia de que se estaban reagrupando los germanos. El enfrentamiento no se hizo esperar, cerca del río Weser discurría por uno de los muros de Angrivario y en esa llanura Arminio pretendía derrotar a Julio César Germánico. Sin embargo, no se percataron de que Germánico conocía la estrategia de Arminio, la cual consistía en esperarles en un bosque con su caballería y surgir en la retaguardia de las legiones para atacarles. Germánico entonces decidió mandar su caballería directamente al bosque mientras avanzaba con sus legiones en columnas, ese ataque sorpresa consiguió su objetivo. Los

germanos estaban en desventaja y Germánico ordenó bombardear con sus catapultas la posición de sus enemigos mientras él se adentraba con sus hombres hacia el combate. En el lugar donde se refugiaban los germanos fueron aniquilados la mayor parte de sus fuerzas, sin embargo, Arminio volvió a escapar. Esta fue la última gran batalla contra Arminio, los romanos celebraron el triunfo sobre ellos, sin embargo, Germánico murió en el año 19 d. C. posiblemente envenenado por Tiberio, mientras que Arminio también murió ese mismo año.

LAS GUERRAS DACIAS

La rebelión de Decébalo

Tras las conquistas de Roma en Germania, se había conseguido aumentar las fronteras del Imperio. Con el paso de los años Roma había conseguido casi todo el territorio británico, a excepción de Escocia. Se habían adentrado hacia Germania moviendo el *limes*, hasta que en el 85 d. C. el rey de Dacia, Dura, abdicó. Decébalo fue el siguiente monarca del reino dacio. El carácter de este monarca era totalmente agresivo, rápidamente consiguieron reunir un ejército de soldados de infantería con distintos miembros de las tribus que componían la región montañosa de la Dacia. Decébalo dirigió a esta gran fuerza a través del Danubio para invadir la región de Mesia, que en aquel momento estaba resguardada por parte de una guarnición romana. Ningún oficial romano pudo hacer frente a esta fuerza invasora, el propio Opio Sabino, gobernador de la provincia romana de Mesia, se apresuró a combatir esta invasión con la legión V Macedónica, acantonada en Oescus. Sin embargo, en este combate perdió la vida el propio gobernador y la legión acabó replegada.

Desde la provincia de Dalmacia se envió a la legión IV Flavia y a sus unidades auxiliares para partir hasta Mesia, pero el daño ya estaba hecho. Cuando llegaron los refuerzos de Roma, Decébalo había saqueado muchas de las ciudades, villas, pueblos y granjas y capturado miles de prisioneros para, a finales de ese año, retirarse hacia la Dacia.

El emperador Domiciano no se esperó a que los dacios atacaran sus territorios y, en el año 86, organizó una contraofensiva contra los dacios, para lo que se puso él mismo al frente de un ejército para entrar en Mesia. Sin embargo, acabó esperando a ver cómo se solucionaban las cosas en la ciudad del Danubio y envió al combate a Cornelio Fusco, el prefecto de su guardia pretoriana con varias legiones.

Este ejército acabó llegando a los territorios dacios y, en un paso de montaña, cayó sorprendido ante una emboscada de Decébalo. Fusco murió, una de sus legiones fue prácticamente aniquilada y le robaron el águila y la artillería que llevaba consigo. La V Alaudae desapareció de los registros romanos, cayó en combate a manos de los dacios. Decébalo para aliarse con el rey de Partia, Pacoro, envió al esclavo personal de Marco Laberio (general de la V Alaudae caída en combate), Calidromo, quien treinta años más tarde conseguiría escapar y regresar hacia Bitinia. Los supervivientes del ejército de Fusco volvieron hacia el Danubio para informar a Domiciano de la derrota que habían sufrido en Dacia. Domiciano realizó una contraofensiva en el año 88, esta vez fue capitaneada por Tetio Juliano, un antiguo cónsul que había comandado la legión VII Claudia. Juliano cruzó el Danubio y se adentró por las montañas para penetrar así hasta el centro de la Dacia, esta acción hizo que se colocara detrás de Decébalo y sus tropas. A finales de este año, en Tapae, al oeste de la capital de Decébalo, las legiones de Juliano se enfrentaron a un ejército dacio liderado por Vezinas, el segundo al mando de Decébalo.

Para que las legiones no se intimidaran por los guerreros dacios, que tiempo atrás habían barrido una de las legiones dirigidas por el propio prefecto de la guardia pretoriana, Juliano hizo grabar el nombre de cada legionario en su escudo, así como el de su centurión, para que tras el combate se pudiera recompensar a los más valerosos. Esta acción hizo que las tropas romanas arrollasen a los dacios en Tapae. Vezinas, al verse vencido, decidió arrojarse a los cadáveres y fingir estar muerto para escapar en la noche.

Decébalo, tras enterarse de la noticia, decidió que lo mejor era levantar barricadas en los valles y fingir con troncos y había hombres tras estas barricadas. Juliano en el invierno del 88 al 89 decidió acampar en Tapae, sin embargo, los acontecimientos del Rin obligaron a cambiar los planes de invasión.

En el Rin, uno de los generales romanos, Saturnino, decidió sublevarse de su emperador planteando el levantamiento de varias tribus germánicas contra Domiciano. Esto provocó que el emperador subiera el sueldo a los legionarios para que no se sublevaran, además, prohibió a las legiones compartir la misma base y así limitar la capacidad de poder de sus generales (con esta acción se prevenía que se unieran varias legiones en un mismo campamento y así no pudieran levantarse contra el emperador). Esta rebelión provocó que las tropas de Juliano retrocedieran para golpear a entrar en Mesia, donde se reunieron con el emperador, y así vencer a los sármatas. Decébalo aprovechó para tratar con Domiciano y le ofreció la paz a cambio de una gran suma de dinero. Sin embargo, el temperamento del emperador romano hizo que se ejecutase a los embajadores que ofrecían esta paz, lo que provocó la ira de Decébalo y los dacios.

El emperador decidió penetrar con su ejército la ponencia Panonia, donde los propios habitantes se acabaron uniendo a los marcomanos que cruzaron el Danubio y penetraron en este territorio y repelieron así al ejército de Domiciano. Esta derrota provocó que no tuvieran fuerzas para continuar luchando contra todas las tribus a la vez. En esa ocasión se presentó otro embajador dacio para firmar la paz, Decébalo pidió grandes cantidades de oro todos los años a cambio de no atacarle y Domiciano aceptó aunque fuera un pacto totalmente desfavorable para los intereses del tesoro romano.

Decébalo, Ion Popescu-Băjenaru (1919).

La primera guerra dacia

Los dacios durante los siguientes años continuaban atacando a los romanos, por lo que, como dice Tácito, no eran unos pueblos en los que se podía confiar. La frontera romana, no obstante, permaneció en el Danubio, pero esta no duró demasiado.

En el año 101 d. C., Trajano, el nuevo emperador de Roma, decidió que lo mejor era terminar la guerra contra los dacios y acabar con ellos en varios combates. Para ello, dispuso de varias legiones, junto con su guardia pretoriana y la caballería singular imperial en dirección al Danubio, donde fracasó Domiciano. Movilizó una fuerza que llegó a componerse de más de 150 000 hombres.

Trajano era un joven de Roma que había conseguido el trono en el año 98 d. C., a la muerte de Nerva, tras su adopción en el año 97 d. C. Cuando llegó a Roma, decidió ordenar todo su ejército para realizar esa campaña militar de gran envergadura que había provocado la deshonra en Domiciano. Trajano estaba muy preocupado por la humillación que había sufrido la *Vrbs* ante Decébalo, por lo que en el año 101 d. C. se propuso marchar hacia la Dacia con un ejército que nunca antes se había visto. Cuando llegó a Mesia se encontró a las legiones residentes de este lugar (I Itálica, IV Flavia, V Macedónica y VII Claudia) especializadas en el paso de los ríos. En este lugar se recopilaron todas las provisiones y se adquirieron un montón de animales de tiro para que, cuando llegase el emperador, estuviera todo listo para la invasión hacia la Dacia. La norma que había impuesto Domiciano de que cada campamento solo podía albergar una legión fue incumplida, debido a las necesidades logísticas de tan grande campaña.

Los preparativos de esta operación fueron enormes e incluían un contingente de muchísimos soldados, un cuerpo de casi el mismo número de no combatientes y un sinfín de bueyes que acompañaban a los soldados en su misión. Tardaron más de dos años en planificar toda la invasión, desde el 99 hasta el 101 d. C. Trajano salió de la *Vrbs* el 25 de marzo del 101 de camino al Danubio. Las fuerzas romanas que invadieron la Dacia habían modificado su equipamiento, los cascos romanos tenían un refuerzo cruz informe en la parte superior. La nueva modificación fue concebida para contrarrestar los golpes de las espadas curvas de los dacios (las *falx*). La primera gran guerra nos es narrada en la columna de Trajano. A través de sus imágenes podemos ver cómo la campaña de Trajano comenzó cruzando el río Danubio, el cual estaba salpicado de granjas rodeadas por empalizadas circulares de madera para protegerlas y se adentró en el territorio dacio en la primavera del año 101 después de Cristo.

La primera parada de la gran fuerza romana fue en la ciudad de Viminacium, donde los barcos desembarcaron los suministros para la operación y Trajano se reencontró con todas las tropas en este lugar. El futuro emperador Adriano estaba allí como cuestor de la legión y pupilo del emperador. La táctica que utilizó Trajano para salvar los grandes ríos que componían estas tierras fue que las tropas continuaran su avance hacia el interior de los territorios dacios a través de los puentes realizados y

construidos por barcas. Apenas encontró el emperador ninguna resistencia inicial, la sorpresa fue totalmente absoluta y los dacios echaron a correr cuando vieron a las tropas romanas marchando hacia el norte a través de los bosques y montañas de la Transilvania. El rey Decébalo fue informado de la invasión romana y causó una gran impresión en él, ya que no esperaba que los romanos invadieran sus territorios tras la derrota de Domiciano.

Los dacios reunieron un ejército y solicitaron ayuda a sus aliados sármatas del este y del norte, así como también enviaron una embajada para intentar tratar con Trajano. Las legiones del emperador comenzaban a construir campamentos de campaña, estos son descritos en la iconografía de la columna de Trajano. Para que su campaña fuera totalmente exitosa, el emperador y su estado mayor decidieron celebrar la ceremonia de la *suovetaurilia*, un sacrificio sagrado de toros, cerdos y ovejas. Toda esta pompa religiosa y ceremonial sirvió para subir el ánimo en las tropas romanas. Al tiempo que los romanos realizaban estos rituales llegaron los embajadores dacios, que fueron expulsados al no ser embajadores de alto rango.

Durante el verano las tropas dacias comenzaron a crecer de forma exponencial, llegaron a formar un ejército de más de 140 000 hombres que se enfrentarían a los romanos en aquella contienda. Los romanos tuvieron que lidiar con unos hombres que preferían la muerte, pues los dacios veneraban a Zalmoxis, una divinidad que les procuraba una vida mejor tras la muerte. La investigación actual dice que esta deidad viene dada por la muerte del filósofo griego Zalmoxis en esos territorios y que, según cuenta la leyenda, levantó a los muertos. Todos los romanos marchaban tras unos estandartes con forma de dragón cuyas bocas al llenarse de aire emitían un sonido lúgubre, provocando todavía más terror en sus enemigos.

Según se puede observar en la columna de Trajano, sí hubo enfrentamientos entre los dacios y los romanos y llegaron incluso a perder varios campamentos. Los romanos siguieron su avance dividiendo su ejército en dos columnas por dos rutas separadas, tal era el terror en las poblaciones dacias que hacían huir a los habitantes y aldeanos de estas hacia la capital de los dacios. Finalmente, una embajada dacia llegó al campamento donde estaba el emperador y este la recibió. El mensaje que llevaba era que Trajano se reuniera en privado con Decébalo, pero esto no le interesaba al máximo representante de Roma y envió Trajano a dos de sus consejeros para acordar

unas condiciones de paz. Decébalo, que estaba ya desplazado con su ejército en el oeste, tenía el fin de interceptar a los invasores romanos cuando cruzaran las montañas transilvanas. Sin embargo, los romanos eran conocedores de los planes de Decébalo por una serie de redes de espionaje que habían realizado en las montañas. Cuando las embajadas romanas llegaron al campamento Decébalo, este las rechazó, lo que hizo que los consejeros de Trajano se percatasen de que el monarca dacio solo quería ganar tiempo.

La otra columna del ejército romano acabó uniéndose con el emperador y el resto de las legiones en las montañas. El gran ejército continuó hacia el este. Los tiberinos comenzaron a encontrarse atalayas y fuertes ubicados en lo alto de las colinas, lo que aparece representado en la Columna Trajana en forma de varios asedios. El avance llegó hasta Tapae, donde el ejército romano se estableció en un gran campamento. Fue entonces cuando en las afueras de esta ciudad se encontraron por primera vez los ejércitos de Trajano y Decébalo. La batalla de Tapae resultó del lado romano. En la Columna Trajana vemos cómo se estableció un puesto médico para asistir a los heridos por las armas dacias. Al llegar el invierno, Trajano no podía seguir avanzando y la campaña fue suspendida hasta la primavera. En ese invierno, el emperador condecoró a muchos legionarios tal y como se muestra en el monumento de su victoria en Roma.

Trajano decidió destacar varias unidades de los fuertes que salpicaban toda la orilla septentrional del Danubio para pasar el invierno y acabó regresando al Danubio a través de los barcos de la flota de Mesia, utilizando también los puentes que había construido con barcas en la primavera. Sin embargo, Decébalo no esperó a la primavera para luchar. Cuando el invierno empezaba a ser más suave, el monarca dacio tomó la iniciativa y, sin previo aviso, atacó varios fuertes romanos en el curso bajo del Danubio y se dirigió hacia Mesia por las frías y congeladas aguas de este río con la intención de atacar la retaguardia de las legiones. Estos campamentos de la Dacia se defendieron ferozmente hasta que llegaron los refuerzos romanos, dirigidos por el propio emperador. Trajano ignoraba que los sármatas habían entrado en Mesia para situarse en la retaguardia, mientras que las legiones de Mesia sí lo habían hecho y, durante las últimas semanas del invierno, salieron de sus campamentos para interceptar los invasores sármatas en el este de esta provincia.

Los contingentes se encontraron en la llanura situada en Adamclisi, allí las legiones romanas enfrentaron a unos quince mil jinetes sármatas. En esta llanura los romanos tenían un campo totalmente idóneo para practicar sus tácticas de infantería, por lo que el ejército romano masacró a los jinetes. No tenemos muchas noticias acerca de este enfrentamiento ni de cómo se desenvolvieron las tropas romanas, solamente conocemos el número de legiones que participaron en ellas y que estas destruyeron a los jinetes sármatas.

Los supervivientes sármatas que sobrevivieron a la batalla intentaron retirase hacia el Danubio, pero fue entonces cuando comenzó a resquebrajarse el hielo y varios de los sármatas, con sus presas armaduras, se ahogaron en el fondo de este río. Más de cuatro mil romanos murieron en esta batalla. Derrotados a ambos lados del Danubio, los sármatas y los dacios se acabaron retirando de los Cárpatos mientras Trajano regresaba hacia el Danubio con sus prisioneros.

Al llegar la primavera del año 102 d. C., se celebró el triunfo contra estos pueblos, sin embargo, volvieron a cruzar el Danubio las fuerzas romanas y se adentraron hacia Wallacia. Trajano volvió a dividir su ejército en dos, se adentró más y más hacia estos territorios y asaltó fortaleza tras fortaleza en su avance hacia Transilvania. En su avance hubo muchas emboscadas por parte de los dacios, sin embargo, los romanos pudieron hacerles frente y vencerlos. En la descripción iconográfica de la Columna Trajana se observa cómo los romanos tienen varios combates en su avance hacia el corazón de la Dacia.

Trajano quería llegar hasta Sarmizegetusa, ubicada en el río Sargetia. Cuando los romanos llegaron allí, se procedió a preparar el asedio a la ciudad, que estaba repleta de refugiados dacios. Decébalo, quien estaba dentro de la ciudad, decidió enviar una embajada a Trajano con el fin de cesar las hostilidades. Roma envió de nuevo a sus dos embajadores para presentar la condición de rendición y capitulación a los dacios y el asedio fue suspendido tras aceptar estas condiciones.

La imagen de Decébalo en el suelo, arrodillado, con sus armas arrojadas a los pies de Trajano, supuso el fin de las hostilidades durante aquel año. Se puso así fin a la primera guerra dacia. Las condiciones que se le exigían para acceder a la región oeste de la Dacia, así como a la llanura de la Wallacia, Trajano había conseguido expandir el *limes* romano más allá de sus fronteras.

No solamente era geográfica la condición de Trajano, también se obligó a Decébalo a retirar y demoler todos los fuertes que todavía seguían en pie, a entregar a los desertores de su ejército y a devolver toda la artillería robada en época de Domiciano. Trajano volvió hacia Roma totalmente victorioso, había conseguido vengar a Domiciano.

La segunda guerra dacia

Durante los siguientes tres años, los dacios se estaban preparando para reanudar las hostilidades que mantuvieron contra Roma. Decébalo no había sido capaz de conseguir nuevos aliados que se unieran para desafiar al emperador. Durante la primavera del año 105, Decébalo emprendió una ofensiva contra Roma, los guerreros que habían estado acumulando durante las montañas bajaron y atacaron los fuertes auxiliares en el territorio ocupado. Los dacios llegaron a atacar la fortaleza de Drobeta, la cual guardaba un puente que se había construido sobre el Danubio. Esta estructura para los habitantes de la Dacia suponía la subyugación de su tierra por parte del emperador. Los legionarios se defendieron ante esta terrible horda con lo que podían, varias legiones intentaron socorrer a los distintos campamentos y fuertes que habían atacado. Al llegar el verano, Trajano tuvo la noticia del ataque dacio y el 4 de junio salió hacia los territorios transilvanos para sofocar la rebelión. En esa ocasión, Roma no fue tan benévola.

La llegada del emperador supuso un vuelco en la provincia que estaba siendo asolada por los dacios. Al llegar al Danubio, las fuerzas romanas procedieron a avanzar hacia el interior hasta llegar a Drobeta. En este momento, los romanos, con sus nuevos refuerzos, repelieron a los dacios que atacaban el acceso al puente, en la orilla mesia del Danubio se congregaron todas las legiones romanas que había marchado con su emperador y, en pleno verano, Trajano llegó hasta el puente de Apolodoro, construido enteramente por legionarios. En este lugar, Trajano inauguró el puente y celebró una ceremonia para favorecer su próxima campaña. Los dacios volvieron a enviar embajadores para impedir la entrada de Roma en sus territorios, algo que fue en vano, ya que el emperador y su ejército entraron en los territorios dacios.

En su avance fueron reuniéndose las legiones que estaban acampadas en sus avanzadas y decidieron pasar el invierno en un campamento construídos en las llanuras de la Dacia. Con la primavera, en el año 106 d. C., se volvió a realizar el mismo ritual con las legiones para que los dioses fueran propicios en su nueva campaña. El ejército de Trajano era incluso más numeroso que en la primera guerra, constaba de doce legiones y numerosas unidades auxiliares. Tras varios días de marcha, los romanos llegaron a la ciudad de Sarmizegetusa, donde comenzaron a realizar un asedio a los muros de la ciudad. Parece ser que el sitio de Sarmizegetusa duró varios meses, ya que no querían un pacto ni firmar la paz, sino la muerte del monarca dacio.

Detalle de la Columna de Trajano, Roma.

Tras muchos días, Decébalo y sus más allegados huyeron de la ciudad por la noche, a la mañana siguiente la ciudad se rindió gracias a las distintas torres de asedio que fueron colocadas en las murallas de la ciudad. Trajano, al enterarse de que el rey había huido, mandó a su caballería traerlo y miles de jinetes salieron en su búsqueda. En la ciudad, uno de los más allegados de Decébalo, Bicilis, decidió traicionar a su rey y revelar dónde estaba el tesoro que había escondido el monarca dacio. Trajano puso varias legiones a trabajar para encontrar este ingente tesoro, el cual estaba ubicado bajo un río. Los

romanos consiguieron desviar el curso del río y encontrar el tesoro. Tras la destrucción de la capital de los dacios, los jinetes romanos descubrieron la posición de Decébalo. Uno de ellos, un decurión llamado Máximo, intentó alcanzarle, pero Decébalo se quitó la vida con su daga. El rey de los dacios prefirió morir a ser atrapado por los romanos.

Tras la muerte de Decébalo, la Dacia se convirtió en provincia romana. Trajano construyó un gran campamento en Apulum, en el norte de la Dacia, para dejar a la legión XIII Gemina allí. El emperador regresó a Roma totalmente victorioso con más de cincuenta mil prisioneros dacios. Todos fueron esclavizados y subastados. Celebró un gran espectáculo en el Coliseo que duró más de veinte días, con varios espectáculos como las *venationes* (cacerías) o combates de gladiadores. Trajano celebró su triunfo y, con este, se construyó el monumento que hoy día se puede visitar en la ciudad de Roma, la Columna de Trajano. En este monumento se describen de forma iconográfica el movimiento de las tropas hasta la rendición de Decébalo y la anexión de la Dacia como provincia romana.

12

El fin de Roma: descomposición de un imperio

El fin de Roma

Año 364 d. C., Flavio Valente había sido nombrado como emperador de los territorios al este de Roma. La sede de sus territorios, Antioquia y Siria. Mientras, su hermano mayor Valentiniano I gobernaba al oeste. No eran los momentos en los que Roma estaba dividida en dos imperios, en este tiempo los emperadores se repartían del territorio bajo un mismo gobierno, pero administrado por dos personas. Valentiniano había pasado casi toda su vida en la Galia luchando contra los invasores germánicos, mientras que Valente había liderado ejércitos con mucha habilidad. En varias ocasiones el emperador Valente había derrotado a las huestes visigodas que se habían atrevido a pasar el Danubio, muchas veces había sofocado las rebeliones que provenían de la Dacia y en sus territorios tuvo una gran victoria sobre los persas en la región

de Mesopotamia. Sin embargo, Roma ya no era igual que antes, las victorias se contaban en pocas ocasiones, la *Vrbs* ya no tenía el empuje y el ímpetu de antes. Tras aquellas victorias, la región de Mesopotamia volvió a rebelarse contra el poder tiberino, pero en esta ocasión tras la victoria de Valente los persas les arrebataron la región de Mesopotamia a los romanos para siempre.

Busto de Valente, Roma.

Los emperadores cada vez tenían menos crédito a nivel militar, las conquistas de estos no eran de tal envergadura como antaño. Roma había perdido la esencia que la caracterizaba, sus dioses fueron cambiados por el cristianismo cuando se hizo «legal» la religión monoteísta en época de Constantino I el Grande. Los valores que Roma había mantenido en época

republicana y en los primeros años del Imperio ya no existían. El poder imperial había degenerado con el paso de los tiempos y fue mermándose poco a poco entre las guerras civiles por hacerse con el poder. Los emperadores, que llegaron a ser cuatro al mismo tiempo en las famosas tetrarquías de los siglos III y IV, cada vez duraban menos tiempo.

Volviendo al tema que nos refiere este capítulo, Valente, tras varios combates favorables en el 367 y en el 369 contra los visigodos en el norte del Danubio (los cuales no entablaron combate directamente contra las fuerzas de la *Vrbs*, sino que usaban la estrategia de la tierra quemada para hacerles daño), volvió a tener que salir para defender sus territorios en Tracia, ya que amenazaban con llegar hasta la ciudad de Constantinopla. Los godos procedían originalmente del sur de Escandinavia y, en el siglo I a. C., decidieron emigrar hacia el sudeste y se asentaron en las grandes llanuras al norte del mar Negro. En este lugar, dos siglos después, se dividieron en dos grandes tribus, los visigodos y los ostrogodos, al oeste y al este de las orillas del río Dniéster respectivamente. Con el paso del tiempo, en el siglo V, los visigodos decidieron instalarse en Italia y en Hispania. No obstante, esto no fue así en un principio, las primeras migraciones de los visigodos fueron a finales del siglo III, cuando el emperador Constantino gobernaba. Entre los años 270 y 275 tras varios combates el emperador romano decidió que lo mejor era convertirlos en *foederati* (tribus no consideradas romanas pero con la tarea de facilitar soldados a Roma en caso de que esta lo necesitase) y hacer que las propias legiones defendieran el *limes* romano en el Danubio. El trato era que se asentaban estas hordas en la frontera romana, la habitaban y cuidaban, así como reconocer el dominio de estas tierras como suyas, pero el emperador podía reclutar levas de estos pueblos. El emperador también suministraba dinero por este tipo de funciones a los godos que habían migrado en sus territorios. Sin embargo, las legiones se pusieron en contra de este tipo de medidas, habían dado dinero a otras personas para realizar la misma función. A pesar de todo ello, los visigodos reclamaban más dinero al emperador, por lo que decidieron que lo mejor era saquear las ciudades cercanas a limes del Danubio, amenazando con que realizarían saqueos todos los años a no ser que se les subiera la paga. En estos años fue cuando Valente, en el 369 d. C., firmó la paz con ellos.

Mapa de Roma con las invasiones germánicas. Fuente: Duby, G. (2011): *Atlas histórico mundial*, Larousse.

El ambiente de pacificación que había dejado Valente en este año no sirvió de mucho, pues al año siguiente los visigodos se encontraron con un nuevo invasor, los hunos. Los hunos, que habían llegado desde las estepas de Rusia hasta prácticamente las fronteras de los romanos, iban anexionándose todos los pueblos que vencían. Esta era una larga lista en la que se incluyen los alanos (posteriores invasores de la península ibérica) y los ostrogodos, hasta que en el 376 la horda asiática llegó hasta el Dniéster. Los hunos cruzaron el río y se enfrentaron a los visigodos, los cuales no pudieron hacerle frente a tal horda y fueron derrotados. Solo los seguidores de Atanarico permanecieron en la defensa del Dniéster y, derrotados, se desplazaron hacia la llanura húngara. Aquellos que no eran seguidores directos de Atanarico marcharon hacia el Danubio junto a los refugiados alanos y ostrogodos. Sin embargo, parece ser que los visigodos, en vez de unirse con los hunos, decidieron huir hacia las fronteras romanas y solicitar ayuda a los romanos. Roma decidió que lo mejor era que se instalasen, no ya en la frontera danubiana, sino dentro de una de sus provincias en Moesia (entre las actuales Bulgaria y Servia).

Aquí tenemos el primer error por parte de la *Vrbs*: no le quedó otra que aceptar la migración de más de doscientas mil personas que, además, estaban enfrentadas entre sí. En aquel momento, se observó como los visigodos se iban asentando en provincias romanas con población ciudadana, por lo que, a pesar de la función que tuvieron los godos inmigrantes, se produjo un malestar entre la población local. Las migraciones forzosas como las de este tipo resultaban muy peligrosas para un imperio que ya estaba en decadencia. Todos los visigodos inmigrantes gozaron de la ciudadanía a cambio de pagar varios impuestos y servir en el ejército cuando fuera necesario (poco se sabe de este acuerdo, pero lo que se sabe es que los godos podían elegir su lugar de asentamiento, sin embargo, no podían ser dispersados como era la política habitual), esto supuso otro problema, ya que entrenaron a posibles rivales que se habían asentado en una provincia del Imperio. El gran error que cometieron los romanos fue dejar entrar al enemigo en casa y tratarle como si fuera uno de los suyos.

PROLEGÓMENOS DEL CONFLICTO, LA LLEGADA DEL VISIGODO

La instalación de los visigodos en Moesia supuso un choque cultural muy grande con la población romana, los inmigrantes no eran católicos, sino arrianos, por lo que el propio emperador Valente consideró que era mejor que los nuevos ciudadanos aprendieran y asumieran las costumbres romanas para así evitar más conflictos con los ciudadanos imperiales. El emperador les obligó a entregar sus armas al pasar del *limes*, aunque se alistaron muchísimas personas en el ejército romano para luchar contra las nuevas invasiones sasánidas y hunas.

Los problemas comenzaron en esta provincia, los visigodos se quejaban de que los dirigentes de esta zona, como el *dux* (jefe militar) Máximo o el *comes* (gobernador) Lupicino, abusaron de su autoridad reclamando grandes cantidades de impuestos que les hacían pagar. Amiano Marcelino nos cuenta que los germanos tuvieron que vender a sus hijos para poder llegar a alimentarse ellos mismos. Además, contaban con otro factor: los visigodos jamás habían sido vencidos por los romanos y por tanto no habían sido

intimidados por ellos. El conflicto comenzó cuando dos de los líderes visigodos, Fritigerno y Alavivo, cuya gente había llegado a las provincias romanas tras la derrota de los hunos, comenzaron a dar problemas con la población de Tracia, así que el emperador Valente comenzó a movilizar a los visigodos hacia otras regiones.

El plan de Valente era que, tras las quejas de los ciudadanos romanos en Tracia, se movilizaran los refugiados visigodos hacia Asia. No obstante, estas gentes estaban muy vinculadas al Danubio y se negaron a moverse. La población de Adrianópolis decidió actuar por su cuenta e intentaron expulsar por la fuerza a los visigodos, cuyos asentamientos estaban muy cercanos a la ciudad. Existe otra versión que nos describe cómo Lupicino decidió dar un banquete para matar a todos los cabecillas godos, aunque no tenemos noticias de cuál es la más acertada. Los combates comenzaron cuando el emperador Valente envió a varios generales para atacar a los integrantes visigodos, en cambio, a pesar de no resultar definitivos estos combates, las huestes visigodas recibían ayuda de sus primos, los ostrogodos. Ante tal invasión que había permitido el emperador, se personó el propio Valente con el ejército oriental en Constantinopla, enviando emisarios a la parte imperial del oeste para pedir refuerzos.

En el oeste gobernaba el emperador Graciano tras la muerte de Valentiniano en el 375 d. C. Este emperador decidió partir hacia Tracia con la intención de ponerse al frente de su ejército y reunirse con Valente, para emprender juntos una ofensiva combinada contra los invasores godos. En junio del 378 d. C. el contingente principal del ejército visigodo acampaba cerca de Adrianópolis y Sebastiano (comandante en jefe de los ejércitos romanos) emprendió la marcha hacia la ciudad para servir de avanzadilla del ejército de Valente.

Las operaciones que realizó Sebastiano consistieron en destacar trescientos hombres de cada una de sus legiones y destruir las bandas de segadores que habían localizado. Las fuerzas romanas lo hicieron y, con esta acción, consiguieron recuperar casi todo el botín que los visigodos habían dejado a las afueras de la sitiada Adrianópolis. Graciano estaba dirigiéndose lo más rápido que podía hacia el este con sus tropas, pero, en Panonia, un ataque escita retrasó las fuerzas del oeste. Valente, celoso del éxito de Sebastiano y de Graciano, decidió que lo mejor era partir con la mayor parte del ejército oriental con la intención de demostrar su fuerza y audacia en el campo de

batalla, así que marchó hacia Adrianópolis sin la ayuda de ninguno de estos dos. Cuando se estaba aproximando hacia Adrianópolis, el emperador puso a sus tropas en formación de cuadrado, los exploradores que allí tenían les informaron de que los carros godos se habían abierto paso por los puertos montañosos y estaban muy cerca de Adrianópolis. Junto a ellos iban más de diez mil guerreros y miembros de su familia. Al llegar a la ciudad, en los primeros días de agosto, el emperador mandó construir un campamento en el exterior de la ciudad, con una fosa, empalizadas rematadas con estacas de madera, un campamento siguiendo las tradiciones romanas más antiguas. En este lugar, Valente recibió la llegada del *comes* Richomeres, quien pertenecía al ejército de Graciano. Este le entregó una carta del otro emperador en el que le instaba a no emprender acciones en solitario, pues Graciano estaba llegando y lo mejor era combatir juntos.

Valente estaba muy celoso del éxito que habían cosechado tanto Sebastiano como Graciano. Días antes del combate se celebró un consejo de guerra para decidir si esperaban a Graciano o atacaban. Sebastiano le aconsejó al emperador que lo mejor era atacar a los godos enseguida, mientras que Víctor (el maestro de caballería de Valente) le instó a esperar la llegada de Graciano. Tras mucho discutir, Valente decidió hacer caso omiso a Víctor y poner en marcha el plan de Sebastiano. La razón por la que el emperador no quiso esperar el apoyo de su colega Graciano fue por celos, no quería compartir el éxito de esta victoria con ningún otro emperador. Valente recordó cómo Constantino obtuvo una victoria en Adrianópolis contra su rival en el trono, Licino. Este discurso debió de ser muy esperanzador, pues las tropas le animaban a combatir.

LA BATALLA DE ADRIANÓPOLIS, EL FIN DE UNA ERA

El 8 de agosto del 378 d. C., en el campamento de Valente se estaba difundiendo que al día siguiente el ejército ejecutaría el plan de Sebastiano de atacar a los visigodos. Los soldados dentro de ese campamento estaban limpiando sus armas y sus armaduras cuando vieron pasar a un cortijo de godos enviados por Fritigerno, el cual se personó en el campamento romano para negociar. La persona que encabezaba esta expedición era un sacerdote

que a pesar de ser cristiano, no era católico como los romanos, sino arriano y, por tanto, un hereje a los ojos del Imperio. Esa delegación consiguió entrar en el campamento y reunirse con el emperador Valente. La expedición estaba compuesta por varios guerreros no de alto rango y algún campesino, por lo que a ojos de los romanos era una falta en las reglas de la diplomática. El sacerdote se presentó ante el emperador con una carta de Fritigerno. En este contexto Alessandro Barbero nos introduce la duda de si esta carta estaba escrita en latín o en griego, discutiendo ampliamente sobre sí estaba escrita en godo con el alfabeto que Ulfilas inventó para traducir la debía a su idioma. Este sacerdote, del cual no se menciona nunca su nombre, era de gran importancia, pues aparte de la misiva que llevaba para el emperador también debía entregarle un mensaje en privado.

En la carta, Fritigerno exponía que él y su gente se encontraban en territorio romano porque les habían acogido en calidad de refugiados, solo los acontecimientos bélicos les habían echado de sus tierras y obligado a pedir asilo. El caudillo de los visigodos también exponía que Valente había sido quien les había dado permiso para instalarse en sus tierras y que estaban dispuestos a convivir con los romanos en paz quedándose en Tracia como súbditos imperiales. Sin embargo, en el mensaje secreto, el rey de los visigodos explicaba que siempre habían querido firmar la paz, pero que el resto de jefes de las distintas tribus germánicas no quería hablar de ello y que, en cuanto el emperador llegase con su ejército, las tribus que Fritigerno comandaba se calmarían y se podría llegar a negociar un acuerdo. En un primer momento, los romanos habían creído la carta, pero el emperador se dio cuenta de que estas misivas eran un poco contradictorias, por lo que decidió expulsar a los embajadores y prepararse para la guerra. Si Fritigerno decía la verdad, este era el mejor momento para demostrarlo y obligar a los bárbaros a someterse ante el poder de Roma.

A la mañana siguiente, el 9 de agosto del 378 d. C., las fuerzas romanas salieron del campamento y dispusieron su marcha contra los visigodos. Valente decidió que junto con sus tropas le acompañara su propio tesoro con las insignias imperiales, estas estarían a buen recaudo dentro de los muros de la ciudad de Adrianópolis, mientras que todos los víveres de su ejército permanecieron en el campamento junto a la ciudad y algunas unidades se quedaron como guardia.

La orografía de las afueras de Adrianópolis era accidentada, era muy complicado atravesar sus lindes con una columna romana en marcha, ya que no existió una verdadera carretera, sino un camino de tierra que se había generado con el paso del tiempo. Valente debía marchar hacia el norte si quería vencer a los visigodos, las tropas de su ejército levantaban mucho polvo a su paso y la sequedad del ambiente fue mermando las fuerzas de los romanos y, entre la una y las dos de la tarde, avistaron a los godos en su campamento. Los visigodos se habían dado cuenta de que las tropas romanas habían salido de su campamento por la gran nube de polvo que estos habían levantado, así que cuando los romanos aparecieron en el horizonte no se sorprendieron. Los visigodos, siguiendo su costumbre, se habían atrincherado en el interior de un anillo que habían formado con sus carros, estaban resguardados dentro de la protección que la madera de los carromatos les proporcionaba, tanto era así que no se vio a ningún enemigo dentro.

Al llegar los romanos, los visigodos salieron de sus carros y una gran masa de guerreros hizo su aparición. La batalla de Adrianópolis no ha podido ser identificada con exactitud, pero según propone Alessandro Barbero, puede que se ubicase en la ciudad de Muratçali, entre las fronteras de Bulgaria y Turquía.

Las fuerzas visigodas varían entre las diez mil y las quince mil tropas, mientras las romanas eran muchas más. Valente se había lanzado contra un campamento sin percatarse de que en él no estaban todos los contingentes visigodos, ya que la caballería era prácticamente imposible de mantener dentro de los carros, pasando desapercibida del espionaje romano que estaban llevando a cabo.

Las fuerzas romanas empezaron a formarse en orden de batalla. Manteniendo siempre de frente la vista del enemigo, la caballería se puso a ambos lados de la infantería mientras se movían adelante para provocar al enemigo. Alessandro Barbero expone en su obra *Adrianópolis, el fin del Imperio romano* como tras esta batalla se redactó la *notitia dignitatum*, que carecía de la mención a las legiones y unidades que lucharon en Adrianópolis, en parte por la masacre que en este lugar se produjo. Por esta razón el autor italiano se aventura a exponernos cómo debieron de ser catorce unidades de infantería, ya que no se puede hablar de legiones propiamente dichas debido a los cambios que en la tardoantigüedad se habían producido en el ejército romano. Los ejércitos de los emperadores estaban formados por distintos tipos

de unidades y eran más flexibles y móviles, se les seguía llamando legión, pero no tuvieron la función de la legión clásica. En este momento, el ejército romano se trataba de pequeñas unidades de no más de mil hombres junto con las unidades auxiliares reclutadas de entre la población bárbara que se habían sometido al poder imperial.

Valente llevó a las legiones denominadas Lanceros y a los Matiarios, pero no significa que no hubiera más de estas unidades con él. La caballería, el gran cuerpo del ejército romano que durante mucho tiempo había pasado desapercibido, fue reforzada por varios cuerpos: existía una caballería de asalto fuertemente armada que comenzaba a parecerse a los caballeros medievales, aunque estos no contaran con las tribus. La caballería también se componía de un cuerpo de arqueros, tal y como usaban los pueblos en Oriente. El ejército era totalmente distinto a como era a principios del Imperio.

El combate se produjo en la primera hora de la tarde, las unidades romanas estaban en perfecto orden alrededor de sus estandartes, desafiando al enemigo bárbaro. Mientras, los visigodos desafiaron a los romanos con su distinguido grito de guerra, el *barritus* (el golpeo sistemático de sus lanzas contra los escudos). La caballería romana de la derecha se abalanzó contra la línea de los bárbaros que estaba concentrada junto a los carros, mientras que el ala izquierda del emperador Valente iba con retraso y no alcanzó a tomar la posición correcta. Los arqueros de a pie romanos comenzaron a disparar sus flechas para asustar al enemigo, lo que resultó efectivo, ya que enviaron una embajada al emperador para pactar.

Amiano Marcelino, principal autor para describirnos este conflicto, había sido oficial del ejército bajo el mando de los anteriores emperadores, por lo que el retrato que nos hace de los principales dirigentes parece ser muy exacto y era conocedor de las tácticas de los bárbaros. Este autor expone en su obra que los visigodos únicamente querían perder tiempo, Valente se molestó mucho cuando vio llegar a varios guerreros comunes y volvió a recaer en la falta de rigor diplomático que tenían los bárbaros. Mientras se producían las embajadas, el sol comenzaba a hacer efecto en el ejército romano, que se había quedado inmóvil.

Fritigerno, al que le habían llegado las noticias de que Valente quería pactar, decidió personarse ante el emperador romano. A cambio, los tiberinos deberían enviar al campamento de los godos a uno de sus oficiales para garantizar así que no hubiera ningún problema. Los romanos aceptaron y decidieron enviar a Ricomero, comandante de la guardia imperial de Occidente. Parece ser que ninguno de los dos bandos se fiaba de lo que hacía el otro. Al final de la tarde, los romanos habían permanecido en orden de batalla en el campo desde la primera hora de la mañana y seguían todavía allí, blandiendo sus armas ante el enemigo. Prácticamente, al final de la tarde Ricomero partió hacia el campamento de los godos como rehén y garantizó así las negociaciones entre el emperador y el jefe bárbaro.

Las legiones romanas que allí estaban expuestas vieron a uno de sus oficiales partir hacia el campamento. En el pensamiento de estos soldados cabía la posibilidad de que se aplazara el combate, por lo que se relajaron. En este momento, los visigodos ya no estaban atrincherados tras sus barricadas de carros, sino que, tras la llegada de las fuerzas romanas, habían salido formando un muro de escudos frente a sus carros. En un instante, la situación que parecía favorable para la negociación se rompió y la caballería romana terminó por disparar a los visigodos que se habían desguarnecido tras el inicio de las negociaciones. Bacurio, el comandante de los escuderos atacados, no pudo mantener a raya sus hombres y, tras muchas provocaciones, la masa de bárbaros se adelantó y tomaron por sorpresa a los caballeros y arqueros romanos. Ricomero, el cual estaba a punto de entrar en su campamento, regresó al ver la imagen de cómo en un lado del frente de batalla se había comenzado el combate. Las negociaciones habían terminado.

Ambos ejércitos estaban cansados y tensos tras una jornada muy dura bajo el sol, inesperadamente la caballería de los visigodos, los greutungos y los alanos llegaron a donde se habían reunido las fuerzas de ambos bandos. El combate aún no había comenzado del todo, solamente se habían enfrentado el lado izquierdo, pero la imagen que tuvieron los jinetes bárbaros fue de una defensa de carros y los romanos formados en posición de batalla frente a ellos, por lo que se precipitaron al ataque embistiendo a la caballería romana del ala izquierda. Los romanos, incrédulos por lo que había pasado, decidieron comenzar el ataque con todas sus fuerzas, reorganizándose y uniéndose de nuevo al combate.

La caballería romana de la derecha consiguió vencer a los que tenía delante, mientras las dos infanterías chocaban en el frente. La infantería bárbara utilizó oleadas de jabalinas y flechas posibles para hacer retroceder a los romanos. El lado izquierdo dirigido por la caballería imperial podría haber derrotado a los godos si hubiera sostenido el envite de la caballería bárbara, pero estos, al darse cuenta de que nadie les seguía hacia el círculo de carros, decidieron volver a enfrentarse contra la caballería goda y fueron derrotados. Fue entonces cuando los bárbaros aprovecharon que el ala izquierda enemiga había desaparecido y les atacaron por este flanco y por su retaguardia.

Durante siglos, los romanos habían aprendido a combatir contra los enemigos que disponían de mucha caballería y la sabían utilizar, sin embargo, en Adrianópolis ocurrió una situación similar a la que Aníbal había puesto en Cannas. El ejército que se presentó para vencer a los visigodos no estaba preparado para luchar contra la gran caballería enemiga, y menos cuando esta apareció por sorpresa. Los romanos se dieron cuenta de que estaban completamente rodeados por enemigos a pie y a caballo. Los romanos comenzaron a huir despavoridos y se amontonaron unos contra otros hasta llegar a formar una masa de fuerzas imperiales. Si recordamos lo que ocurrió en Cannas, una vez que el gran cuerpo de la infantería romana estaba apelotonado era un blanco fácil para cualquier tipo de cuerpo de caballería, por lo que las fuerzas visigodas a caballo se abalanzaron contra esta masa de infantes. En este caso, el ejército de Valente estaba compuesto de numerosos veteranos que aguantaban los envites de la caballería, sin embargo, tras mucho tiempo aguantando finalmente la mayoría decidió huir de aquella escena.

El emperador, tras perder toda la caballería, entendió que el combate estaba perdido y se refugió entre la infantería. Víctor, el oficial que se había opuesto a este combate, llegó para intentar poner a salvo un emperador, pero las fuerzas que lo acompañaban decidieron abandonar tras ver la escena en la que se habían visto envueltas las tropas imperiales. Prácticamente todos los generales decidieron abandonar a su emperador para salvar la vida, aquellos

que intentaban huir eran masacrados por los godos, asimismo, los que quedaban en esa masa de soldados estaban perdiendo la vida poco a poco. Finalmente, la batalla acabó tras el exterminio de toda esta masa de soldados, murieron bajo las lanzas godas más de treinta y cinco oficiales superiores y el propio emperador Valente.

FINAL DE UNA ERA, FINAL DE UN IMPERIO

La batalla Adrianópolis tuvo unas consecuencias de las que el Imperio romano ya no pudo volver a reponerse nunca. Por una parte, el ejército oriental había sido prácticamente destruido. Graciano, que había acudido en ayuda de Valente, simplemente dio media vuelta tras ver como su tío había perdido, aunque en Panonia se enfrentó Alateo y Safrax. Por otra parte, los godos aprovecharon de inmediato esta victoria y se apoderaron del tesoro imperial que había en el campamento a las afueras de Adrianópolis. El emperador Graciano dejó su gobierno en Occidente para encargarse del de Oriente. Teodosio, un general a su cargo, fue proclamado emperador tras la muerte de Valente y fue el último emperador en encargarse de todo el territorio en su totalidad. La derrota ante los visigodos provocó en los ciudadanos del Imperio un miedo atroz a estos, no fueron capaces de derrotarles en una batalla y acabaron haciendo pactos con ellos, como en el 382 tras volver a nombrarlos *foederati*. Los visigodos se dieron cuenta de la totalidad de sus fuerzas, eran capaces de vencer a los romanos y de adueñarse de sus tierras cuando quisieran. Alarico I fue quien comenzó a llevar una política completamente agresiva contra los resquicios del que había sido el Imperio más próspero de Occidente, Roma había caído tras muchos siglos de peleas y combates entre ellos, las fuerzas romanas ya no eran iguales y se perdieron tras las crisis económicas que sus emperadores habían provocado. Los tiempos habían comenzado a cambiar, ya no había lugar para la antigua Roma en ellos y los visigodos fueron sus herederos forzosos tras la derrota de Adrianópolis. A

partir de entonces comenzaron a instaurarse diferentes sistemas de defensa fronterizos, lo que fue el germen de las instituciones de época medieval. En cuanto al ejército, se dieron cuenta de que era mejor tener un cuerpo de caballería bien armado y comenzó así la tradición que evolucionó en la caballería medieval.

Roma comenzó a caer en los años siguientes: en el 395 se produjo la división del Imperio en dos, Oriente y Occidente, lo que provocó que las migraciones bárbaras ocuparan los restos del que fue el Imperio más importante de la Antigüedad.

Bibliografía

ADCOCK, F. *The Roman Art of War Under the Republic*. Cambridge: W. Heffer, 1960.

ALCAIDE, J. A.; CUETO, D. A. *Los mercenarios españoles de Aníbal*. Madrid: Ed. Almena, 2000.

ALCÁZAR, A. *Sagunto y Numancia: Dos ciudades hispanas frente a Cartago y Roma*. Madrid: Amazon, 2015.

ALVAR, J., B*lázquez*, J. M.ª. *Alejandro Magno: hombre y mito*. Madrid: Actas, 2000.

BADIAN, E. *Roman imperialism in the late republic*. Bristol: Basil Blackwell, 1968.

BARBERO, A. *Adrianópolis, el fin del Imperio romano*. Barcelona: Ariel, 2014.

BARCELÓ, P. *Aníbal de Cartago*. Madrid: Alianza, 2000.

—, *Alejandro Magno*. Madrid: Alianza, 2011.

BELLÓN, J. P.; MOLINOS, M.; GÓMEZ, F.; RUIZ, A.; RUEDA, C. «La batalla de Baecula: tras los pasos de Escipión el Africano». En: *Fragor Hannibalis. Aníbal en Hispania*, 2013: 313-333.

BLÁZQUEZ, J. M.ª. *Historia de Grecia Antigua*. Madrid: Cátedra, 1981.

BLÁZQUEZ, J.M.ª; ALVAR, J. y GONZÁLEZ, C. *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*. Madrid: Cátedra, 1999.

BOLADO DEL CASTILLO, R. y G*utiérrez* CUENCA, E.; HIERRO GÁRATE, J. «Las guerras cántabras». En: *Cántabros. Origen de un pueblo*, ADIC y Gobierno de Cantabria, 2012: 97-201.

BOSWORTH, A. B. *Alejandro Magno*. Nueva York: Cambridge University Press, 1996.

CABRERO, J. *Escipión El Africano*, Madrid: Aldebarán, 2000.

CARCOPINO, J. *Las etapas del imperialismo romano* , Buenos Aires: Paidos, 1968.

CAVEN, B. *The Punic Wars*. Londres: Book club associates, 1980.

CHIC, G. «La actuación político-militar cartaginesa en la península ibérica entre los años 237 y 218».
En: *Habis*, 1978; n.º 9: 233-242.

CHRIST, K. *Aníbal*. Barcelona: Herder, 2006.

— ,*Pompeyo*. Barcelona: Herder, 2006.

—, *Sila*. Barcelona: Herder, 2006.

CITATI, P. *Alejandro Magno*. Barcelona: Gatopardo, 2015.

CLINE, E. H. *The Battles of Armageddon: Megiddo and the Jezreel Valley From the Bronze Age to the Nuclear Age*. Michigan: Michigan Publishing, 2002.

DOMÍNGUEZ, A.*;* PLÁCIDO, D.; GÓMEZ, F. J. y GASCÓ, F. *Historia del mundo clásico a través de sus textos. 1. Grecia*. Madrid: Alianza Editorial, 1999.

DOMÍNGUEZ, A. J. «La campaña de Aníbal contra los vaccesos. Sus objetivos y su relación con el inicio de la 2.ª Guerra Púnica», En: *Latomus*, 1986; n.º 45: 241-252.

FERNÁNDEZ OCHOA, C. «Roma y la conquista del norte peninsular». En: *Historia de Asturias*, 1990; I: 137-156.

—, «Conquista y romanización de los astures». En: *Catálogo de la Exposición Astures*, *1995: 89-97*.

FINLEY, M. I.: *«*Empire in the Graeco-Roman World*». En: Review*, 1978; vol II, n.*º 1: 55-68*.

FULLER, J. F. C. *A Military History of the Western World: From the Earliest Times To the Battle of Lepanto*: Funk & Wagnalls, 1954.

—, *Las batallas decisivas del Mundo Antiguo: De Salamina a la Pax Romana* . Madrid: Gredos, 2010.

GILES, F. J. *The Amarna Age: Western Asia*. Warminster: Aris and Philips, 1997.

GIVEON, R.: *The Impact of Egypt on Canaan.* Gotinga: Universitätsverlag, 1978.

GOLDSWORTHY, A. *The Roman Army at War.* Oxford: Clarendon Paperbacks, 1996.

—, *Roman Warfare*. Londres: Cassell & Co., 2000.

—, *The Complete Roman Army*. Londres: Thames & Hudson, 2003.

—, *César: La biografía definitiva*. Madrid: La esfera de los libros, 2010.

GONZÁLEZ, A. *Alejandro Magno: el poder de una época.* Madrid: Dastin Export, 2004.

GONZÁLEZ, A; CUNCHILLOS, J. L. *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura.* Murcia: Biblioteca Básica Murciana, 1994.

GOZALVES, E. «Hélice y la muerte de Amílcar Barca». En: II Congreso de Historia de Albacete, 2002; vol. I: 203-211.

GRIMAL, N. *Historia del Antiguo Egipto*. Madrid: Akal, 1992.

GRIMAL, P. *El Helenismo y el auge de Roma. El mundo Mediterráneo en la edad Antigua II.* Vol. 6, Madrid: Siglo XXI, 2002.

GUY, P. L. O. *New Light from Armageddon*. Chicago: Oriental Institute Communications, 1931.

GUZMÁN, A. *Alejandro Magno: de la historia al mito.* Madrid: Alianza, 2001.

GUZMÁN, A. y G*ómez*, F.J. *Alejandro Magno.* Madrid: Alianza, 2005.

HAMMOND, N. G. L. *Alejandro Magno*. Madrid: Alianza, 1992.

HARRIS, W.V. *Guerra e imperialismo en la Roma republicana*, 327-70. Madrid: Siglo XXI, 1989.

HEALY, M. *Cannas 216 a. C. Aníbal aplasta al ejército de Roma*. Madrid: Ediciones del Prado, 1995.

HECKEL, W. *Las conquistas de Alejandro Magno*. Madrid: Gredos, 2010.

HUSS, W. *Los cartagineses*. Madrid: Gredos, 1993.

LECLANT, J. « Les relations entre l'Égypte et la Phénicie du voyage d'Ounamon à l'expédition d' Alexandre ». En: Ward, W. A. *The role of the Phoenicians in the interaction of Mediterranean civilizations*. Beirut: American University of Beirut, 1967.

LÓPEZ, R. *Filipo, Alejandro y el mundo helenístico*. Madrid: Arco Libros, 2002.

LOZANO, A. «La conquista de España por Roma». En: Suarez, L. (dir.) *Historia general de Hispania y América. De la protohistoria a la conquista romana*, 1987; vol. I: 385-450.

LOZANO, A. *El mundo helenístico*. Madrid: Síntesis, 1992.

MARTÍNEZ-PINNA, J; MONTERO, S. y GÓMEZ-PANTOJA, J. *Diccionario de personajes históricos griegos y romanos*. Madrid: Itsmo, 1998.

MARTINO, E. *Roma contra cantabros y asturas, nueva lectura de las fuentes*. Santander: Breviarios de la calle del pez, 1982.

MATYSZAK, P. *Los enemigos de Roma*. Madrid: Oberon, 2005.

MIRA, M.A. *Cartago contra Roma, las guerras púnicas*. Madrid: Aldebarán, 2008.

MONTAGU, J.D. *Batlles of the Greek & Roman Worlds*. Pensilvania: Greenhill Books, 2000.

MORILLO CERDÁN, A. «Hispania en la estrategia militar del Alto Imperio: movimientos de tropas en el arco atlántico a través de los testimonios arqueológicos». En: FERNÁNDEZ OCHOA, C.; GARCÍA DÍAZ, P. *Unidad y diversidad en el Arco Atlántico en época romana*, 2003; vol. I: 19-33.

—, «The augustean spanish experience. The origin of limes system?». En: MORILLO, A.; HANEL, N.; MARTÍN, E. (eds.). *XX Congreso Internacional de Estudios sobre la Frontera Romana*: 239-252.

MUÑOZ, F. A. *Los inicios del imperialismo romano. La política exterior de Roma durante la primera y la segunda guerra púnica*. Granada: Universidad de Granada, 1986.

NAVARRO, F. J. *Alejandro Magno, heroe, lider y conquistador*. Madrid: Rialp, 2013.

NEGRETE, J. *Alejandro Magno y las águilas de Roma*. Barcelona: Minotauro, 2007.

NICOLET, C. *Roma y la conquista del mundo mediterráneo.* Vol. II. Barcelona: Labor, 1984.

OSBORNE, R. *La Grecia Clásica*. Barcelona: Crítica, 2002.

PASCUAL, J. *Grecia en el siglo IV a. C. Del imperialismo espartano a la muerte de Filipo de Macedonia*. Madrid: Síntesis, 1997.

PLÁCIDO, D. *Poder y discurso en la Antigüedad clásica*. Madrid: Abada, 2008.

PRÉAUX, C. *El mundo helenistico: Grecia y Oriente desde la muerte de Alejandro hasta la conquista de Grecia por Roma: 323-146 a. C.*, tomo 1. Barcelona: Labor, 1984.

QUESADA SANZ, F. «La "arqueología de los campos de batalla". Notas para un estado de la cuestión y una guía de investigación». En: *SALDVIE*, 2008; n.º 8: 21-35.

REMEDIOS, S.; P*rados*, F.; BERMEJO, J. (eds.). *Aníbal de Cartago: historia y mito*. Madrid: Polifemo, 2012.

RENAULT, M. *Alejandro Magno*. Madrid: ABC D. L., 2003.

RODRÍGUEZ, J. *La conquista de Italia por Roma, vol. I y II*. Madrid: Almena, 2011.

ROLDÁN, J. M. *Roma y la conquista del mundo Mediterráneo (264-133 a. C.)*. Madrid: Síntesis, 1994.

—, *Historia de la Grecia Antigua*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2008.

ROSTOVTZEFF, M. *Historia social y económica del mundo helenístico*. Madrid: Espasa-Calpe, 1967.

SÁEZ, R. *La poliorcética en el mundo antiguo*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2004.

SASSON, J. M. *Civilizations of the Ancient Near East*, Nueva York: Free Press, 1995.

SAUNDERS, N. J. *Alejandro Magno: El destino final de un héroe* . Barcelona: Planeta, 2007.

SCHUMPETER, *J*. A. *Imperialismo. Clases sociales*, Madrid: Tecnos, 1986.

SHAW, I. *Historia del Antiguo Egipto*, Oxford: Oxford University Press, 2000.

Las imágenes se insertan con fines educativos.
Se han hecho todos los esfuerzos posibles para contactar con los titulares d copyright.
En el caso de errores u omisiones inadvertidas, contactar por favor con el editor.

nowtilus
www.nowtilus.com

BREVE HISTORIA de las...

BATALLAS DE LA ANTIGÜEDAD

Carlos Díaz Sánchez

Megido, Qadesh, Platea, Termópilas, Gaugamela, Cannas, Alesia… Los conflictos armados siempre han sido el método favorito para legitimarse entre diferentes culturas.

Breve historia de las Batallas de la Antigüedad nos adentra en los problemas que tuvieron algunos faraones al enfrentarse contra el exterior; cómo los griegos lucharon por su forma de vida contra los persas o, cómo Roma consiguió tener tanto territorio en poco tiempo.

A través del recorrido de las diferentes batallas analizaremos el desarrollo de las grandes culturas (egipcia, griega y romana), desde su plenitud hasta su colapso.

Breve historia de las Batallas de la Antigüedad es una síntesis de los grandes conflictos que marcaron el desarrollo de la historia antigua, conozca los conflictos que marcaron el devenir del mundo clásico a través de la documentación histórica y arqueológica de las culturas del pasado.

BREVE HISTORIA
www.BreveHistoria.com

Visite la web y descargue los fragmentos gratuitos de los libros, participe en los foros de debate temático y mucho más.

Hágase amigo de Breve Historia en Facebook